

# CIEN AÑOS DE PERDÓN

A man in a black leather jacket and jeans stands with his back to the camera, looking out a window in a dilapidated room. Money is scattered on the floor.

CLAUDIO  
CERDÁN

Lectulandia

Hace ya años que el Inspector Ramos abandonó el sueño de ser un buen policía, ni siquiera sus compañeros se fían de él, toda su vida es un engaño y su familia le desprecia.

Mientras intenta resolver la muerte de un anciano y esclarecer un asesinato múltiple, Antonio Ramos solo tiene una cosa en la cabeza: hacer lo que sea para quedarse con un dinero que ha visto pasar delante de sus narices. Pero la mafia rusa y asuntos internos le pisan, no ya los talones sino los tobillos, y los cadáveres se van acumulando a su paso en una asfixiante y vertiginosa espiral de violencia que solo puede conducirle a un callejón sin salida...

**¿Qué serías capaz de hacer por conseguir una cantidad de dinero que podría cambiar tu vida?**

**Lectulandia**

Claudio Cerdán

# **Cien años de perdón**

ePub r1.1  
macjaj 17.12.14

Título original: *Cien años de perdón*  
Claudio Cerdán, 2013  
Diseño cubierta/Fotomontaje: Eva Olaya

Editor digital: macjaj  
Corrección de erratas: jascnet  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Para Fernando de la Torre.  
Ni un paso atrás. Ni para tomar impulso.*

# PRÓLOGO

En esta novela las palabras son como balazos y los sentimientos rasgan el papel como un sarpullido. La prosa de Claudio Cerdán tiene el escepticismo heredero de Hammett sazonado por la crueldad y en ocasiones, por el puro esperpento. Pero por más que la hipérbole se haga presente en el libro, todos somos capaces de reconocer el trasfondo social que subyace y que nos salpica continuamente como el ácido: Alicante, lejos de ser un oasis de ocio y esparcimiento, es el escenario en el que el río subterráneo del crimen y la corrupción nunca cesa de recorrer sus entrañas.

No caben medias tintas: o te apasionas con la historia y su devenir de personajes dislocados o la rechazas por dura y cortante. Pero nadie puede negar que las páginas que siguen son puro *thriller* en su esencia; así es cómo el autor ha querido contemplar las pasiones humanas de este policía y sus compañeros de aventuras, seres siempre esclavos de sus obsesiones y de sus frustraciones, muchas veces brutales. En el espejo deformado de la realidad en que se miran y respiran, *Cien años de perdón* nos impacta como un puñetazo en el estómago porque, al fin y al cabo, no dejamos de reconocernos en ella. Queda avisado, lector.

Vicente Garrido Genovés,  
director de la colección *OffVersatil Thriller*.

«Quien roba a un ladrón tiene cien años de perdón».

*Refrán popular*

«Lo que más deseaba, en realidad, era ser un buen policía.

Nadie pensaría que ello pudiera ser tan difícil».

PETER MAAS

*Serpico*

«Los errores cometidos por ignorancia con honrado propósito jamás serán de tan fatales consecuencias para el bien público como las prácticas de un hombre inclinado a la corrupción y de grandes aptitudes para conducir y multiplicar y defender sus corrupciones».

JONATHAN SWIFT

*Los viajes de Gulliver*

«—¿Cuánto hace que trabaja aquí?

—Ocho años. Me he despertado cada mañana con una pistola en la boca».

WARREN ELLIS

*Camino Tortuoso*

## LUNES, 20 DE OCTUBRE

**6:49**

Hay peores formas de morir. El ser humano se ha especializado en joder al prójimo de cualquier manera imaginable: envenenamiento lento por cianuro, ardiendo a lo bonzo, un tiro en el estómago, vomitando bilis y sangre al final de un cáncer, o la tortura aquella china de la gotita de agua. En cualquier caso, siempre habrá una forma peor de morir que ser atropellado por mi coche.

Detengo el vehículo y me enciendo un cigarro. Hay algo raro dentro de mí, porque decido bajar y mirar el cadáver en lugar de seguir la marcha. Me digo que es la edad, que me estoy volviendo blando. Después pienso que tal vez siga vivo y rematarlo no me parece mala opción. Tengo mi pistola reglamentaria en el costado. Para eso está la policía: para acabar con el sufrimiento de esta sociedad decadente.

Bajo del coche. Un camión pasa a toda pastilla por mi lado. No encuentro rastro de sangre, ni siquiera un cuerpo. Avanzo unos pasos. A un lado veo algo que se mueve, que se arrastra. Me acuclillo y saco el fusco. Lo toco con el cañón. Está vivo. Me mira con ojos oscuros y cansados, pero está vivo.

El gorrión intenta aletear. Cuando chocó contra mi parabrisas hizo un ruido acolchado y salió despedido hacia arriba. ¡Pop! Una pelota de tenis rematada por un Rafa Nadal con almorranas. En *Barrio Sésamo* llamaban a esto «una buena hostia».

Abre el pico pero no emite sonido. Quiere vivir.

—Deberías haber pensado eso antes de suicidarte, amigo.

Hay peores formas de morir que encontrarse conmigo, aunque ahora no se me ocurre ninguna. Busco una piedra para acabar con el sufrimiento de la criatura, pero entonces algo cambia. Su mirada se hace dura. Puede que sea mi propia imaginación. Estoy seguro de que se trata de eso, pero me gusta ese cambio de ánimo. Ahora el gorrión moribundo desea matarme. Quiere morir matando. No se va a rendir, estoy convencido. Es un guerrero mediocre, pero en el fondo quiere luchar.

—Esta será mi primera buena acción desde 1994 —digo antes de lanzarle humo a la cara.

Lo agarro con la mano y me lo echo al bolsillo. El puto bicho pelea, me pica con las pocas fuerzas que le quedan, intenta aletear. Ahora es mi prisionero. No sabe que su asesino está intentando salvarle la vida.

Me termino el cigarro mirando la ciudad. Algún poeta borracho podría asegurar que la Avenida de Elche es un ejemplo de travesía idílica. Es la carretera que une Alicante con la Vega Baja. Desde ella alcanzas el aeropuerto de El Altet, zonas costeras como Los Arenales del Sol e incluso los estudios de cine de La Ciudad de la Luz. Transcurre paralela al mar, con dos carriles para dar fluidez al tráfico y las



omnipresentes palmeras alegrando la vista del turista ocasional.

Pero, como todo en esta ciudad, está renegrido hasta la médula.

El asfalto luce destrozado, las calas son el vivo reflejo de un estercolero, y en cada palmera acecha una puta dispuesta a succionarte el alma «por solo veinte euros, mi vida, por diez más te dejo tocarme las tetas». Desde Federico Mayo hasta Óscar Esplá surge el más variopinto *self-service* de la prostitución: universitarias tan mezcladas con heroinómanas que ya ni se distinguen las unas de las otras, subsaharianas sin clítoris pero con cicatrices tribales en el rostro, rumanas que solo saben decir tres palabras y ninguna de ellas es para dar las gracias, el Genaro convertido en la mimetización perfecta de la mujer, travelos ominosos, gordos y esperpénticos vestidos como musas de cabaret, diosas pervertidas del exceso, de lo barroco, de la vulgaridad extrema. Fauna de callejón nocturno, de parque infantil alfombrado de jeringuillas, náufragos que olvidaron hasta su verdadero nombre y que un día terminarán por fundirse con la suciedad de las aceras, desapareciendo para siempre de un mundo en el que nadie les echará en falta porque otro heredará su esquina, sus clientes y su olor. El ciclo darwiniano recomponiéndose de las ruinas de lo que algunos se apresuran a llamar «vida» y otros denominamos «porquería».

Y entre la maraña de desechos y venas picadas, veo a Nelson Chávez: diecinueve años, vida de mierda, tan delgado que incluso su propia sombra hace más bulto que él; pulso de anciano, lóbulo frontal cocido; en su tabique nasal hay suficiente pegamento para engrasar un submarino.

Son casi las siete de la mañana y no hay tráfico, pero tengo que esperar un rato para cruzar los cuatro carriles. Los vehículos pasan a toda prisa levantando ráfagas de aire. Unos críos que se retiran le lanzan un bote de refresco al Genaro, que les desea un feliz cáncer de escroto a cada uno. La juventud actual no sabe tratar a las mujeres. Cuando por fin llego a la otra acera, nunca mejor dicho, el Nelsinho me espera con pupilas dilatadas. Todos me conocen y saben que correr no soluciona nada.

—¿Qué tal, Chavito? —Le aprieto la colleja y baja la cabeza.

—Señor Ramos, yo no he hecho nada.

—No me jodas, Chavito, no me jodas —le suelto de golpe y casi se cae de morros —. ¿Qué haces aquí, desgraciado?

—Nada, se lo juro.

—A mí no me jures que te parto la cara. ¿Qué? ¿Sigues pasando mierda? ¿Qué es ahora? ¿Polvo? ¿Jaco?

—Iba camino de mi casa, se lo ju... bueno, eso, que es verdad.

—Yo decido lo que es la verdad y lo que no. ¿Quieres saber lo que es la verdad? La verdad es lo que a mí me apetece escuchar en cada momento. Así que a ver si aciertas ahora, porque como tenga que meter las manos en tus bolsillos roñosos de yonqui, de aquí vas al hospital.

—Deja al chico, ¡por Dios! —grita el Genaro, a una prudencial distancia.

—No nombres a Dios con esa boca de chupar rabos, guapa —le guiño un ojo y

me giro de nuevo hacia Nelson—. Y tú, ¿me has entendido? ¿Sabes de qué hablo?

El chaval se derrumba. Un moco acuoso le cae desde la punta de la nariz y se lo seca con el antebrazo. Intenta tocarme pero le aparto la mano de golpe. La mandíbula le baila con movimientos espasmódicos. Se rebusca en el pantalón y saca una bolsa con rulas.

—No es mía, señor Ramos. No me haga nada, por favor. Si me la quita, me matarán.

Le golpeo en la cara con la mano abierta. El Genaro protesta desde la lejanía. Chávez cae al suelo de culo.

—¿Te parece bonito? —pregunto—. Vendiendo droga toda la noche. Eres un pedazo de mamón. Te dije que si te volvía a pillar te entrullaba.

—No, por favor...

—Te voy a contar lo que vamos a hacer: me vas a acompañar a la central y te voy a empapelar. Trafico de droga, menudeo, proxenetismo... lo que se me ocurra.

—Señor Ramos...

—Esos cargos son gordos. Prisión preventiva, chaval. Pero como soy un tío generoso, a las pocas horas te soltaré, ¿entiendes lo que digo? —Pausa dramática—. La peña pensará, joder, el Nelsinho ha cantado, ha hecho un trato con la policía para que no le manden al maco, el Chávez se ha ido de la lengua, es un confite, un chivato.

—Por lo que más quiera, señor Ramos...

—Ni señor Ramos ni pollas. No volverán a confiar en ti. Te mirarán raro. Y la próxima vez que te vea, te sonreiré, te daré una palmadita en la espalda y hasta un fajo de billetes. Delante de todo el mundo. ¿Quieres eso? —El crío se pone a llorar y niega con la cabeza—. Entonces dime para quién trabajas y me iré haciendo el paripé, ¿vale? Y aquí paz y después gloria.

Se limpia una nueva mucosidad, aunque llamarlo «limpiar» es exagerado. En realidad se restriega la napia contra el pantalón dejando un reguero de baba de caracol. Nelson Chávez asiente, levanta la vista y susurra:

—Farlopero López.

Sonrío.

—Buen chico, Nelsinho. Buen chico.

—¿Me puedo ir ya?

Le cruzo la cara con una nueva bofetada. Lo agarro por la pechera y lo levanto a pulso. Manos contra el muro, piernas separadas, registro minucioso. Lleva un puñado de billetes arrugados en un monedero de plástico.

—Vamos, Nelsinho —digo—. Disimula mejor, pedazo de imbécil. ¿O quieres que todas estas nobles ciudadanas sospechen de lo que hemos hablado?

Le meto un empujón que lo clava contra la pared del viejo almacén abandonado. Entonces se dedica a insultarme en voz alta. Buen muchacho: tal vez no tenga los sesos tan derretidos.

—Hoy es tu día de suerte, Chavito —grito para que todos me oigan—. Me llevo

esto como prueba —agito las pastillas y la pasta en alto—. La próxima vez que te vea vendiendo mierda, despídete de tu culo porque te lo van a reventar en Foncalent.

Cruzo de nuevo la calle y subo al coche. El Genaro se acerca a consolar a Nelson, pero este aparta sus uñas esmaltadas con un brusco movimiento. Definitivamente, los chavales de hoy en día no saben cómo tratar a las mujeres de verdad.

**9:07**

—¿Quiere que le hable de mi infancia?

—¿Quiere hacerlo?

—No —contesto acariciando al gorrión que dormita en el bolsillo de mi chaqueta—. En realidad no hay mucho que contar, pero suponía que todos los loqueros empezaban por lo mismo.

—Es posible, pero este loquero es diferente.

—Tal vez el que esté loco sea usted.

El doctor Cortés me observa tras la barba. Es un tipo de porte elegante que viste traje y corbata. Jefe del Psiquiátrico, amigo íntimo del alcalde, sin aspiraciones políticas conocidas. Tiene el entrecejo depilado y una manicura excelsa, con una alianza dorada en su mano izquierda que le ata al recuerdo de su viudedad.

—Esto no es una competición, señor Ramos —apunta algo en su informe con una estilográfica clásica—. Mi objetivo no es juzgar a nadie, sino evaluar. El Cuerpo Nacional de Policía me ha contratado para hacer un trabajo y confío en que obtendré su total colaboración. Aunque, si lo prefiere, puede tumbarse en el diván y contarme que a los diez años su abuela le metía desnudo en el gallinero para que las aves le picoteasen el culo.

Sonrío. No puedo evitarlo.

—Me cae bien, doctor Cortés.

—Llámeme Álvaro, por favor. Lo habitual es que nos tuteemos, pero si se siente más cómodo tratándome de usted, lo dejamos estar.

El despacho está decorado con un gusto aséptico. Es tan neutro que no puedes evitar sentirte en pelotas. Incluso la vista de la ventana es vacía y lejana, de tal forma que el gris se amolda a cada rincón del cuarto. Un reloj en la pared destaca entre una maraña de diplomas dispuestos irregularmente con el fin de impresionar a unos pacientes ya de por sí intimidados. Cualquiera pensaría que el doctor Cortés posee decenas de títulos, aunque la mayoría son de cursillos diversos.

—En su dossier observo que estudió Filología —indica—. Una curiosa carrera para un policía, tal vez incluso antagónica. ¿No se siente frustrado por no haberla ejercido?

—Me frustra que pierda el Real Madrid. La Filología solo me sirve para escribir informes sin faltas ortográficas.

Cortés asiente despacio. Tal vez piense que soy una persona profunda con un trabajo barriobajero, o una persona ilustrada en un mundo de sordidez. Tal vez piense que somos iguales.

—Tengo un amigo sociólogo, ¿sabe? —continúo—. Dice que no debería llamarle «doctor», que los psicólogos practican el intrusismo en su trabajo y que el colmo es que les elevemos al estatus de médico sin serlo.

—Como estudioso de la sociedad, sospecho que no comprende ni su propia disciplina. Dígale de mi parte que yo soy psiquiatra. De todas maneras esta vida es para los luchadores, ¿no le parece?

Pienso en el gorrión. Debería ponerle nombre.

—Luchar no sirve de nada si no vas a ganar.

—¿Se siente un ganador?

—Por supuesto. De lo contrario significaría que soy un perdedor.

—¿Se encuentra con muchos perdedores en el día a día de su trabajo?

Álvaro Cortés apoya los codos en la mesa de despacho. Yo me recuesto en la silla. Tal vez lo de tumbarse en el diván no es tan mala idea.

—Soy policía, doctor. Cada día me encuentro con personas que estarían mejor muertas.

—¿Las mataría?

—Me lo piden a gritos. Cada yonqui que veo con una hipodérmica clavada en los genitales está suplicando al mundo que se lo lleve. ¿Y sabe qué? Yo no puedo hacer nada porque no es mi trabajo. Algunos compañeros dan dinero a las putas para que los de Servicios Sociales no les quiten a sus hijos bastardos, pero al final soy yo el que tiene que identificarlas en una bolsa porque algún capullo decidió que sería más barato clavarle un destornillador en el cuello que pagar su tarifa de mierda. Así que no, no los mataría, porque cada día que pasa mueren un poco más y yo estoy harto de ver fiambres con las retinas carcomidas por las liendres.

El doctor rasca de nuevo el papel con la punta de la pluma. El silencio es tan absoluto que me parece escuchar como rayan un vinilo de The Beatles.

—¿Estoy suspendido?

—En absoluto —dice sin mirarme—. Aunque, cuando le he preguntado si estaba rodeado de perdedores en su trabajo, me refería a sus compañeros.

—Una pregunta trampa, ¿eh? De todas formas, debería contestarla usted, doctor, ya que está tratando a toda la plantilla.

—Mi opinión no es relevante en este momento. Me debo a la confidencialidad con mis pacientes.

—¿Confidencialidad? Pero si está anotando las respuestas para dárselas al comisario.

Me observa con ojos duros. Da golpecitos en la mesa con la estilográfica.

—En ese caso —continúa—, debo confesarle que algunos de sus colegas necesitarán tratamiento e incluso alguna jubilación anticipada. Otros directamente

son adictos a las drogas. Dicen que están sometidos a mucha presión en su trabajo, y no todos son capaces de soportarla. Así que, dígame, inspector Ramos, ¿se siente bajo presión en algún momento?

Rebusco en el bolsillo de la americana y extraigo un Camel. Cortés asiente con la cabeza y me señala un cenicero sobre el escritorio. Enciendo el cigarro y me levanto. El gorrión se agita.

—Sé de qué va todo esto, doctor. No soy tan ingenuo. Trabajo en Homicidios, tengo mucha responsabilidad sobre los hombros. No ya con la víctima, sino con sus familiares. Uno de mis primeros casos trató de una adolescente embarazada que pescaron en Barajas cuando intentaba pasar varias bolas de coca en el estómago. Una de ellas se le reventó dentro y la mató. Los de Emergencias consiguieron salvar al niño, pero le faltó oxígeno en el parto y hoy es un vegetal de trece años. —Echo una calada profunda y exhalo el humo por la nariz—. En aquella época yo trabajaba en Narcóticos en Madrid y nos dieron el caso. Cuando llegó el momento de enfrentarnos a los padres fue lo peor. La chica era su única hija, muy buscada durante años, y la creían una santa. Para ellos fue toda una revelación que su niña fuera una culera. Incluso les había ocultado su embarazo. Y, se lo juro, cuando me puse cara a cara con aquella familia destrozada, vi en sus ojos que necesitaban un abrazo. Por desgracia, soy policía y no quedó más remedio que interrogarlos a fondo. Incluso retuvimos el cuerpo casi cuatro días para hacerle la autopsia. Tuve que ir al entierro para comprobar que no acudían asociados conocidos. Entonces el padre de la chica se aproximó a mi posición, me puso las manos en los hombros y me dijo: «ha hecho todo lo que ha podido, se lo agradezco».

El pitillo me sabe a asfalto. Lo apago y me siento de nuevo ante el doctor.

—Pero no es cierto, ¿sabe? Es todo una farsa. Cuando yo llegué, la muchacha ya estaba muerta y su hijo tenía daños cerebrales. Nunca supimos para quién iba el material. Los culpables quedaron libres, y, lo más cachondo, la droga desapareció del almacén de pruebas. Y así terminó todo. Me dieron nuevos casos y esa chica quedó olvidada entre los expedientes.

—Pero usted la recuerda.

—Me llamó la atención, eso es todo. Esa familia necesitaba un abrazo, pero mi trabajo no es repartir consuelo. La gente piensa que somos como los policías de la tele, que dejamos de lado nuestra vida familiar por resolver un caso, que hacemos horas extra incluso en festivo. Pero no, la realidad es muy diferente. Somos pocos en la Judicial y no podemos involucrarnos en un caso porque cada día tenemos cinco nuevos. Cuando te has aprendido el nombre de una víctima te llega otro asesinato. Y si un caso no se resuelve a los pocos días, se archiva y hasta otra. —Me inclino sobre la mesa—. Así que sí, trabajo con mucha presión. Presión de los jefes, que lo quieren todo resuelto sin demasiados líos. Presión de los familiares, que esperan una justicia que pocas veces llega. Por eso siento mucho si hablo con esta frialdad de las putas, los yonquis o los capullos de mis compañeros que no saben ni atarse los zapatos. Lo

siento. Es la única forma de no volverme loco, de mantener a raya toda la mierda que nos rodea. Creo que los psiquiatras lo llamáis «bloqueos» o algo por el estilo. Puede que retraer la realidad como si no existiera no sea lo más cuerdo, pero créame cuando le digo que es necesario.

Cortés me evalúa en silencio. Tiene la mirada cansada, como si lo que le he dicho lo hubiera oído cientos de veces con anterioridad. Es entonces cuando sopeso la carga de mis palabras.

—Lo lamento, no debería haberle hablado así —digo.

—Creo que está a la defensiva —asiente—. No le hace ninguna gracia permanecer aquí y lo comprendo. Otros policías opinan lo mismo que usted, que mientras estamos hablando los violadores se dedican a cometer fechorías, aunque en realidad solo desean volver al bar y tomarse otro *gin-tonic*.

—Es... no sé, como si de repente me acusaran de algo que no he hecho. De verdad, espero que no repercuta en su informe.

—Puede estar tranquilo. Ser interrogado no es agradable. Pero esto no es un interrogatorio, sino una charla amigable. Sé que es un hombre recto, honrado y cabal, inspector Ramos. Solo tiene que demostrármelo.

—Entonces, ¿qué va a hacer?

—De momento, nada. Considero prudente tener una segunda sesión con usted. Así que, si le parece bien, nos veremos de nuevo pasado mañana.

—Se lo agradezco, doctor. Prometo venir con otro estado de ánimo.

—La vida se divide en luchadores y perdedores, inspector Ramos —escribe algo en el papel—. Cuando salga, pida una cita con mi secretaria.

Me levanto y me ajusto la americana.

—Es usted un buen hombre, doctor.

## 10:23

### N.º de atestado: 12.873-09.

Diligencias de prevención instruidas por los agentes con número de identificación profesional P-59 y P-23, adscritos a la Unidad de la Policía Judicial en calidad de Instructor y Secretario, respectivamente, hacen constar.

La víctima: Susana del Val Ochoa. 35 años. Enfermera. Dos hijos. Asesinada por su pareja a las 4.35. El marido: José Ripoll Escudé. 37 años. Camionero. Antecedentes por venta de droga. Separados desde abril. Orden de alejamiento de 1.50 metros. Aún compartían el domicilio conyugal. El hijo mayor, de 14 años, escuchó ruidos en el dormitorio. Cuando entró, su padre machacaba la cabeza de Susana con una lamparita de noche que está de oferta en el Ikea.

J. R. E. pasa a disposición judicial. Antes de ir a prisión pasa por la enfermería porque el muy imbécil se golpeó un dedo con la lámpara. Los críos se quedan con la abuela materna. Los agentes incautan: varios gramos de cocaína, una esclava con la cruz gamada, una lamparita manchada de sangre usada como objeto contundente. Casa precintada hasta nueva orden.

Todo pasa a disposición judicial. Caso cerrado.

**N.º de atestado: 12.877-09.**

Diligencias de prevención instruidas por los agentes con número de identificación profesionales P-59 y P-23...

Una violación que se fue de las manos. La víctima, sin identificar. Mujer de rasgos sudamericanos, 1.67 metros, uñas esmaltadas de negro. Encontrada a las 7.37 en un solar de la calle Rubens. Un obrero de la empresa Reina Edificaciones entraba a trabajar con el fin de comprobar los cimientos colocados el día anterior cuando encontró a la chica desnuda de cintura para abajo.

Desplazados los agentes P-59 y P-23 precintaron la zona y comprobaron que: la víctima sangraba por el recto, tenía la cara destrozada a golpes y una media atada a las muñecas. Interrogados los vecinos, ninguno oyó ni vio nada. Desplazado el juez Morales, ordena levantar acta y cadáver.

Autopsia practicada por el forense Luis Dólera. Sin sorpresas: agresión sexual, magulladuras en las muñecas, traumatismo craneoencefálico severo como posible causa de la muerte. Hora del óbito: 3.45 a 4.45.

Todo pasa a disposición judicial. Caso abierto.

**N.º de atestado...**

Levanto la vista de los informes. El gorrión se agita en su nuevo hogar. Hablé con Felipe, el que se ocupa del almacén de objetos requisados, y me pasó una jaula que alguien usó para abrirle la cabeza a otro y el juez nunca requirió. Así que ahora luce sobre mi mesa contraviniendo varias ordenanzas municipales sobre tenencia de animales vivos en dependencias públicas. Me importa poco: si a alguien le molesta, que me denuncie a la Policía. Ya me ocuparé después de traspapelar el expediente.

Marc entra en la oficina y se sienta a mi lado.

—Llegas tarde —digo.

—Lo sé, lo sé. Había un atasco asqueroso. Daban ganas de poner la guinda y salir pitando. ¿Eso es un pájaro?

Marc Fons, treinta y un años, seis de ellos en la policía. Estuvo infiltrado entre neonazis del Atlético de Madrid casi nueve meses. Consumió porros con el permiso tácito del Estado y hasta algunas rayas. Cuando los más viejos del lugar empezaron a sospechar de aquel chaval de metro noventa con músculos de gimnasio, tocó sacarlo de allí. Gracias a su trabajo se dismanteló una banda de butroneros y se descabezó una célula de extrema derecha. Se convirtió en el héroe de la semana. Incluso le propusieron escribir un libro, pero el Fonsi es demasiado bruto incluso para ordenar sus propios pensamientos. Después de aquello le tuvieron que alejar de la capital para evitar posibles represalias. Eligió como destino Alicante, una ciudad que esperaba tranquila y soleada pero que encontró artificial y corrupta. Desde hace dos años es mi compañero, lo cual es una suerte, ya que no discute que yo soy el cerebro y él, la fuerza. Su lema es «una patada en la cabeza es como dar cabezazos a los pies».

—¿Qué tenemos esta mañana, Antonio? —pregunta.

—Papeleo de ayer —cuento los expedientes—. Siete casos. Voy por el tercero. De momento, violencia conyugal y una violación, ambas con fiambre.

—Pero oye, en serio, ¿eso es un pájaro?

—Se llama IkerCasillas.

—Es un nombre de mierda.

—Lo mismo se lo cambio.

—¿Y qué hace aquí?

—Hoy casi me lo cargo.

—No sabía que tuvieras sentimientos.

—Eso es falso: a veces siento frío y otras, siento calor.

—Claro, pero esto es... no sé... ¿humanidad?

—Le quise rematar con una piedra, pero me sobornó para que no lo hiciera. Creo que me confundió con un guardia civil, pero me gustó su carácter y lo adopté.

—Vamos, que tienes conciencia y todo. Joder, ¡qué bien lo has disimulado todo este tiempo!

—Mentir es barato.

—Hablando de mentirosos, ¿no era hoy cuando te tocaba la revisión con el loquero?

—Cállate.

—¿Por qué? ¿Qué te ha dicho?

—Más bien qué le he dicho yo. —Cierro la carpeta de cartón—. Se me fue la pinza, Marc. No sé en qué estaba pensando. Me puse hecho un bruto delante de un psiquiatra.

—Joder, Antonio.

—El doctor Cortés va a hacer la vista gorda. Tengo que volver la semana que viene.

—Tú contéstale a todo como si estuvieras en el ejército. «Sí, señor; no, señor, lo que usted ordene, señor»... Si te dice que hagas flexiones, tú le respondes sí con los nudillos o con el cipote. Así pasé las pruebas mentales para lo del Atlético. El primero entre cinco aspirantes que cumplían con los requisitos.

—Me lo has contado mil veces, Marc.

—Bueno, pues vamos a hacer una cosa. Yo me ocupo de los papeles y tú te tomas un carajillo bien cargado y te fumas un pito, ¿vale?

—¿Pero es que de repente sabes leer o qué? —me burlo.

—Me compro cada mes la *Playboy* y a veces incluso miro las letras, señor inspector.

Me dedica un saludo marcial. Yo me estiro en la silla y me incorporo con cansancio. Alrededor todo es jaleo. Al fondo se observa la cola de idiotas que esperan para renovar el DNI justo al lado de los ilegales que aspiran a regularizar su situación. Algunos compañeros tienen muy clara su vocación de funcionario y curran lo menos posible y, si les miras fijamente, te das cuenta de que incluso caminan hacia atrás. Martínez grita por el teléfono y después se pone rojo y asiente con la cabeza pese a que su interlocutor no le pueda ver. El tablón de anuncios enseña a los más



buscados de ETA junto al listado de seleccionados para jugar el partidillo contra los civiles y de un aviso de paso de autoridades.

La puerta del comisario está abierta. Me asomo por el quicio, pero el jefe no está en casa. El despacho luce decorado con todas las menciones y premios que ha recibido la comisaría. Sin embargo, no hay una sola foto de su familia. El tío es un auténtico megalómano esquizofrénico y cree que si alguien reconoce el retrato de su mujer o sus hijos podrían surgir problemas. Los trileros no tienen nada mejor que hacer que ir a husmear en la entrepierna de la mujer del mandamás. En la plantilla sospechamos que lo que intenta evitar es que nos la casquemos en los aseos pensando en los pechos siliconados de su señora, aunque en realidad ya es demasiado tarde. Diablos: machacármela pensando en ella es lo más parecido a mear en la cara del jefe que voy a hacer nunca.

La cafetera de la comisaría está conectada a una tubería de aguas fecales, que le da el sabor al cortado, o eso dedujo nuestro mejor detective. Coloco el vaso y agarro una cucharilla de plástico. Martínez se desliza a mi lado con la habilidad de una víbora en celo.

—¿Te has enterado, Ramos?

Es una de esas personas que comienza las conversaciones con preguntas de las que solo él conoce la respuesta. Al principio le solía responder con «no, dime». Ahora le ignoro y espero que mi silencio sea lo bastante elocuente para que siga hablando.

—El Zorro está en la ciudad.

—¿El actor?

—Como lo oyes. Han llamado del Hotel Meliá para que le pusiéramos una escolta. Joder, ni que fuera el Ministro de Cultura. Les he dicho que el Cuerpo no está para hostias. Si se le acercan un par de chavalas salidas, lo mejor que puede hacer es tirárselas.

—Ese tío es un capullo, pero a mi hija le gusta.

—Pues pídele un autógrafo.

—¿Y qué coño hace en Alicante? ¿Se ha cansado de las *groupies* de Hollywood?

—Está buscando localizaciones para su nueva película. La va a rodar en los estudios de La Ciudad de la Luz. Creo que ahora le ha dado por dirigir, ¿sabes?

—Mejor. —Brindo con mi vaso de plástico—. Como actor daba pena.

Arrastro el café hasta la calle, junto a desgraciados que llevan durmiendo durante días a la espera de un papel que nunca les llegará. No sé quién crea esos falsos rumores, pero los senegaleses están bien convencidos.

Enciendo un cigarro. El ruido del tráfico resuena en mi cabeza cuando veo aparecer a Pilar Hurtado. Es la roja de la comisaría, así como suena. No sé cómo una persona con sus ideales puede dedicarse a luchar contra el crimen. El 90% de los compañeros tienen muy claro de qué parte de la justicia están. Yo solo pienso en mí, soy del Partido Nihilista. Daremos la sorpresa en las próximas elecciones.

—No te encontraba —dice.

—Ya te lo dije la última vez, cariño. Tienes que olvidarme, soy un hombre casado.

Una noche se apuntó a una fiesta con otros compañeros. Acabó tan borracha como yo y, diablos, eso de que los polos opuestos se atraen es cierto. Cuando recuperé la razón, me estaba trabajando su intersección. Desde entonces le recuerdo su desliz cada vez que puedo. Ella, «la Gran Feminista», está tan avergonzada que jamás dirá media palabra a nadie y, por qué no reconocerlo, me gusta verla cabreada.

—Ignoraré ese último comentario. —Le suben los colores, como decía mi abuela —. Hemos recibido un aviso. Un crío flotando en el puerto.

—Ocúpate tú.

—Dios, eres tan... obtuso. —Me planta un par de folios en la cara—. Le han identificado como Nelson Chávez. Creo que es uno de tus confidentes.

Trato de poner cara de póquer, pero es inútil. Tiro la colilla al suelo y miro la hoja manuscrita. Una foto de Nelsinho corona el documento.

—Yo me encargo —susurro.

—De nada, capullo. —Y se aleja.

## **11:34**

Hay un bar en Pascual Pérez que cobija a más policías que la propia comisaría. Se llama Tasca PP, por las iniciales de la calle, aunque más de una vez ha sufrido ataques de grupos antifascistas.

Hace unos meses, Tomás, el dueño, se compró un flamante BMW. Lo aparcó en la puerta del garito y a los diez minutos se lo habían robado. Lo localizamos a las dos horas. Conducía un crío de dieciséis años que, según contó, lo había encontrado abierto. Al parecer, el imbécil del Tomás había cerrado el coche con el mando a distancia olvidándose del inhibidor de frecuencia que tenemos en la comisaría. Desde entonces, cada vez que se lo recordamos clama a los nueve infiernos y asegura que el crío le reventó un cristal, pero que lo arregló antes de que le detuvieran, por lo que el fallo había sido del Cuerpo.

En otra ocasión entró un yonqui en hora punta dispuesto a llevarse todo lo que hubiera en la caja. El tío iba tan puesto de jaco que no se enteró de que el local estaba a reventar de uniformados. No tardamos ni tres segundos en reducirlo. El Martínez, que es un cachondo, perpetuó con el móvil el instante en que le ponían los grillos. En la grabación se aprecia la cara de panoli del drogata que, con ojos idos, pregunta «¿pero cómo habéis llegado tan rápido?». El vídeo pasó de mano en mano hasta llegar a las mismas zarpas del comisario, que lo colgó en Youtube.

El PP es un sitio con personalidad. Nada de esos bares demasiado reformados que se hacen llamar cafeterías, ni ese olor a fritanga característico de los locales de

taxistas. Una barra de aluminio muy gastado para brillar, taburetes anclados al suelo y ocho mesas cuadradas con sillas de plástico negro que, además de incómodas, son horribles. Las losetas del suelo son añiles de tanto que las han fregado. Menú de bocadillo frío, aunque si le insistes te calienta el jamón y, en un alarde de saber estar, de *marketing* a la vieja escuela, la Carmencita detrás de la barra enseñando su escote isleño hasta el tercer botón de la camisa. Ella dice que estudia para actriz, pero todos sabemos que antes protagonizará una porno que una obra de barrio.

La niña tontea un poco con Marc antes de mirarme. Se saca un *BIC* del pantalón más estrecho que imaginarse pueda y no duda en chuparlo delante de nosotros. Se inclina sobre la mesa para tomar nota, mostrando la pechuga colgante, natural, dura, de pezones empitonados incluso los días más calurosos de verano. Le pedimos el almuerzo y se aleja meneando el culo como las profesionales de verdad. Fons va a decir alguna chorrada cuando se percata de que no estoy para bromas. Entonces endurece el gesto y se acerca en plan confidencial.

—El tema es el siguiente —le digo mientras enciende un cigarrillo—. Me encontré con ese capullo de Chávez esta mañana. Le había perdido el rastro desde hacía tiempo. Le decomisé una bolsa de rulas que tengo en la guantera y le di las dos hostias reglamentarias.

—¿No has bajado las pastillas a pruebas?

—¿Es que no me escuchas, Marc? Le he metido cinco palos delante de una marabunta de putas y travelos. Y a las cinco horas aparece muerto el muy cabrón. No hay demasiada mierda, pero sí la suficiente para que me salpique.

—Las chicas no dirán nada. Te tienen miedo.

—Pero también tienen la oportunidad de joderme, y dudo mucho que la dejen escapar. La próxima vez que las pille por banda, me pedirán un favor a cambio de no abrir la boca sobre el caso Chávez. Macho, incluso si las detiene otro vendrán a mí para que las saque del lío.

—¿Y qué propones que hagamos?

—Encontrar al imbécil que se ha cargado al Nelson. Hagamos ruido, desviemos la atención del hecho de que fuera mi confite. Rompamos un par de cabezas y démosle al juez un culpable creíble.

—Eso está hecho. ¿Por dónde empezamos?

—Chávez dijo que repartía material de Farlopero López. Lo conozco. Es un capullo que se cree inteligente pero que solo tiene suerte. No mantiene contactos con el resto de la escoria de la ciudad, lo que le hace invisible y muy escurridizo. Tuvo su época de auge hace unos años cuando inventó la cocaína mentolada.

—He oído hablar de ella. Te despeja la nariz.

—Ahora pasa chocolate, supongo que a través de correos no fichados.

—¿Crees que ha sido él?

—No lo sé. Lo único que tengo claro es que se va a comer el marrón enterito.

La Carmencita regresa con los bocadillos. Remolonea un poco alrededor de los

hombros de Marc, pasando esos dedos de amasar que Dios le ha dado por el pectoral de mi compañero. Si no fuera tan calentorra le ponía un chalé con piscina, ya lo creo que sí.

—¿Cuándo nos vamos de fiesta a Gandia, guapo? —Mordisquea el aire con un acento canario capaz de resucitar la próstata de los octogenarios—. Aún me debes un baile.

—¿Y qué diría tu novio, Carmen? —interrumpo.

—Ese no se entera, Ramos. Además... —Acaricia la cabeza de Fons, escurriendo los dedos por su peinado militar—. Marcos es más fuerte. Mira qué bíceps tiene.

—Lo he visto desnudo más veces que su madre, encanto.

—Inspector, por favor —murmura él.

—Otra cosa es que le dé permiso para bajarte el tanga, ¿sabes? Porque el Marc hace lo que yo le ordeno.

—Ramos, coño, que me jodes el plan.

—¿Pues sabes que te digo? —Se pone digna—. Que no hará falta que me baje el tanga porque no llevo. Pero tú no te preocupes, Antonio, que yo te hago un favor cuando tú quieras. Y sin cobrarte, no como tu mujer.

Me río con la boca llena. Carmencita se golpea dos veces en la cadera y se dirige de nuevo hacia la barra. Marc está tembloroso. Creo que la chica le gusta de verdad, y no le culpo. Ahora mismo, medio bar tiene la palanca que no les cabe en los pantalones.

—Me trae de cabeza, Antonio —contesta Fons—. Por cierto, ya que ha sacado el tema la Carmen, ¿cómo vas con tu mujer?

—La muy idiota sigue con esas ideas metidas en la cabeza. Que si Zox esto, que si Zox lo otro. Joder, no podía meterse en los Testigos de Jehová como todo el mundo, sino que se tiene que ir a una secta de las de antes.

—Es una putada, colega. Nosotros tuvimos un follón de los gordos en Madrid con un cabroncete que iba de gurú. Lo único que hacía era tirarse a quinceañeras prometiéndoles el cielo. Las llamaba «sus ángeles», pero en realidad eran su harén particular. Lo pillamos cuando dejó embarazada a una de trece años, y ni por esas nos libramos de las manifestaciones.

—¿Estás insinuando algo?

Fons deja de masticar.

—No, solo quería decirte que es complicado demostrar que es una secta. Te pueden soltar que es una religión, una creencia o, simplemente, un grupo de amigos.

—Pues no ha sonado a eso. Yo he entendido otra cosa.

—¿El qué?

—Que mi mujer se abre de piernas para ese Zox.

Sigue sin masticar, pero ahora traga lo que tiene en la boca.

—Antonio, ya sabes que yo no...

—No me jodas, Marcos —le grito—. ¿Te crees que no sé cómo funcionan estas

mierdas? Si lo consiento es porque la bruja está más tranquila. Necesitaba algo para entretenerse y lo ha encontrado. Lo que ocurre es que ahora no tiene otro tema de conversación que no sea el tal Zox. «Que si Zox le llevará en un platillo volante a Ganimedes, que si Zox depositará el conocimiento en una urna interplanetaria, que si Zox cagó una sandía sin pepitas»... Estoy del Zox hasta los innombrables. Eso sí, en el momento que piense en darle dinero a ese cabrón, se acabó el juego. Yo mismo iré a romperle las piernas a ese fornicador. —Pienso lo que he dicho durante un instante—. ¿Ves lo que has conseguido? Me acabo de imaginar a mi Beatriz chupándole el rabo a ese cretino.

—Lo siento, tío.

—Da igual. Se me ha quitado el hambre. —Arrastro la silla y me incorporo—. Venga, paga que nos vamos.

—¿Cuál es el plan?

—López tiene una funeraria que le sirve de tapadera —continúo—. Le he metido caña a Dólera para que se dé prisa con la autopsia pero fijo que tarda. Así que nos vamos a visitar a ese genio de Farlopero López.

—¿Y si no sabe nada?

Sonrío. Tan grande como es Marc y lo poco que rige en algunas ocasiones.

—Si no es él, lo será. Necesitamos un culpable y por mis cojones que si no lo encuentro me lo invento.

## **13:59**

Funeraria El Salvador. Ubicada en una calle demasiado céntrica para ser rentable. Especializada en repatriación de cadáveres, opción de autopsia privada por parte de un médico argentino y católico, maquilladoras profesionales y servicio personalizado. Cuenta con horno crematorio, salas de tanatorio y venta de ataúdes y lápidas. Catálogo de mausoleos privados, descuentos por familia numerosa, presupuestos sin compromiso. Morir nunca fue tan económico.

El aparcamiento en Alicante es un absoluto desastre. Donde no hay zona azul es porque la han pintado de verde. Cada cochera cuenta con uno o varios vados permanentes y algunos incluso cuelgan el cartel de «Se avisa grúa». Fons deja el coche en doble fila y bajamos. Aunque vamos de paisano, los transeúntes parece que nos huelen y se apartan de nuestro camino. El gordo más descomunal que se haya visto jamás sale jadeando de la funeraria. Camina ayudado por dos muletas y suda a chorros pese al fresco de octubre.

El interior es un muestrario de cruces e imágenes de la Santa Faz. Cristos de cobre que pronto robarán los chatarreros, grabados personalizados de la Virgen del Sagrado Corazón, lápidas estándar que convierten los cementerios en adosados, todos iguales, alienados, como los apartados de correos o las vaginas desgastadas de las

*madames* de prostíbulo. Avanzamos entre la colección de santos marmóreos haciendo caso omiso a la cartelera llena de indicaciones que conducen a las salas de plañideras y alcanzamos una puerta con cristal. Tras ella, Farlopero López nos observa desde los mandos de su Xbox. Es un capullo alto y delgado de unos treinta y cinco años, con perilla chochera y pelo largo recogido en una cola de caballo grasienta. Le acompañan un par de fulanas adolescentes y, vegetando en un sillón, un tipo demasiado consumido por sí mismo se tapa con una bata de médico que alguna vez fue blanca. Un televisor de plasma obscenamente grande conectado a un equipo de música y una mesa de centro a rebosar de DVD completan tan variopinto bodegón.

—Buenos días, señoritas. —Las aparto del sofá de varios empellones y me siento al lado de López—. Espero que no interrumpamos nada.

Farlopero les hace un gesto con la mano y las chavalas salen por la puerta. Marc las escruta de arriba abajo, pero se mantiene firme en el vano. López aún tiene el valor de ignorarme durante unos instantes en los que se dedica a guardar la partida.

—Un segundo —dice—. Me acabo de pasar a un jefe final y toca salvar la partida. No sabes cómo me ha jodido este bicho. Me faltaban balas para matarlo y he tenido que arrearle con un pico que llevo.

—Menos hostias, López. —Golpeo el mando y cae al suelo—. Sabes quién soy, así que no me toques la moral.

El tipo del asiento contiguo tose y regurgita un esputo blanquecino que luego vuelve a tragar. Al menos ya sabemos que está vivo, porque su estado exterior indicaba lo contrario. Fonsi camina por la sala de estar y revisa la colección de películas piratas.

—Vale, tío, tranquilo —continúa López—. Las prisas no son buenas. ¿No has oído lo de la liebre y la tortuga?

—No, pero he oído la fábula del gilipollas que se llevó una paliza por listillo y aquí mi socio estaría encantado de contártela. —Señalo a Marc con la cabeza y este asiente con una sonrisa socarrona sin levantar la vista.

—Vale, vale. No hace falta ser hostiles. Haz el amor y no la guerra. Venga, decidme en qué os puedo ayudar.

—Nelson Chávez.

Se lo suelto de golpe, esperando su reacción. El tío ni se inmuta.

—¿Qué queréis saber de él? Hace meses que no lo veo.

—No nos mientas, joder —salta Marc—. Se me va la mano cuando alguien me miente.

—Tranquilo, Fons. Dejemos que este capullo se explique antes de empapelarlo por matar a Chávez.

En esta ocasión muestra sorpresa contenida. Pestañea un par de veces intentando asimilar la información. Después cruza los dedos de las manos, se inclina hacia delante y mira al suelo. Ya sabe que vamos en serio.

—Está muerto y sabemos que pasaba droga para ti. Así que dinos lo que sepas

ahora que aún somos amigos.

—Joder, tío —murmura—. Yo no he sido. No sé nada de ese asunto. Y que trabajaba para mí, eso era antes. Hace unos meses le dije que no volviera por aquí. El chaval consumía el doble de lo que vendía. Aún me debe cinco mil.

—Así que te debía pasta —digo.

—Móvil económico —interviene Marc—. Todo cuadra, inspector.

—Te lo cargaste por el dinero, ¿verdad?

—Vamos, confiesa y tal vez podamos hablar a tu favor ante el fiscal.

—¿Qué? —López se coloca a la defensiva—. Yo no he matado a nadie.

—Tal vez hayas mandado a alguien a hacer el trabajo.

—Tu amigo el Tuerto. Estoy seguro de que se lo ordenaste a él.

—A ver, a ver. —Se pasa las manos por la cabeza—. Entiendo lo que queréis demostrar, pero yo no he tenido nada que ver. Nelson le debía dinero a medio Alicante. Cualquiera podría haberle matado. Lo único que os puedo decir es que ya no trabajaba para mí. El crío se fumaba la mercancía y me devolvía las colillas. Le di la patada y no volvió por aquí. No sé qué más contaros.

—Dinos la verdad, joder.

—¿Prefieres que lo hagamos oficial y vayamos a la comisaría? —pregunto—. A los diez minutos tendremos una orden del juez para registrar tu antro. Y te juro por lo más sagrado que miraremos hasta en el culo de los fiambres. Tal vez no encontremos nada, pero te cerraremos el negocio y entonces serás tú el que tendrá que dar explicaciones a tus socios, así que más te vale cantar y hacerlo rápido. Si tú no has sido, ¿quién? Vamos, dame un nombre.

—¡Dios!, pero yo qué sé. Lo único que supe de él es que aparcaba donde los travestis de la costa. Pregunta allí, tal vez sepan algo.

El silencio se instala en la sala en el mismo instante en que se escucha la puerta de la entrada cerrándose. Unos pasos avanzan hacia nuestra posición. Marc se echa mano al cinto, preparado para lo que pueda pasar. En ese instante aparece el Tuerto. Metro noventa de cabrón cíclope, ojo izquierdo de cristal roñoso, traje de chaqueta que apenas puede contener su musculatura de morlaco. Cojea de la pierna derecha y parece más viejo que la última vez que nos encontramos.

—¿Qué pasa aquí? —pregunta.

Nuestras miradas se cruzan y en ese momento parece que estamos solos en la habitación, igual que en las películas de enamorados de serie B. Tuve negocios con el Tuerto hace un tiempo. Primero intentó chantajearme, pero al final fue él quien me soltó los billetes a mí. Después el tío se lo montó bien y ha seguido limpio trabajando de segurata y otras cosas. Al menos, esa es la tapadera oficial. Esta es la primera vez que nos encontramos desde aquel entonces.

—Nelson Chávez ha muerto —explica López—. Buscan a su asesino.

Marc ni se mueve. Se mantiene a una distancia prudencial. El Tuerto tensa la mandíbula. El vegetal del sillón se agita entre temblores y luego vuelve a quedarse

inmóvil.

—Aquí no encontrarás la respuesta —dice Durán—. Mejor marchaos.

—Nosotros somos los que decidimos cuándo nos vamos y cuándo nos quedamos.

—Deja que hable yo, Fons —interrumpo.

—Sabes tan bien como yo que no teníamos trato con ese capullo de Nelson —continúa el Tuerto—. Cada segundo que seguís aquí es tiempo que estáis perdiendo.

Abandono mi lugar junto a Farlopero López y me encaro a él.

—La primera vez que nos vimos acabamos a hostias —le recuerdo.

—Cuando quieras, Mierda de Perro —contesta.

Mierda de Perro. Mi apodo, un mote no buscado, el sobrenombre que susurran a mis espaldas los compañeros de la comisaría. Debería perder la calma, pero es el momento de tener la cabeza fría. Lo principal es maquillar mi relación poco amigable con Chávez, no echar más leña a la hoguera. Abrir diligencias contra López sería demasiado engorroso y, pese a mi desparpajo barriobajero, darme de palos con Durán es perjudicial para la salud y para la dentadura.

—De acuerdo —capitulo—. Sois buena gente. Estoy seguro que colaboráis con varias ONG y hasta tenéis un par de críos apadrinados. Pero si por lo que sea os enteráis de algo, más os vale que perdáis el culo por contármelo, o seré yo el que os lo reventará. ¿Entendido, figura?

—Asusórdenes misargento —se burla.

—Vámonos, Fons. Son gente de bien.

—Nos las tenemos que ver, amigo —amenaza al Tuerto mientras sale y este le lanza un beso.

Farlopero López recoge su mando de la consola y sigue jugando. Durán nos vigila con su única pupila mientras nos dirigimos a la salida. En la lejanía siento su rencor acumulándose, borboteando en la comisura de sus labios, hirviendo en sus sienes y friéndose en su interior.

Marc no dice nada en todo el trayecto hasta el coche. Al llegar, un camionero pita sin cesar porque no puede pasar. Ha creado un tapón de varias calles. Le muestro la placa y aún presiona la bocina con más fuerza. Ya no se respeta a las fuerzas de la ley.

Arrancamos y damos vueltas en círculos. Pasamos varias veces por delante de la Funeraria El Salvador. Un coche de bomberos pasa a toda pastilla con las sirenas encendidas. Al pararnos en un semáforo, Fons golpea el volante con los puños cerrados.

—Tranquilo —le calmo—. Es mejor no tenerla con esa gente.

—Nos han intimidado, Antonio. Deja que vuelva dentro y le parta la cara a ese viejo.

—Ese viejo acabaría contigo aunque le faltase el otro ojo. Hazme caso, lo conozco. Saben que podríamos haberles jodido, y bien. Ahora están en deuda. La próxima vez que nos veamos serán más receptivos.

—¿Y Nelson?



—Buscaremos otro cabeza de turco. Necesitamos a alguien más lleno de mierda, a quien se le relacione directamente con Chávez.

—¿Volvemos a comisaría?

—No. —Enchufa la emisora—. Vamos a enterarnos de dónde vive el Genaro.

## 17:12

Toc-toc.

Abre un tipejo en camiseta de tirantes. Tiene pelo hasta en la parte interior del brazo y tal vez incluso en la palma de las manos, aunque, ironías de la vida, está más calvo que el culo de un mandril. Bolsas bajo los ojos, cicatrices en las venas, demasiado obstinado para dejarse morir por aburrimiento. En cuanto nos pone la vista encima sabe de qué palo vamos e intenta cerrar de un portazo. Marc empuja con el hombro y lanza al parásito al interior de la vivienda.

—Largo de aquí —balbucea—. Conozco mis derechos, pasma. Necesitáis una orden del juez.

—Servimos y protegemos al ciudadano, gilipollas —le explico—. Hemos oído gritos de auxilio provenientes de esta vivienda.

—¿Qué? ¡Eso es mentira!

—Mira, imbécil —tercia Fons—, deja de llorar y quédate quietecito en ese rincón o te parto los pocos dientes sanos que te quedan.

El rincón: un estercolero grisáceo donde se amontonan cajas de *pizzas* vacías junto a una colección de litronas. El resto de los escasos 40 m<sup>2</sup> se componen de un sillón con marcas de cigarrillos en los cojines, periódicos pavimentando el suelo en su totalidad, ventanas tapadas por cortinas tan gruesas que más bien parecen mantas. La televisión está tan fuerte que la chica del telediario grita las noticias. Una mesa de centro calzada con una cuña cobija a un niño de un par de años que juega semidesnudo a chupar las pilas de un mando a distancia.

Marc agarra del cuello al panoli. Registro la casa con celeridad. Un cuarto de aseo donde se acumulan las cucarachas y el papel de plata quemado sobre charcos de orines. En la cocina, los platos sucios forman una pila hasta el techo, mientras que el congelador está desenchufado y el agua chorrea sucia por una puerta otrora limpia. Un dibujo infantil cuelga de un imán de propaganda, una luz en mitad de la sordidez. Regreso al salón y recojo al crío. No se queja cuando le quito la pila que chupaba. Para mi sorpresa, está tan limpio y huele tan bien que contrasta con la pocilga donde le ha tocado vivir. El capullo de tirantes protesta y Marc le calma apretando la mano contra el cuello. Un dormitorio decorado con el mismo gusto que el resto de la infravivienda completa el apartamento. Hay un colchón en el suelo con las sábanas amontonadas junto a una de esas jaulas para bebés que se pusieron de moda hace unos años. Dejo al crío y enseguida se dedica a chupar un sonajero.

Ni rastro del Genaro. Regreso junto a mi compañero. El hombre lobo tiembla de pies a orejas, pero aun así se frota su peludo cuerpo con las también peludas manos.

—Luz —pregunto—. Quiero hablar con ella.

—Aquí no vive ninguna Luz.

—El Genaro, coño. —Fons empuja al tipo y su cabeza choca contra la pared.

—Tú eres su maricón, ¿verdad? —intervengo—. El capullo que, además de sangrarle la poca pasta que gana chupando pollas, le da por culo cuando vuelve.

—No sé de qué hablas.

—¿Y el crío? —Levanta la cabeza—. ¿Lo ha parido el Genaro?

—Yo creo que lo ha robado del hospital. —Marc le aprieta el cuello simulando un estrangulamiento—. ¿Has matado a su madre? ¿Es un secuestro?

—Es... —El pobre desgraciado apenas puede articular palabra—. Es mi hijo... mi hijo...

—Y la madre el Genaro, no te jode.

—Va, ponle los grillos. —Hago que Fons le suelte—. Este cretino va a vérselas con el juez de menores. Te van a quitar la custodia, ¿me oyes? —El tío mira al suelo—. El chaval se va a criar en un orfanato hasta los dieciséis. Con un poco de suerte lo adoptará una familia del Opus, o lo mismo se pasa toda su vida de acogida en acogida, pero lo que te juro por mis muertos es que tú no lo vas a volver a ver jamás.

—¡Conozco mis derechos! —repite, esta vez elevando la voz más que el telediario—. ¡Esto es ilegal!

—Eso explícaselo a Asuntos Sociales. —Le engancho de los pelos del sobaco—. El Genaro, coño. ¿Dónde está esa puta?

El tipo guarda un mutismo absoluto. Las noticias vociferan que el empresario ruso Yaroslav Sokol invertirá varios millones en campos de golf. Marc hace chasquear los nudillos. Niego con la cabeza. Empujo al tipo contra el sillón y lo siento a pescozones. Me coloco a su lado y paso un brazo por el respaldo.

—Como quieras. Dile adiós a tu hijito. Esperaremos aquí a que venga el Genaro o la asistente social. No tengo prisa, ¿sabes? Dentro de un rato van a poner los deportes. ¿Qué? ¿Eres del Madrid o del Barça? Ah, no, espera, que eres un desviado y a vosotros no os gustan estas cosas. Os chifla vestir a muñequitas o darle por culo a los perros, ¿no es así?

El calvo se mira las rodillas sin responder a mis provocaciones. Marc registra la casa a patadas. Baratijas en los armarios de la cocina, CD piratas en una bolsa, cinco microondas en cajas apiladas tras la puerta del baño, una foto de la familia feliz. Fons me la pasa y se la enseña a nuestro anfitrión.

—Mira qué casualidad. ¿Ves esto? Eres tú y el Genaro. ¿Dónde os la hicisteis? Parece Tabarca. Mi mujer se empeñó el año pasado en hacer turismo por Alicante, ¿sabes? Llevamos casi diez años en esta ciudad y no habíamos visto ni el Castillo de Santa Bárbara, ni Terra Mítica. Fue un día de mierda, la verdad, pero vosotros disfrutasteis. Incluso tenéis fotos.

En ese momento el Genaro aparece por la puerta. Porta dos bolsas del Mercadona y parpadea perplejo. Viste zapatos de tacón alto, vaqueros desteñidos, camiseta escotada.

—¿Qué sucede aquí? —pregunta.

Me incorporo despacio. Apago la tele justo cuando hablan del Hércules. Genaro no se mueve y aguarda mi llegada. Cuando estoy a su altura, digo:

—Nelson Chávez ha muerto.

Las bolsas caen con estrépito. Un cartón de leche se rompe. Observo como su rostro de mujer se arruga justo antes de lanzarse a mis brazos envuelta en un llanto desconsolado.

—¿Cómo ha sucedido? —Su voz apenas es un hilo apagado.

—Le han matado, nena. Algún cabrón se lo ha quitado de en medio.

—Si era... era solo un niño.

—Shhh —la calmo—. Tranquila. Yo me ocupo.

Me golpea en el pecho con la dignidad repuesta.

—¡La culpa es tuya! —chilla—. Tú le *ahostiaste* delante de todos. ¡Muerto de hambre! ¡Cabrón!

—Encontraré a su asesino. —La zarandeo de los hombros—. Pero tengo que saber para quién trabajaba.

—Eres un cerdo. —El maquillaje crea churretes oscuros que nacen de los ojos—. Le tendrías que haber sacado de la calle, no robarle el dinero. Las chicas tuvimos que hacer una colecta para reponer lo que le habías mangado.

Reprimo las ganas de cruzarle la cara y confío en mis conocimientos de psicología femenina.

—Es posible que sea yo quien merezca estar muerto, pero también soy el encargado de la investigación. Vamos, Luz, dime lo que sepas. Tal vez alguna vez os contase quién le pasaba el material.

Se abraza de nuevo a mí. El hedor de su perfume barato compite con la peste reinante en el domicilio.

—¿Y si la toman conmigo o con las chicas?

—Dime quién es y te prometo que no os volverá a molestar.

—Yo... no puedo.

—¿Pero por qué? —La aparto y le clavo las pupilas—. ¿A quién le tiene miedo una chica tan echada para adelante como tú?

—Antonio, por favor...

—Le partiré los huevos. Ya me conoces, cariño. Soy rudo, pero soy de fiar.

—No les digas nada —grita su marido—. Dicen que nos quitarán a Javito.

Genaro se seca las lágrimas con un cuidado exquisito en un gesto tan femenino que sería la envidia de varias princesas europeas. Nunca tanta mujer estuvo encerrada en un cuerpo con testículos.

—El chico debía dinero a mucha gente y vendió su alma. Pobrecito mío...

—Céntrate.

—Los Organov —musita—. Alguien les presentó a esos cabrones rusos y terminó trapicheando para ellos.

—¿Los Organov? —pregunta Fons a mi espalda.

—Son un cáncer, Antonio —continúa Luz/Genaro—: explotan a las chicas, las traen de su país prometiéndoles que serán camareras, pero luego las obligan a prostituirse. A mí no me queda más remedio, porque nadie quiere contratar a un transexual, pero ellas... Algunas son menores de edad. Las hacen adictas al caballo para que así no se les escapen.

—Lo sé, mi vida. Conozco la fama de esos desgraciados. No te preocupes, yo me ocupo.

—¿Y Javito? —Me agarra con fuerza de la muñeca—. Mi hijo no tiene la culpa de que su madre tenga esta vida.

—Tranquila, no diré nada. Pero tienes que limpiar toda esta mierda. Cuando hemos llegado casi se atraganta con una pila.

Genaro lanza una mirada asesina al calvo y el hombre agacha la cabeza.

—Ya hablaré yo con este vago.

—Más vale que la próxima vez que nos veamos tengas trabajo, ¿me captas? — Fons le da un par de collejas—. Los cafis no son bienvenidos en este barrio.

—Marc, vamos —ordeno—. Tenemos que irnos ya.

Mi compañero se despide empujando al peludo hasta casi tirarlo del sofá. Por mi parte, abrazo al Genaro y le doy dos besos en cada mejilla. Ella hace lo propio y yo no puedo evitar sentir las vergas de todos sus clientes golpeándome la cara.

## 20:24

Nelson Chávez Rivera, alias Nelsinho, alias Chavito, alias Lechoso, alias Colador. Agost, 26/03/1990. Múltiples reseñas por: tenencia de droga dispuesta al tráfico, sirlas con navajas, venta de perros de raza robados, chapero ocasional en la estación de autobuses. Dos veces en Proyecto Hombre, la última expulsado por pasar material a los compañeros. Sin socios conocidos.

Familiares cercanos. Padre: Wilson Chávez Ugarte, nacionalidad colombiana, fallecido en 2001. Ahogado cuando huía de la Guardia Civil en zódiac. Madre: María Luisa Rivera Pérez, sin antecedentes, panadera de profesión. El crío la ayudaba de vez en cuando, aunque tenía los dedos largos y sisaba de la caja. Residente en Churra, Murcia. No se conocen más familiares.

Informe forense del doctor Dólera: Nelson Chávez, 1.67 metros, ojos castaños, pelo moreno. Incisión de 7 cm por arma blanca en la zona de la nuca. Arterias sesgadas, vértebras 3 y 4 dañadas. El agua en los pulmones indica que aún estaba con vida cuando lo lanzaron al mar. Hora del óbito: de 8.30 a 10.00.

Otros indicios. Artrosis precoz en las manos, alta concentración de anfetaminas en sangre, cicatrices en brazos, pene y entre las falanges inferiores, probablemente de hipodérmica para el consumo de droga. Carestía de melanina, lo que le daba a la piel un aspecto blanquecino. Su profesión se dilucida por el perímetro del esfínter. Sin rastros de semen.

Objetos recuperados: 7,45 euros en monedas, recibo de una gasolinera mojado e inservible, dos llaves sueltas, cadena de oro al cuello, cartera con dos tarjetas de crédito a nombre de terceras personas, DNI en el bolsillo trasero. Una zapatilla marca Paredes, calcetines marrones, calzoncillos de lycra, vaqueros desgastados y camiseta de manga corta publicitaria de Alicante Amanece.

Cierro el informe. Nada relevante. Al Nelson lo apuñalaron, lo tiraron al mar, y si te he visto no me acuerdo.

—¿Tú qué crees? —le pregunto al gorrión, ahora bautizado como Leomessi por algún compañero que no ha dudado en ponerle un cartel bajo la jaula.

El bicho me mira con odio. Está claro que la mala leche de la comisaría es contagiosa. Seguro que Pilar Hurtado ha pasado cerca.

—Ese es el espíritu —digo.

Leomessi se arrastra hacia un bebedero fabricado con un vaso de plástico de la máquina de café. La rebanada de pan de molde ni la ha tocado. Quizá los pájaros prefieran el jamón serrano.

Marc se acerca a mi mesa con varios dossiers bajo el brazo.

—He hablado con Martínez —dice—. Los Organov esos son unos prendas. Se dedican sobre todo a la prostitución organizada, aunque también han hecho sus pinitos con robos en polígonos industriales. Incluso se sospecha que fueron ellos los que atracaron el furgón blindado del mes pasado, pero siempre se mantienen limpios. Mafia rusa, compañero. Gente muy profesional.

—Continúa.

—Son dos. —Abre una carpeta de cartón y lee el interior—: Igor e Iván. Hermanos gemelos. Controlan varias casas de putas en la zona de San Juan. Cumplieron seis meses en Fontcalent por narcotráfico. Lo último que se sabe de ellos es que compraron el prostíbulo El Purgatorio.

—Les quitan el trabajo a los sudamericanos, ver para creer.

—Se dejan caer por allí casi todas las noches. Martínez tiene una patrulla que se pasea por la puerta cada veinte minutos para controlar el tema, pero de momento no han movido ficha. Parece que se conforman con lo que sacan de las chicas.

—¿Tienen licencia?

—A ver... sí, de casa rural. ¿Te lo puedes creer? —Fons se sienta en el pico de la mesa—. Yo creo que es meternos en camisa de once varas. Esto nos queda grande. No pienso enterrarme en ese nido de víboras para investigar el asesinato de un

confite. Joder, el Chávez ese no le importa ni a su puta madre. ¿Sabes lo que nos ha dicho? Que ella no se ocupa, que no es su hijo, que lo tiremos a una fosa común. Y los rusos me dan escalofríos. —Me enseña las fotos de dos barbudos—. Esto no es dar palizas a camellos para que canten, Antonio. Nos podemos meter en un lío chungo.

Cojo la carpeta y la abro.

—Que se jodan los rusos —contesto—. Vamos a ir allí y hablaremos con ellos de forma educada. Veremos quién los tiene más cuadrados.

Marc resopla por la nariz, dejando ir el aire muy despacio.

—Como quieras, Antonio. Pero no me parece buena idea. —Hace una pausa, y cuando se percata de que no voy a cambiar de opinión, prosigue—, ¿a qué hora quedamos?

—Ve a casa y descansa. Esos perros solo aparecen al final de la noche para pillar el dinero y emborracharse. Quedamos a las cinco de la mañana en Luceros, ¿te parece? —Asiente—. Iremos en tu coche. Y prepárate para lo que pueda pasar. La idea es pillarlos antes de que estén cocidos a vodka. Con un poco de suerte serán capaces de razonar.

—De acuerdo. Entonces hasta mañana.

Se marcha sin decir nada más. Veo cómo se despide del Martínez y sale por la puerta. Yo me quedo mirando las fotos de los Organov entre un repiqueteo de teclados de ordenador, faxes que llegan sin cesar, teléfonos que suenan, gritos y prisas. Fijo las retinas en sus ojos de presidiarios. No es difícil imaginárselos cazando lobos en la estepa y desollándolos con las manos desnudas. Uno de ellos muestra los dientes, colmillos de depredador evolucionados hasta convertirse en una sonrisa demente. El otro, más sereno, observa la cámara con la tranquilidad de quien se sabe en posesión de su propio destino, como un hombre de negocios que tiene todas las corbatas iguales o el presidente de un club de fútbol que gobierna con despotismo.

—¿Te sabes la última? —Martínez aparece a traición y me golpea la espalda.

—Sí, el actor ese, el Zorro, está en el Meliá.

—No, hostia. Eso ya es historia. Resulta que unos capullos han robado un camión de bomberos y se han pasado todo el día atracando estancos. Uno detrás de otro, pero siempre estancos. Los hemos tenido que cerrar todos por precaución y ya hay prevista una manifestación de fumadores para mañana. Creen que estamos pisoteando sus derechos.

—¿Y por qué un camión de bomberos?

—Ni idea. Irían drogados. El caso es que esos cabrones enchufaban las sirenas y los coches se apartaban. No había manera de pillarlos. Entre un atraco y otro pasaba una media de siete minutos. Macho, es que la inventiva de los criminales no tiene límite.

—Parece que los admiras, Martínez —dice la reconocible voz del comisario Llorente a su espalda.

Es un tipo alto, de bigote espeso y canoso, trajeado como si fuera a un entierro y porte de político en ciernes. Martínez se atraganta antes de responder.

—No, señor comisario. Lo que ocurre es que me llama la atención.

—A usted le llamarían la atención hasta dos moscas follando. —Se mira el Rolex de plata—. Váyase a cagar, Martínez, que no pienso pagarle ni media hora extra. Y usted, Ramos, venga conmigo.

Martínez se larga en silencio, pero enseguida pill a otro compañero por banda y le suelta de nuevo lo del camión de bomberos. Yo sigo dócilmente al comisario hasta su despacho. Al entrar, cierra la puerta y enciende un cigarrillo de los que nosotros nos tenemos que fumar en la calle por normativa.

—¿Qué ocurre Llorente?

—¿Cómo llevas el caso de tu confidente?

—Bien. Ya tenemos un sospechoso en firme. Fons y yo le interrogaremos esta noche.

—De acuerdo, pero después te dedicas a los otros casos. —Echa una larga calada que expulsa mientras habla—. He llamado a los periódicos. Ese tal Chávez es cosa del pasado. Pondrán una nota en sucesos si les cabe. Le das carpetazo como lo que es: un ajuste de cuentas por droga.

—¿Para eso me traes al despacho?

—Claro que no, coño. —Se inclina sobre la mesa de caoba—. ¿Qué cojones ha pasado en la consulta del doctor Cortés?

—¿Qué le ha dicho?

—No juegues conmigo, Ramos, que ya es tarde. El psiquiatra dice que te ha dado otra cita.

—Esta mañana estaba muy nervioso. No he sabido responderle. Tartamudeaba y tal.

—Ya, los nervios. —Sigue fumando sin prestar atención a mis mentiras—. Mira, Ramos. La última vez que hicimos exámenes psicológicos masivos a toda la plantilla salieron un par de neonazis. ¿Y sabes qué? Luego soy yo el que tiene que vérselas con el capullo del alcalde. De momento, eres el único que la ha cagado con el loquero, así que ya te me estás tomando un par de tilas antes de hablar con él y le cuentas lo mucho que te gusta ayudar a la ciudadanía.

—Incluso le doy propina a los rumanos, señor comisario.

—Y también patadas en los huevos. —Señala la jaula del gorrión—. ¿Y qué hace ese pájaro sobre tu mesa?

—Se llama Andrésiniesta. Le he salvado la vida. Ahora somos amigos.

—No me jodas, Ramos. —Abre un cajón y apaga el pitillo en su interior—. No me jodas.

## 21:48

Los faros de xenón alumbran la carretera, resaltando los baches y ensombreciendo el parchado del asfalto. Al fondo, Alicante se dispersa en una nebulosa de brillos lejanos, metástasis lumínica de la decadencia de la urbe salpicando playas, montañas, personas.

Arenales del Sol pertenece a Elche, lo cual no es ni bueno ni malo. Ni siquiera llega a la categoría de ciudad dormitorio. Nido de domingueros profesionales que recalcan de junio a septiembre para contaminar el agua, ensuciar la arena y masificar una zona creada para el descanso y abandonarla el resto del año, convertida en un desierto tal que ni los chinos tienen el detalle de abrir sus tiendas. Una masa gris construida al borde de un cerro con cuevas tan abruptas que subirlas se convierte en un reto cuando la temperatura alcanza los 40.º C. Calles serpenteantes, empinadas, de diseño cuidadoso para favorecer el urbanismo desmedido. Apartamentos clónicos, diminutos, de una habitación, cocina y baño incrustados en 20 m<sup>2</sup>. Algunos terminados con prisas, otros aún con el esqueleto a la vista, ninguno con estilo propio.

Asciendo por una vía de cuatro carriles y entro en el garaje. Ahora toca atravesar a pie la desierta avenida hasta alcanzar la parte trasera de mi apartamento, una mole de cemento de siete plantas, piscina comunitaria, jardín interior y aparcamiento para los más afortunados. Tejados triangulares y azules, como agujas queriendo rasgar el cielo. Me perco de que arrastro los pies aun sin pretenderlo, y me mantengo encorvado ante la puerta incapaz de introducir la llave en la cerradura. Observo que alguien ha arrancado la T del cartel donde ponía SEXTO, dándole un toque burlón al momento. Entonces el abismo se abre de sopetón y una figura aparece recortada contra la oscuridad.

—Buena te espera hoy, papá —dice Ernesto cargado con dos bolsas de basura—. Mamá se ha depilado las ingles y anda jodida todo el día.

—Lo que faltaba...

Ernesto es mi hijo, o eso me dijeron en el hospital hace dieciséis años. Gordo, zoquete, pero de una fuerza bruta que hace peligroso que le levante la mano. Dejo las llaves en un souvenir de luna de miel en Mallorca que ni recuerdo y me descalzo en la galería entre la lavadora y el calentador del agua. Guardo la pistola en la caja fuerte del dormitorio y destierro la cartera sobre la cómoda. La pequeña Leo sale del aseo con los párpados engrasados de maquillaje. Tiene tanto rimel apelmazado en las pestañas que los ojos se le quedan pegados.

—¡Mamaaaaá! —canturrea con retintín—. Ya está aquí el idiota de tu marido.

—¡Un respeto, joder! —le grito—. Que soy tu padre.

—No te lo crees ni tú —responde.

La pobre desgraciada tuvo que cargar con el nombre de Leocadia por capricho unilateral de mi suegra, lo que unido a la bilis que recorre las venas de la familia de mi mujer, agrió su carácter desde pequeña. Ahora es una adolescente rebelde de falda



corta y boca grande.

Leo me empuja a un lado, aunque estoy seguro de que en cualquier lugar donde esté, le molesto. Agarra mi cartera sin disimulo y extrae un billete de cincuenta euros.

—¿Dónde coño se supone que vas? —Ladro.

—No es asunto tuyo.

—Es martes. Mañana tienes instituto.

—Me han expulsado —contesta distraída mientras llama por un móvil que yo pago—. Mi novio va a venir a recogerme.

—¿Novio? ¿Pero tú te escuchas cuando hablas? Si mi padre se enteraba de que subía en el coche de un desconocido me arreaba tal hostia que me volvía gilipollas.

—Blablabla... —se burla—. El abuelo ya está muerto. Y el Chirlo tiene moto, no coche.

—¿Qué?

—¡Que te jodan, papá! —chilla—. ¡Siempre me fastidias todos los planes!

—Leo, coño...

—¿Quieres darme una paliza? ¿Es eso? —Se sube la minifalda y se golpea en el glúteo—. Vamos, valiente, lo mismo hasta te excita.

—No vas a salir de esta casa con ese tanga, ¿me oyes? Y mucho menos para montar en la moto de un tío que se llama Chirlo.

Escucho abrirse la ventana corredera que da al balcón. Mi mujer entra aterida vistiendo una bata de felpa. Sostiene en una mano un cigarrillo a medio consumir y en la otra *La Biblia de Zox*, un librito de apenas cien páginas repletas de gilipolleces sectarias.

Por un instante me parece vislumbrar en Beatriz a la muchacha alocada que se manifestaba frente a la academia de policía, pero que por la noche se abría de piernas en mi cama. Aún queda en ella parte de la chica que fue, de ojos marrones y pelo con mechas, con sueños imposibles de fraternidad universal y mirada aviesa, aunque ahora pesa veinte kilos más y lo que fue pasión se ha convertido en desprecio. Despierto del espejismo para encontrarme con la nueva Beatriz aburguesada que vegeta ante la televisión por las mañanas mientras yo me dejo la piel en la calle, que funde mi dinero en caprichos absurdos, que ni siquiera tiene el decoro de mantener limpia la ratonera donde me ha obligado a vivir.

—¿Qué pasa ahora? —Arrastra las palabras, cansada de no hacer nada durante todo el día.

—Tu marido se está metiendo conmigo.

—¡Que soy tu padre!

—No le grites a la niña. Deja que se divierta un poco, que aún es joven.

—Beatriz, cojones...

—Jódete, Mierda de Perro —dice Leo antes de levantar el dedo corazón.

La miro con odio contenido. Hace unos años, cuando estaba destinado en Madrid, tuve un conflicto que me obligó a pedir el traslado. De aquel suceso quedaron dos

cosas: la vergüenza de haberla jodido como nunca y el apodo de Mierda de Perro que me persigue hasta en mi propio hogar.

—Te hacen falta un par de buenas hostias, niñata —la amenazo.

—Ni se te ocurra tocarle un pelo a mi hija, ¿estamos? —Beatriz se pone de su lado, para variar—. Que te denuncie, Antonio.

—Deberías divorciarte de este desgraciado, mamá. Es un perdedor.

Mi costilla me empuja dos pasos hacia atrás, a lo que ella llama «sala de estar» pero que no deja de ser un pequeño ensanche de este micropiso.

—Tira para el comedor, imbécil.

Lo peor de vivir en una playa desierta en invierno y masificada en verano no es que no haya comercios, ni cines, ni nada, sino que todos los apartamentos son tan pequeños que resulta imposible aislarte en tu propia casa. A veces me he sorprendido a mí mismo mirándome durante horas en el espejo del baño. Es una situación tan absurda que prefiero no pensar en ella pero, mal que me pese, es el único momento del día que considero mío. Ernesto cree que me masturbo y Leo me llama maricón porque dice que le gasto los cosméticos, pero me da igual. Si no lo hago, un día de estos me pego un tiro.

—¿Cuándo te va a entrar en la cabeza que somos una familia feliz? —pregunta retórica—. Zox dice que debemos amarnos los unos a los otros y a Zox sobre todas las cosas. Si queremos ascender a Orión 7 y alcanzar la inmortalidad debemos prepararnos para los once sacrificios.

—Ese Zox parece un tío enrollado —ironizo.

—Debes querer a tus hijos y demostrarles tu amor. Ese es el primer sacrificio: anteponer los sentimientos de los demás a los tuyos propios.

—Fascinante. ¿Y la cena?

—¡Hoy no se cena! —Se incorpora—. Estamos en la Semana del Rabadum. No se puede comer ni cagar.

—Por Cristo, cariño...

—Por Zox —me rectifica.

—¿No te das cuenta de que todo esto es una locura?

—¿Locura? Zox nos ama y esta es la manera de demostrarle mi amor. Así que no me digas que no sirve para nada todo esto, porque llevo dos días aguantándome las ganas y encima me ha venido la regla y...

Y se pone a llorar. Ernesto regresa de su visita al contenedor.

—Leo se ha pirado con un motero de cuarenta tacos —me informa.

—Lo que faltaba...

El crío se enchufa a internet y nos deja de nuevo solos.

—No me has dicho lo guapa que estoy —murmura entre lágrimas.

—Estás muy guapa, cariño —cedo.

—¿Y eso por qué?

Me observa fría, esperando exactamente la respuesta que tengo que dar.

—Pues porque te has hecho las ingles, corazón.

Sonríe y se acurruca a mi lado. Esta vez he acertado. Me pregunto cómo infiernos esperaba que lo adivinase si no se le ven. Se escuchan gritos del piso de arriba. Allí viven Bernabé y su mujer Judith. Él es un buen hombre, pero a veces se le va la cabeza y la maltrata.

—Llevan así toda la noche —me informa Beatriz—. Ellos no son un matrimonio de verdad, Antonio. El sábado hay una reunión con Zox para celebrar el advenimiento de Venus. Podríamos invitarles.

—Venus es un planeta. Nunca advendrá, o como se diga.

—Cuando escuches a Zox te convencerás.

—¿Qué?

—Iremos todos, los niños y nosotros. Cuando los venusianos de Ganímedes contacten telepáticamente con Zox, se nos revelarán tres secretos y se dará por concluido el Rabadum.

—Y entonces podremos cagar a gusto, ¿no?

—Sí, y también he pensando que podríamos dar cobijo a otra familia.

Los ruidos del piso superior se acrecientan y los gritos pasan a ser solo de Bernabé. De fondo se escucha un sollozo ahogado.

—¿Lo has pensado tú o te lo ha comentado Zox?

—Bueno, Zox dice...

—Zox dice muchas cosas. ¿No ves que aquí no cabemos ni nosotros? ¿Cómo esperas cobijar a más gente?

—Siempre te pones en mi contra, Antonio. —Muestra una indignación tan repetida en días pretéritos que ni siquiera suena real—. En vez de criticar todo lo que hago podrías subir y hablar con el vecino para que deje en paz a la pobre Judith.

Y entonces se hace el silencio. El sofá se convierte en un congelador, con el hielo y el desprecio de mi mujer adueñándose de lo poco que nos queda. Ella mira distraída por la ventana, sabiéndose ganadora de una batalla en la que ni siquiera me apetece participar. De nuevo, otra situación que comenzó espontáneamente años atrás, pero que de tanto fotocopiarse se ha convertido en usual, casi aprendida de memoria: Beatriz se enfada sin motivo, me pide que haga algo absurdo, y hasta que no claudico no regresa la calma al hogar. Me incorporo con desgana, agarro las llaves y subo por las escaleras a poner paz en una guerra que, otra vez, me es ajena.

## 23:21

El rumor de las olas es hipnótico. A la naturaleza, por lo general silenciosa y letal como una puñalada carcelaria, de vez en cuando le da por gritar. En la playa sucede, con el oleaje rompiendo contra las rocas y la arena, mecida por el viento y la influencia de la luna. Poca gente se da cuenta de ello. Ni siquiera los poetas clásicos

tienden a hablar de algo tan manido como el agua salada ondulándose en el horizonte pero, si le preguntas a un pescador, te dirá la verdad. El Mediterráneo habla, susurra su canto de sirena para aquel que se sienta tentado a escucharlo, a sentirlo, a padecerlo. El mar cobija vida en la oscuridad de sus entrañas, pero también está vivo, posee conciencia propia y recuerda cada una de las ofensas que hemos perpetrado en sus costas, cada meada que se diluyó en su inmensidad, cada excremento que flotó hasta otros océanos. Por eso y no por otra cosa evito hasta mojarme los pies en verano. Los toros son para verlos desde la barrera.

Bernabé abre otra lata de Steinburg. Es un tipo de mi edad, con alopecia en la coronilla y barba rala y rubia que le da un aspecto centroeuropeo aún habiendo nacido en Valdepeñas. Estamos solos en lo que una vez fue una casa de pescadores. Ahora no es más que una ruina a pie de mar sin techo, perdida entre el desierto de dunas que nos separa de El Altet. La cultura urbana surge escrita con spray en los muros semiderruidos, incitando a la anarquía, exhibiendo el amor pubescente de «El Tano a la Mari», acordándose de la madre de los políticos, destrozando versos de Machado. La noche cerrada se ve rota por el brillo de las estrellas que cobijan los aviones que despegan del aeropuerto cercano.

—Hoy no he cenado —le digo.

—¿Y eso por qué?

—Mi mujer, que ahora le ha dado por no cagar.

—¿Zox?

—El cabrón de Zox.

—¿Por qué no le dejas las cosas claras? Dale cinco hostias y que se meta en sus asuntos de una puta vez. Eres madero, tienes carta blanca. Además, por lo que me cuentas, se lo merece.

—Sí, no me parece mala idea. Tal vez un día de estos visite su secta de mierda y le rompa los huevos a ese imbécil.

Bernabé sonríe.

—Me refería a tu mujer, capullo.

Bebe media lata de un solo trago. En realidad no se trata de un mal hombre. Tuvo una infancia jodida, dominado por un padre posesivo y violento que modeló su personalidad hasta convertirse en un clon de este. Es de los pocos que resiste todo el año en el apartamento, y tal vez por eso, de cruzarnos en el ascensor, hayamos cultivado una amistad basada en la cerveza y en la camaradería masculina. De vez en cuando venimos a esta vieja casucha, un monumento al pasado en un futuro de urbanismo antropófago, y charlamos de todo y nada. Él se sabe mi vida, y yo me sé la suya. Albañil desde los doce hasta hace unos meses en los que la denominada «crisis del ladrillo» culminó con una reducción de plantilla. Le quema la sangre que se quedaran los marroquíes y él se haya tenido que ir a la calle. Estuvo en prisión por acoso e intento de violación, y a la salida se casó con Judith, la primera mujer que aceptó su humor cambiante y su adicción desmedida al alcohol.

—Deberías dejarla —le informo—. En cuanto se le ocurra denunciarte lo pasarás mal.

—Que se joda. No se atreve por si acaso la extraditan. ¿Se dice así? Extraditar. Vaya palabrejas os inventáis los juristas.

—Esta mañana he ido a un psiquiatra. No me ha hecho ni puta gracia, pero al final tendré que pasar por el aro. Supongo que es lo normal, ¿no? Negación y aceptación. Tal vez tú deberías hacer lo mismo.

—¿Y eso?

—Joder, tío. Le zurras a tu mujer. Para ser coherente conmigo mismo, debería detenerte en este momento. Actuar de oficio. He visto cientos de casos como el tuyo. Al final termina con la muerte de ella y el suicidio del marido. Y en el supuesto de que no tenga los arrestos para cortarse las venas, le espera una estancia bien puta en la cárcel.

Bernabé suspira. Se termina la rubia de un sorbo y arruga la hojalata.

—Yo la quiero, Antonio —susurra—. Es todo lo que tengo, pero de vez en cuando... no sé, no puedo evitarlo. Ella... hace algo que no me gusta, y no hay manera de metérselo en la cabeza.

—¿Y a base de hostias lo vas a solucionar?

—No lo sé, pero es lo que hago, ¿vale? Es por su bien. —Estira el brazo y agarra otra cerveza—. ¿Nunca le has dado una tunda a tu mujer?

—Mi hijo me arrancarían la cabeza si lo intentase. Ni siquiera puedo gritarle. He perdido el rumbo de mi hogar, y lo más gracioso es que me da igual, ¿sabes? Me resigno a tener una vida de mierda. No me gusta lo que encuentro en casa, pero tampoco tengo otro lugar adonde ir. Y lo peor de todo es que a veces no me reconozco en el espejo. Es como si tuviera dos caras: una en el trabajo y otra en casa.

Se ríe. Es una risa a base de gorgojeos.

—Cuéntaselo al loquero, a ver qué te dice.

—Quién sabe... Pero me jode. A veces me he sorprendido a mí mismo dándole de puñetazos a un yonqui simplemente porque me hace ilusión. Y después llego a casa y no puedo ni coger el mando de la tele.

Un avión ruge en el firmamento, con luces parpadeantes en la punta de las alas, y se aleja hacia otros horizontes. El viento arrecia con calima, levantando salitre y algas secas. Bernabé se rasca la barba amarillenta.

—Se ha atascado el botón del volumen —dice.

—¿A qué te refieres?

—Ella estaba viendo el programa cutre ese, el de los críos cantantes. No sé cómo se llama.

—Sí, lo he visto alguna vez. Es un asco.

—Incluso peor. No sé qué hacen esos chiquillos, pero no es cantar. Es como si destripasen a un gato vivo o rayasen un cristal. Se me meten en la cabeza y, joder, no puedo pensar. Pero bueno, hoy no había partido, así que le he dicho que lo viera, pero

que le quitase voz. Y cuando le ha dado al mando, se le ha enganchado el botón y no funcionaba. Joder, me ha tocado los cojones, no sé si me explico. Le pido de forma educada que le baje volumen y ella se carga el mando igual que se lo carga todo. — Destapa la lata y se queda mirándola—. Después le he gritado. No es que quisiera, pero es que no es capaz de entenderme si no es a malas. Al final le he roto el mando en la cabeza y la muy zorra ha manchado el sofá de sangre.

—Bernabé, coño...

—¿Y qué podía hacer? Estaban esos putos críos chillando con sus vocecillas estridentes y ella jode el mando. Me he cabreado. La situación era para cabrearse. Le he dicho que si quería romper el mando, que lo rompiera bien. Y entonces la he enganchado del cuello y se lo he estrellado en la frente. Ahora lo pienso y era solo un botón, pero mira, ha sucedido así y no hay marcha atrás.

Mi silencio parece imponerse al ronroneo del oleaje. Bernabé lo toma como una respuesta tácita.

—Había jodido el mando y no podía quitarle volumen. ¿Qué otra cosa podía hacer, Antonio?

—Levantarte y bajarle el sonido desde el propio televisor.

Continúa con la mirada fija en la lata. Estas conversaciones ya las hemos tenido mil veces, y por más que me empeñe en que desista de maltratar a su mujer, por más que le aviso de que puede acabar entre rejas, él se obceca en no comprenderlo. Al final, brinda a la oscuridad y responde:

—Que se hubiera levantado ella.

Y de nuevo regresamos a beber cerveza a la luz de las estrellas, con la banda sonora de la marea contra los arrecifes. Sé que las conversaciones venideras versarán sobre el fútbol, el paro o la política local. Yo contaré alguna anécdota absurda, tal vez lo del coche de bomberos robado para atracar estancos o la presencia de Zorro en la ciudad. Y, al concluir, alguno dirá que se hace tarde, que tendremos que regresar a casa en algún momento y ahí quedará todo, con palabras que se lleva el viento y la promesa subyacente de que pronto tendremos la misma conversación, en el mismo sitio, y con el mismo desenlace.

## MARTES, 21 DE OCTUBRE

### 4:57

Marc está puntual en Luceros. Tiene más ojeras que yo. Sé que ha follado esta noche, pero no me quiere contar con quién. En vez de eso me enseña el regalo de cumpleaños que le ha enviado su hermana de Barcelona.

—Un puño americano, Antonio —comenta colocándose tras el volante—. Tío, como en las películas.

—Guarda eso y arranca. Vamos a entrar en contacto con la mafia. Nos van a negar todo y van a jurar por Stalin que son santos por la Iglesia Ortodoxa. Pero como te vean entrar con ese hierro en las manos, lo mismo nos fusilan.

—Venga, hombre. ¿Qué quieres? ¿Qué nos metamos en ese agujero sin armas?

—Eso mismo. Vamos a hablar como gente normal. El Martínez va detrás de ellos y tampoco queremos joderle la operación. Solo necesitamos ver de qué pie cojean.

—Bueno, pues yo quiero probarlo.

—Ya tendrás oportunidad.

Sonríe con malicia, cómplice.

—Oye, ¿por qué no paramos donde los drogatas?

—¿Tú te escuchas? ¿Quieres darle una paliza a un yonqui con tu puño americano?

—Joder, para algo lo he traído.

—Eres como un crío con un juguete nuevo.

—Vamos, Antonio...

—¡Que no, coño! Tenemos trabajo que hacer.

Nos saltamos los semáforos de Alfonso x y subimos por la cuesta de Jaume II hasta Vázquez de Mella. Nos cruzamos con un camión de basura. La calle está desierta salvo un utilitario que espera paciente a que se ponga el disco verde. A un lado, un borracho mea en un portal.

—No me jodas... —murmura Fons.

—Ni se te ocurra.

Antes de que termine la frase ya se ha bajado del coche y se dirige hacia el pobre diablo. Apenas puedo ser mero testigo del espectáculo venidero. El desgraciado se guarda el aparato con prisas y se orina la pernera. Marc le saca una cabeza, espera paciente a que le dé explicaciones, y después llega el golpe. El tipo cae redondo, inconsciente y con la mandíbula desencajada. El coche de delante, único espectador, se salta el semáforo y sale a escape. Fons regresa. No hablamos durante el resto del camino.

## 5:33

Los Organov no aparecen. Eso significa que no van a venir o que ya están dentro. Marc regresa de inspeccionar el aparcamiento.

—Hay un Hammer enorme al otro lado.

—Se nos han adelantado.

—¿Qué hacemos?

Las luces de neón parpadean en la negritud de la noche. El Purgatorio tiene fachada nueva, más cálida, pero custodiada por gorilas clónicos al resto de tugurios. Una diablesa se enrosca en el cartel luminoso chupando lascivamente un tridente. Un dibujo infantiloides para rebajar la tensión de un establecimiento donde reina la sordidez, las putas usadas diez veces por hora, y la droga apelmazada entre las letras de las tarjetas de crédito.

—Vamos a entrar —digo.

—Esos cabrones deben de estar hasta las cejas de todo. No lo veo claro, Antonio.

—¿Ya no tienes ganas de usar tu puño de hierro? Tú quédate detrás de mí y no abras la boca.

Pongo pie a tierra y enciendo un cigarro que hace tiempo me gané. La brasa brilla en la oscuridad indicando mi posición, algo que ahora me la suda. Avanzamos con paso seguro hacia la entrada. Un gigante estepario con gafas de sol y pinganillo desenchufado en la oreja nos detiene con aburrimiento.

—Estar cerrado —informa.

—Una copa y nos vamos.

Parece bastarle. El lobo bosteza y permanece en su sitio.

El interior también está reformado. Un recibidor con guardarropa es lo primero que encontramos, regentado por una abuela por la que cientos de enamorados mataron en otros tiempos. Dejo la chaqueta con disimulo, pero Fons se niega. Ha traído el arma, no hay duda.

Tras una cortina con estampado indefinido se accede al prostíbulo. Esclavas sexuales nórdicas semiocultas entre la penumbra artificial, puteros profesionales haciendo caso omiso de las chicas más feas a la espera de que la reina de la función baje del piso de arriba. Un par de fulanas nos regalan una sonrisa cínica y nos acarician el paquete con la mirada. El contraste entre la clientela abrigada y las chicas con biquini le da un toque irreal al que no termino de acostumbrarme. Es como pasar a un mundo nuevo, de bombillas teñidas de rojo, de actrices malas y semidesnudas, de feromonas mezcladas con alcohol en igualdad de proporciones. A través del espejo, Alicia también se abría de piernas.

Han colocado un separador de madera entre la barra y los reservados. Una puta baila sin ganas agarrada a una barra metálica mientras se quita el último ligüero. Es joven, pero avejentada, con las costillas marcándose entre las estrías de sus grávidos pechos. El excesivo maquillaje no consigue apagar el hastío que empaña su alma.



Los espectadores aplauden desganados cuando termina el esperpento y apuran las copas. La música estridente desaparece y esa gente anónima y errante se disuelve en sí misma resignándose a la idea de volver a ningún sitio. Más al fondo, emergiendo de los cubículos, varias voces rusas reverberan entremezcladas. Indico a Marc que seguimos y responde con un cabeceo.

Los Organov parecen haber menguado. Uno sigue igual de gordo que en la foto, pero el otro está delgado pese a conservar el grosor de los brazos. Están acompañados por un par de tipos de mirada dilatada que juegan a las cartas ajenos al ruido mundano. Una adolescente anoréxica muestra una encía de caballo cada vez que se ríe. Sobre la mesa descansa un espejo cuarteado de fino polvo blanco flanqueado por copas de vodka. Los siberianos no parecen molestarse por nuestra presencia.

—Bebidas en barra, amigo —dice uno.

—Queremos hablar con vosotros, Igor.

Las risas cesan. Los rostros relajados se contraen en una mueca taleguera, de muro infranqueable. Sus pupilas van de Marc a mí, y después de nuevo a Marc.

—Policía —murmura de nuevo—. Yo soy Iván. ¿Qué querer, *tavarish*?

—Veo que os va bien. —Acercó una silla a su lado y me siento—. Esto antes era un antro. Te podías tirar tanto a una mujer como a su perro.

—Pero mujer morder más que perro, ¿*da*? Rusos tener distinta idea que colombianos. Chicas en Seguridad Social. Contrato de camarera.

—Y lo que hagan en sus ratos libres, como acostarse con los parroquianos, es cosa suya y no sabéis nada.

—¿Parroquianos? —pregunta Igor.

—*Da*. Chicas libres. Todo en regla.

—Nelson Chávez —digo.

No reaccionan. Apuesto a que si apareciese una jirafa con cuatro cabezas por la puerta, tampoco se sorprenderían.

—No conocer ningún Chávez —contesta Igor, el gordo.

Iván dice algo en ruso y el otro le responde. Apenas dura tres segundos.

—Perdonar a *koll* Igor. No hablar muy bien idioma. Querer decir que hace tiempo no vemos a Nelson Chávez.

—No por aquí —dice otro.

—Mejor... —susurra la puta.

—*Chert!* —grita Iván—. Él chico de los recados. No verlo desde hace días. Organov rezan para no pasar nada pobre Nelson.

Marc hace chasquear los nudillos. Yo apago el cigarro en el suelo. Los rusos no están demasiado borrachos, y el tal Iván parece sensato, lo cual le hace también más peligroso. Decido jugármela.

—Os voy a ser sincero —explico—. ¿Sabéis lo que significa esa palabra? Quiero decir que os voy a contar la verdad, sin mentiras ni hostias, y espero lo mismo de vosotros.

El silencio ensalza más la estupidez de sus miradas bovinas.

—Bien —continúo—. No estamos aquí para revisar los contratos de mierda de vuestras chicas. Ni siquiera queremos un soborno. Estamos investigando la desaparición de Nelson Chávez. Sabemos que trabajaba pasando droga para vosotros, así que contad todo lo que sepáis o terminamos esta conversación en la comisaría.

Nada nuevo bajo el sol. Ni siquiera se remueven. Los tipos de las cartas siguen jugando como si nada. Igor le palmea el culo a la chica y esta se dirige a la barra. Le indican a Fons el sitio vacío.

—No nos vamos a quedar mucho tiempo —me adelanto.

—Claro, *tavarish*. —Iván entrecruza los dedos—. Pero acepta trago vodka.

—Puro Moscú —aclara Igor—. No venderse en Alicante.

Llenan varios vasos de chupito y nos los acercan. Es un paso adelante, pero quizá en falso. Nos tratan como a invitados, y rechazar la copa sería una ofensa. Pero también puede ser la primera de muchas. Apuro mi vaso de un trago y lo agarro fuerte en el puño, impidiendo que lo recuperen. Marc me copia.

—Hermanos Organov siempre igual —dice Iván—. Hace pocos años, insultarnos llamándonos asesinos. Ivan e Igor ciudadanos respetables que ganan la vida con trabajo y sudor.

—Sudor de las putas —interviene Marc.

Los rusos se ríen a carcajadas.

—Tu perro sabe ladrar —se burla Igor.

—*Da*, sudor de otros —continúa el hermano flaco—. Igual que todos millonarios listos.

—Has dicho que os acusaron de asesinato hace un tiempo —interrumpo—. ¿Quién ha dicho que Chávez ha muerto?

—Nadie. —La jovialidad de depredador desaparece del rostro de Iván—. Pero si solo ha desaparecido policía habría enviado uniformados. Tú de asesinatos, ¿*da*?

No me gusta hablar con nadie que se crea más listo que yo, y mucho menos que lo sea.

—Nelson trabaja para nosotros —continúa Iván—. Él trapichear... ¿se dice así? Trapichear con droga. Distribuir entre juventud.

El hermano gordo se encabrona y se pone a gritar en comunista. El otro le planta cara y discuten un rato. Al final, Igor golpea la mesa con fuerza y se vuelve a sentar.

—Perdonar a *koll* Igor —se disculpa Iván—. Creer que policía España actúa igual que rusa. Yo cuando hablo de droga, no droga nuestra, claro. Es droga de Chávez. Él trabaja para nosotros como chico recados, ¿*da*?

Guiña un ojo de forma esperpéntica. Produce un sonido como de chicle al masticarse.

—Está bien. La droga no era vuestra. Sois angelitos bíblicos.

—Chávez desaparece hace varios días. No sabemos nada de él.

Me pongo en pie y el resto de rusos me imita. Marc se interpone entre nosotros,

pero lo aparto de un empujón. El gorila de la puerta aparece acompañado de la puta adolescente de antes.

—No me jodas, Iván —le advierto—. Dame algo con lo que empezar o tendré que registrar esta casa de putas de arriba abajo. Quiero resolver esto antes de que amanezca, ¿me captas? Y me da igual enchironar a quince rusos que a un mendigo de la calle, pero necesito que me ayudes, Iván. Un nombre, joder.

El ruso se rasca la barba. Igor continúa gritando en su ruidoso idioma. Fons vigila de reojo al portero. Los de las cartas siguen en su mundo.

—Nelson tiene amigo —dice Iván por fin—. Un chapero en aseos estación de autobuses. Dicen que tiene culo tan roto que come de pie.

—El nombre, Iván.

—Chávez llamarlo Chopito, ¿da? Chopito García.

Chopito el Chapero, muy propio.

—Tú busca en estación autobús. Él masturbar ancianos.

—*Tavarish* Iván —respondo—. Voy a comprobar lo del tal Chopito, y después decidiré qué hacer. Y por tu bien espero que no mientas. De verdad que lo espero.

El ruso sonrío. Genaro tenía razón: son unos cabrones de cuidado.

—Suerte, policía. Chávez era buen tipo.

Le doy la espalda sin despedirme y aparto al portero antes de salir. No hace falta que me gire para saber que Marc está acariciando su puño americano. Cruzamos todo el salón de putas y alcanzamos la calle. Aún no ha amanecido, pero el aire huele distinto. Fons arranca el coche y salimos de allí con la certeza de que esos rusos mienten más que hablan.

## 7:03

—¿Qué opinas, Antonio?

Estamos en el restaurante del Meliá. He olvidado la chaqueta en el prostíbulo y a cambio he traído un vaso de chupito. Es entonces cuándo me he percatado de los nervios que me oprimen el estómago.

—Hay dos opciones —digo—. La primera es que los rusos hayan dicho la verdad, así que nos toca encontrar a Chopito García. Y tenemos que hacerlo pronto, no vaya a ser que también le ocurra algo.

—¿Y la segunda?

Una chavala trae dos cafés con tostadas y los abandona en la mesa. Fons se tira sobre la comida como un animal hambriento. Agito un sobre de azúcar entre los dedos.

—La otra opción es que los rusos nos hayan vendido humo y hayan sido ellos los que liquidaron a Nelson Chávez. De ser así, ya podemos cerrar el caso, porque no encontraremos pruebas en la vida.

—Puede que se pongan nerviosos. Nuestra visita los ha pillado por sorpresa. ¿Viste cómo me miraba el gordo? Ese cabrón me temía. Yo creo que la van a cagar y el Martínez se les va a tirar al cuello al menor descuido.

—Eres joven, Marc, y aún te queda mucho por aprender. A esos rusos cabrones se la pela, y si van a reaccionar de alguna manera será mandando a unos sicarios a hacer su trabajo. Son mafia, amigo, no se ponen nerviosos.

La gente bulle en el hotel a esta hora de la mañana. Algún viaje organizado de turistas anglosajones acapara el comedor privado mientras el guía les insta a que se den prisa en digerir el yogur con mermelada. Varios guiris se acumulan ante la plancha donde un pobre chef con legañas se afana en freír huevos que le quitan de las manos. Una marabunta de animales extranjeros, ansiosos por disfrutar de nuestra comida, costas y mujeres y, menos mal, gastar su dinero.

Por la puerta veo entrar a una rata con cazadora y objetivo telescópico. Roger Escudero nos localiza y se arrima a nuestra mesa.

—Vaya, vaya... el mejor sabueso de la ciudad en mi hotel preferido. ¿Qué te parece? ¿No estarás intentando robarme el trabajo?

—Es una parada táctica, Rog. —Nos estrechamos la mano—. Me han dicho que por aquí para el Zorro. ¿Es cierto?

—Tan cierto como que los políticos roban a dos manos. Lo llevo siguiendo casi tres días.

Roger trabaja vendiendo mierda a editores sin escrúpulos que consideran asimismo mierda a sus propios lectores. El año pasado sacó una buena tajada cuando pilló a cierto exedil popular cascándosela a un pollino en un picadero mallorquín. Por desgracia para él, fue otro quién descubrió que, además de eso, pagaba la cocaína y los servicios sexuales masculinos con la tarjeta del Ayuntamiento. Las fotos de alto contenido pornográfico no eran del agrado de todos los paladares. Por suerte, pudo venderlas a la familia para que nunca salieran a la luz pública. Nada más se volvió a saber ni del burro ni del mamporrero, pero Rog cuenta siempre la misma anécdota con el mismo tono melancólico.

—¿Cómo lo llevas, Fonsi? —saluda.

—No tan bien como tú, mariconazo.

—¿Y qué me cuentas, Ramos? —Me palmea la espalda—. ¿Para qué quieres ver al Zorro? No habrá pedido protección a la policía, ¿verdad? De momento solo le he hecho cuatro fotos sin sustancia. Si no le pillo cagando mientras hace el pino, no tengo nada.

—Es una parada en boxes antes de pasarnos por la estación de autobuses.

—¿Qué hay allí?

—Un chapero que se va a llevar cuatro hostias —indica Marc, apurando su taza.

—Sí, bueno, pero a mi niña le gusta el Zorro —explico—. Voy a ver si me firma un autógrafo y la tengo un poco más contenta.

—¿Malos rollos en casa, Ramos?

—Joder, Rog. Para un poco, ¿quieres? Siempre estás con la caña a punto, a ver qué sacas.

—Sí, lo siento. Llevo dos días durmiendo en el coche y meando en una botella, que por cierto debería tirar ya.

—¿Y por qué no lo haces?

—Me he apostado a mí mismo que puedo llenarla hasta arriba.

Roger es un adicto a las apuestas. Siempre se juega cosas que no puede pagar y luego viene a pedir ayuda a las altas instancias. No me extraña que no le dure el dinero.

—Eso es asqueroso.

—No, lo asqueroso es lo que te voy a contar ahora.

—Estamos desayunando, picapleitos —informa Marc.

—Esos son los abogados. Los periodistas tenemos otros motes.

—¿Ah, sí? ¿Cómo os llaman?

—Pues... periodistas, claro.

—Tú no llegas ni a *paparazzi*, Rog —apunto.

—No jodas, Ramos, que me disperso. Os iba a contar un cotilleo cojonudo de mi casera.

—¿Pero no has dicho que dormías en el coche?

—Eso es mientras curro. En algún lugar tendré que estar empadronado, ¿no?

—A ver, cuenta.

—Bueno, el tema es que una vieja que alquila habitaciones a estudiantes, de forma excepcional dada mi simpatía sin par, me ha hecho un hueco. Es una abuela de casi ochenta años, pero hay una empollona de inglés en el otro cuarto que tiene un polvazo.

—Las pajas para tu casa, Escudero —se burla Fons.

—Sí, cierto. El caso es que esa abuelita angelical me contó cómo fue su noche de bodas. Al parecer, allá en el Neolítico, sus amigos le putearon la noche de bodas al meter quince pollos vivos en su casa y se la dejaron hecha un asco.

—¿Por qué hicieron eso?

—Al parecer querían contratar a una vieja para que les cantara saetas toda la noche bajo el balcón, ya sabes, para que los animase a follar. El caso es que no la encontraron y al final optaron por la putada del gallinero.

—Muy asqueroso, sí —se ríe Fonsi.

—Lo brutal viene ahora. El recién marido, un hombre poca cosa, no sabía qué hacer, por lo que ella, con dos cojones bien puestos, empezó a desnucar pollos con sus manos desnudas. Sin quitarse el traje el bodas. Así, a pelo.

—Ya, pues si hace eso con los pollos, qué hará con las pollas —añado.

—¡Dios, vivo con una genocida...!

Voy a sugerirle que duerma con un collar de pinchos cuando veo al Gran Hombre aparecer de lejos. Rog se da cuenta y señala con disimulo. El Zorro emerge oculto

tras unas gafas de sol de tamaño industrial y envainado en un abrigo largo. La superestrella hispana de Hollywood confía en pasar desapercibido, pero va vestido precisamente como alguien que intenta no llamar la atención y acapara todas las miradas. Le acompañan dos tipos trajeados que arrastran gruesos portapapeles y le hablan sin demasiada convicción.

—Ese es el Zorro —confirma Escudero—. Apuesto a que lo esperabas más alto.

—¿Y los otros capullos?

—Ni idea. Van juntos a todas partes, como siameses. Supongo que el del bigote es su guardaespaldas o algo así, y el otro será el productor o el secretario.

—Te creía más informado —observa Fons.

—Eh, chaval, que soy el cabrón más informado de todo Alicante. He untado a un par de la recepción y a la jefa de limpiadoras, pero de momento no tengo resultados. Joder, voy a tener que rebuscar en su papelera.

Abandono a los dos filósofos y avanzo por el salón del restaurante. El Zorro observa su reflejo somnoliento sobre la superficie del recolado con leche. Cuando estoy a su vera, carraspeo, pero ni siquiera se gira.

—Hola —saludo—. Eres el Zorro, ¿verdad?

La superestrella lanza un profundo suspiro. Está demacrado, demasiado flaco para ser normal, con un aspecto descuidado. Le hace falta una ducha y un afeitado, aunque parece haberse bautizado en colonia de marca.

—Me confunde con otro, amigo —miente.

—Oiga, solo quiero un autógrafo para mi niña. Se llama Leo y le admira.

El del bigote se incorpora y me coloca una manaza en el pecho.

—Está molestando —masculla.

—Es una firma y me largo. Vamos, ¿qué te cuesta?

El Zorro se quita las gafas de sol mostrando unas ojeras de preocupación paternal.

—Pasa que si me paro a firmarte a ti, la gente querrá que le firme también a ellos y no podré desayunar y llegaré tarde a todas partes. Es o todos o ninguno.

—Estamos trabajando —dice el del mostacho, empujándome hacia atrás.

Aprieto la mandíbula para no partirle la suya. Recuerdo que con educación se va a todas partes, aunque una hostia a tiempo nunca viene mal. Después pienso en lo mucho que le divertiría a Roger que un poli del montón se metiera en gresca con el famoso actor. Mi careto saldría en todas las revistas nacionales y parte de las extranjeras, el comisario exigiría mi próstata en bandeja de plata y Leo escribiría una esquila en el periódico. No, hay que ser diplomático mal que me pese.

—A ver, que es una puta firma.

—Llamaría la atención.

—Ahora es cuando estáis llamando la atención. La peña se está preguntando qué cojones pasa, ¿no lo veis?

—Que te pires, payaso. —El hombre-morsa me empuja más fuerte.

—¿Sabes que te digo? Que a mi hija le gustas, pero a mí siempre me pareciste un

gilipollas. Un capullo que se vende a los extranjeros para hacer papeles de mejicano no merece regresar a España.

El bigotudo intenta empujarme de nuevo pero le paro las manos antes de que mancille mi camisa. El Zorro susurra algo así como «suerte, compañero» sin levantar la cabeza y se concentra en unos papeles que le pasa el otro individuo. Regreso con el rabo entre las piernas y con dos conclusiones: que la fama pudre a las personas y que nunca me dejaré mostacho. Rog y Marc me miran con media sonrisa en la cara.

—¿Qué te ha dicho? —pregunta Escudero.

—Me han mandado a la mierda sin disimulo.

—He estado a punto de saltar sobre el del bigote —dice Fons.

—No merecen la pena. Son subnormales, pero reglados, con papeles.

—Sí, se les nota.

—Rog, escúchame. —Le engancho de la manga—. Quiero que me informes de todos los movimientos de este imbécil. Por mi honor que yo saco una firma y tú una foto.

—¿Aunque haya que derribar puertas? —Se relame.

—Sobre todo si hay que tirar puertas.

Permanecemos unos instantes en silencio, observando desde la lejanía al superactor asintiendo a cada papelote que le ponen ante las narices. Una madre se acerca con su hijo pequeño ya con el boli preparado, pero tras varias negaciones se marchan resignados de regreso a su mesa. Me pregunto por qué ese capullo se cree mejor que la gente llana. En sus películas interpretará a héroes, pero también a currantes de la calle. Al menos me queda el consuelo de que la cagó cuando intentó sacar un disco.

—El otro día me la encontré retorciéndole el pescuello a un pollo —dice Rog.

—¿A qué viene eso ahora? —Quiere saber Marc, ignorando el cartel de prohibido fumar.

—Lo de mi casera. —Continúa el periodista—. Resulta que está un poco senil y ahora le ha dado por recordar viejas batallas como si las estuviera viviendo en ese momento.

—¿Y de dónde sacó el pollo?

—De la nevera. Lo compró en el Mercadona. Ni siquiera tenía cabeza.

Roger debería ponerse un collar de pinchos en el cuello con urgencia.

## 8:20

Las grandes ciudades son mentirosas. Por ejemplo, la estación de autobuses de Alicante parece un lugar acogedor, a escasos metros del paseo marítimo y la playa del Postiguet, pero aun así céntrica, rodeada de comercios, árboles e incluso de un parque de bomberos. Pero tras la capa de luminosidad se esconde la zona más peligrosa de la

maraña de cemento y edificios que componen este cáncer llamado urbanismo. Los delitos se disparan, da igual si es de día o de noche, ya sea en las proximidades o en la propia estación enfrente de la minúscula comisaría que cobija en sus entrañas. Una vez la miras de cerca, compruebas sin dificultad que se trata de un agujero de cuatro andenes donde los coches de línea tienen que ponerse en fila india, con un mural interior de aire anarquista y oficinas de información cerradas. La mayoría de la fauna que pulula por las vías de acceso son descuideros que trabajan en pareja, carteristas con ínfulas de Robin Hood que conocen los entresijos del sistema judicial mejor que la plana mayor de la Audiencia Nacional, prostitutas madrugadoras que siempre pierden el último bus o chaperos que buscan refugio entre los chupapollas del aseo menos aseado del planeta.

Buscamos a un tal Chopito García, no fichado, lo cual indica o que es muy listo o que acaba de empezar por estos derroteros, y teniendo en cuenta que estamos hablando de un hijo de la calle, la primera opción se descarta sola. Marc y yo hacemos turnos para no levantar sospechas, aunque para sospechosos los viejales que se vigilan las vergas unos a otros. Cualquiera turista despistado podría pensar que los sarasas son meandantes como cualquier otra persona, y solo los más avisados se percatan de la triste verdad de que están ahí, cual estatua de sal pervertida, para enganchar tu rabo y sentirlo entre las manos ajadas. Y, de vez en cuando, puede que algún joven de buena presencia se ofrezca como recipiente para el caldo de cultivo que rebosa en sus gónadas.

Un candidato a Chopito entra con disimulo sobreactuado en el aseo. Es un chavalillo de no más de veinte tacos, con ojeras grabadas a fuego y orejas de soplillo, que se acentúan aún más por su cabeza rapada. El crío se pierde en el interior de los lavabos. Me asomo con discreción y compruebo cómo se mete en un cubículo para váter. Un pestañeo después entran al mismo habitáculo dos jubilados de mirada perversa y se cierra el pestillo.

Marc se fuma un cigarro apoyado en un meadero. Lleva las gafas de sol tan incrustadas en su cabeza cuadrada que parece que vayan a salir disparadas. Asiente mientras tira la colilla al suelo. Un par de capullos que esperan tienen un ataque de lucidez pasajero y salen a escape. Una seña y Fons pateo la puerta del cagadero hasta desencajarla de sus goznes. Dentro hay una variante del *Kamasutra en Sitios Estrechos* con dos abuelos y un chaperero.

—Chopito García —digo.

Los dos abuelos se guardan las pollas inservibles mientras que con la cabeza señalan al chaval arrodillado en el suelo. Uno de los maricones de estación tropieza conmigo al salir corriendo y siento la tentación de partirle la cara por tocarme. Echo de menos mi chaqueta. El tal Chopito García escupe un preservativo enrollado que tenía en la boca e intenta escapar. Marc le engancha de la camiseta y lo estampa contra los lavabos. Un guiri sale del reservado lindante con papel higiénico pegado a la suela de las chanclas. Chopito el Chaperero se revuelve en el suelo, pero Fonsi está



rápido y le pisa los cojones.

—¿Te parece bonito tirar condones usados al suelo? Lo puede encontrar un niño, pervertido de mierda.

—¡Yo no he hecho nada! —Llora García.

Marc lo levanta con una sola mano mientras aprieta el cuello de la sabandija hasta que se pone rojo.

—Aquí soy yo quién dice lo que has hecho o lo que vas a hacer —prosigue mi compañero—. Pero responde o te juro que te reviento.

—¿Qué...? —Casi asfixiado, Marc reduce la presión.

—Escupiendo condones para que los niños los confundan con globos.

—Yo no...

—¿Te gusta tragar condones? ¿Es eso? Pues ya lo estás limpiando.

Fons lo empuja de nuevo al cubículo. El chaval cae de rodillas como los gatos aterrizan de pie. Es un movimiento que debe saberse de memoria.

—Ahora te lo tragas. ¿Me oyes, julay?

Chopito García se revuelve y saca una navaja. Retrocedemos dos pasos al tiempo que echamos mano a las pistolas. El crío se da cuenta de la situación y se derrumba sobre la taza del váter. Me acerco con cuidado y aparto el baldeo con el pie. Una automática... pensaba que ya no se fabricaban.

Dos uniformados aparecen con andar patizambo y resignado. Parece que todo se pega en este lugar, incluso la apatía por seguir vivo.

—¿Qué ocurre aquí?

—Tranquilo, compañero —me identifico—. Somos de la Judicial. Buscábamos a este capullo.

—¿Necesitáis ayuda?

—Ya hemos terminado. ¿A que sí, García? ¿A que nos vas a acompañar?

Marc le aprieta los grillos y lo arrastra fuera. Yo charlo con los chicos de la estación un rato. Me comentan que necesitan vacaciones, que a ver si construyen pronto la nueva estación y cierran este agujero, que están hasta las narices de robos de maleta. En realidad conocen a los chorizos por su nombre de pila, y se pasan el día hablando con ellos para que sepan que los tienen controlados, pero terminan por quemarse. Cuando consigo quitármelos de encima, Fons me espera en el coche. El crío está tumbado en el bordillo con una brecha nueva en la cabeza.

—¡Violencia policial! —chilla entre lágrimas—. ¡Tengo mis derechos!

—A recibir otra hostia tienes derecho —contesta Marc.

—¡Tú! —me llama—. Tu amigo me ha arreado con un puño americano. Lo tiene en el bolsillo. ¡No podéis hacer eso!

—Podemos hacer lo que nos salga de los cojones, que para algo somos los buenos.

—Yo no he hecho nada... —solloza.

Lanzo una mirada hostil a Marc. El regalo de su hermana nos puede buscar la

ruina. Me agacho junto al chapero. Intento tirarle la cabeza para atrás, pero apenas tiene pelo por donde agarrar.

—Chopito García, ¿no?

—Ya sabes que sí...

—¿Dónde está tu amigo Nelson Chávez?

—¿Qué? —Parece despertar—. ¿Esta mierda es por ese lechoso? ¿Qué os ha contado?

—Nada —dice Marc—. Está muerto.

Se pone blanco. Incluso la sangre parece absorberse hacia dentro. Aprieta tanto el culo que los ojos se le mueven entre espasmos. Mal asunto: dice la verdad.

—Dios... —tartamudea—. Joder... El Nelson...

—Te lo has cargado tú, pedazo de marica —presiona Fons.

—¡No! Yo no sé nada.

—¿Dónde estuviste ayer a la noche?

—¿Qué? ¡Ni siquiera estuve en la ciudad! He regresado hace un rato de visitar a mi hermana en Cocentaina.

Coartada. A este cabrón no podemos cargarle el muerto. Me acuerdo de la madre de ciertos gemelos rusos.

—Soltadme, cabrones —se envalentona—. Llamad a mi madre y comprobad que no os miento. Yo no he hecho nada. Estáis buscando a otro.

—¿Y a quién crees que estamos buscando? —pregunto.

—¿Qué se yo?

—Vamos, Chopito. Tú te llevabas bien con Chávez.

—Y yo qué sé...

—Mira, guapo de cara, nos lo puedes contar ahora o en comisaría.

Apoya la frente contra el suelo y aprieta la mandíbula.

—Venga, García. Que no tienes antecedentes. Aún puedes disfrutar de tu carta blanca, coño.

—¿Cómo ha sido? —murmura.

—Una navaja en la nuca.

—Como la tuya. —Marc le enseña la automática.

—Joder... ¿Es un asesino en serie que se carga a chaperos? —Me encojo de hombros—. Pues ni idea, campeón. Eso intentamos averiguar.

—Ah, al infierno. Os lo diré. El Chávez tenía un noviete, uno de esos viejos babosos que te toman en gracia y te dan algún capricho de vez en cuando.

—Empezamos a entendernos.

**9:01**

Rodamos con tráfico lento por Avenida Jijona dirección Plaza Manila. Chopito

García va arrodillado en el asiento de atrás. Marc bromea sobre si tiene el culo tan abierto que no puede ni sentarse. El crío le ignora y nos guía en dirección al último amante conocido del malogrado Nelson Chávez.

—Es el viejo más escalofriante que te puedas imaginar. Apesta a tabaco de liar, pero yo creo que de nacimiento. Una vez nos invitó a su casa para un trío, aunque nuestra idea era que, mientras uno lo entretenía, el otro rebuscaba entre los cajones. Pero pasó que no pude ni cruzar la puerta. Tenía mierda por todas partes. Era asqueroso.

—Y aún te quedan escrúpulos, ¿no? —Se ríe Fons—. Moral de chaperero. Ver para creer.

—Seguimos siendo personas —se defiende.

—Eso cuéntaselo a otro.

—¿Nuestro amigo tiene nombre? —pregunto.

—El Chávez lo llamaba Cosme Nosequé. Un hijoputa. Primero lo emborrachaba y después se lo trajinaba.

—¿Para qué hacía eso?

—Ni idea. Al Nelson le daban arcadas cuando se la chupaba con esa boca desdentada. En serio, ni siquiera se le ponía dura. Para mí que eso era lo que excitaba al abuelo. Ya te digo, un perverso.

—Moral de chaperero... —repite Fons.

—Tened cuidado con ese cabrón, pasma. Cuando fui no vi nada, pero el Chávez me contó que tenía un rifle detrás de la puerta.

Un pistolero anciano y de pulso trémulo, un Clint Eastwood desviado que sobrevivió a una dictadura. En ocasiones, la vida es demasiado irónica.

Callejamos sin rumbo dejando atrás centros comerciales rodeados de chabolas. Chopito García nos guía desanimado hasta alcanzar la plaza. Después viramos por una callejuela y nos indica un edificio de fachada gris en General Polavieja. Tres pisos que dieron nombre al término «renta antigua», el sueño de diseñadores que ansiaban el despido, un insulto al buen gusto que daña incluso el medio ambiente.

—El segundo B —indica—. Y poneos una pinza en la nariz o algo.

Aparcamos en un vado y dejamos a Chopito esposado en la parte de atrás. Marc saca el tabaco, pero le paro antes de que se lo encienda. El tal Cosme Nosequé va a cargar con el muerto, nunca mejor dicho, y debemos parecer profesionales. Una confesión limpia.

La puerta tiene la cerradura rota y pasamos sin problema. El descansillo es estrecho y sucio. Encendemos la luz, pero no hay nombres en los buzones. Alguien pensó que no hacía falta poner ascensor, por lo que subimos en fila sin apoyarnos en el pasamano. En el primero solo hay una puerta, y por un instante pienso que Chopito nos ha timado, que no existe ningún segundo B, pero al alcanzar la siguiente planta compruebo que, en efecto, hay dos timbres. Concluyo que el primer piso deben ser dos viviendas adosadas.

No hay rastro de A o B que distinga ambas entradas, pero una tiene una diminuta placa dorada bajo una imagen de la Virgen del Remedio que pone Graciela Vilmes. Sin embargo, la prueba irrefutable es el hedor a putrefacción que emana de la vivienda de al lado.

Antes de llamar recuerdo la advertencia del chapero de que el tipo tenía un rifle y coloco a Fonsi a un lado con la pipa a punto. Aprieto el timbre un par de veces, pero no emite sonido alguno. Me encojo de hombros ante la interrogación muda de mi compañero. Es entonces cuando descubro marcas de palanca en el lado de la cerradura. Alguien ha forzado la puerta del pobre diablo, que se abre nada más apoyo la punta de los dedos.

Varias cucarachas huyen ante la presencia de la luz mientras que la escalera se inunda de una peste a corrupción tan intensa que me arrepiento de haber rechazado el cigarro de Fons. El olor a descomposición, a estercolero infecto, se filtra entre la ropa alcanzando el hueso, consiguiendo que hasta los ojos se irriten. Y dentro, iluminado por el tenue alógeno del descansillo, un anciano nos espera sentado con una escopeta entre las manos.

No hace falta ser un lince para percatarse de que lleva muerto varios días.

Marc guarda la pistola y se tapa la nariz con un pañuelo. El mío se quedó en la chaqueta de cierto prostíbulo así que tengo que agarrar los faldones de la camisa e improvisar una mascarilla. Le hago un gesto a Fonsi y me pasa un guante de látex. Él, por su parte, hace la luz con una potente linternita incorporada al mechero.

Cosme Nosequé. De setenta a ochenta años. Ojos abiertos, dedos agarrotados alrededor de una escopeta antigua que, con toda probabilidad perteneció a su abuelo, que debió heredarla del suyo. El hedor es asfixiante. Dentro hace tanto calor que casi puedes apreciar cómo se separa la carne de los huesos. Un clima de invernadero ideal para ese espectáculo único que es el nacimiento de la vida, aunque sea en forma de gusanos carnívoros. Y, alrededor del cadáver, formando un muro infranqueable, cientos, tal vez miles de bolsas de basura, se amontonan por doquier, acumulándose en cada rincón hasta el punto de reducir a un par de metros una vivienda de cuatro habitaciones.

Indico a Marc que salgamos a toda pastilla. Cerramos la puerta como podemos y bajamos las escaleras aguantando las arcadas. La llamada del vómito es tentadora, pero el aire fresco y contaminado consigue calmar la bilis.

—¿Ahora qué? —pregunta Fons, lanzando un escupitajo al suelo.

Desde su butaca privilegiada, Chopito García se burla de nuestras caras mientras repite «os lo dije, os lo dije».

—Vamos a dar aviso para que recojan al viejo. —Me apoyo en la pared al tiempo que me inclino un poco hacia delante—. Tiene pinta de llevar muerto varios días, pero le vamos a cargar el asesinato de Nelson Chávez.

—No va a colar.

—Que se joda. ¿Quién va a hacer preguntas? La madre del Nelson no quiere ni

enterrarlo, y si el tal Cosme tuviese familia no creo que le hubieran dejado almacenar toda esa mierda en su casa. Son dos balas perdidas.

—No va a colar —repite.

—Hablaré con el doctor Dólera para que le baile algún número en la fecha del óbito.

—¿Crees que aceptará?

—Tiene demasiado trabajo acumulado para andarse con tonterías. Además, si le damos propina te puedo asegurar que ni se lo piensa.

—¿Y qué hacemos con él? —Señala al coche con la barbilla.

—Ponerlo de nuestra parte, claro.

—¿Te ocupas tú? No quiero que me contagie su homosexualidad.

—Sí, tranquilo. —Sería absurdo discutir con Marc sobre contagios imposibles—. Tú ve avisando a la central.

Me siento en la parte de atrás, junto a nuestro nuevo amigo. Marc saca el micro de la radio por la ventanilla e informa de nuestro hallazgo. Chopito lo observa todo intrigado.

—¿Qué pasa? ¿No había nadie en casa?

Me enciendo un pito para paliar el olor a descomposición. El humo cálido es una bendición en este momento.

—Está muerto, García.

—¿Qué? —Palidece—. ¿Se lo han cargado también?

—Tiene toda la pinta de haber fallecido de asco. Aún tenía la escopeta agarrada, el tío cabrón.

—No jodas. ¿No quería soltar el rifle?

—Escopeta —le rectifico—. Y ya te he contado demasiado, así que mejor calla y escucha, porque tenemos otros problemas.

—Dímelo a mí.

—¿Qué parte de «calla y escucha» no has entendido? —le grito—. ¿Quieres pasar un par de años entre rejas? ¿Es eso lo que quieres? ¿Ser la puta de la cárcel? Allí te van a joder vivo, niñato, y no van a ser tan cariñosos como los maricas de la estación.

—Vale, vale. Te capto. No hace falta ofender.

Chico listo. Puede que incluso llegue a la treintena.

—Van a venir varias patrullas y te van a hacer preguntas.

—Joder, ¿me vais a fichar?

—Tranquilo, coño. Estás en calidad de testigo, ¿vale? El Nelson era tu colega, así que me llamaste y yo vine, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Les cuentas lo mismo que a nosotros, toda esa mierda sobre las bolsas de basura y el viejo chupapollas. Y diles también lo que el Chávez te contó hace un par de semanas.

—¿Y qué es?

—Diles que te confesó que al tal Cosme se le había ido la cabeza, que le daba miedo, que sabía que iba a morir y quería llevarse a Nelson con él. Cuenta que le dijo que si no era de él no sería de nadie. Que el Chávez estaba aterrado por si lo mataba, que incluso le amenazó con un cuchillo. ¿Lo tienes claro? —El chaval sonrío y asiente—. Y mucho cuidado con joderme. Será tu palabra contra la mía, y no te gustará verme a malas. Si intentas putearme te meteré tal paquete que te parecerá estar en la despedida de soltero de Freddy Mercuri, ¿entendido, figura?

—Claro —contesta—. Al fin y al cabo, es la verdad.

Y me guiña un ojo. Complicidad de chaperero. Siento otra arcada, aunque esta vez por razones diferentes.

## 11:20

El *flash* de un fotógrafo de la científica ilumina la estancia. Las moscas ni se inmutan y prosiguen con su festín de esclerótica podrida. En total, el piso tiene unos ciento cuarenta metros cuadrados, tres habitaciones, cocina, dos aseos y comedor, pero Cosme Trujillo, que así se llama el abuelo, dejó habitable tan solo el recibidor. En el suelo hay un colchón cubierto con mantas sucias, y en una esquina un cubo con heces que le servía de aseo. Los bultos de plástico negro se acumulan por todas las habitaciones y, si te fijas, puedes ver cómo la mierda reptaba por las paredes, taponando ventanas, puertas y pasillos.

—Por lo que sabemos, detrás podría haber un cementerio de chaperos —miento.

Un trasiego constante de uniformados y burócratas con identificación caminan en círculos alrededor del finado. Llevamos un par de horas aguardando al juez, pero para variar se hace esperar como una virgen la noche de bodas. El ayudante becario de Dólera, un gordo con gafas del que he olvidado su nombre, continúa dándole al botón. Parece que incluso se relame del olor a corrupción. Portela y Moreno, dos de uniforme, regresan de la ronda de entrevistas con los vecinos. Francis Portela es un caimán que no aspira a ascender porque no sabe hacer otra cosa que no sea patrullar, mientras que Rodolfo Moreno es un primavera de la penúltima hornada.

—¿No deberíamos quitarle la escopeta? —pregunta este último—. Podría dispararse.

—No hemos podido —le replica su compañero—. El cabrón la tiene agarrada con fuerza.

—¿Y por qué lo haría?

La pregunta de Moreno se queda flotando entre la peste. Como todos los jóvenes, aún tiene ideales propios y cree que cambiará el mundo. Todos hemos pasado por esa fase hasta que descubrimos que nuestro trabajo es limpiarle el culo al mundo sin papel higiénico. Al final se curtirá gracias al contacto continuo con la mierda y dejará de jugar a Sherlock Holmes.

—¿Qué habéis sacado en claro? —Se adelanta Marc.

—Los vecinos lo han descrito con barba. —Portela lee de un pequeño bloc—. Dicen que apenas salía. De vez en cuando lo veían subir con bolsas de basura. Nunca hablaba con nadie ni pagaba las cuotas de la comunidad. Todos pensaban que vivía en la indigencia y lo dejaban en paz. Yo creo que tenía la enfermedad mental esa que le hacía coleccionar mierda.

—Síndrome de Diógenes —aclaró—. ¿Nadie lo conocía? ¿Nadie charlaba con él?

—Tendremos que preguntar en la calle.

—Imagino que era un asiduo de los albergues sociales. Esta gente se aprovecha de la beneficencia, aunque tengan donde caerse muertos, ¿verdad, Cosme?

El muerto no responde. Se supone que la muerte es algo serio, pero en este trabajo tienes que aprender a distanciarte de ella si no quieres acabar tocado, y el humor es la opción más habitual.

—Tal vez tomaba café en algún bar o tenía amigos de su edad. En el barrio hay un supermercado. Supongo que alguna vez habrá entrado para comprar algo. Comprobadlo.

—Claro. —Portela palmea la espalda del novato—. Así nos quitaremos esta peste de encima.

Me tapo la cara con un pañuelo y regreso a la estancia. Marc decide esperar en el descansillo. El gordo comprueba la pantalla digital de su cámara, tal vez examinando manchas de sangre inexistentes. Observo alrededor. No sé lo que busco hasta que lo encuentro.

Flanqueada por bolsas de basura pegajosas y desperdicios varios descansa una barba postiza.

—Eh, forense —le llamo—. ¿Has visto esto?

El hipopótamo se acerca, niega con la cabeza y le hace un par de fotos. Cuando termina la engancho con el bolígrafo. Es de pelo gris, casi carnavalesca, más falsa que un billete de tres euros. El ayudante sin nombre de Dólera abre una bolsa para pruebas y la deposita en el interior.

Me aproximo al abuelo. Repaso una vez más lo que sabemos. Cosme Trujillo. Noventa años. Sin familia ni antecedentes. Apesta. Nadie sabe si cuando estaba vivo olía mejor. Sin duda, un buen punto y final para el caso Nelson Chávez. Limpio el boli en la manga y tomo algunas notas más.

El fiambre tiene el peso apoyado en el respaldo de la silla, como si se hubiera quedado dormido sin esperanzas de despertar. Bajo la maraña de larvas se vislumbra una piel arrugada y blanquecina cubierta de manchas seniles. Los dedos sarmentosos son garras alrededor del cañón del arma. Las uñas de pura corteza marrón, agrietadas y garfiosas. Viste chaqueta de felpa negra casi tan vieja como él, con pantalones a juego y zapatos desgastados. En el suelo hay varias gorras, lo que unido a la barba nos dan un abuelo demente que se quería ocultar del mundo. Un viejo desviado que contrata los servicios de un chapero que podría ser su bisnieto, que se disfraza para

salir a la calle, que colecciona desperdicios, que aguarda tras la puerta con una escopeta. Definitivamente, el aire de esta ciudad vuelve loca a la gente.

—¿Es un crimen o estáis de coña?

El juez Morales entra cubriéndose la barba con un pañuelo de bolillo. Su trabajo consiste en limpiar basura. Le jode tener que levantar el culo de su despacho en el juzgado para dar el visto bueno a un cacho de carne muerta. Por ley, nadie puede hacer nada sin que él lo ordene, por lo que piensa que todos los policías somos unos inútiles. El sentimiento es recíproco.

—Se le acabaron las pilas al abuelo —contesto—. Esto es otro caso más de muerte de un anciano desatendido, de no ser porque creemos que asesinó a Nelson Chávez.

—De puta madre. ¿Y qué hace con esa escopeta?

—Creemos que estaba de guardia —interrumpe Fonsi.

—¿Qué cojones me cuentas? —masculla Morales—. ¿Qué guardaba? ¿La basura?

Marc baja la mirada y traga saliva. Está claro que todos necesitamos un cigarro. Aún recuerdo aquel tiempo no muy lejano en el que los inspectores llevábamos puros para los secretarios judiciales más jóvenes. Hasta los que no fumaban caían en el vicio con tal de no oler la peste a descomposición.

—Está claro que estaba loco —digo—. Coleccionaba desperdicios.

—Está bien. —Morales aprieta el pañuelo contra la nariz aún más—. Metedlo en una caja y arreando. Y haced que se lleven toda esta mierda de aquí. Esto es un foco de infecciones.

El juez sale a escape recitando el santoral. Fonsi se caga en su madre en voz baja.

—Anda, tira abajo y que te dé el aire —ordeno—. Diles a los bomberos que ya pueden empezar a limpiar este estercolero.

—Y de paso le daré un par de hostias al Chopito ese de los cojones.

—Ni hablar. Está de nuestra parte. Si quieres desahogarte te compras una revista porno.

Baja los escalones de dos en dos y se pierde en los pisos inferiores. El gordinflas del forense recoge sus bártulos, instrumentos médicos de precisión imprecisa, cámara digital y pruebas clasificadas que nada prueban. Cosme Trujillo continúa impávido, como si todo esto no fuera con él, tal vez burlándose de todos nosotros, tristes mortales con las fosas nasales en pleno funcionamiento ante su vertedero privado. En cualquier caso, yo seré quien ría el último cuando le cargue el mochuelo de Nelson Chávez. Sonríe desde el depósito, viejo verde, que tal vez puedas encularlo en el infierno.

Un barullo de voces superpuestas avanzan desde la zona inferior. Dos camilleros se pelean con la curva de las escaleras que les impidan pasar con la caja de plástico. Cuando descubran que el fiambre está tieso será una risa. Tendrán que romperle los huesos para doblarle las rodillas, y ya no digamos para que suelte la escopeta. Cosme,



amigo, eres un chistoso.

Los de la funeraria colocan en vertical la caja y dejan pasar a unos bomberos que tienen pinta de haber dormido menos que yo. Les saludo con la cabeza cuando pasan por mi lado.

—Vamos —dice el más alto—. Recogéis vuestras cosas y nos ponemos mano a la obra. Esto nos va a llevar todo el día.

Varios apagafuegos entran pateando las bolsas de basura. Su trabajo se caracteriza por ser más efectivo que cariñoso, y esta no es una excepción. Uno de ellos lleva un hacha, Dios sabrá para qué, y remueve un montón de desperdicios. Es entonces cuando el filo se engancha en uno de los plásticos negros y lo desgarrá, desparramando su contenido por el suelo. Todos nos quedamos boquiabiertos al comprobar que el interior de las bolsas de basura está lleno de billetes.

—¿Pero qué coño...?

—Al parecer no estaba tan loco —se burla un bombero.

Agarro uno de los fajos. Son billetes de cincuenta. Abro una segunda bolsa con las manos desnudas. Más dinero. Levanto la cabeza. Me mareo al calcular la fortuna que hay aquí.

Y en el silencio de aquella apestosa mañana, casi se puede apreciar una sonrisa en la mueca de Cosme Trujillo, el cadáver más rico de General Polavieja.

## **11:55**

La escena del crimen ha terminado por convertirse en un circo. Lo que era una operación sencilla, levantar el cadáver de un viejales que se ha muerto de asco, ahora es la noticia más importante de toda la ciudad. Hay un montón de unidades móviles de televisiones nacionales grabando todos nuestros movimientos, preguntando al aire y especulando sin cesar. Varias brigadas de limpieza se afanan en separar la basura del dinero, hasta que regresa Morales enfadado de verdad. Es la segunda vez que le hacemos dejar sus asuntos. Maldice el día en que enfermaron sus ayudantes y ordena llevar todas las pruebas al juzgado, sean billetes o larvas de mosca. Nos amenaza con llamar a Llorente y jura crucificar al capullo que ha avisado a la prensa. Cuando se marcha, Moreno y Portela respiran aliviados.

—Con razón no soltaba la escopeta —murmura Fons—. Tenía más pasta que el Banco de España.

—Hasta pesetas hay, macho —confirma Francis Portela—. Fajos de diez mil pelas como la Biblia de gordos, que los he visto yo.

Moreno se rasca la barbilla y añade:

—¿De dónde ha sacado un mendigo tanto dinero?

—Lo habrá robado, seguro.

—Lo mismo es una herencia.

—Joder, Ramos. ¿Quién te iba a decir a ti que este perro estaba forrado cuando lo viste rodeado de basura?

Algo salta dentro de mí y descargo un puñetazo contra la pared. Los tres mosqueteros cierran la boca. El silencio solo se ve roto por el ajeteo de la brigada en el interior de la vivienda. Ya he aprendido incluso a ignorar el olor.

—¿Qué habéis averiguado? —pregunto con toda la calma posible.

Rodolfo Moreno golpea con el hombro a Portela y este saca el bloc.

—En el bar no lo conocía nadie. Algunos lo habían visto por la calle rebuscando en contenedores, pero nada más.

—¿Y los vecinos? ¿Habéis hablado con todos?

—En el tercero hay un piso patera. Como comprenderás, aunque les hubiera molestado el olor no se habrían quejado por miedo a que los extraditaran.

—¿En el tercero A o en el B?

—Pues... —Mira por el hueco de la escalera—. En el B. El A está vacío. Bueno, aquí enfrente vive Graciela Vilmes, una vieja que tiene el olfato mal y no se enteraba de la misa la mitad.

—¿Y en el primero?

—Nada. Hemos insistido varias veces, pero ahí no sale nadie.

—Es un consultorio médico o algo así —añade Moreno.

—¿O algo así? —grito—. ¿Vas a poner eso en el informe? ¿«Un consultorio o algo así»? ¡Cojones, más nervio!, que estamos perdiendo el tiempo.

—Tranquilo, Ramos —interviene Portela—. Hay una placa a nombre del Doctor Asensio Moscardó Díez, n.º de colegiado 278 589. No hay más información porque nadie nos abre la puerta. Imagino que se trata de un gabinete que abre por la tarde.

—¿Habéis comprobado el piso vacío? —pregunta Marc.

—Pertenece a Inmobiliaria Garduño —contesta Moreno—. He llamado por teléfono y me lo han confirmado, pero si quieres les digo que vengan con las llaves.

—No, da igual. —Me arreglo los puños de la camisa—. Vamos a hacer una segunda batida. Vosotros dos id arriba y me ficháis a los sudacas esos.

—Son marroquíes.

—Lo que sea. Me los traéis en orden alfabético, y el que no tenga documentación lo lleváis a comisaría y a ver si allí quiere hablar.

—Vamos, Ramos. —Portela se guarda el bloc de notas—. Sabes tan bien como yo que eso no nos va a llevar a ninguna parte.

—No me discutas y hazlo.

—¿Qué esperas sacar de todo esto? Si esos desgraciados estuvieran metidos en este asunto se habrían largado. Han colaborado con nosotros porque nos temen.

—No lo suficiente.

—Antonio, coño...

—Inspector, agente Portela.

Francis mira a su compañero y frunce el ceño.

—Eres gilipollas, Antonio —dice—. Gilipollas del todo.

Después se ajusta la gorra y sube sin mediar palabra. Marc obvia las reglas básicas y enciende un rubio. Fuma en silencio un par de caladas y luego me lo pasa. El tibio humo inunda mis pulmones, relajando la bestia de mi interior.

—¿Y ahora qué? —Fonsi se cruza de brazos.

—Volvemos a interrogar a la abuela de aquí al lado. Estoy seguro de que está espionando por la mirilla. ¿A que sí, señora?

Golpeo la puerta con fuerza. Al tercer puñetazo se entreabre con discreción, limitada por una fina cadena dorada que de poco le servirá el día que algún ladrón intente entrar por la fuerza. Por el quicio asoma la nariz una mujer de unos setenta años.

—¿Graciela Vilmes? —pregunto—. Desearía repasar unos detalles.

Apago el cigarro en el suelo. La mujer termina de abrir la puerta. Un viejo mueble de piel apergaminada y pelo rizado tintado de amarillo chillón. Viste una especie de camisón que no logra disimular su sobrepeso. Nunca fue guapa, y mucho menos con los dos kilos de maquillaje que se ha incrustado entre las arrugas. La aberrante máscara de cosméticos le da un aire decadente, aunque la peste de su perfume barato, de productos químicos, logra crear un aura de simpatía hacia ella.

—Ya he hablado con sus compañeros —asegura.

—Le he dicho que vamos a repasar algunas cosas, nada más. No tiene por qué preocuparse.

—No quiero líos.

—Nadie ha dicho que vaya a tenerlos. —Marc saca pluma y papel—. ¿Usted no notó la peste del piso de al lado?

—Pues no, hijo. Los demás del bloque me decían que qué horror, que era inaguantable, pero es que a mí no me da. Cuando pasaban por la calle me miraban como si fuera culpa mía. Un día incluso vi una cucaracha en mi cocina. ¿Se lo imagina? Cucarachas. Yo nunca he tenido esos bichos, así que supuse que venía de la casa del vecino.

Graciela es una de esas personas que hablan sin parar. Hay que dirigirle las preguntas.

—¿Y el propietario de arriba?

—¿Ese? Se mudó hace unas semanas. Decía que iba a alquilar el piso, pero si no lo reforma lo tiene difícil. Le pregunté cuánto pedía, para una hermana mía que vive en Monforte, pero era demasiado.

—¿Sabe por qué se mudó?

—Su mujer, esa quisquillosa —lo dice con resignación, como si fuera algo que le pesase en el fondo—. Se cree demasiado buena para vivir aquí. Necesitaba un piso más céntrico, ¿sabe? Si incluso tenemos médicos en el bloque. El marido no quería, pero al final tuvo que ceder. Ella le dejaba sin comer, no sé si me entiende...

—Por supuesto. ¿Y no se quejaba de los inmigrantes?

—Ay... pobrecitos. A mí me dan pena, ¿sabe? No se meten con nadie.

—¿Qué relación tenía con su vecino de enfrente?

—¿Qué quiere decir con eso?

—No quiero decir nada. Solo quiero saber si hablaba con él. ¿Alguna vez entró a su casa? ¿Vio lo que tenía dentro?

—Oiga, no sé quien se habrá creído que soy, pero quiero a mi marido, que en paz descanse. Tuvimos cinco hijos y nunca traicionaría su lealtad.

—¿Puede responder a la pregunta?

—Sabía que pasaría esto. Hablas con la policía de buena fe y enseguida se te echan encima. Yo lo he hecho de buena voluntad.

—No lo dudo, señora, pero...

—Ese hombre me daba miedo —prosigue—. Lo vi subir bolsas de basura un par de veces. Vestía siempre de negro, y esa barba tan extraña... no sé, no me fiaba de él. Era un tipo raro, a nadie le caía bien. Ni siquiera pagaba los recibos de la escalera, pero esto se lo podrá explicar mejor el presidente.

—¿Quién es el presidente?

—El médico del primero. Toque a la puerta, siempre hay alguien en casa.

—¿Trabaja dentro?

—Sí. También está su mujer y la chica del servicio. Su nene estudia en la Universidad, así que alguien le abrirá.

Me giro hacia Marc. Asiente con la cabeza. Como supongo que no quiere usar su puño americano con la vieja, agradezco la colaboración de Graciela y la insto a permanecer localizable por si la necesitase de nuevo. Ella cierra la puerta antes de que termine y reanuda su espionaje tras la mirilla.

—El cabrón del médico no quiere abrir —confirma Fonsi.

—O abre o la derribamos.

Por desgracia, el primer piso tiene puerta blindada, al contrario de las de cartón chapado del resto. Al tocar al timbre, una melodía clásica resuena en el interior en lugar del típico ding-dong. La placa metálica confirma que se trata de Asensio Moscardó, ginecólogo. Vuelvo a llamar y agudizo el oído ante cualquier tipo de ruido. De nuevo, el silencio por respuesta. Golpeamos con el puño cerrado alegando que somos de la policía. Si están dentro, abrirán, y si eso sucede deberán dar muchas explicaciones. Imagino que tal vez se han marchado de vacaciones, pero luego pienso en la sirvienta. Si la tienen en nómina, debían dejarla para limpiar. No, aquí hay algo que no cuadra.

Por el rabillo del ojo veo que sube alguien. Me giro esperando ver al doctor Moscardó. Para mi sorpresa, se trata de Roger Escudero.

—Ey, nada de prensa —ordeno acercándome—. Estamos investigando. Las preguntas al gabinete de comunicación, ¿captas?

—Vamos, colega. —Roger muestra una sonrisa amplia que hasta puede ser sincera—. La puerta estaba abierta. Además, ¿cómo sabes que no soy vecino de aquí?

—Porque antes de funcionario fui pitoniso, listillo. Vamos, largo de aquí.

Empujo a Marc y se encara con el fotógrafo.

—Este no es tu sitio, picapleitos —Fons le pone la mano en el pecho y le obliga a retroceder.

—No se dice picapleitos. Te lo he explicado mil veces.

—Mira, no tenemos ni puta gana de que estés aquí.

Marc le engancha del cuello y aprieta. Escudero se desliza hacia un lado como la víbora traicionera que es.

—Vale, tío duro. Entiendo la metáfora. No hace falta la brutalidad policial.

—Que te vayas, coño. Y no me llames «tío duro».

—Estás haciéndolo difícil. En cuanto aparezca un vecino, no tengo más que ofrecerle un par de billetes para subir de su mano. ¿O también vas a tirar a los invitados de...?

Roger se pone blanco al escuchar el ruido de unas bisagras al girar. Es entonces cuando comprendo que algo está sucediendo y me vuelvo hacia la puerta. La consulta del doctor Moscardó está abierta de par en par y, justo en el vano de la puerta, un chico que no llega a la veintena sostiene un cuchillo ensangrentado en la mano derecha. Manchas escarlata le salpican la ropa, tiñéndola de un rojo enfermizo. Sus ojos denotan que se halla en otro lugar.

Tardo dos segundos en reaccionar y el crío se aproxima más de lo aconsejable. En apenas un pestañeo desenfundo el hierro y le apunto a la frente.

—¡Suelte ese cuchillo y ponga las manos en la cabeza!

El chico levanta el rostro y mira a su alrededor como si no se hubiera percatado de nuestra presencia. Después observa el acero con gesto sorprendido y abre el puño. El filo resuena contra el suelo del descansillo. Antes de que pueda decir nada más, el chaval se desvanece en el suelo y adopta una posición fetal. Marc se acerca para esposarlo al mismo tiempo que grita pidiendo ayuda. Francis y Moreno bajan al instante y, como si estuvieran conectados por telepatía, uno se ocupa del cuchillo y el otro del chico.

Sin saber muy bien cómo, entro al domicilio. Unas pisadas de sangre me guían en dos direcciones. La primera lleva a la cocina. Un hombre y una mujer muertos por heridas de arma blanca. Él tiene una segunda boca en la garganta por dónde se le ha escapado la vida, mientras que el pecho de ella es un colador. El café del desayuno se enfría en la mesa.

Un gemido me transporta de nuevo a la realidad. Viene de otra habitación, y solo puede significar que alguien sigue vivo. Siento los latidos del corazón en las sienes y la boca seca. El gemido se transforma en un grito de dolor. Marcho de nuevo hacia la puerta y en el salón encuentro otro cuerpo, con la diferencia que este se mueve. Es otra mujer y está descalza, con los tobillos ensangrentados. Se arrastra sobre una alfombra de dibujos exóticos sin llegar a ninguna parte. Me arrodillo a su lado y le levanto la cabeza susurrando «policía, policía». Ahogo una maldición al comprobar

que alguien le ha sacado los ojos. El rictus de dolor de su rostro es un gesto de pesadilla.

Y es ahora cuando compruebo que Roger está tirando fotos sin parar. Me ha debido seguir al interior y pulsa el botón una y otra vez. Voy a ordenarle que pare cuando compruebo que aún empuña la pistola. La dejo en el suelo y abrazo a la mujer mutilada a la espera de que sus gritos cesen y pueda oír mis propios pensamientos.

## 14:23

—¿Qué coño ha pasado aquí? —La voz del Comisario Llorente no está alterada, aunque su fondo sí—. Un viejo muerto con una fortuna no es tan extraño. Ni siquiera que un crío se cargue a toda su familia. Pero las dos cosas el mismo día sí que lo son, y más si suceden en el mismo bloque. ¿Alguien puede explicar lo que ha ocurrido? Porque, ¡qué cojones!, al final soy yo el que tiene que dar las explicaciones.

—Comisario...

—La Subdelegada del Gobierno se ha preocupado por saber qué sucede en mi ciudad. He tenido que apagar el móvil porque aún no sé cómo tapar esta mierda. Joder, Ramos, que hasta se os ha colado un fotógrafo.

Hay que aguantar la monserga. No queda otra.

—La prensa ya llama al asunto «La casa de los horrores». Y eso me da exactamente igual, coño. Hay crímenes a diario. El otro día apareció el cadáver de una chica violada y solo se hicieron eco los medios locales. No, lo que me jode es que me tenga que llamar la Subdelegada. ¿Sabéis qué pinta la Subdelegada del Gobierno en todo esto? Yo tampoco, pero tiene miedo de que le pidan responsabilidades a ella, y por eso me pasa toda la presión.

Llorente se quita la corbata y se sienta tras la mesa de oficina. El espacio de su despacho se ve reducido hasta el punto de que el resto debemos permanecer en pie. Media comisaría mira por la ventana, y la otra media está incrustada entre las cuatro paredes, incluyendo a Pilar Hurtado, Francis Portela y hasta el juez Morales con gesto irritado. Miñarro, el Inspector Jefe, ha regresado de sus vacaciones de funcionario y se urga la nariz con aburrimiento. A Marc y a mí nos han reservado la primera fila, y no porque al comisario se le escapen gajos de saliva cuando grita, que también, sino porque las hostias van a volar en cualquier momento.

—A ver, ¿cómo hemos llegado a esto, Ramos?

—Fons y yo estábamos tras la pista del asesino de Chávez —explico intentando no contradecir una mentira que ya no parece tan elaborada—. García contactó con nosotros y nos encaminó hacia el tal Cosme Trujillo.

—¿Quién es ese García? —pregunta Pilar.

—Era amigo de Chávez. Ha estado fuera de la ciudad todo este tiempo, y a la vuelta se ha enterado del asunto. Nos localizó él y nos condujo hasta General

Polavieja. Al parecer, Trujillo no estaba bien de la cabeza y acosaba a Chávez. En una ocasión el propio Nelson le confesó a García que el abuelo le había amenazado.

—¿Qué clase de amenaza?

—«O eres para mí o para nadie». Cuando llegamos, Trujillo estaba muerto y dimos parte.

—¿Y qué hay del dinero?

Siento cómo se remueven las tripas.

—Pensamos que era basura. Olía así, al menos.

—¿Y lo del primer piso? —Salta Llorente—. La familia Moscardó.

—Sabemos lo mismo que todos. Nosotros estábamos allí por otro asunto.

—Entonces, ¿qué le cuento a la Subdelegada? ¿Los planetas se alinearon y dieron por resultado un asesinato múltiple?

—Aquí pasa algo más gordo, Antonio —dice Hurtado.

—Pues investigalo tú, cojones.

—Está bien —interviene el juez Morales—. Lo tomaremos como dos casos separados. Nada indica que estén relacionados. Mañana mismo quiero los primeros expedientes sobre la mesa de mi despacho para abrir diligencias. Entre esto y la redada del Callejón de la Muerte, los turistas no van a querer ver Alicante ni en postal.

Todos sospechamos que la Subdelegada también ha llamado a Morales.

—Otra cosa antes de que lo olvide. —El comisario se centra en Portela—. ¿Qué hacen todos esos moros en mi descansillo, Francis?

—Pregúnteselo al señor inspector, que ordenó traerlos aquí.

—Yo te dije que los interrogaras.

—Ya está bien. Les tomáis declaración y que se vayan a tomar por culo.

El timbre del teléfono móvil del comisario suena como la campana del recreo.

—Vamos, al tema —ordena Llorente sin descolgar—. Ramos, cierra lo de Chávez y ponte con el tema de Trujillo. Pilar, tú te ocupas del asesinato del doctor Moscardó y su mujer. Y quiero comunicación total entre ambos, ¿me escucháis? —Un prudente silencio—. No creo necesario decir que espero resúmenes de cada informe que se haga. Venga, gente, esto tiene que estar resuelto para antes de ayer.

Salimos empujándonos unos a otros envueltos en un manto de susurros. Morales desaparece cuando alcanzo la mesa. El gorrión está tranquilo y feliz posado en su jaula. Algún compañero le ha metido una hoja de lechuga que el bicho apenas ha olisqueado.

—Tú sí que eres un luchador.

Fons se sienta al lado y abre un modelo en el ordenador.

—Déjame a mí, Marc.

—Sé lo que hay que poner, no te preocupes.

Asiento con la cabeza. Llorente habla a gritos por teléfono. Al fondo, Martínez mordisquea un bolígrafo sin prestar atención a la pila de papeles que se acumulan

sobre la mesa. Ojeo los míos propios: nada nuevo bajo el sol. Los de pruebas están contando el dinero de Trujillo. Hay una mezcla de euros y pesetas. Les llevará varios días, pero han hecho una media aproximada a partir de las diez primeras bolsas. En total, calculan que debe de haber millón y medio de euros. Cuando terminen, trasladarán los billetes a la central de pruebas en Madrid a la espera de un juicio que jamás se realizará porque el viejo cabrón está muerto. El dinero se irá evaporando cada vez que cambie de manos. Los chicos de pruebas cogerán una pizca, en el traslado desaparecerán otros miles, y en el almacén de la central irán escamoteando hasta que no quede nada. Diablos, es lo que hacemos con los relojes falsos que decomisamos a los africanos y con las películas piratas de los manteros, ¿por qué iba a ser diferente con esto?

Dos informes caen sobre mi mesa. Cuando salgo de mi ensimismamiento veo a Pilar Hurtado. Tras ella está Fermín, el viejo marica que la acompaña hasta cuando se cambia la compresa.

—El comisario te ha metido con lo de Trujillo, pero está claro que eso es caso cerrado —explica ella con tono solemne—. Así que, si te apetece, puedes ponerte con nosotros en lo del asesinato de la familia. Al fin y al cabo, fuiste tú quién encontró los cuerpos.

—Una casualidad, nada más. Además, el caso también es fácil. No hay ninguna conspiración. Al crío se le cruzaron los cables y se cargó a sus padres.

—¿Y la asistenta?

—A ella solo la torturó.

—Los han trasladado al hospital. El chaval está en *shock*, y a ella la están operando.

—Julián Moscardó —interviene Fermín mirando sus notas—. Veinte años. La asistenta se llama Teodora Atienzar.

—Los de la científica están haciendo fotos en la casa. Empezaremos interrogando al crío y a la asistenta cuando los médicos nos den permiso. Si no tenéis nada mejor que hacer, os podéis apuntar.

Me desperezco en la silla. Pilar me observa con aburrimiento, casi asco. Le devuelvo los informes que ha dejado sobre la mesa.

—Son para ti. —No los coge—. El otro día te entregaron un caso de violación con muerte. No es la primera. Yo recibí uno hace varias semanas, pero hasta hoy no los he relacionado. El otro lo han enviado desde El Campello.

Los ojeo por encima. Son dos violaciones, sin víctima mortal. Ambas chicas jóvenes sudamericanas. A una la ataron con sus propias medias. A la otra la dejaron K.O. a golpes. La denuncia vino del Centro de Salud donde las trataron por desgarros en el recto.

—No me jodas, Pili. Lo último que necesito ahora es un violador en serie.

—Violador y asesino —rectifica—. Sigue el mismo patrón. Mira, si lees más abajo, las dos chicas lo describen igual: un hombre blanco con gorra y barba. Las



intimida con un revólver. Una de ellas fingió estar inconsciente y asegura que le introdujo un objeto como por el ano, quizá un bastón o algo parecido.

—Eso explicaría la ausencia de semen.

—¿Te ocupas tú?

—¿Qué dice Miñarro?

—Lo de siempre, que nos organicemos nosotros y le pasemos los resultados.

—Entonces no. —Le devuelvo el informe de la violación—. Y tampoco hace falta que me busques para interrogar al crío ese.

—Julián Moscardó —repite Fermín.

—Lo que sea. Estoy seguro de que os valéis vosotros solitos. Yo ya tengo suficientes casos entre manos para ocuparme de más cosas.

El viejo Fermín va a decir algo, pero Hurtado se adelanta.

—No esperaba menos. Avísanos cuando entres en razón. Ya sabes donde estamos.

Ahora sí recoge los informes y se los lleva bajo el brazo. Fermín me lanza una mirada despectiva y yo le devuelvo un beso al aire. Cuando se alejan, Marc deja de aporrear el teclado y se gira.

—¿Por qué los has mandado a paseo? —pregunta.

—Date prisa en terminar eso.

Encuentro en el bolsillo el vaso de chupito que me llevé del prostíbulo de los Organov. Lo observo con fijación enfermiza durante largo rato, y no es hasta varios minutos después cuando comprendo lo que significa.

—¿Qué pongo en la hora de la muerte? —dice Marc.

—Yo me ocupo.

## 16:21

—A veces dan ganas de pegarles un tiro y olvidarte de todo.

Luis Dólera, médico forense amante del buen comer y del mejor beber, es el vivo retrato de Papá Noel. Tiene un perímetro abdominal de similares proporciones y una barba blanca donde colecciona pelusas. Todos en la brigada pensamos que trabaja con muertos porque son los únicos que aguantan su halitosis perenne. Lo encuentro en el Hospital Universitario de San Juan, donde ejerce como profesor de Anatomía, y al abrigo de un café me cuenta sus problemas.

—Ya sabes que doy clases de anatomía aquí, en el universitario. Sin embargo, el otro día faltó un compañero de neurocirugía y me endosaron a sus alumnos. El asunto era de una sencillez abrumadora. Debía acompañarlos por diversas habitaciones del hospital para que reconocieran a varios enfermos. Después de eso, los mandaba a casa.

—Pero si no eran tus pacientes, ¿qué les podías enseñar?

—Ahí está el problema. Lo mío son los muertos. Yo, hoy por hoy, sería incapaz

de explicar trastornos neuronales. Mira, la semana pasada asistí a una colonoscopia. Consiste en introducir por el recto una cámara de video y comprobar que todo está bien.

—¿Para qué queréis hacer eso?

—Hay que chequearlo todo, Antonio. Bueno, pues resultó que el operario de la cámara, un joven doctor inexperto, la extrajo demasiado rápido y, bueno... digamos que terminó silueteado en la pared del quirófano. Cuando vi aquel géiser de heces, recordé por qué me había especializado en cuerpos inertes.

—Ya veo.

—Por eso era la persona menos indicada para llevar de paseo a los cachorros de otro, pero bueno, le debía un par de favores y se los pagué gustoso.

—Y estabas en Neurocirugía.

—Neurocirugía —repite, y toma un sorbo de café—. Los primeros pacientes que visitamos estaban en coma, así que les tomamos las constantes, repasamos el historial clínico y poco más. Pero el tercero era otra historia. Se trataba de un anciano con cara de tortuga que nos miraba impasible. A simple vista era un caso más, sin complicaciones. Se había lesionado el lóbulo temporal, que controla el lenguaje, y supuse que se quedaría en silencio durante toda la consulta.

—Pero no.

—En absoluto. El caballero padecía la llamada afasia de Wernicke. No había manera de que cerrara la boca. Hablaba sin cesar, pero como tenía el habla dañada, solo decía incoherencias. Balbuceaba formando palabras sin sentido, aunque él pensaba que su discurso era perfecto. Su mujer estaba presente y le reñía porque consideraba que estaba haciendo el tonto, sin comprender que su marido estaba enfermo. Yo le preguntaba por su trabajo, por su color preferido, y no obtenía resultado alguno. Entonces, cuando le interrogué por su nombre, contestó sin pensar: «Jeremías».

—Vaya, entonces no estaba tan mal.

—Al contrario, amigo mío. Al tener daños cerebrales, su habla se vio reducida a los estímulos inconscientes. En otras palabras, si pensaba lo que quería decir, no era capaz de articular frases inteligibles, pero si lo decía por impulso, entonces contestaba correctamente.

—Es un avance.

—Para nada. Como te he dicho, el viejo mascullaba disparates hasta que dejaba de pensarlos. Y entonces se ponía a insultarnos a todos.

—¿Os insultaba?

—Era un caos. Lo único que le venía a la mente de forma inconsciente era que su mujer le preparase la comida y cagarse en el santoral patrio.

Dólera traga su café emitiendo un ruido bastante desagradable. Los pelos del bigote se tiñen de cierto color negruzco.

—Así que imagínate el cuadro —prosigue—. Rodeado de estudiantes ansiosos

por aprender, con un viejo malhablado que no paraba de mentar a mi difunta madre, y una anciana que gritaba aún más que él para que dejase de comportarse como un idiota. A los cinco minutos de escuchar a aquel desgraciado me dolía tanto la cabeza que, te lo juro, le habría pegado un tiro.

Conocí a Luis Dólera hace unos años, cuando me tocó investigar una agresión con arma blanca entre menores. Según supe después, el hijo de Dólera era el marginado del colegio. Había un grupo comandado por un tal Serrucho que agredía al chaval ante la pasividad de profesores y compañeros. El crío llegó incluso a intentar suicidarse. Aquello quemó la sangre de Dólera y decidió tomarse la justicia por su mano. Contactó con un clan gitano y les pagó para que sus hijos le dieran una paliza al Serrucho. Las indicaciones eran claras: que dejaran marcas. Confiaba en que, en el peor de los casos, como todos los involucrados eran menores de edad, no se investigaría más allá de unas simples pesquisas. Los críos estaban bien instruidos. Si algo ocurría, debían decir que le zurraron al otro por gusto. Si le preguntaban al padre, diría que eran cosas de niños. Nada debía llevar a Luis Dólera. Al final, los gitanos dejaron más marcas de la cuenta, en concreto del tamaño de una puñalada de doce centímetros. Mis métodos me llevaron a la raíz del asunto casi sin proponérmelo. Abordé a Dólera en una consulta privada que tenía a las afueras, y este se derrumbó. Cuando escuché su historia, no pude hacer otra cosa que echar tierra sobre el asunto. ¿Quién podría culparle de querer proteger a su familia? Joder, si se parece a Papá Noel.

—Los muertos son mejores que los vivos, te lo digo yo —prosigue—. Por lo menos están más callados.

—Ya que lo dices, te quería hablar de un muerto.

Dólera es un tipo listo y no se le escapa el motivo de nuestra reunión.

—Cuéntame.

—Han ingresado hoy a un tal Cosme Trujillo al que estoy investigando. No tenía familia ni amigos. Un bala perdida.

Luis se rasca la barba. Escamas de piel seca caen sobre la mesa como una nevada invernal.

—¿A qué hora lo han traído?

—Sobre la una del mediodía.

—Entonces se lo habrán asignado a Cuevas.

—¿No puedes hacer nada?

—Sí, tranquilo. Le diré que me lo ceda, aunque ando algo liado con un tipo asesinado, un tal Asensio Moscardó. Pero, dime, ¿qué es lo que buscas?

—Nada. —Me recuesto en la silla—. Estoy convencido de que el viejo estiró la pata por causas naturales, pero me resultaría mucho más sencillo rellenar el papeleo si el informe forense asegura que murió ayer por la noche.

Luis asiente muy despacio.

—¿Te va bien entre las diez y las doce?

—Perfecto.

No hace más preguntas porque sabe que son innecesarias. Al final, lo único que importa es rellenar el informe y enterrar el cuerpo, aunque con la suerte que tiene el amigo Cosme Trujillo, lo más probable es que termine flotando en la piscina de formol junto a otros infelices. La ciencia avanza gracias a la muerte ajena, aunque la fecha del óbito sea imprecisa.

## **17:16**

Si el aire huele diferente, es que alguien ha dejado la tapa del váter abierta. Conduzco el K despacio, sin prisa, contemplando la fusión entre los últimos rayos del sol y el resplandor de los alógenos. Algo ha cambiado y me niego a aceptar la evidencia. Mis pensamientos van de la reunión con los Organov a la casa de General Polavieja. En cada pestañeo veo a Cosme Trujillo abrazado a la escopeta, la paranoia en sus ojos fríos, un rictus que no deja de ser una sonrisa camuflada. Me pregunto cuál sería tu último pensamiento, viejo idiota. ¿Eras consciente de tu propia locura? Una fortuna amasada en bolsas de plástico negro y azul condenada a desaparecer de la misma estúpida forma en que la obtuviste. Cosme Trujillo, obsesionado por la discreción con tu estúpida barba postiza, la gente te señalaba por la calle y no podías soportarlo. Te encariñaste con un niño que te juró amor eterno mientras pudieras pagarlo, pero amor eterno al fin y al cabo. Una vida sin amigos, sin mujer, tal vez luchando contra tu propia naturaleza homosexual. Esa era la única manera que conocías de ser aceptado, de obtener compañía, de encontrar un oído amable que se dignara a escuchar tus desvaríos. Pero había algo de lucidez dentro de toda esa esquizofrenia, ¿verdad? No le dijiste a nadie lo de tu tesoro, y si lo contaste es probable que nadie te creyese. Dinero, montañas de dinero. Billetes que nadie echó de menos, que aparecieron de la nada y regresarán al olvido porque son una prueba para el juez Morales. ¿De dónde los sacaste, Cosme? ¿Quién te los dio? ¿Por qué no te los gastaste?

A la altura de la Clínica Vista Hermosa el tráfico se detiene. No es que fuera fluido hasta el momento, pero de pronto todos los coches se hacen a un lado. Entonces escucho la sirena. No ubico su procedencia hasta que veo un enorme camión de bomberos por el retrovisor. Me aparto al arcén y dejo pasar a los operativos de emergencias.

Y de pronto recuerdo al Martínez contándome lo del coche de bomberos robado para atracar estancos.

Sin pensarlo demasiado, me pongo a su estela. No coloco la guinda, ni siquiera trato de adelantarlo. Solo lo sigo. Las manos sudorosas amasan el volante en cada giro por la carretera de Valencia con la incorporación Xavier Soler. Gira en el sentido correcto la glorieta que cruza con Sanchís Candela y sale disparado. Acaricio el *pocket* sin atreverme a dar aviso pidiendo apoyo. Les piso los talones, abstraído en el

resplandor de las sirenas y el escándalo de la alarma. Tuercen hacia la derecha y luego a la izquierda y se frenan en mitad de la calle.

Salgo del coche. El aire es caliente en esta parte de la ciudad. Llevo la mano pegada a la culata y la identificación en la mano. Varios bomberos saltan del vehículo con las hachas dispuestas. Uno se ajusta el casco mientras da órdenes. Algunos vecinos observan curiosos el despliegue de efectivos.

—¿Puedo ayudarle? —pregunta uno.

Me doy cuenta de que apenas me he movido. Sigo en la misma posición de John Wayne, preparado para desenfundar. En las proximidades no se ve un solo estanco, ni siquiera una puta máquina expendedora. Respiro hondo y trato de disimular.

—¿Qué ha sucedido?

—Alguien ha dado aviso de un anciano atrapado en su domicilio.

Tras esta escueta explicación retoma sus quehaceres. En la lejanía se escuchan más sirenas. Me siento como un estúpido y regreso al vehículo. Tengo que hacer marcha atrás para salir del callejón bloqueado por los bomberos. Unos niños escupen contra el parabrisas.

## 19:37

—Te has perdido lo mejor, Antonio —me cuenta Marc, al abrigo de una pinta de rubia en la tasca PP—. Los chicos del turno tres habían detenido a varios yonquis y los tenían en el calabozo. Uno de ellos era un gordo de esos que tienen un michelín en la nuca más grande que su papada. No quiero ni imaginarme lo que hará para encontrar una vena para pincharse. Bueno, pues los compañeros le quitan los cordones de las zapatillas, la cartera, el reloj y los pendientes. Le incautan un cuchillo y un par de papelas, lo normal. El gordo este da el coñazo toda la noche, sin parar de repetir que tiene que tomar una medicina o algo así, que se va a morir. Los del turno tres le dan el paquete con las galletas y el zumo, la manta y la colchoneta, y pasa toda la noche encerrado. Pero esta tarde, al ir a soltarlo, el tío se encabrona.

—¿Los pendientes? —pregunto.

—Los putos pendientes. Al parecer, el que rellenó el resguardo de las pertenencias escribió «pendientes de oro» en lugar de «pendientes dorados». El tío se pone farruco, que quiere sus pendientes de oro, que esos que están en la bolsa no son los suyos, que alguien se los ha cambiado. Al final se ha emperrado y ha presentado una denuncia contra el Cuerpo. Nos acusa de denegarle su derecho a la atención médica y de torturas, además del hurto, claro.

Marc mira en todas direcciones buscando a la Carmencita, hasta que la encuentra limpiando una mesa de porquería ajena. Siempre me llamó la atención la cantidad de desperdicios que quedan en una mesa de bar aunque te lo hayas comido todo, pero a ella no parece importarle.

—Algo estamos haciendo mal cuando los criminales son las víctimas y los policías los delincuentes.

En las mesas de alrededor se arremolinan compañeros de la comisaría, algunos de uniforme y otros ya de paisano. Casi todos tienen en boca la última anécdota del día, el caso curioso de unos niños apedreando un contenedor de reciclaje de cristal para ver quién acertaba en el agujero, los aspavientos del Martínez sobre el último conflicto de bandas o las quejas vecinales sobre las prostitutas diurnas. En la barra, Tomás sirve chatos de vino a los caimanes mientras asiente con desgana ante una conversación que ya ha oído miles de veces. Una mugrienta televisión relegada a una esquina gruñe noticias locales: GRUMM Internacional proyecta nuevas infraestructuras; detenida una banda de rumanos cuando robaban cable de bronce del polígono Las Atalayas; el juicio por corrupción en el consistorio se retrasa unos meses.

—¿Va todo bien, Antonio? —pregunta Fonsi—. Te veo apagado.

Regreso a la realidad.

—He hablado con Dólera. Hará la vista gorda con la fecha de la muerte. Nos pasará el informe antes de entregarlo, para que le echemos un ojo.

—Mejor. Así nos quitamos el muerto de encima, nunca mejor dicho.

Una risa forzada me indica que Martínez se aproxima. Agarra una silla y se sienta a nuestro lado.

—¿Os sabéis la última?

—El gordo de los pendientes. —Marc muestra una sonrisa de autosuficiencia—. Se lo acabo de contar.

—Dice Portela que ni siquiera tenía agujeros en las orejas, ¿qué os parece?

—Martínez, coño, ¿cómo no va a tener marcas? —gruño—. Te han tomado el pelo.

El silencio que sigue hace más ridícula su ya de por sí patética expresión. Arruga la frente y mira de un lado a otro, pero al instante se relaja y parece que se le mueve el pelo hacia atrás.

—Portela dice que no, que nada más salir se ha ido a una tienda de tatuajes y se ha perforado hasta la nariz, el tío.

Resoplo con tranquilidad.

—Te repito que te han choteado, Martínez.

Entonces es cuando parece darse cuenta de lo que sus palabras traen implícito. No solo la estupidez propia de la naturaleza humana, sino la batalla ganada antes siquiera de que el Martínez hubiera podido asimilarlo todo.

—Será hijoputa, el Portela. Cuando lo enganche le voy a dejar las cosas claras.

Se levanta masticando palabras en valenciano y cruza todo el local hasta la barra. Tomás le sirve un copazo de ron para ahogar las penas mientras asiste resignado a la narración meticulosa de la burla de Portela.

—El Martínez es un loco —asegura Marc—. Siempre está contando batallitas.

Era cuestión de tiempo que alguien le colase un gol. Lo único que lamento es no haber sido yo.

—Hoy he perseguido a un camión de bomberos —digo.

Mi compañero se encoje de hombros.

—¿Y para qué querías hacer eso?

—El Martínez, que contó la historia aquella de un coche de bomberos robado para atracar bancos. Me he topado con uno y, joder, no sé ni por qué lo he hecho, pero lo he seguido. —Me aclaro la garganta, pero la cerveza ya no tiene gas—. Iban a un aviso absurdo, un viejo atrapado en su zulo.

—Eso es que tenía buenos vecinos. Si los de Cosme Trujillo hubieran dado la alarma, puede que no hubiera palmado como lo hizo.

Fons se convierte en el mudo de los hermanos Marx al ver mi expresión. Solo relajo las facciones al contemplar mi reflejo en sus ojos. Miro al techo. Las placas de escayola, que en algún momento del Pleistoceno fueron blancas, surgen grisáceas y agrietadas.

—Tengo los nervios de punta desde esta mañana —le confieso—. Uno siempre cree que está preparado para todo, pero algunas cosas te superan y se meten bajo la piel.

—¿De qué estás hablando? Hemos visto muchos cadáveres durante todo este tiempo.

—No me refiero a eso.

—Entonces, ¿a qué?

—Al dinero.

Las conversaciones continúan en su tono habitual, pero de pronto tengo la sensación de que el silencio me va a envolver y todos los presentes me van a señalar. Sí, tú, Antonio Ramos, te hemos oído, pobre desgraciado, porque eso es lo que eres, un infeliz que no sabe ver una oportunidad cuando la tiene delante y al que solo le queda llorarle a su compañero de trabajo, un crío, Antonio, mírale, no es más que un chaval y tú, no me cansaré de repetirlo, el mayor imbécil de todo Alicante.

—Olvídalo, Antonio. —Marc se inclina un poco hacia la mesa—. ¿Qué podías saber tú? Yo también estaba allí y no lo vi. Joder, pasaron horas hasta que los de limpieza rompieron una bolsa y cayó toda la pasta al suelo.

—¿No lo ves, Fonsi? Nadie sabía que estábamos allí. Ese viejo no tenía familia. Había una fortuna enterrada entre inmundicia para el primero que llegase.

—De nada sirve torturarse. Lo que tienes que hacer es dejar el pasado atrás. Yo lo hice, dejé atrás mi formación como agente de la ley y entré de lleno en los skins. Y después tocó el camino inverso. Si ahora pensase en todos los colegas que dejé dentro de los Ultra Sur, porque los tenía, ahora mismo no podría ni dormir por las noches.

—No es lo mismo. Se supone que cada persona tiene al menos una oportunidad para cambiar su vida, y yo la he dejado pasar. Ya no va a volver, ¿no te das cuenta? El dinero se va a pudrir en un almacén de pruebas hasta que alguien más listo que

nosotros lo enganche por banda.

—Tómalo como un día más, Antonio. Te vas a acostar igual que te levantaste. Nada ha cambiado, sigues siendo el mismo. Piensa así, hazme caso.

—Ese es el problema Marc: nada ha cambiado.

Un tono polifónico interrumpe la amigable charla. Tardo varios segundos en percatarme de que es mi propio teléfono. Sacudo la cabeza un par de veces y compruebo la llamada entrante en la pantalla.

—Lo que faltaba. —Descuelgo—. ¿No se supone que estabas detenido?

—No han fabricado prisión que pueda encerrar al increíble Roger Escudero — dice al otro lado de la línea—. Soy el puto Houdini, Antonio.

—No me jodas, Rog.

—Tus compañeros me han interrogado en calidad de testigo, pero nada más.

—La policía no interroga. En todo caso te habrán tomado declaración.

—Y me han robado el carrete, por cierto.

—La policía no roba. Te lo habrán decomisado y no, no pienso mover un dedo para que te lo devuelvan.

Informo a Marc de que es nuestro periodista preferido y él forma una pistola con los dedos y aprieta un gatillo imaginario en su dirección.

—Apuesto a que al final lo harás.

—¿Y por qué debería hacer eso?

—Oh, amigo, porque tengo información sobre cierto actor afincado en Hollywood que puede ser de tu interés.

## 21:03

Roger Escudero nos espera acechando al Hotel Meliá junto a una entrada lateral.

—¿Has oído hablar de los simbioses? Tuve que hacer un reportaje sobre ellos para una revista de ciencia. Son especies que se unen para beneficio común, como el líquen que se pega a la corteza de los árboles.

—¿Qué es el líquen? —pregunta Marc.

—Una especie de hongo amarillo. El día que pises un bosque te fijas.

—En tu madre me fijo.

—Da igual. El caso es que nosotros también somos simbioses. Nos asociamos para alcanzar un objetivo de mutuo interés.

—Yo no soy un puto hongo, Rog —le rectifico—. Y tú, sin duda alguna, eres un parásito.

—Es otra forma de verlo.

El Meliá de Alicante lleva tanto tiempo junto a la costa que diría que construyeron la playa a su alrededor y no al revés. La actual Ley de Costas considera ilegales las casitas de pescadores de los años cincuenta, pero nadie habla de la gran



mole de hormigón que se agazapa entre el Postiguet y el puerto deportivo. El Mediterráneo se muestra calmo ante el ir y venir de huéspedes, la sonrisa amable de la ciudad, con el Benacantil de fondo soñado y el lujo como moneda de cambio.

—El tío debe seguir con el horario americano para no perder la costumbre. — Roger lee unas notas desordenadas que parecen escritas por un chimpancé borracho —. Anoche se acostó tarde, pero hoy ha cenado a las siete en punto. Los del hotel han tenido que abrir la cocina solo para él.

—¿Está buena? —Se relame Marc.

—¿La puta? Cobra mil la hora. Como para no lucir palmito.

Una fila interminable de vehículos esperan para estacionar en el aparcamiento subterráneo del otro lado de la calle. Los de gama alta giran hacia la izquierda y le dejan las llaves al aparcacoches. Algunos duermen en las entrañas de la tierra bajo el yugo del parquímetro, mientras que otros se posicionan cara a cara con los yates.

—El Zorro duerme en la habitación ocho de la última planta —continúa Escudero —. Es una de las *suites* de primera clase.

—La primera clase es para los aviones, Rog —le rectifico.

—Y para las personas. —Fonsi se ríe de su propia gracia, pero al comprobar que nadie le imita, decide guardar silencio.

—Bueno, vosotros me habéis entendido. El pavo soba entre las mejores sedas, come en los restaurantes más exclusivos y hasta se folla a las tías más golfas. Joder, para acercarme a una chavala así tendría que atracar un furgón blindado.

En el infinito, más allá de la razón y la vida, Cosme Trujillo se burla de mí, de Rog y de todos los otros desgraciados de este mundo.

—No hay que pegarle el palo a un banco para ser millonario: basta con escarbar entre la basura de un viejo enfermo y cadavérico. Entonces llegan las putas, los restaurantes de lujo y hasta montar una fundación para la conservación del liquen.

Marc abre la boca para decir algo, pero se lo piensa mejor y regresa a sus pensamientos.

—Eso —añade Roger—, o ser un actor del montón con algo de suerte.

—Vamos a entrar. —Me encaro al parásito—. Escucha, y escúchame bien: nosotros abriremos paso. No dirás una sola palabra. Harás fotos y nada más. Del resto me encargo yo.

—Puedes confiar en mí, colega.

—No, no puedo. Ya lo dejaste claro esta mañana. ¿Qué hacías en la casa de General Polavieja?

—Ni que fuera el único medio desplazado a la noticia.

La brisa marina cargada de salitre y contaminación me golpea en la nariz con su fétido hedor. Marc me agarra del hombro y nos separamos unos metros de Rog, aunque este continúa con la antena puesta.

—¿Estás seguro de esto, Antonio?

—Voy a conseguirle el autógrafo a mi Leo.

—Si esa rata de Roger publica las fotos nos podemos meter en un lío.

—Tranquilo, en realidad sí es de fiar. Él sabe de qué va todo esto.

—Entonces adelante.

No necesito su visto bueno. La decisión ya está tomada. Avanzamos con paso de paquidermo hacia el hotel, como si fuéramos unos clientes más. Los de recepción tienen fichado a Roger, pero él es más listo y se ha preocupado de untarlos. En caso de que consiga una noticia buena gracias a ellos, obtendrán su recompensa.

El vestíbulo es amplio y da a los dos extremos de la calle. La calefacción está muy alta y el golpe de calor es imprevisible. Caminamos confundidos con el trasiego de clientes hasta los ascensores. Una mujer espera para cogerlos. Tiene el rostro tan deformado por el *bótox* que parece la caricatura de un payaso, aunque con más maquillaje. Nos lanza un par de miradas recelosas justo al tiempo que suena una campana y se abre la puerta automática. Subimos los tres, pero la señora parece olerse algo y decide esperar al siguiente pese a caber en el nuestro. Cuando ascendemos, digo:

—La has espantado, Rog.

—¿Yo?

—Apesta a orines de gato —se apresura a aclarar Marc.

—Eh, me costó años destilar una esencia propia. ¿No has oído hablar de las feromonas?

—¿Y tú has oído hablar de la ducha?

Alcanzamos la última planta y salimos al recibidor. Las puertas se dividen en pares e impares. Encontramos la número ocho sin demasiada dificultad. Fonsi me indica que está preparado con un movimiento de cabeza. Acaricia el puño americano en su chaqueta. Rog extrae una llave magnética sin número.

—Las chicas de la limpieza son un encanto.

Ni Marc ni yo queremos saber lo que ha hecho para obtenerla. Introduzco la tarjeta de plástico en la cerradura y la puerta se abre en silencio. Entramos atropelladamente, chocándonos entre nosotros. Pulso un interruptor de pared y la luz ilumina la estancia. La habitación es amplia, con un cuarto de aseo del tamaño de mi apartamento y un mastodóntico armario de puerta corredera. En el centro hay una enorme cama con una pareja en pleno acto sexual. Roger dispara el *flash* de la cámara sin preocuparse de obtener un buen ángulo. Fons se adelanta y agarra a la tía de las muñecas.

—¿Qué es esto? —Típica frase—. ¿Quiénes sois vosotros?

La chiquilla está en cueros, pero lo que más me molesta es ver al energúmeno que se la estaba trabajando. Es el individuo con bigote de morsa que acompañaba al Zorro esta mañana.

—¿Quién cojones eres tú? —Ahora, la pregunta típica es mía.

—Joder, ¡que alguien llame a la policía! —vocifera.

—Ellos son la policía —dice la niña.

Planto los ojos sobre su cuerpo desnudo. Largas piernas perfectamente depiladas, una tira de vello púbico como único vestigio de su moreno natural. Los pechos firmes, de pezones grandes y oscuros semiocultos entre los rizos de su larga cabellera. La reconozco cuando la miro a la cara.

—Vaya, pero si es Aurora, la preciosidad del Tuerto. ¿O debería llamarte Aneris?

La chica se deshace de Marc y, lejos de mostrar pudor y taparse, coloca los brazos en jarras, las manos acentuando la cintura, apoyando el peso sobre una pierna y ladeando el cuello en actitud chulesca.

—¿Qué quieres, Mierda de Perro?

Hace un tiempo vino a mí pidiendo protección. Era un caramelo tan goloso que me lo tragué sin masticar. Al final resultó ser una trampa y el Tuerto apareció con una cámara de fotos para hacerme chantaje, aunque al final fue él quien bailó a mi son. Y ahora, ironías del destino, los roles se invierten y soy yo el que interrumpe su polvo con una cámara Réflex. Solo por eso, y por el recuerdo del sexo con una diosa como ella, le permito que me insulte.

—¿Dónde coño está el Zorro? —Escupe Marc.

—¿Sois policías? —pregunta el bigotudo, sin comprender nada—. ¿Por qué habéis entrado en mi cuarto?

—Nos pareció oír gritos de auxilio —miento—. ¿En qué habitación está el Zorro?

—Él... en la de al lado, la diez. —Se incorpora tapándose con las sábanas, como la toga de un César romano—. ¿Puedo ver su identificación?

Agarro a Aurora de un brazo y a Rog del otro. La saco desnuda al pasillo, pero parece importarle más pisar la moqueta sucia que ocultar su piel.

—¿De qué va todo esto? —pregunta ella.

—Ya lo sabes. En cuanto abra la puerta te tiras sobre él y le chupas el dedo gordo del pie o algo así.

—Me has hecho perder dinero, Mierda de Perro. —Muerde el aire con su fuerte acento andaluz—. Me tendrás que pagar el servicio de tu bolsillo.

—Sí, joder, lo que digas.

Introduzco la tarjeta del revés y me toca sacarla de nuevo. Marc permanece intimidando al tipo del mostacho. Roger está sobreexcitado observando la belleza de Aurora.

—Céntrate, Rog —le indico, aunque no aparta la mirada de la chica en ningún momento.

La puerta se abre y en esta ocasión entramos poco a poco. El Zorro duerme plácidamente con un antifaz para los ojos. Aurora se coloca a horcajadas sobre él y entonces se despierta. Roger reacciona rápido y aprieta el botón de su cámara varias veces por segundo. El *clac, clac* de las fotos es música para mis oídos.

El Zorro se retuerce bajo la chica. No sabe si lo está soñando o si en realidad lo atacan. Se arranca el antifaz de golpe y aleja a Aurora de un empujón. El tío está en forma a pesar de todo. Doy un par de pasos hasta ponerme a su altura y le pateo el

pecho. El tipo cae de nuevo sobre el colchón. Se arrastra hasta una esquina de la *suite* donde tiene un teléfono que parece de juguete. Antes de que lo alcance le piso la mano y le obligo a sentarse en una butaca.

—¿Qué sucede? —Lleva un pijama con su nombre bordado, ver para creer—. ¿Qué es todo esto?

Aurora sale de la habitación. Roger la observa con el objetivo de la cámara. Se relame por el material que ha obtenido. Acercó una silla al lado del Zorro.

—Es muy sencillo. Aquí, mi amigo, te ha fotografiado con una chica desnuda en la cama.

—¿Qué? Yo quiero a mi mujer. Esto es un montaje.

—Sí, ya he visto que eres un tío fiel. —Le lanzo una mirada a Rog y extiende las manos en actitud pedigüeña—. A mí no me puede importar menos. El tema es que tenemos tus fotos, y eso vale dinero en el mercado de la presa rosa.

—Si salen publicadas en algún medio juro que...

—¿Qué juras? ¿Que nos vas a enchironar? Cuento con ello, pero a los dos nos conviene que no salgan a la luz. Yo, para no ir a la cárcel, y tú, para conservar tu reputación. ¿Cuántos contratos publicitarios crees que firmarás después de que la gente te vea con esta zorra? —Aurora se queja tras de mí—. ¿Qué productor de Hollywood querrá tener en plantilla a un actor putero? Ya sabes cómo funciona esto.

Siento la ira en sus ojos. La ofensa recibida es demasiado para su ego. El gran héroe americano manipulado por un policía de provincias. Le tengo atrapado entre la espada y la pared. Me relamo, disfruto el momento.

—Hagas lo que hagas has perdido —prosigo—. Solo tienes que decidir qué opción es menos perjudicial.

—¿Queréis dinero? ¿Es eso?

—Las fotos valen pasta. Nos importa bien poco si nos las pagas tú o una revista de cotilleos.

—¿Cuánto?

—Ya lo discutiremos. De momento quiero otra cosa.

Extraigo un bloc y un bolígrafo y se los tiendo. No parece entender nada hasta que digo:

—Con «para mi mayor fan» bastará.

Si en su próxima película consigue poner una cara de estupefacción como esta, puede que incluso opte al Oscar.

## MIÉRCOLES, 22 DE OCTUBRE

**6:44**

Dormir es una quimera. Leo lleva sin aparecer desde el lunes. Imagino que sigue con el motero de la otra noche, el tal Chirlo. Ernesto asegura que vino a media tarde, agarró más dinero y se volvió a marchar. Afirma que tenía un tatuaje nuevo en la parte interna del muslo. Beatriz aguarda el vaticinio de Zox en la terraza. Espera tapada con una colcha de ganchillo a que las estrellas tintineen a una cadencia determinada que ni el mismísimo Zox sabe cómo será, pero que reconocerá cuando la vea. El Rabadum sigue su curso al tiempo que mi esposa se hincha a antidiarreicos. El día que Zox le dé permiso para cagar es probable que defeque un ladrillo.

Me pregunto, como cada jodida noche, cómo he podido permitir que todo esto ocurra. Me educaron para conquistar el mundo, no para verlo girar desde la última fila del anfiteatro. La escala ejecutiva del Cuerpo se cerró el día que regresé de Madrid. Mi familia es una piedra fraccionada por cuyas grietas se introducen gusanos carnívoros dispuestos a devorar los restos de lo que fui. Esa piedra debía sostener nuestra vida, pero siento sus esquirlas clavándose bajo mi epidermis, creando heridas sangrantes imposibles de coser, astillando el hueso, perforando mi cerebro, consumiendo mi cordura, mi esperanza y mis ilusiones.

Y en el pozo sin fondo de mi existencia, en un recodo oscuro que me niego siquiera a contemplar, Cosme Trujillo se masturba sobre un dinero que nadie reclamará, que a nadie importaba, que nadie necesita más que yo.

Beatriz clama al cielo en una especie de oración con rima asonante. Al parecer, el amigo Zox tiene alma de poeta. Me incorporo y enciendo la lamparita de la mesilla. Observo el autógrafo del Zorro. La caligrafía temblorosa, apenas un par de frases y una firma.

El tipo del bigote, a la postre su productor, fue quien contrató a la puta. El Zorro considera aborrecible engañar a su mujer, pero las fotos están ahí. Le dejamos las cosas claras, e incluso el capullo del mostacho se puso de nuestra parte y dijo que lo mejor era pagar. Aunque nos denunciaran no encontrarían jamás pruebas de nuestra presencia en el Meliá. Sería su palabra contra nuestra coartada falsa, y él acabaría provocando el escándalo. Rog ya se ocupó de que desaparecieran las grabaciones de las cámaras de vigilancia. Al final, terminó por claudicar y pagó los once mil euros que llevaba en metálico.

Visto con perspectiva, ya no parece tan buena idea extorsionarlo. Soy consciente de que este es el momento de nerviosismo posterior a la recompensa, cuando todo se puede desmoronar, cuando mi presencia ya no intimida tanto con la distancia de por medio y las ideas surgen mucho más nítidas. En cualquier caso, ya está hecho. A la

mierda. Que se joda.

Aparto un falso panel del armario y agarro el sobre. Dentro hay unos 37 000, contando la parte del Zorro. De momento, es el mayor tajo que he sacado en este tiempo. Las putas de carretera y los camellos de medio pelo no suelen ser rentables. El grueso proviene de un trabajo para un torero y un par de extorsiones encargadas por cierto empresario local. Un pequeño salvoconducto para el futuro que termina por evaporarse en untar a confites y comprar silencios. Es demasiado arriesgado y da poco fruto.

Cosme Trujillo era la respuesta.

Escondo el botín y camufló el doble fondo para que no lo encuentre Beatriz. Si supiera de su existencia, estoy convencido de que terminaría en los bolsillos de la secta de Zox.

Me ducho con agua caliente. Luego permanezco un rato mirando mi rostro en el espejo. El vapor se condensa, empañando mi reflejo, creando lágrimas sobre la superficie argenta.

Beatriz yace en la cama cuando salgo del minúsculo cuarto de baño. Tiene los ojos hinchados y tose como una tísica. Preparo un café amargo y lo bebo en la cocina. Lo último que deseo es que se levante y tengamos alguna discusión estúpida. Me coloco la chaqueta antes de salir a la calle. Hago la anotación mental para regresar al Purgatorio de los Organov y recuperar la otra, aunque puede que los muy desgraciados se la hayan jugado a las cartas.

Llamo al ascensor. Cuando llega al sexto, observo que hay un cuerpo en su interior. Me arrodillo al comprobar que es mi vecino.

—Bernabé, coño. —Le abofeteo en la cara—. Estás hecho una pena.

Abre los ojos con amargor y se rasca la barba pelirroja. En una mano lleva una botella vacía de ginebra. Sus pupilas van de un lado a otro cuando intenta centrar la mirada. Al fin, parece reconocerme.

—Antonio... —balucea—. ¿Qué haces... en mi casa?

—Estás en el ascensor, Bernabé. —Pulso el botón del piso siete—. Vaya mona has cogido, macho. No deberías beber tanto.

—El mundo es mejor... empapado en alcohol.

—El mundo es el mismo.

Se concentra para responder.

—Pero al menos... sabe a priba...

Salgo en el séptimo cielo con él a cuestas. Es incapaz de mantener la verticalidad, pero rechaza mi ayuda con empujones. Apoya el hombro en la pared y juega al tiro al blanco con las llaves. Al final la puerta se abre sola y Judith surge semioculta entre las sombras. Va vestida con una bata de rayas y luce el pelo sobre la cara.

—Bernabé está borracho —la informo—. Anda, ayúdame a acostarlo.

La chica regresa de nuevo al interior de la vivienda. Engancho a Bernabé del sobaco y lo arrastro adentro. Judith permanece en el balcón, fumando un rubio como

si nada de esto fuera con ella. Descalzo a Bernabé y lo dejo acostado de lado.

Al salir, Judith no se ha movido ni una micra. Continúa contemplando el amanecer entre los edificios de la urbanización, exhalando el humo al ozono de la mañana.

—Gracias por nada —digo.

Entonces se gira y me dedica una mirada de odio. Su ojo derecho está cerrado y ennegrecido por una paliza reciente. Los cardenales se extienden desde el pómulo hasta la mandíbula. Toda la parte diestra de su rostro es una terrible herida, vistosa y evidente, el recuerdo de una existencia atormentada donde la pregunta lógica es cuándo vendrá el siguiente puñetazo, porque la única certeza que tiene es que habrá una próxima vez.

Agunto sus pupilas un par de segundos. Después me marchó. Ya en la calle, la veo en el balcón. Si está decidiendo saltar o no, al menos se toma su tiempo para apurar el cigarrillo.

## 9:03

—El otro día llamó su superior, el comisario Llorente —me cuenta el doctor Álvaro Cortés—. Al parecer, tiene bastante trabajo acumulado y no es mi intención retenerle más de lo necesario. Por tanto, si no le importa, terminaremos antes de lo habitual.

—Se lo agradezco, doctor.

La consulta psiquiátrica, una pátina gris y aséptica. Se asemeja más a un quirófano desinfectado que a un confesionario.

—Bien, cuénteme, ¿qué tal han ido estos días?

—El trabajo me estimula lo suficiente para no aburrirme. Siempre hay casos en marcha y problemas que resolver. Ya sabe, la rutina habitual.

—Le entiendo.

—Incluso he abrazado a una mujer —explico—. La... Bueno, ella estaba herida y yo fui quien llegó primero. No sé ni por qué la abracé, solo sé que lo hice. He pensado en ello, ¿sabe? Le dije que mi trabajo no era dar abrazos, y casi sin darme cuenta me encuentro repartiendo consuelo a una desconocida.

Cortés abre una carpeta negra y subraya algo con su pluma. Sospecho que hasta el momento todo era una introducción ante la verdadera prueba.

—Bien, como le he avanzado, iremos rápido. Si no le incomoda, le haré unas cuantas preguntas sencillas para que usted se explye cuanto desee.

Me sorprende que no me pregunte más sobre el abrazo. Es la primera vez en mucho tiempo que le abro mis sentimientos a alguien. Pero a él no parece importarle.

—Adelante.

—De acuerdo. —Se recuesta en su butacón, como si la necesidad de tomar nota fuera superflua, algo relegado al trabajo administrativo posterior, una molestia

imprescindible y tediosa—. Dígame, ¿cree que la violencia es necesaria para operar con corrección en su labor?

—Hay un protocolo para cada situación. —Intento que mi voz no suene ni alterada ni tímida—. Solo nos está permitido utilizar la fuerza en casos muy concretos. Por ejemplo, cuando un sospechoso se resiste a la autoridad, hay que reducirlo. La violencia siempre es contenida, intento no extralimitarme.

Cortés da varios golpecitos con la estilográfica sobre la mesa mientras se acaricia la barba con la mano libre.

—Me encuentro en una disyuntiva —asegura—. Verá, mi labor es realizar una evaluación sencilla para el Cuerpo Nacional de Policía, pero usted no me lo pone fácil.

—¿A qué se refiere?

—Verá. Nosotros somos en realidad tres personas: la que pensamos que somos, la que ven los demás y la que somos en realidad, que suele ser una confluencia de las dos primeras.

—¿Por qué me cuenta eso?

—Porque me miente. De su boca solo salen las palabras que quiero escuchar. Eso no me sirve para nada. Usted cree que le estoy examinando, que cada sílaba que pronuncie será estudiada con lupa, y de momento lo único que utilizable para mi evaluación es su actitud recelosa.

Mi silencio es elocuente.

—Perdone que me repita, pero hoy contamos con poco tiempo. Por tanto, tenemos dos opciones. La primera es seguir como hasta ahora y terminar la evaluación.

—¿Y la otra?

—Que sea franco y sincero. No creo que tenga nada que ocultar. Por favor, confíe en mí como cuando me ha contado lo del abrazo a esa pobre mujer moribunda.

El consejo de Marc de decirle a todo «sí, señor; no, señor» se ha ido al garete. Soy un estúpido si esperaba engañar a un profesional. No queda más remedio que renunciar a mi máscara.

—¿Sabe por qué me paso el día en la comisaría? —Cortés entrecruza los dedos y golpea los pulgares entre sí—. Porque es el único instante en el que puedo ser yo mismo. Mi casa no es mi hogar. Con mi familia no tengo mayor relación que el pasado que compartimos. Respiro aliviado cuando salgo por la puerta camino del trabajo. Y si me va a preguntar si eso me influye en mi vida laboral, la respuesta es un rotundo no. El trabajo me salva, es mi bálsamo. Cuando estoy con un caso, lo último que me viene a la mente es mi vida familiar.

El doctor no se mueve. Continúa en la misma posición, y es entonces cuando veo en su efigie al juez inquisidor que decide quién vive y quién muere. La sombra de un dedo acusador se cierne sobre mí y siento angustia oprimiéndome el pecho. Tengo la certeza de que, pese a haber contado la verdad, habría estado más guapo callado.



—Bien, le creo —dice al fin, y la presión parece disiparse—. Es un comienzo. Pero, dígame, ¿cómo ha llegado a esa situación?

Y lo que debía ser una terapia en torno a mis aptitudes se transforma en un monólogo sobre problemas caseros. Me sorprende al comprobar el efecto exhortativo de sacar los demonios interiores y ponerlos en manos de un desconocido. Puede que Álvaro Cortés esté realizando un juicio de valor sobre mis capacidades, pero no me importa. Me cuido de no decir nada que me pueda meter en un lío, como la búsqueda de un culpable falso para la muerte de Nelson Chávez o el chantaje al Zorro. Cuando termino, nos hemos pasado varios minutos de la hora prevista.

—Hasta los hombres más perfectos tienen problemas, inspector Ramos —asevera.

Me extiende la mano para que se la estreche.

—Enhorabuena —aprieto sus dedos y siento una paz interior inesperada—. Me está demostrando que es humano.

Al salir por la puerta tengo una idea descabellada, de esas que debería ignorar, abandonar en lo más recóndito de mi mente. Pero pugna por escapar, cuanto más lo pienso más me convengo.

—Oiga, doctor —digo—. Me gustaría proponerle algo.

## **10:41**

La comisaría es un hervidero. La bronca de ayer parece que ha dado su fruto y cada cual trabaja o aparenta trabajar. Encuentro a Marc aporreando el teclado. Tiene ojeras pronunciadas y marcas de sábanas en la cara.

—Tú has follado —aseguro.

—Inspector Ramos, no me joda —contesta con media sonrisa.

—A mí no me engañas. ¿Con quién te lo estás montando?

—No puede demostrar esas acusaciones, inspector.

—Dejaré pruebas falsas en el lugar del crimen si es preciso.

No dice palabra sobre anoche. Es un chico espabilado al fin y al cabo, siempre y cuando le expliques con paciencia qué está bien y qué está peor. Ha aprendido rápido a no comentar operaciones particulares cuando ya se han realizado.

—¿Novedades? —Dejo la chaqueta sobre el respaldo de la silla.

—Ninguna —entonces recuerda algo—. Sí, espera, Miñarro ha preguntado por ti.

El Inspector Jefe Miñarro conserva el récord provincial de absentismo laboral. Lo normal es que su jornada empiece y termine en momentos clave de asuntos ejecutivos. Mientras tanto, va y viene sin enterarse de nada. Los reclutas nuevos no entienden quién es ese tipo desgarrado y con gafas que tartamudea cuando se pone nervioso. Y lo más gracioso es que es él quien debe organizarnos, darnos casos, filtrar diligencias y, en definitiva, actuar de regente, aunque lo usual es que nos tengamos

que buscar la vida nosotros solos.

—¿Dónde está ahora?

—Me ha dicho que revisase los atestados de ayer y se ha ido con Pilar Hurtado.

Avanzo entre las diferentes mesas hasta alcanzar la de Pili. Unas gafas muy finas y ridículas cuelgan de la punta de su nariz mientras repasa informes dotando su rostro ya de por sí anguloso de un aire de estudiosa griega.

—Empollona —la saludo—. ¿Has visto al Miñarro?

Levanta la cabeza, disgustada, y señala con la barbilla al fondo de la sala. El Inspector Jefe camina con paso torpe hasta nuestra posición. En la mano sujeta un vaso de plástico humeante de café de máquina. Miñarro no lleva bien lo de madrugar.

—Ramos, contigo quería yo hablar.

—Pues habla.

No debería estar a la defensiva, ni tan siquiera contestarle de forma despectiva, pero me encanta apretarle las clavijas solo para verle convertido en un tartaja.

—S-sí, escucha...

—Te estoy escuchando.

—Fermín no va a v-venir a trabajar. Se va a preju-preju...

—Prejubilar —Pilar le echa un cable.

—Los casos de G-general Polaviej-ja los tenéis Hurtado y tú.

—Yo y Fons.

—Ya no. Lo del anciano, el tal Cosme Tru-trujillo está cerrado.

—¿Cómo que cerrado? No tenemos ni idea de cómo sacó tanta pasta.

—Eso da igual. Nosotros somos de Ho-homicidios. Los delitos fiscales no son de nuestra compet... —se traba—. Competenc... —Al fin, se lo piensa mejor—. No es nuestro tra-trabajo.

—Hay que darle prioridad a la familia Moscardó —me informa Pilar.

—Te pondrás de compañero con ella —Miñarro la señala.

—Cojones, Miñarro. Ya tengo suficientes casos abiertos para encima ponerme con otro.

—Tus casos se los queda Fons. Este es más imp-importante.

—¿Y si me pones con Martínez? —propongo—. Tampoco tiene compañero.

—Martínez está con asuntos de bandas, no es mi competenc... —Hace una pausa—. Y tiene un primavera a su cargo. Te quedas con Hurtado.

Remueve su café con una cucharita de plástico transparente y sopla sobre la espuma como un párvulo que se quema la lengua con la sopa. No se ha alejado dos pasos cuando me giro hacia mi nueva compañera.

—¿Esto es cosa tuya?

—Trabajar contigo me hace tanta gracia como a ti. —Pilar me pasa una carpeta—. Miñarro se ha despertado eufórico esta mañana, ¿no lo ves? Le ha dado órdenes hasta a los de recepción. Parece que Llorente le dio un buen toque de atención.

En el fondo debería darme igual estar en un caso que en otro. Incluso puede ser

beneficioso para mi cordura olvidarme de Cosme Trujillo y su fortuna. Sin embargo, lo que no considero viable es compartir mesa con Pilar Hurtado. No es lo mismo encontrártela de vez en cuando por la oficina que verle la jeta cada día. Y encima al pobre Marc lo han cargado con el papeleo, casi con toda probabilidad la tarea para la que menos preparado está.

—Ponme al día —digo.

—Ya eres mayorcito para ir de mi mano al cruzar la calle —se burla, tan fría como un estilete en el escroto—. Está todo en el dossier.

—Te veo muy colaboradora.

—No soy tu niñera, Ramos. A mí no me vas a pisotear como haces con los demás. Tenemos el mismo rango y, por tanto, los mismos derechos.

—Joder, Pili. ¿Tratas así a Fermín? ¿Qué hiciste con sus pelotas?

—No hago distinciones. Cuanto antes lo aprendas antes funcionaremos bien.

—Ya funcionamos en una ocasión, no lo olvides.

Su silencio indica que la charla ha tocado a su fin. Repaso el informe preliminar. Me salto las primeras páginas donde se explica cómo encontré los cadáveres. Las víctimas: Asensio Moscardó, cincuenta y siete años, ginecólogo. Consulta privada en su propio domicilio. Treinta y siete puñaladas en el pecho. Renata María Gómez, cincuenta y cinco años, ama de casa con sirvienta a su cargo. Dos heridas lacerantes en el cuello. Primeros planos en las fotografías forenses. El hijo de ambos, Julián Moscardó, veinte años, salió ileso. Ingresado en el Hospital de Alicante en estado de *shock*. La sirvienta, Teodora Atienzar, acabó reventada. Ojos seccionados por varios tajos en el rostro y ambos tendones de Aquiles cortados de raíz. Quedará ciega de por vida e incapaz de tenerse en pie.

—¿Con qué hipótesis trabajas? —pregunto.

Pilar levanta la cabeza de sus notas y por primera vez en años me mira como a un policía.

—La puerta no estaba forzada, no hay signos de violencia más allá de los asesinatos. El matrimonio murió mientras desayunaba. La casa no está revuelta, por lo que se descarta el robo. —Saca un paquete de tabaco y se coloca un cigarro en la boca sin encenderlo—. Es una masacre, Antonio. Asensio se llevó treinta y siete puñaladas. Era algo personal.

—¿De quién sospechas?

—Alguien tuvo que matarlos a todos y marcharse sin dejar huella. No tenemos más.

—La cerradura no estaba forzada. Le abrieron la puerta o tenía llaves. Puede ser algún conocido de la familia.

—Lo de Asensio Moscardó no es casualidad. —Pili se guarda el pitillo tras jugar un rato con él—. El asesino o asesinos tenían una cuenta pendiente con el matrimonio.

—¿Crees que fueron varios?

Hurtado agarra la copia del informe y avanza páginas hasta las conclusiones forenses. Subraya con el bolígrafo un par de líneas. Las armas mortales corresponden a dos cuchillos de la cocina. Las heridas de Moscardó son de diecisiete centímetros de profundidad, mientras que las de su esposa Renata María apenas llegan a los diez.

—Dos asesinos —confirmo.

—Los agarraron por sorpresa. A ambos los mataron a la vez.

—¿Sin rastro de los cuchillos?

—Estaban en el lavavajillas. Los tienen en el laboratorio.

Avanza varias páginas más hasta alcanzar la información adicional escrita a mano. El inventario de laboratorio incluye ropa, casi toda la cubertería del desayuno y otros objetos que esperan contengan huellas dactilares. Una última anotación indica que encontraron dos cuchillos sospechosos en el lavavajillas.

—He solicitado un informe de ingresos de Moscardó —continúa Pilar—. Puede que tuviera negocios entre manos.

—¿Y qué hay de la sirvienta, Teodora Atienzar?

—¿Qué ocurre con ella?

—La torturaron pero la dejaron con vida. Y el crío está igual.

—No tendrían nada contra ella ni contra el chico. Tal vez él llegara más tarde y descubriera los cadáveres. Estaba empapado de sangre.

—¿Cuándo podremos interrogarlos?

—Los médicos deben dar el visto bueno. Mientras esperamos podríamos ir a la casa, a repasar lo que tenemos sobre el terreno. Aún no han limpiado los rastros de sangre.

## **12:15**

Es una sensación similar a encontrarte con una antigua amante, sobre todo si tiene cara de perro. El piso de General Polavieja, un dinosaurio de otra época con los dientes amarillentos y agrietados, la prueba definitiva de que provenimos de las cuevas.

Pilar escupe un cigarro y lo aplasta contra el asfalto. La ciudad está tan febril que no consigue apagarlo del todo y allí queda, humeante, contaminando la nada de la existencia. Hurtado apenas me ha dirigido la palabra mientras veníamos de camino. Tampoco la culpo, pero habría estado bien algo de conversación. Así, al menos, me habría distraído de esa certeza que trato de ignorar mientras se abre paso a mordiscos en mi interior.

El silencio se prolonga mientras entramos al vestíbulo. Marc y yo nos entendemos sin hablar, pero en este caso es diferente. Fonsi sabe cuando callar y cuando abrir la boca. Mi nueva compañera me ofrece su desprecio sin condimentar, refinado, puro y directo con su total indiferencia.

El olor del interior de la guarida me despierta. Revivo el ayer que jamás regresará. El tacto de las paredes con gotelé, el crujir de los peldaños, la sombra de un fantasma. Primer piso: consulta del doctor Moscardó. Un bonito precinto policial nos da la bienvenida como si se tratase de la meta de una maratón en la que no importa llegar, sino ganar. El restregón de sangre en el suelo delimitado por los de laboratorio. Sin darme apenas cuenta, avanzo hasta la sala de estar donde encontré a Teodora Atienzar, polichinela en blanco y negro. La televisión está puesta. El presentador pregunta si alguien quiere comprar una vocal. En el sofá un uniformado sin zapatos.

—Eh, oiga. —Se levanta y me señala—. Aquí no se puede entrar.

—Inspector Ramos, gilipollas. —No le muestro la identificación, pero los capilares del tipo se rompen y le dan un aspecto porcino bastante estúpido.

—Perdone, inspector. Yo...

Miro la pantalla. Una tortillera con las tetas demasiado grandes para ser reales dice una consonante repetida. Está claro que el *casting* para los concursantes no es muy exigente.

—*Alguien voló sobre el nido del cuco* —digo.

—¿Inspector?

—Vamos, si está clarísimo. Jack Nicholson nació para interpretar ese papel, ¿no crees?

Un imbécil con cara de empollón resuelve el panel. El Cristo Descalzo comprende por fin.

—Una gran película —responde.

—Sin duda. —Le guiño un ojo—. Por cierto, aquí han muerto dos personas y otra está mutilada. Por lo menos deberías ponerte los zapatos, ¿no te parece?

Me doy la vuelta y encuentro a Pilar en la cocina. El chaval puede dar gracias de que Hurtado no lo haya pillado, porque es capaz de dar parte disciplinario. Hay decenas de indicaciones de la científica y apenas se puede entrar.

—Vamos —indico.

La vieja grulla me guía hacia un pasillo que se extiende hasta casi el infinito. Odio este modelo de arquitectura, con decenas de metros cuadrados perdidos en un distribuidor alargado que antes o después te cansarás de patear y hasta de limpiar. En las paredes aparecen fotos del crío, fotos del matrimonio, cuadros de mercadillo, una lámina de Goya incrustada en un marco antiguo. Los interruptores de la luz están negros del polvo de carbono para buscar huellas.

—Empezaré por la consulta del doctor y luego por su dormitorio. —Me pasa unas cuantas bolsas para indicios y un par de guantes de látex—. Te tocan las habitaciones de los supervivientes.

—Si te apetece revolver las sábanas, me avisas.

Ya ni siquiera se sulfura.

—Antes me lo hago con un mandril, Ramos. Seguro que es más cariñoso.

—¿Quién ha dicho nada de acostarse contigo? —me burlo—. Si me tienes que

avisar es para que prepare al novato que vigila en el salón. Lo nuestro no funcionaría, Pili, ya lo sabes.

—Voy al despacho de Moscardó. —Se gira sin mirarme—. Si encuentras algo te lo guardas para el jefe.

Camino con cautela por el largo recibidor. En ocasiones tener un dúplex no te garantiza una buena organización espacial. En este caso ha quedado el patio de luces en mitad del plano, con dos cuartos de aseo casi pegados el uno al otro. La primera puerta es la consulta del doctor, que más que una clínica parece de un abogado, con enormes estanterías cubriendo las paredes y hasta las ventanas. Una gigantesca mesa repleta de papeles espera a una desconsolada Hurtado, aunque la muy cabrona fijo que se lo ventila en unas horas.

Avanzo hasta una puerta con el cartel de «Prohibido el paso» robado de algún museo. La leonera de Julián Moscardó, una adolescencia rebelde anclada a una familia de bien en un barrio obrero. Pósteres de Metallica, fotos de botellones en El Postiguet, una multa por orinar en la vía pública a modo de trofeo trágico, la inmortal Pamela clavada con chinchetas a modo de virgen plañidera sobre el cabezal de la cama para el desarrollo masturbatorio del chaval y el escándalo de la difunta Renata María Gómez.

La cama está sin hacer, la papelera vacía y el escritorio ordenado. La sirvienta no tuvo tiempo o ganas de poner las sábanas unas sobre otras, lo que puede indicar que, o bien todo sucedió antes de que pudiera ponerse con el cuarto del chico, o que este estaba durmiendo cuando escuchó ruido y se levantó para encontrarse con todo el pastel.

El armario: más camisetas de grupos *rock*, alguna camisa, pantalones vaqueros, una chaqueta de cuero y la ropa interior apilada en una esquina. Rebusco en los bolsillos, pero no encuentro nada. Pegada a la suela de los zapatos hay un diminuto trozo de plástico redondeado. No hay que ser inspector para saber que se trata de una bolsa de farlopa. La cartera del crío está sobre el equipo de música. Tres tarjetas de crédito, todas con restos de coca entre las letras. Parece que llevaba la rebeldía hasta sus últimas consecuencias.

En el escritorio hay un cenicero. Abro los cajones, pero están llenos de apuntes que no pienso revisar. Me agacho y miro debajo de la cama. Entre un montón de revistas porno asoma una caja metálica. Dentro me saluda una piedra de costo del tamaño de una pastilla de Jijona. Papel para liar, un zippo con el escudo del Barcelona y boquillas para no tragar las hebras.

Uniendo cabos: el chaval se pasa la noche metiéndose de todo, fumando porros y aspirando cocaína, pajeándose hasta la madrugada con revistas de páginas acartonadas. Se le va la cabeza y mata a su padre por cualquier gilipollez. Degüella a la madre y mutila a la sirvienta. Sin embargo, ¿por qué estaba el matrimonio sentado en la mesa de la cocina? ¿Asensio Moscardó no se percató de que le abría la garganta a su esposa y siguió desayunando?

Me siento en el sillón con ruedas. El ordenador no pide clave. Está claro que los padres no curioseaban en sus cosas, tal vez por desgana, ignorancia de las nuevas tecnologías, o incluso por miedo. ¿Julián Moscardó era un hijo autoritario?

De fondo surge la portada de un disco de Green Day. Tiene varios juegos instalados y algunos programas de trucar imágenes. Las carpetas más grandes están llenas de vídeos, en su mayoría películas guarras. Tiene varios trabajos de la universidad a medias. Activo el MSN, pero no tiene la contraseña fija. Al final sí resultará que el joven Moscardó era un desconfiado. En sus páginas favoritas de internet un par de periódicos deportivos y una red social que también pide contraseña.

Decido dejar el PC para los de Informática y doy una última vuelta por la habitación. Continúo por el pasillo hasta el dormitorio de la criada. No debería sorprenderme que sea una ratonera miserable, casi un zulo. Teniendo la casa tal cantidad de espacio, abandonan a Teodora en un agujero que no sirve ni para despensa. Un catre de medio cuerpo con las patas metálicas y sin cabezal, un armario de contrachapado, una mesita de noche con una Biblia sobre ella, un espejo a falta de ventana. Al menos irá rápido.

Nada reseñable entre la ropa. Los bolsillos limpios como las uñas de un ginecólogo. Todo doblado y ordenado con precisión milimétrica. Zapatos bajo la cama, bragas en el primer cajón, un modesto neceser en el segundo. Ni bolso, ni cartera, ni nada. Entre la Biblia resalta algo. Al abrirla encuentro tres fotos. La primera es de un crío de unos tres años soplando las velas de un pastel, mientras que la segunda es de Julián Moscardó algo más joven. En la tercera aparece Julián junto a Teodora en lo que parece un día de campo. Ella le pasa las manos por el hombro, mientras que el chico parece no darse ni cuenta. La instantánea está recortada por su lado izquierdo. Sobre el hombro del chaval hay una mano solitaria de hombre con una alianza en su anular.

¿Qué coño hace la asistenta con recuerdos del hijo de la pareja que cuida? ¿Acaso el joven Julián era el único que le daba algo de cariño? ¿Amor platónico? Esto es muy raro.

Salgo con la foto para enseñársela a Pilar cuando me doy cuenta. La estancia de la asistenta es la última del pasillo y ni siquiera tiene ventana. Regreso de nuevo. Cuento los pasos que van hasta la siguiente puerta. Cuatro y medio. Algo salta en mi interior. Me digo que es imposible, que se trata de un dúplex y las dimensiones engañan, pero tengo que comprobarlo.

Recorro el distribuidor hasta salir a la escalera. Subo los peldaños de dos en dos. La puerta de Cosme Trujillo está cerrada con cinta policial. Decido no arriesgarme, aún no, y subo a la siguiente planta. Toco el timbre del piso que está justo encima del difunto Trujillo. Me abre una chica marroquí con más miedo que otra cosa.

—¿Quién es? —murmura con un acento extraño.

—Policía.

—Nosotros no hacer nada. Ayer hablar con policía.

Estoy tentado de darle explicaciones, luego de romperle la cara, pero al final empujo la puerta y me abro paso en la vivienda. Hay colchones por los pasillos y sacos con ropa en las esquinas. Los cables de las lámparas surgen desnudos de bombillas como venas sesgadas. Tardo unos segundos en orientarme. La distribución es la misma que la de la vivienda del doctor Moscardó, pero la decoración y hasta la luz no se parecen en nada. Avanzo vigilado por miradas nerviosas que se ocultan a la vista. A la derecha un cuarto de aseo, el despacho de Moscardó convertido en una sala de estar con butacas recogidas de la basura, la habitación de Julián y al final la puerta de Teodora.

—Joder —me digo—. Joder...

Un negro sale de una de las estancias. La mujer le grita algo. El moro me grita a su vez en su idioma tribal. No me deja pensar. Me sigue gritando. Regreso sobre mis pasos. El tipo sigue a lo suyo, señalándome y gesticulando como un chimpancé. Cuando lo tengo a mi altura le propino un rodillazo en el estómago y lo agarro del cuello. El moreno intenta resistirse lo justo para no ahogarse porque sabe que si me ataca le meto dos tiros. Siento asco ante su tacto y lo empujo contra la pared. La mujer chilla de nuevo y le oprimo los pómulos hasta que su boca toma forma de pez.

—No seas tan zorra, guapa.

Brinco escaleras abajo. La puerta se cierra de un portazo a mi espalda. Escucho lamentos y sollozos.

El hogar de Cosme Trujillo. Debo saberlo. Necesito saberlo. Desgarro el sello y entro. Ya no quedan bolsas de basura, pero el ambiente sigue igual de cargado. Los chicos de la científica han bajado las persianas. Me alumbro como puedo con el mechero y avanzo por el suelo pegajoso. Rezo a Zox para que mi corazonada sea cierta. Apenas registré la guarida del viejo cuando se montó el circo de los billetes. Repito la ruta del piso de los moros. Insalubre cuarto de aseo, despacho de Moscardó, habitación del hijo, ni rastro de la puerta de la asistenta. Me froto los ojos. No está. Cuento los pasos hasta la estancia siguiente: siete y medio. Entro a la habitación del crío. Espalda contra la pared: cuatro pasos y medio. La llama me quema los dedos. En mitad de la oscuridad golpeo el tabique.

Hueco.

Cosme Trujillo, maldito cabrón tramposo. Tienes una habitación fantasma. Tapiaste la entrada para esconder tu tesoro hasta que te cansaste, ¿es eso? Estoy muy nervioso, y por primera vez en mucho tiempo, siento alegría.

Ahora toca calma. No cagarla. Todo a su tiempo. Habla con Marc. Hay que hacerlo bien.

Camino de vuelta a la entrada. La imagen de Pilar Hurtado plantada ante la puerta hace que el corazón me dé un vuelco.

—¿Qué coño haces ahí? —pregunta.

Trago saliva. No sabe nada. No digas nada.

—¿Qué quieres?



—Tenemos que irnos —explica—. Han llamado del hospital. El crío ha salido del *shock* y podemos interrogarle.

### 13:53

Hospital de Alicante. Por fuera parece sacado de una serie de televisión. Rodeado de jardines, flanqueado por Gran Vía y Maestro Alonso, situado dentro de un barrio obrero, agradable, acogedor.

Por dentro es una puta ratonera.

Ascensores antiguos, pasillos agrietados, puertas que chirrían, pintura que se desconcha. Una antigualla obsoleta que suplica una reforma, una ampliación o tan solo una inspección. El olor a desinfectante no aplaca el de la humedad, el del polvo de un piso sucio y demasiado maltratado. La luz natural es un recuerdo del exterior ya que, al igual que en los centros comerciales, las ventanas quedan olvidadas en pos de una distribución de espacios óptima que ni por esas permite que los enfermos no deban compartir habitación.

—Es la versión tétrica de El Corte Inglés. —Comparto mis pensamientos con Pilar.

Estamos esperando un ascensor. A nuestra espalda hay un par de viejas gitanas que bromean entre ellas. Hurtado levanta la nariz de sus notas y mira alrededor. Después regresa a las preguntas que ha preparado para el chaval.

Ascendemos en el acostumbrado silencio hasta la planta ocho. Un celador intenta ligar con una enfermera regalándole una rosa de papel ante la mirada de una auxiliar portadora de una cuña que pronto estará en glúteo ajeno. Si combinamos ambas cosas nos da un anciano con diarrea que se limpia el culo con una flor de celulosa. Me pregunto si hay poesía en eso.

Habitación ochocientos tres. Un compañero sentado ante la puerta haciendo posturitas de tío duro ante las sanitarias, pero solo obtiene suspiros del bedel que empuja el carrito de productos de limpieza.

—¿Cuánto lleva despierto? —Pilar enseña la placa de soslayo.

—En realidad no ha dormido desde ayer, pero al menos ya no dice incoherencias.

—Nos ha avisado el doctor De la Torre. ¿Dónde está?

—Es doctora —hace una pausa esperando que contestemos—. Esperen aquí.

La puerta está cerrada. Hurtado repasa una vez más sus preguntas. Observo que al otro lado del pasillo hay un grupo de personas que nos miran con curiosidad. Le doy un codazo a mi compañera. Pili se percata de inmediato.

—Familiares —confirma.

—¿Han hablado ya con ellos?

—Ayer. No se explican cómo ha podido ocurrir. Los atestados están en la central.

—También los tenemos a base de calmantes —dice una voz a nuestro lado.

Una chica morena y alta, con mirada despierta y sonrisa amigable, de las que son capaces de enamorar al amigo guapo del novio en una boda si se ponen un vestido verde. Le calculo unos veintitantos, por su acento adivino que es andaluza y por la bata blanca que es médico.

—¿Doctora De la Torre? —Pilar le da la mano en clara conspiración feminista.

—El muchacho no está recuperado del todo. Apenas ha comido desde que llegamos y su medicación es muy fuerte.

—Serán solo unas preguntas —la tranquilizo.

—La familia allí presente quiere saber si necesita abogado. —El compañero de la puerta señala con la barbilla al grupo de individuos del fondo. Habría sido más disimulado si hubiera usado señales luminosas.

—De momento no se le acusa de nada —interviene Hurtado—. Son preguntas en calidad de testigo. Después ya veremos.

—Intenten no estresarle. —De la Torre coloca la mano sobre el picaporte—. Aunque por la experiencia que tengo en estos casos sé que harán lo que les plazca.

—Ya ve —respondo—. Nuestros trabajos no son tan diferentes.

Todos ignoran mi comentario y la puerta se abre.

Julián Moscardó ya no parece el hijo del diablo. Lleva un pijama blanco, el pelo limpio y come con ansia los restos de una bandeja de hospital. Al vernos, se paraliza y parece retraerse contra la cabecera.

Yo no olvido la figura ensangrentada que se me acercaba empuñando un cuchillo de carnicero.

—Julián, somos de la policía judicial. —Hurtado se presenta con voz calmada y neutra. Parece que haya interiorizado el manual hasta en su última coma—. Me llamo Pilar, y mi compañero es Antonio. Vamos a hacerte unas preguntas, ¿de acuerdo?

El crío asiente con lentitud. De la Torre aguarda en el umbral, observando toda la jugada. Nosotros permanecemos de pie junto a la cama.

—¿Están muertos? —pregunta el joven Moscardó.

Pilar duda un instante. Luego enciende una pequeña grabadora de bolsillo.

—Vamos a tomarte declaración. Sé que lo que viste fue duro, pero nos tienes que ayudar a resolver este lío, ¿vale, Julián?

Silencio.

—¿Qué sucedió?

Silencio.

—Vamos, chico —le animo—. Estuviste allí. ¿Viste algo?

Se remueve. Sus ojos se agitan. Entrelaza los dedos y después esconde las manos bajo las sábanas. Gira el cuello.

—No sé qué hora era. —Un hilo de voz ronca, como si le saliera del estómago—. Me despertaron unos ruidos. Era Teo... estaba... estaba gritando. Yo... Mis padres...

Mirada perdida.

—¿Dónde estaban tus padres? —pregunta Pilar.

—En la cocina. Ellos...

—Lo vimos. ¿Tus padres tenían algún enemigo?

—No.

—¿Estás seguro? Cualquier detalle puede ayudarnos.

—Yo... no me contaban casi nada. Sus asuntos eran suyos. Papá era muy reservado.

—¿Por qué estabas cubierto de sangre? —interrumpo.

Me mira. Reconozco la mirada de un asesino en cuanto la veo. Sus pupilas, frías, nerviosas, cobardes. Un niño de mamá que decide matar a toda su familia por diversión.

—Me suena —murmura—. Estaba en la escalera.

—Eso no explica por qué parecías un pimiento rojo.

—Lo que Antonio intenta decir es que te hallamos cubierto de sangre. —Hurtado se muestra maternal, tal vez demasiado.

—No lo sé. Encontré a Teo en el salón. Recuerdo agitarla, hablarle, pero solo gritaba y gritaba.

—¿Y el cuchillo? —hablo de nuevo.

Otra vez la mirada de psicópata. El doctor Cortés podría escribir un libro sobre sus trastornos.

—Estaba al lado del cuerpo. Lo cogí. Tenía miedo.

—Cuando te encontré no parecías tener miedo. Más bien era como si estuvieras en otra parte.

—Yo... oiga, no sé qué quiere decir. Todo es muy confuso.

—Es normal después de un *shock* —explica la doctora De la Torre—. El chico tiene más calmantes que sangre.

—Un diagnóstico médico muy apropiado —se burla la cachonda de Pilar. Guerra de poder entre mujeres. Nunca lo entenderé, pero es divertido.

—La puerta no estaba forzada —prosigo—. Alguien tenía las llaves.

—Imposible. —Y hace una pausa—. Es decir, no lo sé.

—¿Es o no es?

—A veces nos subían la compra del supermercado. Puede que mamá le diera una copia a alguien.

—¿Qué supermercado? —Mi compañera preparada para apuntar en su bloc.

—El de la esquina. Un Mercadona.

—Acabas de decir que tu padre era muy reservado. —Me apoyo contra la pared—. ¿No crees que es muy raro que permitiera a tu madre dar copias de llaves por ahí?

—Eso no tiene nada que ver. —Respuesta rápida.

—Y si venían a traeros la comida de la tienda, ¿para qué necesitabais una sirvienta? Porque según tus vecinos estaba siempre en casa para abrir la puerta o lo que se terciase.

—Yo... le he dicho que no estoy seguro. Solo sé que a veces venían del

supermercado.

—¿Nunca los viste abrir la puerta con llave? —interviene Pilar de nuevo.

—Oiga, ya se lo he dicho. Puede ser.

—Pues te diré algo, chaval. —Mi cara cerca de la suya—. Si la puerta no estaba forzada, ni tampoco las ventanas, el asesino estaba dentro de la casa. ¿Y a que no sabes a quién vi cubierto de sangre y sujetando un cuchillo?

De cara de asesino a cara de susto. Es el momento de alejarse un poco para que sus orines no me salpiquen.

—Está loco —leve temblor en la voz—. ¡Eran mis padres!

—¿Qué pasó? ¿Estabas cansado de que te mangonearan? ¿Querías cobrar la herencia antes de tiempo?

—No he hecho nada.

—He encontrado tu alijo. Chocolate y coca. ¿Necesitabas pasta? ¿Tenías el mono?

—¡Yo no los maté!

—¿Quién fue?

—Antonio, ya basta.

Pilar me pone la mano sobre el hombro, pero se la quito de un empujón. El crío se balancea adelante y atrás. La médica entra del todo y se abalanza sobre la cama. Julián Moscardó llora. Mira el reverso de sus dedos como si pudiera ver a través de ellos. Y entonces explota:

—¡Mamá! —gimotea—. ¡Lo siento mamá! ¡Lo siento!

—¡Váyanse! —grita De la Torre—. Largo de aquí. ¡Vamos!

Una enfermera entra con prisas. Entre las dos apenas pueden sujetarlo. Salimos al pasillo. Necesito el cigarrillo de la victoria.

—Te dije que era el crío. —Levanto la palma, pero Pilar no me la choca.

—Deberías haberme dejado a mí. Esa declaración no vale para nada. Ni siquiera tenemos el móvil.

—Vamos, Pili. Esto lo tenemos resuelto. En cuanto le den el alta se lo llevamos al juez Morales. Si se ha derrumbado ahora, imagínate cuando ese desgraciado le apriete las clavijas.

—Joder, no sé, Antonio. Me habría gustado pillarlo en alguna contradicción más clara.

—La historia del supermercado es mentira y lo sabes.

—Bueno, da igual. Ya está hecho. Volvamos a comisaría. Aún tengo que repasar los archivos del padre.

Noto una vibración poco estimulante en mi bolsillo izquierdo acompañada de una melodía polifónica. Llamada de Luis Dólera, mi forense favorito.

—Dime.

—Tenemos que vernos Antonio.

—¿De qué se trata?

—Ya lo sabes.

—¿Y qué problema hay?

—Por teléfono no, coño. —Y antes de colgar, añade—: A veces eres un poco corto.

Me vuelvo a Pilar y le doy un beso en la mejilla. No se aparta, pero se le queda cara de asco. Me da igual. Hoy he resuelto un caso y tengo una corazonada escondida detrás de una pared.

## 15:19

El Hospital Universitario de San Juan no se parece en nada al General de Alicante. El hecho de que se dediquen a lo mismo en instalaciones tan diferentes da una ligera idea de por qué el sistema médico español funciona como lo hace, con listas de espera eternas, absentismo normalizado y sueldos estratosféricos para profesionales que no son más que nuevos ricos armados con bisturí.

La sala de autopsias huele a limpio. No a productos químicos, sino a perfume de mujer, a ambientador de coche deportivo, a laxante para el Rey. Una estancia luminosa, con rebordes chapados sobre los azulejos immaculados. Una antesala decente para el otro barrio.

El doctor Dólera lava con esmero el cuerpo difunto de un chaval joven. Tiene un enorme corte en el pecho, un boquete por el que cabe un puño. La cara amoratada, el pelo mojado y sucio, gesto de tranquilidad a la espera de los gusanos. El ayudante del forense, el mismo tipo que le había hecho las fotos a Cosme Trujillo, se percata de mi presencia en su santuario de paz. Me señala con un mentón semioculto tras la papada.

—Inspector Ramos —Luis Dólera se vuelve hacia su esclavo—. Continúa tú, por favor. Tengo que atender a este señor.

El subalterno coge la manguera con poco entusiasmo y prosigue la ducha póstuma. Dólera se arranca los guantes de látex como un lagarto que se come la piel y se seca las manos en la bata. Luego me ofrece una y estoy tentado de no estrecharla.

—Vamos —dice—. Será mejor que te lo enseñe.

Algún arquitecto inteligente de los que tan poco abundan en Alicante ubicó la sala de autopsias cerca del depósito de cadáveres. Imagino que para que los especialistas obesos, o tal vez los resucitados, no tengan que caminar mucho.

—¿Quién era el fiambre? —pregunto.

—¿El crío? Un pobre desgraciado. Sus padres se mataron en un accidente de coche hará unos años. El seguro le pagó una fortuna. Imagínate: veinte años, sin cargas personales, y con más dinero del que puedes gastar.

—El paraíso.

—Ayer estrelló la moto contra una farola. No tiene más familia, así que el Estado se hará cargo de su cuerpo. Al final terminará en una fosa común o en la piscina.

En una ocasión vi la piscina. Es un enorme sumidero de formol donde flotan cadáveres sin nombre en pos de avances científicos. Gente anónima que dona su cuerpo a la medicina o mendigos que nadie reclama acaban convertidos en un número dentro de una lista escrita a mano. Momias chapoteando en una eterna juventud que los estudiantes sádicos van diseccionando clase a clase, bautizándolos con nombres ridículos, apodos cariñosos y hasta fotografiándose con ellos a modo de recuerdos de carrera. La piscina es una orgía de carne desnuda, cruda en su realidad, desangrada y recosida, el fin último de la vida donde todo se reduce a dejarse llevar por la corriente.

Alcanzamos el depósito de cadáveres en apenas veinte pasos. Varios nichos metálicos nos reciben en su distribución de 7x4. A ambos lados hay camillas solitarias a la espera de un huésped temporal. El ambiente es frío y hasta el fluorescente del techo parece temblar. No hay ventanas. Estos pacientes no necesitan vistas a la playa, pese a que algunas alemanas estén para resucitar a un muerto.

—¿Qué ocurre, Luis? —pregunto.

—Hay dos noticias. ¿Cuál quieres antes, la buena o la mala?

—Sorpréndeme.

—La buena es que la fecha de la muerte concuerda. Tu amigo Cosme Trujillo murió entre las dos y las tres de la madrugada del miércoles.

El doctor Dólera abre una de las capillas de aluminio. Un cuerpo surge con la cabeza por delante. Bajo la bolsa negra se dibujan las curvas de un hombre adulto.

—La mala —continúa—, es que lo han asesinado.

Abre la cremallera. Cosme Trujillo afeitado, casi sonriente, sin rastro de rictus o de muerte. El muy cabrón es feliz en el mismo envoltorio con el que ocultaba el dinero.

—Define asesinado.

—Se lo han cargado, Antonio —explica—. Repetí la prueba para verificar la hora de la muerte tres veces. Este tipo vino con un *rigor mortis* muy avanzado y no me cuadraba. Un análisis de sangre reveló ciertas toxinas, lo que unido a la marca del cuello nos daba la solución definitiva.

—Espera un poco. ¿De qué hablas? ¿Qué toxinas?

—Curare. Hace que se agarroten los músculos y provoca el óbito por asfixia. Y mira, ¿ves esto? —Señala una mancha senil en el cuello del viejo—. Es un lunar normal y corriente, pero tiene una incisión.

Afilo las pupilas intentando ver lo imposible. Un cristal en un vaso de hielo, una lentilla en el océano, una canica en el universo. Y, sobre la piel de Trujillo, elevándose como un pequeño montículo olvidado, de un color más añil que el resto, se observa una diminuta costra de sangre.

—Le pincharon una droga, Antonio. El viejo intentaría agarrar la escopeta para defenderse y con ella se quedó, paralizado.

—Coño, Luis. ¿Pero qué me estás contando? ¿Qué el profesor Moriarti ha

asesinado a un viejo con un dardo envenenado? ¿Es eso?

—Mira, yo no soy quien tiene que investigar el crimen. Eso es cosa de la policía. Lo único que te digo es que no puedo tapanlo en el informe. Te lo quería decir a ti primero por la amistad que nos une, pero me juego mi trabajo.

—Venga, no puede ser. —Me mira, inexpresivo—. ¿Estás hablando en serio?

—El otro día llegó una mujer joven. Estaba en forma, sin rastros de enfermedades coronarias en su historial, pero se había desvanecido en el gimnasio. Cuando la abrimos, descubrimos dos bolas de grasa como mi puño alojadas en el corazón. Al parecer, la chica estaba tomando un cóctel de medicinas para quemar sebo, y lo que le quemó fue la vida. Eso es raro, Antonio. Lo del curare también, no lo dudo. Pero que algo sea improbable no quiere decir que sea imposible.

—Mierda.

—Sí.

—¿Y dónde cojones se compra el curare ese?

—En algunos laboratorios experimentan con sus propiedades. Se crean fármacos a partir de sus componentes. Puede que lo hayan sustraído de allí, o de la universidad.

Cosme Trujillo, sinvergüenza retorcido. No contento con palmar rodeado de una cantidad obscena de billetes, ahora resulta que mueres como en las películas de Alfred Hitchcock. Si estuvieras vivo juro que te remataría.

—Me cago en el profesor Moriarti —digo.

—Nadie dijo que fuera sencillo —sentencia.

## 17:25

La inventiva de los criminales no es nueva. La creatividad no suele estar a la altura de los genios artísticos. Son capaces de llevar a cabo las ideas más osadas y arriesgadas. Por suerte para los que estamos en el escalafón correcto de la cadena alimentaria, también suelen ser bastante estúpidos y fáciles de atrapar.

He investigado de todo a lo largo de estos años. El robo de un banco en Nochebuena, disturbios incomprensibles que ocultaban un saqueo masivo, suicidios simulados, el viejo que escondía un cementerio de prostitutas en el sótano, la fuga de prisión de un Houdini armado con una pastilla de jabón, por no hablar de la forma de pasar la droga por las fronteras. Sin embargo, nada de eso se puede comparar al caso de Las cinco muertes de Perfecto.

Perfecto Caballero Blanco tenía el nombre equivocado. Su vida se caracterizó por el terror. Una familia numerosa a la que maltrataba a diario, una empresa multimillonaria que gobernaba con pulso de cacique, una úlcera de cuando hizo la mili y le dispararon por error. Inmisericorde con amigos, enemigos y feligreses de su parroquia. Y lo peor de todo es que el año de su muerte estaba senil y había olvidado todos sus pecados.

Sus cinco vástagos se turnaban para cuidarlo, y aunque el viejo no sabía quiénes eran, continuaba tratándolos como desechos. Perfecto se meaba y cagaba encima, babeaba, vomitaba la comida y por las noches gritaba. Lo que no hacía era morir y dejar libre la herencia, a buen recaudo en manos de un albacea. Tal vez por eso, cuando su domicilio se incendió, todos esperaban que el anciano estuviera bien tostado.

Fui de los primeros que vio el cuerpo carbonizado. Estaba en la cama, con las sábanas pegadas a la piel y el rastro inconfundible de la gasolina salpicando las paredes renegridas. Su rostro era una calavera oscura de dentadura postiza, con la mandíbula entreabierta hacia un lado y mueca de disgusto.

El asesinato no tardaría en resolverse.

Luis Dólera se ocupó de la autopsia. Sus conclusiones fueron inquietantes. Al tipo lo habían asfixiado, apuñalado, disparado en un ojo, cercenado las pelotas, envenenado y quemado. Sin embargo, el pobre diablo había muerto de un infarto horas antes de todo lo anterior.

El interrogatorio fue intenso. Ninguno de los cinco hijos se postuló en una posición hasta que se supo la verdadera causa de la muerte. Entonces todos respiraron aliviados y las confesiones se sucedieron. Aconsejados por sus abogados, que aseguraban que como mucho podían acusarlos de maltratar a un difunto, contaron una historia que aún hoy cuesta creer.

Los cinco estaban hartos del viejo Perfecto. Coincidían en que cuanto antes se muriera, mejor para todos, incluido él mismo, pero en ningún momento se pusieron de acuerdo con el plan de asesinato. La fortuna quiso que todos pensaran en realizarlo a la vez.

La hija pequeña, cansada de los gritos del viejo, decidió envenenarlo con matarratas usando la sonda que tenía en la nariz cuando pensó que dormía. Al abandonar la habitación, el primogénito se abalanzó contra el débil cuello del hombre hasta que estuvo seguro de que había dejado de respirar. Luego entró otro y lo apuñaló directamente en el corazón, tapándolo con la manta al terminar. El siguiente pasó cuando creía que nadie lo veía y le pegó un tiro en la cabeza. Usó una patata como silenciador y la bala se introdujo por el ojo izquierdo. Por fin, el último de los hermanos llegó borracho a altas horas de la madrugada, y sin preocuparse de encender la luz, lo bautizó con disolvente y le lanzó una cerilla.

Nunca se supo quién le cortó los cojones al pobre Perfecto.

Las condenas fueron irrisorias, dado que ninguno de los hijos antecedentes penales y la naturaleza muerta de la víctima. Sin embargo, lo que más fastidió a la familia feliz fue que su progenitor no pudo escuchar sus epitafios. Al parecer, todos los hermanos recitaron trabajadas frases lapidarias antes de ejercer el parricidio. Imagino que cuando recibieron la herencia se les pasó la tontería.

Hasta el momento, el caso de Perfecto Caballero Blanco fue el más extraño con el que me había topado. La naturaleza del criminal es matar con lo que tiene a mano, sin



elaborar planes complejos ni nada por el estilo.

Pero no había curare. No había un viejo cabrón que usaba barbas postizas, que murió rodeado de bolsas de basura, que escondía una fortuna en el piso más sucio de toda la ciudad. Alguien ha ido un paso por delante de mí todo este tiempo. Alguien mató a Cosme Trujillo con estilo. Se han vuelto a mear en mi cara. Y, sin embargo, la pregunta que me corroe es por qué no se llevó la pasta. La respuesta: el móvil era otro.

La comisaría bulle. Una olla a presión llena de alimañas, algunas con uniforme, otras esperando el furgón para ir al juzgado, la mayoría presentando denuncias estúpidas. La gente no tiene filtro y acude a la comisaría para que le resolvamos los problemas causados por su propia ineptitud. Si una persona es gilipollas, nosotros no podemos evitarlo. Las películas americanas han hecho mucho daño, con ancianas que avisan a una patrulla para que les baje el gatito del árbol. Y si mandas a la mierda a un ciudadano, aunque sea reglamentariamente, vienen a poner denuncia. Los tocahuevos, los llamamos en la Norte. Si tienen un nombre más científico, lo desconozco.

Internet habla del curare. Planta del Amazonas usada por los indígenas de su cuenca para cazar monos. Impregnaban las saetas y paralizaban a la presa. Paso rápido de la parte histórica y me voy a la médica. Alcaloides, acetilcolina, neuroreceptores... Esa mierda provoca paros cardíacos. Usado como tranquilizante muscular para tratar convulsiones y muy habitual en anestesias.

El profesor Moriarti se lo ha currado de lo lindo.

Trasteo la base de datos buscando laboratorios que trabajen con esa sustancia, investigaciones universitarias en curso, captaciones en el mercado negro, herbolarios precintados, aduanas, restos no destruidos, clínicas ilegales. Cero resultados.

El Martínez se revuelve al fondo intentando adoctrinar al novato a su cargo. Marc no está en su mesa. Decido redactar el informe y que Miñarro lidie con el comisario. Explico la conversación con Dólera y añado que se trata de un avance de la autopsia. Lo firmo con el nombre y placa de Fonsi y lo abandono sobre su teclado.

El aprendiz de antivicio se larga con las orejas agachadas. Martínez hace como si leyera unos papeles, pero tiene la mirada fija en ninguna parte. He quedado con Marc en diez minutos en la tasca PP, así que puedo perder un rato con un charlatán.

—Parecen que salen de la selva, ¿eh, Martínez? —Levanta la cabeza y mira hacia los lados—. Los cachorros. Las academias no son como en nuestros tiempos.

—Este no sabe ni atarse los zapatos él solo. Joder, estoy convencido de que no sabría ni por dónde metérsela a una puta aunque tuviera un camino de miguitas de pan.

—Vienen cada vez más verdes.

—El mío no podría distinguir un yonqui de un cura.

—Yo tampoco soy capaz.

—El sacerdote es el que se empalma cuando ve dinero. —Hace una pausa—. Por

cierto, vaya gustazo que se lo hayan llevado. La sala de pruebas por fin tiene espacio para un ventilador.

Mi instinto caníbal dice que se acabó. Sabes de lo que está hablando, Ramos, reconócelo aunque no quieras. Es la realidad. No te aferres a una ilusión.

—¿A qué te refieres? —pregunto.

—La pasta de General Polavieja, la del fiambre ese de las bolsas de basura. —La ilusión y el humo se desvanecen dejando paso a una rabia profunda que hace vacua la siguiente información—. Los de pruebas han terminado de contar la mitad de los billetes y los han mandado al depósito de Madrid. Joder, ¿para qué quiere el juez Morales media tonelada de papel?

—Dice que son pruebas —mi voz es apenas audible—. ¿Cuándo han salido?

—Esta madrugada. Han cargado el furgón y han echado por la Autovía del Mediterráneo.

Un cálculo rápido: 890 000 euros sobre cuatro ruedas. Una fortuna para casi cualquiera.

—¿Y el resto?

—Saldrá cuando regrese la furgó. En un par de días, supongo. Tienen que contarlo otra vez, ver si tienen rastros de sangre y no sé qué más. De todas formas, los detalles los sabrá Llorente.

El pequeño saltamontes regresa sudando por el cuello. Alguien le ha dado una camisa más pequeña de lo que le corresponde. Lleva un vaso de café en una mano.

—Aquí tiene su bebida, señor Martínez.

—Buen trabajo, compañero. ¿Le has puesto azúcar?

El muchacho traga saliva. Se le mueve la corbata al hacerlo.

—Pensaba que no era necesario. Como tiene una cucharita de plástico...

—Las suposiciones para cuando te trasladen a Homicidios, con el inspector Ramos.

—Tranquilo, chaval —le calmo—. Aquí eres más útil.

—Gracias, señor.

—Anda, grumete —ordena Martínez—. Vuelve a la máquina y pillá un sobre de dulce, ¿quieres? Aquí, o hacemos las cosas bien, o no las hacemos.

Se marcha presuroso, arrastrando los pies y esquivando compañeros. Pensar que ha tenido que aprobar una oposición para esto...

—¿Haces que te traiga el café, Martínez? ¿No es un poco infantil?

—Pues ni eso lo sabe hacer bien.

## 19:47

—¿Por dónde quieres que empiece?

Marc hace crujir los nudillos mientras busca a la Carmencita con la mirada. El pp

está como siempre, con la plantilla de la Comisaría Norte casi al completo, estén de servicio, baja, vacaciones o de visita. Los viejos parroquianos con sus dos bultos en el pantalón: el arma reglamentaria y el que producen las curvas de la camarera canaria.

—¿Qué era aquello de un tabique falso? —pregunta.

—Cosme Trujillo tapió una habitación. Pero esta vez no nos la juega, compañero. Sea lo que sea que escondía, seremos los primeros en verlo. ¿Has traído los pilones?

Asiente mientras enciende un pitillo.

—Están en el maletero. También llevo linternas y bolsas de deporte.

—Esta noche, Marc. —Golpeo la mesa con el encendedor—. Cuando la vecina cabrona esté viendo el telediario, nosotros recuperaremos lo que nos pertenece.

—De acuerdo, Antonio. Pero olvídate de las bolsas de basura. Además, creo que ya han trasladado la tela a Madrid. Es absurdo que te tortures.

—Me lo ha contado Martínez. —Siento un nudo en el estómago—. Pero tienes razón. Es agua pasada. Que le den por culo. Lo importante es lo que haremos esta noche.

La Carmencita aparece moviendo las caderas. Lleva un mono con tirantes que deja al descubierto las piernas y oculta un busto apretado y firme. Hasta a Dios se le cortaría la respiración.

—Marquitos, mi vida... —Se recrea en cada letra, sonriendo al mundo con su boca perfecta—. ¿Cuándo le vas a confesar a tu madre lo nuestro, amor?

—Es demasiado pornográfico para ella, Carmen. Le podría dar un infarto.

—Tú preséntamela, que yo caigo bien a las madres.

—Y a los padres aún más —interrumpo.

Se miran embobados. Si estuvieran solos se arrancarían la ropa a mordiscos. Ni mis comentarios parecen hacer mella en su fantasía. Y sin embargo están tan lejos el uno del otro que parece que vivan en países diferentes. Dos amantes destinados a no estar juntos, a que el azar los distancie una y otra vez y solo ansíen unos minutos de cama, de piel contra piel, cóctel de sudor entre las sábanas y dedos entrelazados. El amor separado por una fina capa de látex y por los miedos de ambos.

—Tengo una cosa bien grande y jugosa para ti —prosigue ella mientras se toca un pecho en un movimiento que intenta parecer espontáneo—. Importación germana. Pura malta negra, negra.

—Ponme a mí otra —indico ante la pasividad de mi compañero.

—Solo queda una y es para mi Marquitos. Pero me tienes que invitar a bailar, ¿recuerdas?

—Ya sabes que soy un patoso, Carmen. ¿Y qué diría tu novio de que andes con otros y te acuestes conmigo?

La niña suspira y pone gesto de disgusto.

—Lo nuestro es imposible, Marcos. Así no me vas a conquistar.

—¿Quién dice que quiera hacerlo? —digo.

Suspira.

—Una negra de importación y lo que me dé la gana, ¿no?

Fonsi asiente con la cabeza como un dispensador de caramelos Pez. Al marcharse, todas las pupilas heterosexuales del local se fijan en el tanga que se transparenta bajo los pantalones cortos. Algunos se distraen con las piernas, otros con el contoneo de los pechos, que incluso de espaldas asoman por los lados. Es posible que algunos aún no sepan ni qué cara tiene.

—¿Sabes lo que es el curare, Marc?

—Solo sé que tengo ganas de pillar a la Carmencita y...

—Te he dejado un informe sobre el escritorio. —Le obligo a girar la cara hacia mí—. A Cosme Trujillo lo envenenaron. El forense no puede ocultarlo, es demasiado obvio. Así que esa será tu nueva vía de investigación. Mañana estará la oficial, pero yo te he adelantado curro.

Fonsi tiene cientos de preguntas que hacerme, pero en ese momento una mano se coloca en su hombro. Su reacción de osito amoroso indica que cree que es la Carmencita. Es entonces cuando Roger Escudero abre la boca y se disipa la magia y la mirada de Marc se endurece, volviendo a su estado natural de nazi reprimido, de animal de presa, de asesino con placa.

—Muy buenas, señoritas. —Rog arrastra una silla de la mesa cercana y se sienta a nuestro costado—. ¿Habéis visto las tetas de la camarera?

—¿Qué coño haces aquí, picapleitos? —inquire Fonsi.

—Y dale con lo de picapleitos...

—Es lo que eres.

—Cuánto daño hizo la educación pública.

—Le he llamado yo, Marc —confieso—. Escudero se está ocupando del asunto del Zorro.

—Y por cierto, tengo novedades.

Carmencita también trae novedades en forma de cerveza. Rog se queda blanco mirando sus curvas, sin saber dónde detener las pupilas y evitando estirar la mano. Fonsi observa la operación pasando del ángel con bandeja al periodista que ansía depilarla con la lengua.

—¿Qué te pongo, encanto? —Se dirige a Escudero con esa voz tan sensual que podría doblar películas porno para invidentes.

—Un... —gesticula con las manos sin dejar de mirarle el escote—. Un de estos... ya sabes...

Marc le mira con odio. Le golpea en la pierna por debajo de la mesa. Intervengo antes de que cometa un homicidio imprudente.

—Ponle un cubata con mucho hielo —sugiero—, a ver si se le pasa el calentón. Y cóbrate también, anda, que hoy me siento generoso.

La deleito con un billete de cincuenta euros pinzado entre el índice y el corazón, como si fuera un mago que acaba de adivinar la carta de la baraja. La chica pestaña desorientada ante este alarde de poderío económico, aunque puede que solo esté

sorprendida por mi sonrisa vespertina. Por fin, agarra el papel y se marcha meneando las caderas, tal vez más rápida que en otras ocasiones.

—Estás de buen humor, compañero —se alegra Marc—. ¿A quién te has follado?

—Al recuerdo de Cosme Trujillo. —Y le guiño un ojo.

—Joder qué tetas... —Rog sigue en su planeta—. No conocía este garito, pero me voy a hacer asiduo.

—Ni te acerques, picapleitos —amenaza Fonsi.

—Lo malo son los parroquianos, pero haré un sacrificio.

—¿Qué nos traes, Rog? —pregunto.

—Ah, sí. Asunto Zorro. —Se inclina sobre la mesa para hablar en tono confidencial—. Les vamos a sangrar hasta la última perra gorda.

—¿Perra gorda? —Marc se remueve incómodo.

—Eso dice la vieja con la que vivo. Aún mide el dinero en perra gorda y perra chica. Parece que era una moneda de sus tiempos, allá por el Neolítico.

—El Zorro no tiene perras, Rog —digo—. Tiene pasta a mansalva. Se le sale por las putas orejas, joder. No le hará daño compartirla con el necesitado.

—¿Nosotros? —Escudero bebe de mi botellín sin pedir permiso.

—Nosotros —repito—. Y si nos jode, sabrá lo que es el infierno de la deshonra. La foto con Aurora saldrá en todos los medios, digitales y terrenales. Hasta la publicaré en otro mundo si es necesario.

—Avisaré a Zox para que prepare la nave espacial hacia Ganímedes. —Salta Fonsi, y se carcajea. Cuando se percata que nadie más va a seguirle la coña, recula—. Perdona, Antonio. Sigue.

—Bueno, el tema es que necesita un par de días para recaudar la pasta —continúa Rog—. Su representante, el del bigote de morsa, asegura que retirarlo todo de golpe puede llamar la atención de su contable, y por descontado, de su santa esposa.

—Huele a estratagema —murmuro.

—Lo sé, pero no saldrá de Alicante. Tiene varios compromisos los próximos días. Su agenda es apretada. Yo pasaré el cepillo de la Iglesia hasta que no le quede más. Luego ya veremos qué hacemos con las fotos.

—No. —Le pongo la mano en el hombro—. Eso sería arriesgarnos de más. Incluso si se raja y no suelta la tela, nos conformaremos con lo que tenemos y buscaremos a otro, ¿de acuerdo?

—Vaya, Antonio. —Marc está extrañado—. ¿Desde cuándo le haces asco al dinero?

—Desde que lo voy a tener —y brindo al cielo del local.

Carmencita se desliza como una víbora entre las mesas y deposita un *whisky* cola ante Roger y un puñado de billetes ante mí. Todos vamos a decirle un cumplido a la vez, porque a mujeres así hay que tratarlas como a diosas, pero ella se desmarca de nosotros. Antes de que ni siquiera podamos reaccionar, cuchichea algo al oído de Marc y le introduce un papel doblado en el bolsillo de la camisa. Durante la

operación arrastra los dedos por su pectoral, sin disimulo, como si supiera el camino de tantas veces como lo ha tomado. Se aleja contoneándose, levitando sin tocar el suelo, pero nuestras miradas se centran en Fonsi.

Debería sacar una foto de su sonrisa bobalicona.

—Bueno, ¿qué? —pregunto.

—¿Qué? —contesta.

—¿Es su teléfono? —Salta Roger.

—A vosotros os lo voy a decir. —Extrae el papel, lo mira satisfecho y se lo guarda en un bolsillo interior.

—Bueno, supongo que ya lo contarás —digo.

—Por cierto, tengo título para mi novela. —Escudero toma un trago de su cubalibre—. Será un bombazo.

—¿Desde cuando estás escribiendo un libro? —Bebo de mi negra antes de que pierda toda la espuma.

—Desde que tengo título.

—¿Y?

—Pues que es cojonudo. ¿Estáis preparados? —Hace una pausa dramática, pero no reacciona ante nuestra apatía—. *Ríos de Farlopa*.

—¿*Ríos de Farlopa*? —Marc sale de su ensoñación—. ¿Y de qué trata?

—¿Qué más da? —Rog le mira por encima del hombro—. ¿Acaso lo vas a leer?

—Lo abriré por la última página.

—Sí, no te vayas a cansar.

—Vamos —interrumpo—, que no tienes ni idea.

Roger resopla y mira al cielo. Después recupera la compostura perdida y explica:

—¿Y qué importa? Joder: *Ríos de Farlopa*. Será un *best seller*. ¿Qué más da el contenido? Con una portada graciosa, no sé, de una tía en bolas o algo así, fijo que se vende como churros. Incluso tengo el seudónimo perfecto: Steven King.

—Stephen King ya existe.

—No, nada de Stephen. Yo hablo de Steven King, el gran escritor de *Ríos de Farlopa*.

—No puedes empezar un libro si no sabes lo que vas a escribir —se burla Fonsi.

—Vale, a ver qué os parece: un atractivo periodista se ve inmerso en...

Los ruidos se intensifican hasta hacer ininteligible la diatriba oscilante de Rog. En ese momento entra por la puerta un tipo desgarrado. No es una aparición silenciosa. Se caga en todas nuestras putas madres, nos señala con el dedo, tira un par de copas y vacía otras cuatro. El pelo largo tiene restos de espagueti, como si se tratase de una peluca horrenda. La ropa rota, la piel amoratada de una paliza reciente. Su olor corporal se compone de ron regurgitado y vuelto a tragar para vomitarlo de nuevo. Así es el Profeta, el borracho vagabundo del barrio.

—Sois todos unos hijos de la gran puta —le dice a un compañero con su voz gangosa—. Tú... la palabra «hijoputa» se inventó para ti. —Arrastra las sílabas

mientras la gente le ríe las gracias.

Un día apareció por la zona. Le detuvimos cientos de veces, casi todas por escándalo público, y ahora ha degenerado a demente, un trompa de casta meritando a cirrosis, todo un ejemplo para las nuevas generaciones. Le llamamos Profeta porque asegura ser capaz de adivinar el futuro.

—Tu mujer te pone los cuernos. —Señala con el dedo, pero le tiembla tanto el pulso que nadie sabe a quién se refiere—. Mañana la verás a cuatro patas con el despertador entre las piernas. Y sonará la alarma vibradora cada minuto y lamentarás el día que te perdiste el episodio de *Barrio Sésamo* en el que Coco te enseñaba a vibrar con la polla.

Se rasca el pelo y se arranca un puñado de espagueti. Los mira, extrañado, hasta recuerda qué hacían allí y parece complacido. Se los echa a la boca y los mastica con fruición. Entonces nos ve. Se acerca con pasos torcidos, mascullando insultos básicos.

—Tú... pedazo de cabrón —me dice—. Tú no eres más que un hijo de puta... eres la perfección de un hijo de puta...

—Largo de aquí, payaso.

—Proserpina se empalma cuando ve entrar al Profeta. Las ladillas me hacen cosquillas en el culo y beben de mi sangre con gonorrea. —Se concentra, o lo que es lo mismo, arruga la cara y cierra los ojos—. Y tu mujer se folla a medio Alicante. Tu futuro está escrito.

—Eso es mi presente, Profeta —bromeo.

—¡Silencio! —chilla, y es como si rascases una pizarra con las uñas—. Ella se marchará para chupar pollas a pares, kilómetros de pollas pasarán por su garganta con el bálsamo blanco de la leche sifilítica aliñada con betún. Te quedarás con un perro mugriento con diarrea y le tendrás que limpiar el culo a lametones.

Al llegar al final de la historia, los parroquianos aguantan una risa floja. Todos saben de mi apodo, Mierda de Perro, y necesitan que un borracho ponga en su boca lo que piensan.

Me incorporo. Aprieto los nudillos. El primero va directo al estómago y consigue que escupa los espagueti que había tragado. No le dejo que se encorve lo suficiente cuando le devuelvo un gancho de izquierda que lo deja inconsciente en el suelo.

Escucho voces. A estos imbéciles les cae bien el Profeta. Les resulta gracioso. Ahora se ha llevado un par de hostias. Que se jodan.

—¡Que os jodan! —grito—. Vamos, reíros ahora de las gracias de este despojo. Llamadme Mierda de Perro si hay cojones.

—Vamos, Antonio —me tranquiliza Marc—. Mejor nos vamos.

El PP está en silencio. La gente niega con la cabeza. El Profeta se retuerce en el suelo. El pobre saco de huesos ni siquiera ha podido perder el conocimiento.

—Sí, larguémonos.

Nos marchamos rodeados de las miradas reprobatorias. Imbéciles. Algún día os

demostraré de lo que soy capaz. Y puede que empiece esta noche.

## **21:09**

Como un par de butroneros. Marc y yo entramos en General Polavieja armados con dos enormes martillos pilones. Podríamos agujerear la Gran Muralla China con ellos, pero nuestro objetivo es más singular.

Ascendemos en silencio, sin encender las luces. En un hombro porto una bolsa de deportes que aún conserva la etiqueta de la tienda. No es muy tarde, pero ningún vecino se asoma a la escalera. La puerta de la difunta familia Moscardó sigue precintada. En el piso de arriba, Graciela Vilmes se deleita con los gritos del presentador de las noticias.

Los goznes del segundo B continúan desencajados. El interior aún apesta. Esta es nuestra segunda oportunidad. Los trenes no pasan dos veces, pero esta vez el destino ha querido que haya una excepción en forma de puerta tapiada. Una habitación fantasma, un paraíso encerrado en una infravivienda, la luz al final del túnel.

Siempre ha habido castas, y en la Policía Nacional es más evidente aún. Por eso aguanto la linterna mientras Fonsi se prepara con un martillo. Con cuidado, se quita la chaqueta y la camisa, dejando el torso desnudo. Duda sobre el lugar más apropiado para dejar la ropa, y al final opta por mi brazo. Se enfunda unos guantes de trabajo y comprueba que el pilón esté equilibrado. Después espera mi orden. Me hago de rogar, aunque no tiene sentido. El ruido se escuchará desde el otro lado de la calle, pero siempre está el peligro de que te sorprendan. Tengo la adrenalina alta, y conociendo a mi compañero, él también.

Asiento y Marc comienza con la serenata de martillazos. Las paredes retumban y el polvo se cruza en el haz de la linterna. Miro el reloj. No son ni las nueve y media. Es lo bastante temprano como para que nadie sospeche al oír ruidos en el piso y lo bastante tarde como para que se haya puesto el sol y las aceras estén despobladas. Las personas de bien hace rato que regresaron del trabajo. Las tiendas están cerradas, los restaurantes llenos y los taxistas bostezan ante una ciudad que cambia de ritmo.

Esquirlas de ladrillo anaranjado saltan en todas direcciones. El acero forjado no tarda en incrustarse del todo en la pared. Cuando Marc tira del mango hacia atrás arranca bloques de cuajo. El interior está fresco y seco, la utopía de cualquier farmacéutico. Le pido que pare y me asomo por el agujero. Aún es demasiado pequeño para entrar, pero se puede mirar a través de él. Y como si de una ventana a otro mundo se tratase, vislumbro una mesa llena de papeles, archivadores de hierro arrinconados en las esquinas y varias bolsas de cuero.

Es mi puto día de suerte.

Fonsi le arrea con más ganas. El crujir de los ladrillos al agrietarse se mezcla con la lluvia de cascotes que salpican el interior. En apenas unos minutos ha formado un



montón de graba y desperdicios. Arrastra el martillo contra ellos y los esparce y sigue y sigue y sigue. El boquete se ensancha en cuestión de segundos.

Y, al fin, silencio.

El resuello de mi compañero es comparable al de un atleta de triatlón. Se restriega el sudor con el antebrazo y se quita los guantes. Le devuelvo la ropa y sin pensarlo dos veces entro a la cámara del tesoro.

La runa cruje bajo mis suelas. La luz de la linterna choca contra el polvo. Hay papeles amarillentos por todas partes. Los estudio por encima: cifras, datos, albaranes, facturas. Encuentro dos libros contables sobre la mesa. Abro uno de los archivadores. Carpetas etiquetadas con apellidos que no me dicen nada. Escojo una al azar. Datos clínicos de mujeres embarazadas, fechas, diagnósticos. El contenido de los demás cajones es similar.

Las bolsas de cuero yacen muertas en el suelo cubiertas por una fina capa de polvo y mugre. Son maletines flexibles sin combinación, con un par de asas que se acoplan entre sí. Abro uno esperando ver el brillo cegador del oro, como en las viejas películas de aventuras, pero me recibe un olor a rancio. Es como si alguien hubiera vomitado en su interior para sellarlo después. Apunto con la linterna. Dentro hallo herramientas que no reconozco. Le doy la vuelta a la bolsa y desparramo sus tripas por el suelo. Las vísceras resultan ser gubias, bisturís, material de dentista, pinzas metálicas y gasas oscuras.

Siento la presión en el pecho. De nuevo la presión en el pecho.

Repito la operación con la otra bolsa. Esta vez caen frascos de cristal. Algunos se desintegran en mil pedazos, desparramando líquidos, salpicando las paredes. Pateo el contenido. Nada.

Te la han jugado, Antonio Ramos, poli de mierda. Cosme Trujillo te la ha vuelto a meter por el culo.

Empujo los archivadores hasta derribarlos, pero tras ellos no hay nada. Arranco los cajones y palpo el interior en busca de falsos fondos. Enfoco al techo, hago sonar mis pasos en busca de una loseta suelta, muevo la mesa, me llevo las manos a la cabeza.

Nada.

El dinero estaba en el pasado, envuelto en plástico negro. El mejor sitio para esconder algo es a simple vista, y Cosme Trujillo se lo tomó al pie de la letra. ¿Quién iba a mirar entre toda la escoria que coleccionaba?

—Vamos, Antonio —susurra mi compañero, como si de repente hacer ruido estuviera prohibido—. Salgamos de aquí.

Tiene razón. Echo una última ojeada a la estancia en busca de algo. Mi desesperación no encuentra recompensa. Abandono la guarida del ogro y bajo por las escaleras. Graciela Vilmes ha reaccionado a los martillazos subiendo el volumen del televisor. Cuando regreso a la calle descubro que estoy cubierto de polvo. Enciendo un cigarrillo y fumo pausadamente, sin prisa, dejando que el humo escape de los

pulmones a su ritmo, oscilando a la deriva de mi interior.

Marc aparece al cabo de cinco minutos. Va tan sucio como yo. Porta los dos martillos y la bolsa de deporte. Los guantes asoman descarados de los bolsillos del pantalón.

—Gracias por la ayuda, compañero —se burla—. Después de abrir un puto agujero, estaba deseando cargar con las herramientas yo solo. Joder, ¿y cómo vamos a justificar ese boquete en la pared?

—¿Por qué nos sucede esto, Fonsi?

Guarda los bártulos en el maletero y lo cierra de un portazo.

—Lo mejor es olvidarlo. Ese dinero nunca existió. No estuvimos aquí. Sigamos como hasta ahora, con trabajitos por nuestra cuenta, y ya está. Yo no necesito mucho dinero para sobrevivir.

Yo sí. Yo necesito dinero para escapar. Escapar de mí, de un trabajo anodino que me cansa y me quema y me impide soñar y hasta respirar. Escapar de una rutina tediosa, rodeado de gentuza, criminales, drogadictos y putas. Necesito escapar de la sordidez de mi familia, con una mujer que nunca me quiso y unos hijos a los que no conozco. En esas bolsas no había billetes: se encontraba mi felicidad perdida.

—Necesito desahogarme. —La brasa está tan cerca de los dedos que siento como la piel se cuarteaa—. ¿Aún tienes el regalo de tu hermana?

Marc sonrío de par en par. Se mete la mano en el bolsillo de la chaqueta y en un movimiento sin duda ensayado extrae el puño de hierro montado sobre los nudillos.

—¿Bailamos con los yonquis?

—No —lanzo la colilla contra la fachada de General Polavieja—. Conozco el sitio perfecto.

—Tú conduces.

## 22:53

La casa está pegada a la playa. Es uno de esos edificios antiguos que la Ley de Costas no tardará en derruir. Un muro de reciente construcción aísla lo que en otro momento fue una triste caseta de pescadores hoy reformada en un chalé de tres plantas y sótano.

Detengo el coche ante las rejas de la entrada y no apago las luces. En el interior hay gente tirada en hamacas observando el cielo. Los focos alógenos parece que estropean su velada de astronomía.

Dejo el motor en marcha y bajamos. La puerta está cerrada. Toco al timbre. Nadie se mueve.

—¿Estás seguro de que esto es buena idea? —murmura Marc a mi espalda.

—Eras tú el que querías probar tu juguete.

—Una cosa son yonquis, pero esta gente...

—Esta gente también son adictos.

—¿A qué?

—A la estupidez estandarizada.

Vuelvo a pulsar el botón. Los llamo a gritos. Por fin se aproximan unos tipos. Son bastante grandes y tienen una mirada lúcida. Ambos visten como si acabaran de salir de un colegio de curas, con un pantalón gris de tela y el cuello de la camisa incrustado bajo el jersey.

—¿Qué desean? —pregunta uno.

—¿Es aquí donde chupan las pollas? Venimos a inscribirnos.

Se miran entre sí. Dos gorilas en una niebla creada por ellos mismos.

—Me temo que se han equivocado —contesta el otro—. Esto es una propiedad privada. Les ruego que se marchen.

—Venga ya. ¿Ni una triste mamada?

—Oigan, váyanse, ¿de acuerdo?

—Abrid la puta puerta y lo discutimos —se arranca Fonsi.

—Vamos a llamar a la policía.

Estiro el brazo a través de la reja y engancho al imbécil de la solapa de la camisa. Tiro con fuerza hacia mí y choca contra la puerta. Su nariz queda aplastada, pero antes de que pueda reaccionar la termino de partir con un derechazo. El otro energúmeno no sabe qué hacer, si ayudar a su compinche o pedir ayuda. Al final opta por la segunda opción.

Marc me ayuda a sujetar al idiota.

—Abre la puerta —le vocea.

—Te reventamos aquí mismo. Por mis cojones que te crujimos.

Fonsi le golpea con el puño americano. Los dientes ceden y saltan. La sangre se mezcla con la saliva. Al fondo se escuchan gritos.

Le registro los bolsillos y extraigo un pequeño llavero con forma de media luna. En un extremo hay un mando a distancia con un único botón. Cuando el gorila intenta agarrarme de la muñeca sé que he acertado. Al pulsar el interruptor se escucha un chasquido eléctrico y la puerta comienza a desplazarse hacia un costado.

Entramos.

La gente se levanta de sus hamacas y se aleja de nuestro paso. Las mujeres nos miran con miedo. Los hombres tratan de poner calma.

—No pueden estar aquí —dicen—. Márchense.

—¿Dónde está el dueño de la casa? —vocifero—. Que dé la cara.

El gorila que había huido reaparece con tres más. Fonsi sale a su encuentro.

—Quietas, señoritas —los encara.

—¡Es propiedad privada! —grita Kong—. ¡Propiedad privada!

—Pues que salga el propietario a echarnos.

Uno se intenta pasar de listo y Marc le revienta el tabique nasal de un puñetazo seco. El crujido reverbera por encima del rumor marino. Los otros se intimidan y dan

un paso atrás. Me acerco a una chica joven que sostiene un niño en brazos.

—¿Dónde coño está? —pregunto.

—Por favor, váyanse.

La agarro de la cara, la obligo a mirarme.

—Que dónde hostias está tu dueño.

—Voy a llamar a la policía —dice el más listo de la clase.

Entonces los suspiros y los cuchicheos cesan de golpe y una voz resuena con acento argentino por encima de los demás.

—No hará falta: ellos son la policía.

No necesitamos presentaciones. Es un individuo delgado con aire prepotente, de mi edad, y algo más alto. Viste un uniforme idéntico al resto, con pantalones de tela, jersey a juego y una camisa interior. Es feo como un tejón y no huele mucho mejor. Su rostro es asimétrico, con la cara torcida y la boca demasiado pequeña. Aún así, sonríe y muestra una fila de dientes irregulares. Necesita una ortodoncia urgente, y estoy dispuesto a proporcionársela.

—Hola, inspector Ramos —dice el mamón desde el umbral de la puerta—. Creo que no nos conocemos. ¿Puedo salir a hablar con usted?

—Si cruzas esa puerta te parto la cara, Zox.

El líder sectario siente la mirada de sus fieles. Veremos si su fe es tan grande como mi mala folla.

—Sé que está irritado conmigo, pero las cosas son así, sucedieron así.

—Sin duda, mi mujer tiene toda la culpa —contesto mientras camino—. Cree que fue designio divino, una revelación que entrara en tu puta organización. Nadie le puso una pistola en la cabeza, nadie la obligó. La muy puerca ha decidido algo por primera vez en su vida.

Zox no mueve ni un dedo.

—Entonces, si estamos de acuerdo, ¿a qué viene tanta hostilidad?

—Viene a que Beatriz es una mujer incapaz de decidir por sí misma. ¿Sabes cómo escoge la ropa que se pone cada día? Mira el reloj, y si la hora acaba en ocho, busca algo en la percha ocho y lo combina como puede. Por eso te resultó tan fácil llenarle la cabeza de mariconadas religiosas.

—Hay mucha ira en ti, amigo mío.

—La misma que te has ocupado de aplacar en esta gente. No hay nada más triste que te quiten la libertad de decidir lo que está bien y lo que está mal.

—Legalmente, están aquí porque quieren.

—Legalmente, me has tocado los cojones.

Niega con la cabeza, muy despacio, como si temiera abanicarme con su enorme nariz de tejón.

—Deberías tener a Zox en tu interior —dice con pena sincera.

Las palabras mágicas. Algo salta dentro de mí. No me domino.

El primero le impacta en el cuello. Se queda sin respiración y se acuclilla. Le

reviento la boca con un rodillazo y cae de espaldas al suelo. Desenfundo la pistola y se la pongo entre las cejas. Me observa con terror, intenta hablar, pero tiene la tráquea hundida. Estoy tentado de apretar y terminar con toda esta mierda, con mi familia, con este mamón, con Cosme Trujillo y sus millones escondidos, con la zorra de Pilar Hurtado que me trata como a un gilipollas después de haberle chupado el coño. Pero no disparo. Le reviento la boca con la culata de la Star. Siento los dientes agrietándose bajo mi puño, la sangre salpicando mi camisa. Pero sigo golpeando. Le golpeo una y otra vez, una y otra vez, y de nuevo vuelta a empezar. Solo quiero que desaparezca, que se marche el dolor y el miedo y la angustia.

Escucho gritos a mi espalda. Fonsi retiene a toda la secta solo con amenazas. Registro a Zox y encuentro una cartera. Es argentino y se llama Ramiro. Ver para creer.

—¿No puedes tener un nombre más feo, cabrón? ¿Ramiro el Tejón?

Zox escupe, gorgojea, vomita trozos de dientes y masculla:

—Deberías tener... a Dios... en tu interior.

Y me siento flotar. Mi mano se levanta sola y apunta a su frente. Deslizo el percutor y calzo una bala en la recámara. Algo me detiene en el momento que aprieto el gatillo y la bala se desvía medio metro. Me giro para asesinar a lo que haya y me encuentro con la mirada asustada de Marc.

—Ya basta, Antonio —me implora—. Lo vas a matar.

Miro a Ramiro/Zox. Sus dientes yacen desparramados en un charco de sangre, los ojos morados, la cara hinchada.

—Tenemos que largarnos —Fons tira de mí y me arrastra de vuelta al coche.

En algún momento pierdo la cartera de Ramiro. Sus iguales me observan apenados, como si hubiera cometido la mayor de las atrocidades. Al llegar al coche los alógenos me muestran unas manos rojas, las manos de un asesino. Marc me sienta en el coche y se coloca tras el volante. No recuerdo haber dejado el motor encendido, pero salimos a toda prisa.

—¿Pero qué coño ha sido eso, Toni? —resopla como un miura—. Casi matas a ese desgraciado. Como se le ocurra querellarse tenemos las de perder.

—Era nuestro...

—No tenía ni media hostia. ¿Para qué sacas el hierro?

—No... el dinero. —No sé en qué momento he empezado a llorar—. Toda esa pasta nos pertenece y la hemos perdido.

—Olvida el dinero, ¿quieres? Nunca lo vamos a recuperar.

Conducimos en silencio un rato. La playa en invierno es un cementerio.

—Debemos hacerlo —digo por fin.

—¿El qué?

—Debemos robar la pasta.

No me escucha.

—Deje de decir tonterías, inspector.

Pero la decisión ya está tomada.

—Vamos a atracar el furgón de pruebas y a recuperar lo que nos pertenece por derecho. Lo vamos a hacer, Marc. Tú y yo. Lo vamos a hacer.

## JUEVES, 23 DE OCTUBRE

**5:35**

La Biblia lo llama «vender el alma». Curiosamente, solo se puede ofertar al Diablo. Satán cuenta con un negocio capitalista. Dios te ama, pero te lo tienes que ganar. Su contrato lo firmas desde que naces, pero siempre puedes pasarte a la competencia, que te acoge con los brazos abiertos.

El nudo en el estómago ha desaparecido. Ha dejado su lugar a un temblor de manos que tiene toda la pinta de ser duradero. Pero la angustia ya no está. Ahora es adrenalina, nervios y algo parecido a los remordimientos.

Juego con el vaso de chupito de los Organov. Los dedos se resisten a dejarlo caer pese a mi pulso de nonagenario. Observo a través del cristal y solo veo oscuridad.

No es la primera vez que vendo mi alma, pero esta vez puede ser la definitiva. En este trabajo debes moverte rápido si quieres conseguir algo. Eres un zurullo que flota en un océano de mierda, pero un excremento al fin y al cabo. Y si te descuidas, te puedes hundir. Ese es el motivo de colocar pruebas falsas, de buscar cabezas de turco a los que cargarles el marrón. Esa y no otra es la razón por la que voy a atracar un furgón cargado de dinero. Para seguir flotando en este mundo miserable. Para no hundirme como el mojón que soy.

La placa no me distingue del resto de infelices: tan solo me da permiso para llevar un arma.

Recuerdo la primera vez. «Bautismo de fuego», dicen en las películas. Fue tan sencillo que casi no le di importancia. Estaba en prácticas y requisamos una remesa de cintas piratas. Ni siquiera eran CD, sino cintas magnéticas para casete. Al llevarlas a comisaría las repartimos entre los compañeros. Se firmó un justificante de destrucción y nadie preguntó. Después el asunto se va poniendo más feo, no sabes cuándo parar y terminas vendiendo tu alma a precio de saldo.

No sé cuánto tiempo llevo sentado en el coche, sin apenas moverme. Necesito un cigarro, pero no me atrevo a que se vea la brasa brillando en mitad de la oscuridad. No estando tan cerca de convertirme en un criminal, uno de verdad, de los que matan a bebés de foca, que se meten kilómetros de rayas, que trafican con adolescentes ucranianas y se ocupan de estrenarlas.

Marc no quiere saber nada del asunto. Piensa que he perdido el juicio y está en lo cierto. Casi mato a Zox delante de toda su tribu, en su propia casa, con mi arma reglamentaria. Se merece un tiro entre las cejas, sin duda, pero hay que ser más listo.

Mañana tengo cita con Álvaro Cortés para una nueva sesión de psiquiatría. Con un poco de fortuna descubrirá que estoy loco y me recetará algo para dejar de pensar, para no preocuparme, para olvidar, dormir, soñar.

Siempre quise ser un pez grande en un enorme mar. Fui lo bastante listo para ver peces pequeños devorados por otros de mayor tamaño. Al cabo de los años he comprendido que siempre habrá un pez más grande en alguna parte, un pez que te dará por el culo y ni siquiera lo verás venir. El pez polla, ese quiero ser yo.

Ahora observo los nudillos pelados y pienso en si me la han clavado y no me he dado cuenta. La vida se divide en víctimas y verdugos, en presas y depredadores. Si no estás en un grupo, estás en el otro. Y ahora que me voy a meter en la boca del lobo me pregunto si también soy un lobo o una pobre oveja.

Dejo la pistola en la guantera y salgo del coche. Palpo el vaso de chupito mientras avanzo hacia la guarida del diablo. La chica del guardarropa me reconoce, y en lugar de pedirme la chaqueta, me devuelve la que dejé olvidada la noche pasada. La obsequio con el vaso en miniatura, pero no lo toma.

Avanzo. Los reos camino del patíbulo deben sentir algo similar. La garganta seca, la respiración entrecortada, los latidos del corazón en los oídos, la adrenalina por las nubes.

Iván e Igor Organov están donde los dejé. Es como si no se hubieran movido desde nuestro último encuentro. Incluso visten la misma ropa. Están rodeados de varios de su séquito y media docena de putas.

—*Tavarish* Ramos —dice Satanás—. ¿Qué puedo hacer por ti?

Trago saliva. Las cuarenta piezas de plata de Judas pasan por mi tráquea.

—Tenemos que hablar de negocios.

## 9:37

Pero la vida sigue.

Ahora toca disimular. Eres un policía, Antonio. No uno excelente, ni siquiera uno malo, sino del montón. Haz tu trabajo de funcionario público, de esclavo occidental, de bueno para nada. Hazlo. Y por lo que más quieras, que no sospechen de ti.

Las letras de los expedientes flotan ante mis ojos. El caso de la familia Moscardó, asesinados y torturados, no me puede importar menos. Los chicos han hecho inventario de todo lo relevante. En el ordenador del padre han encontrado archivos de pruebas médicas. Guardaba datos confidenciales de sus pacientes junto a las fotos del verano en Terra Mítica. Sin duda, Asensio Moscardó es todo un criminal de guerra.

El desgraciado de su hijo tiene todas las papeletas para dormir a la sombra una temporada. En pocos años estará rehabilitado de cara al gran público. Le habrá dado tiempo para salidas controladas, y para acabar la carrera y hasta a salir con una de esas chicas góticas y tristes que se enamoran de los asesinos en serie. A veces pienso que esta sociedad premia al criminal y prostituye al obrero.

Ahora yo voy a ser un delincuente más.

No sé nada de Marc desde la noche anterior. Probablemente esté dando



explicaciones por el agujero en la casa de Cosme Trujillo. Espero que sepa llevar el tema con discreción.

En cualquier caso, tenemos que hablar. Lo del furgón se hará. Los Organov se ocuparán de ello y nos darán un trozo del pastel. Hay suficiente para todos. Pero a cambio necesitan saber la ruta que tomará, y eso solo lo sabe el Comisario Llorente. Esa es mi mejor baza. Por eso no lo hacen ellos por su cuenta. Soy el mal necesario para los gemelos.

Abro los expedientes de los Organov. Me los sé de memoria, pero no puedo dejar de repasarlos. Asesinos, traficantes, atracadores... Han tocado todos los palos antes de asentarse en la costa levantina. No puedo confiar en ellos, necesito a alguien a mi lado. Debo convencer a Fonsi para que se una a la fiesta. Es demasiada presión para un solo hombre.

Pero los Organov tampoco aceptarán a Marc. Sigue faltando un eslabón. Necesito a alguien que se mueva en sus mismos círculos, que piense como ellos pero que sea más listo y, sobre todo, que tenga alguna utilidad para los rusos. De lo contrario, se negarán. O lo que es peor: lo despacharán.

Y la persona que tengo en mente desea mi muerte desde hace tiempo.

El pánico aparece. Es una misión suicida destinada al fracaso. Solo por haberles hablado a Iván e Igor del furgón de pruebas cargado de billetes, ya es suficiente para que me encierren de por vida. Rezo porque la vigilancia del Martínez no tuviera micros aunque, por lo que cuenta el muy bocazas, es bastante improbable.

Pero el terror está ahí, la sensación palpable de que todo lo que pueda fallar, fallará. Ahora todo el plan parece endeble. Miedo escénico. Debo pensar en otra cosa para no volverme loco.

Llamo a Marc. Sé que no debería usar el teléfono estos días, pero aun así no puedo evitarlo. Varios tonos y salta el contestador.

Me arrastro hasta la máquina de café. La comisaría está tranquila, tal vez demasiado para ser jueves. Algunos compañeros trasladan a una horda de congoleños vestidos con camisetas Nike camino del juzgado. Les han quitado los cordones de las zapatillas y hasta el hueso de la cabeza. Me pregunto si vienen a España esperando cazar cebras con sus lanzas de caña y piedra.

Uno de los mejores chistes que he oído es el del tío que selecciona un *capuccino* en una máquina de café. La gracia radica en que todos los brebajes que expende el dichoso cacharro saben a meados de iguana. La elección es ficticia, pero aun así el dedo se dirige y pulsa el botón. Al final será cierto que los policías somos más sádicos que masoquistas.

Y es cuando el líquido hirviente me toca los labios que mi mano se cuela en el bolsillo del pantalón y encuentra un vaso de chupito que pesa como una losa. Lo que era un suave olor a café se convierte en lejía y aguarrás, en vísceras, en aliento de momia, en pedo de cadáver, en felación de Cosme Trujillo vivo o muerto, da igual, porque la arcada viene sin avisar.

Aguanto lo suficiente para alcanzar el servicio más próximo. El contenido de mi estómago es vodka y bilis, el típico desayuno siberiano. Levanto el hocico y me miro al espejo. Francis Portela está custodiando a un chino que orina sujetándose una minúscula polla. Tiene los pelos púbicos más largos que el propio cipote. Me pregunto cómo no se han extinguido todavía. Me dan ganas de sacármela y enseñarle por qué soy tan chulo.

—¿Un mal día, Ramos?

—Y que lo digas.

—He oído que le diste una buena tunda al Profeta. —Señala hacia mis nudillos pelados—. El pobre cabrón aún piensa que le atropelló un tranvía.

—No podel... yo no podel si tu milal... —interrumpe el chino.

—Te jodes coño, que esto no es un hotel —recrimina Portela—. Gracias tienes que dar que no me dejen sacarte los meados a patadas.

—¿Qué ha hecho este?

—Lo de siempre. Trampas a las tragaperras. Cuando llegamos, el dueño estaba a punto de abrirlo en canal con el cuchillo de cortar jamón. ¿A que sí, Bruce Lee?

—No hablal, pol favol...

—Pero el puro gordo se lo va a llevar por no identificarse. Estos se creen que no los distinguimos y se pasan los papeles de unos a otros. Y puede ser que nos cuelen alguno pero ¿a quién se le ocurre usar la documentación de una mujer?

—Viendo el nabo que tiene, estoy por creérmelo.

—¿Eso es lo que eres? —Francis le da una colleja—. ¿Un transexual tailandés?

—Nacel en Sigapul.

—Tu puta madre me vas a decir tú dónde has nacido —le mete dos empujones y Fumanchú se guarda el rabo a toda velocidad—. Tira a tomar por culo, que ni meas ni dejas mear. Por cierto... —Se gira hacia mí—. Buen equilibrio.

El vaso de café sigue en mi mano. No he derramado ni una gota. Sin embargo, el asco continúa. Aboco el vaso contra el WC y el *capuccino* de máquina se mezcla con lo que debería ser orina de chino.

Miro lo que tiene que ofrecirme el espejo. Hoy no he pasado por casa, no he tenido mi momento de intimidad en el baño. La cuadra no es el mejor lugar para relajarse, con ruidos, gritos y golpes constantes. Pero lo sabe. El tipo del cristal sabe lo que tengo que hacer.

Tengo que conseguir la ayuda de Marc. Debo lograr tener ojos y manos en el corazón de los Organov con un secuaz de su calaña. Y por encima de todo, necesito obtener la ruta del furgón de pruebas.

En eso se resume mi pesadilla.

De vuelta a la mesa el teléfono grita. Descuelgo. Es Pilar Hurtado.

—¿Dónde coño estabas? —pregunta.

—¿Acaso quieres venir?

—Llevo intentando localizarte media mañana.

—Te doy mi móvil, si prometes hacerme llamadas obscenas a altas horas de la madrugada.

Disfruto de su indignación a través de la línea.

—Voy de camino al hospital. —Cambia de tema—. Le han bajado los sedantes a la asistenta para que podamos interrogarla.

—Me apunto a la fiesta. —Necesito que me dé el aire—. Tardaré quince minutos.

—Allí nos vemos. —Y añade—: Pero esta vez deja que hable yo.

—Vamos, Pili, ya sabes que tengo buena mano con las mujeres. En concreto, buen dedo corazón...

—La decisión ya estaba tomada. Y puede que seas tan bueno con tus falanges de tanto metértelas por el culo.

Y cuelga.

Sonrío. Por fin entra al trapo con mis comentarios sexuales. Antes de que termine la semana bailaremos en horizontal.

## 11:02

—Llegas tarde.

—Me gusta hacerme esperar. ¿Ni siquiera me das dos besos?

—La doctora De la Torre vendrá en un rato. —Hurtado saca su libreta y repasa sus notas—. Ella no ha tenido tanta paciencia como yo.

—Por eso eres especial, Pili.

En la puerta 426 hay un compañero de punta en blanco. La misma enfermera del otro día pasa por el pasillo moviendo el culo. Pese al uniforme demasiado ancho para su talla, se intuyen las curvas de una bailarina de burdel, de una sirena de agua carbonatada, de una musa de piloto de *rally*. Melena tostada más larga por el hombro derecho, uñas de porcelana, mirada tranquila de pupilas inquietas. Camina despacio, como si le costase por no llevar tacones, yendo de arriba abajo por el pasillo sin nada entre manos como una modelo de pasarela de hospital. Imagino cosas malas, fantasías de adolescente mezcladas con el sexo aburrido del hombre adulto, con prisas, sin cariño, solo la necesidad básica de descontrolarse en el armario de la limpieza, en la sala de espera, en el cambiador de las chicas y hasta en la cama del tipo en coma. Sin embargo, el custodio de la puerta ni la mira. Pienso que es gay y mis fantasías toman cierto toque homosexual, con dedos en el ano, tal y como había pronosticado Pilar por teléfono. Regreso a la realidad con la erección disipándose entre lo que nunca fue y lo que no quiero que sea jamás.

De la Torre, la misma doctora que se ocupa del chaval Julián Moscardó, termina de romper el encanto del asunto cuando dobla una esquina y nos recibe con gesto de disgusto.

—Buenos días —saluda—. La paciente no está para hablar demasiado. Le hemos

bajado los calmantes, pero aun así tiene unos dolores insufribles. Le han seccionado los nervios ópticos y los tendones de Aquiles. Su vida futura no se diferenciará demasiado de lo que es ahora. Necesitará medicación fuerte y somníferos para poder dormir. A esta pobre la han jodido, pero bien.

Me sorprende ese último comentario profesional, aunque supongo que se trata más bien de su opinión.

Tras la puerta la veo. Teodora Atienzar. Cuando nos conocimos no sabía su nombre. Estaba todo lleno de sangre. Actué por instinto. La abracé. Le susurré palabras que no recuerdo, probablemente mentiras a medias y verdades truncadas. Ahora, en el reencuentro, tengo la sensación de que aún podía haber hecho más.

Una gasa le cubre los ojos, privándola de expresión. Se sobresalta al oír el ruido de las bisagras y sus dedos se agarrotan sobre las sábanas, encrespados, tensos, tratando de asirse a una seguridad que ha perdido y que ni con toda la terapia del mundo recuperará.

—Señora Atienzar. —La voz nítida de De la Torre, más que hablar, recita—. La policía está aquí. Quieren hacerle unas preguntas.

—Buenos días —saluda Pilar colocándose a un lado—. Somos los inspectores Hurtado y Ramos, señora Atienzar.

—Hola —digo.

Como si de un resorte se tratase, sus manos van directas a las mías y me agarran. Aprieta fuerte, pero firme, sin llegar a hacerme daño con las uñas. Su cabeza se dirige hacia mí pese a no poder ver.

—Yo le conozco... —musita—. Usted... usted...

—Lo sé —contesto.

—Pero...

—Lo sé.

Su cara se congestiona. Me pregunto si aún puede llorar pese a la carnicería que sufrieron sus globos oculares.

—Pensé que estaba muerta y me hablaba un ángel. Pero el dolor estaba allí, y usted olía a tabaco... y supe que todo era real, que seguía viva.

De la Torre me tira del brazo y me hace gestos para que la calme.

—Tranquilícese, Teodora. ¿Se llama así?

—Sí, señor.

—De acuerdo. Estamos aquí para hablar, ¿de acuerdo?

—Sí, señor.

—Y puede dejar de llamarme «señor».

—Es la costumbre, lo siento.

—No pasa nada. Mire —y me arrepiento al instante de haber usado ese termino—, mi compañera le va a hacer unas preguntas, ¿vale? Queremos saber quién le ha hecho esto.

—¿Cómo está el niño? —Me agita la mano.

—Bien, no se preocupe y relájese —interrumpe Pilar, armada con su bloc—. Necesitamos concretar unos datos, ¿le parece?

—Yo... —balbucea—. Todo es muy confuso. No recuerdo nada, lo siento.

—Hace un segundo sí se acordaba de que mi compañero apestaba a tabaco. Incluso le reconoció por la voz.

—Eso es distinto.

—Vamos, Teodora. —Me siento a su lado, hundiendo el colchón bajo mi peso—. Si se esfuerza seguro que podrá ayudarnos.

Respira hondo. Su mano tiembla. Tarda varios segundos en contestar.

—No lo sé. Alguien me atacó y no recuerdo más. Luego me desperté y oí su voz.

—Deje que yo la guíe, Teodora —se desmarca Hurtado—. Quiero que me narre lo que ocurrió la mañana del martes día veintiuno.

—Eso fue hace dos días —la informo.

—Yo...

—Piense primero lo que hizo el lunes por la noche —prosigue mi compañera—. Así será más fácil.

—Si no hice nada...

—Por favor.

—Pues terminé de poner la secadora y me acosté. Por la mañana estaba recogiendo la ropa y alguien me atacó.

—¿A qué hora fue eso?

—No lo sé. —Se muerde el labio—. A las nueve.

—¿Está segura?

—No, señora.

—¿En qué habitación se encontraba?

—Yo... estaba en el pasillo. Sentí un golpe en la cabeza y me desperté en el salón. Todo me dolía.

—¿La trasladaron?

—Sí, señora.

—¿Cómo está tan segura? Es decir, despertó en *shock*, herida y ciega. ¿Cómo es posible que supiera que estaba en otra estancia?

La muy zorra es buena. No se le escapa una.

—No sé por qué lo sé, pero lo sé.

—Eso no me sirve.

—Hay cosas que se saben. —Me suelta la mano de un respingo—. Por la alfombra.

—¿Cómo dice?

—La alfombra. La limpio todos los días. Sé cómo es. Recuerdo su tacto al despertar.

—¿Vio a su atacante?

—No, señora. Lo único que recuerdo fue el golpe y despertar abrazada a su

compañero.

Le paso la mano por el cabello, como quien acaricia a un gato. Me siento raro haciendo el papel de poli bueno, pero no me queda otra.

—¿Sospecha de alguien? —prosigue Hurtado.

Mueve la cabeza de forma involuntaria, como intentando apartarse de una mirada inquisidora que no puede ver.

—No. Nadie quería hacerles daño. Eran muy buenas personas.

—¿Cómo sabe que la familia ha muerto? —pregunto.

Se agita nerviosa. De la Torre niega con la cabeza.

—Yo...

—Nosotros no le hemos dicho nada —prosigue Pilar—. Nadie ha hablado con usted desde que está en esta habitación.

—Al entrar nos ha preguntado por el crío, no por los padres. Ya sabía que estaban muertos.

—¡No! ¿Por qué dicen eso?

—¿Los vio morir? —Pili.

—Cuéntenos lo que sabe, Teodora.

—Yo no...

—¿Los mató usted, señora Atienzar? —Poli mala, malísima.

—Usted es buena, Teodora. Pero sabe quién lo hizo.

—Fue el crío, ¿verdad? —Hurtado pone las cartas sobre la mesa—. El hijo mató a sus padres y la atacó después.

—Por favor... —musita—. Él no...

—¿Fue Julián? —La cojo de la mano de nuevo—. Vamos, Teodora...

De la Torre prepara un calmante intravenoso, pero le ordenamos que espere unos segundos.

—No le debe nada a ese malnacido. —Aprieta mi compañera—. Mire lo que le ha hecho. La he dejado ciega e inválida.

—No tenga miedo —digo con mi mejor voz de lameculos—. Nosotros la protegeremos. Jamás se volverá a acercar a usted.

—Por favor, señora Atienzar.

—Confíe en nosotros, Teodora. Julián jamás saldrá de la cárcel.

Y entonces sus uñas se clavan en mi piel. Aguanto sin moverme.

—¡Oh, Dios! —grita—. ¡Jesucristo!

—Tranquilícese —susurro.

—Ya basta —interrumpe la doctora De la Torre—. Le voy a poner los calmantes.

La agarro del brazo justo cuando va a introducir la hipodérmica en el gotero.

—¡Cristo! —prosigue Teodora—. ¡Cristo bendito!

Juraría que está llorando.

—Está bien. —Acaricio el reverso de su mano—. Ese cabrón no saldrá de esta.

—¡No! ¡Oh, Virgen Santa! ¡Fui yo! ¡Yo los maté!

En algún lugar del mundo, un castillo de naipes se cae justo cuando se coloca la última pieza.

—¿Puede repetirlo? —dice Pilar, con un tono neutro.

—¡Yo los maté! ¡Los acuchillé! ¡A los dos!

—¿Y quién le ha hecho eso?

—Yo. Yo lo hice todo.

—Y una mierda. —Me levanto de la cama—. ¿Pretende que nos creamos esa basura?

—Yo los maté —se reafirma.

Acerco mi cabeza a la suya. Le aparto el pelo. Le susurro al oído.

—¿Por qué haces esto? ¿Por qué proteges a ese desgraciado?

—Yo los maté...

—Mira lo que te ha hecho, Teodora. No es lógico. Vamos, dime por qué te inculpas.

Se gira muy despacio, completamente repuesta, sin rastro de nerviosismo en su rostro.

—Quiero hablar con el juez —sentencia.

Miro a Pilar. Se encoge de hombros. De la Torre le enchufa el calmante.

A mí se me hinchan los cojones.

Salgo a toda velocidad. Atropello a una enfermera que ya no quiero tirarme. Ahora es el momento de las respuestas, de la venganza.

Alcanzo la planta en cuestión de segundos. No tengo sensación de haber venido corriendo, pero resuello del esfuerzo. El compañero de la puerta me hace un saludo militar, el muy gilipollas, y me deja pasar.

Julián Moscardó está comiendo de una bandeja. Comida de hospital que devora con fruición. Al hijo de puta aún le queda apetito.

—¿Qué coño le has dicho? —pregunto.

—¿Y a mí que me cuentas, tío?

Mando a la mierda la bandeja. La comida se desparrama por la pared.

—No soy tu tío —le digo, encarándome a él—. Y me tocan los cojones los listillos.

—Vale, calma.

—Mataste a tus padres, pequeño desgraciado. Los dos lo sabemos.

Sonríe. El muy bastardo sonríe.

—¿Eso te ha dicho ella? —Hace una pausa para mirarme a los ojos—. Esa vieja no me vendería en la vida. ¿Qué os ha dicho? ¿Que se los cargó ella?

—Niñato de mierda.

—¿Sabes qué? Quiero cambiar mi declaración. Ahora acaba de venirme el recuerdo nítido de la asistenta cargándose a mis padres.

Levanto el puño. Tenso el brazo. En la vida he tenido tantas ganas de golpear a nadie. El crío mira mis nudillos pelados. Descargo el directo contra la almohada y

salgo de la habitación. Julián Moscardó grita de fondo.

—¡Te denunciaré, madero! ¡Y pide que me traigan la comida otra vez!

Avanzo por los pasillos hasta encontrar la salida. Enciendo un cigarro y fumo con rabia.

Odio este trabajo. Odio a los cabrones como Julián Moscardó. Vivimos en un sistema que deja libres a los culpables y encierra a los débiles. Un tiro a tiempo, maldita sea. Algunos se lo merecen.

Pienso en volver a hablar con Pilar. Ahora debo centrarme en el asalto al furgón de pruebas y en aparentar ser un poli respetable. Cuando tenga pasta dejaré atrás toda esta mierda. Unos años de excedencia y una jubilación anticipada. Ese es el paraíso.

Suena el móvil. Es de la central.

—Ramos.

—Tienes que venir rápido —dice la voz del Inspector Jefe Miñarro.

—Ahora no puedo.

—No lo entiendes. Ha aparecido un cuerpo.

—Aparecen a diario.

—Esta vez es distinto. —Y por su voz sé que es verdad—. Es Carmencita, la del bar de enfrente de la comisaría. La han violado y estrangulado. En nuestras propias narices, Antonio. En nuestras propias narices.

## 12:23

Hay algo distinto en la imagen de siempre. La chica tirada en el suelo como un montón de cristales quebrados. Sangre en el pelo, las uñas rotas, la cara amoratada. Solo que esta vez el rostro es el de Carmencita. Sus piernas no volverán a navegar por el bar. Ahora es un fotógrafo de la científica quien la retrata con las medias desgarradas. Las pupilas fijas en el infinito, el maquillaje corrido, los labios hinchados. *Gritabas, ¿verdad? Buscabas una salvación que no creías posible.* Un pecho de fuera, implantes de silicona, vergüenza póstuma de sus secretos revelados.

—Tapadla, joder.

—No podemos, Antonio —contesta Miñarro sin trabarse—. Ya lo sabes.

Carmencita con el pubis rasurado. Sangre entre las nalgas.

—No me jodas, Miñarro. Ahora no.

Pienso en Marc y sé que no es buena idea. No pienses en él o te volverás loco. Pero el cabrón se mete en mi cabeza, tenemos un diálogo, lo rechazo pero regresa, y seguimos la charla y aunque es imaginaria pronto se convertirá en realidad.

Estoy aterrado.

La chica del expediente, un número, una cifra. Carmencita, sin apellidos, con pasado canario, de morbo exultante. Alguien pensó lo mismo y supo que su cuerpo solo sería para él. Su último polvo convertido en pesadilla. Para mí y para nadie más,



cabrón.

—Avisaron hace una hora —explica el Inspector Jefe—. Unos chavales estaban haciendo *footing* cuando la encontraron tirada donde ves.

La playa ruge, mis zapatos se hunden en la arena. No puedo dejar de fumar. Carmencita, joder. Carmencita...

—Su coche está en la avenida. Aún tenía las llaves puestas y las luces encendidas. Ni rastro del teléfono. Nuestro amigo ha cometido muchos errores. Esta vez le pillaremos. Ahora es personal.

—Deja de decir eso.

—¿El qué?

—Que es personal.

La ropa interior de encaje, quién lo hubiera dicho. Un tatuaje en la pelvis. Una mariposa, tal vez un ángel. La chica de vidrio fracturado, una pulsera de rosario con una cruz al final, varios anillos incrustados en sus dedos inertes.

—Intentamos localizar al novio. Siempre es el novio.

—Esta vez no.

—¿Cómo lo sabes?

—No es la primera violación. En mi mesa tengo tres expedientes similares. El último con víctima mortal. Se cargó a una pobre ecuatoriana.

Muñeca rota, princesa de deshechos. Una vida, plena, con proyectos, juventud, ilusiones, truncada, muerta, ajada. ¿Cuántas veces te miraste en el espejo sabiendo que habías nacido para comerte el mundo? ¿Cuánto tiempo perdido aguantando a borrachos de uniforme? ¿Cuántas horas en la peluquería, en el centro comercial, eligiendo el mejor perfume, la falda más *sexy*, los pantalones más ceñidos? ¿Ponías la tele hasta que te quedabas dormida o acaso preferías leer una revista? Rutinas, pequeños detalles que juntos conformaban el crisol de tu existencia, Carmencita, un mosaico de instantes, suspiros que se frenaron en seco, que se detuvieron para siempre en una Polaroid color sepia.

—El hijo de puta traspasó la línea. ¿Por qué matar ahora?

—Puede que la chica gritase mucho y quisiera acallarla. Se pasó de fuerza. La estranguló. Eso le excitaría más. No llega a eyacular. El tío es un enfermo.

—En e-eso te equivocas. —El nerviosismo regresa a su voz—. Esta vez hay semen.

Miñarro lee un puñado de papeles arrugados. Al muy imbécil le gusta hablar. En comisaría solo abre la boca para lamerle el culo al comisario Llorente y ahora está desatado. Me cuenta que hay restos de leche en la vagina, que compartía piso con unos estudiantes, que el exnovio se va a comer el paquete entero. Y mis teorías psicológicas están desfasadas. Anoto en el móvil: preguntar al doctor Cortés.

—Gracias por esperarme, compañero —saluda Pilar.

—¿Cuándo has llegado?

—Ahora mismo, ¿es que no lo ves?

—Así andas un poco y adelgazas ese culo enorme.

—Inspectores, por favor —tercia Miñarro.

—Tranquilo, tenía mi propio coche. Pero algo de comunicación no viene mal, ¿sabes?

Hurtado salta la cinta de la científica y husmea por la arena. Se mueve como una gata, casi sin tocar la arena con sus bailarinas. Parece que lo tiene todo controlado, que sabe si se le va a caer un pelo en la escena del crimen, que sus pies no dejan huellas en el suelo, que su piel no se va a descamar. Se agacha y recoge una colilla semienterrada. Pide una bolsa y la guarda en su bolsillo.

—Esto no tiene prioridad, ya lo sabes Antonio —sigue Miñarro, calmado, sin tartamudear—. Los políticos presionan para finiquitar las muertes de General Polavieja.

—¿Pero...?

—Pero voy a poner a todos los grupos trabajando a la vez en esto. Un error tipográfico sin importancia del que no me daré cuenta. Esto es más importante que un viejo enterrado entre montañas de basura.

El pobre de Miñarro también estaba enamorado de Carmencita. Como Marc. Como yo. Como todos.

Un coche aparece cortando el aire y se detiene junto a las otras patrullas. Entre dos ambulancias surge Fonsi corriendo a toda prisa. Casi todos pensamos que lo mejor es tranquilizarle, pero nadie sabe cómo, ni están tan locos para intentarlo.

Y como sucedía cuando aún estaba viva, Carmencita consigue apaciguar a la bestia.

Al llegar a su altura aminora el paso. Niega con la cabeza, gesticula con los brazos, grita algo que no entiendo, y por fin se detiene a mi diestra. Miñarro abre la boca para decir algo, pero en un ataque de cordura la cierra sin emitir sonido. Marc se sienta sobre la arena, los brazos alrededor de las rodillas. Dos lágrimas caen al unísono de sus ojos, goteando por las pestañas, como si se hubieran puesto de acuerdo para emerger de sus cristalinos.

—Joder... —musita—. Joder...

Enciendo un cigarro con la colilla del anterior y se lo paso a Fonsi. Lo agarra con pulso trémulo. Está pálido, la cara congestionada.

—Antonio...

—Lo encontraremos, compañero.

—Que la tapen de una puta vez, hostia...

—Vamos. —Le pongo la mano en el hombro—. Estar aquí no te hace ningún bien.

—No —contesta, y sigue mirando—. Necesito verlo.

Transcurren los minutos. Pilar encuentra pistas invisibles para el ojo humano, y los de la Científica llenan un par de tarros con la arena. Un regional pasa por la vía cercana y todos sus ocupantes miran en nuestra dirección. Marc se balancea, se

restriega las lágrimas con el dorso de la manga y reacciona.

—Está bien. Vamos a otra parte.

Cuando nos alejamos fumando por la playa, Carmencita aún sigue con un pecho al aire.

—No te voy a preguntar cómo estás —digo.

—Esto es peor que... Dios, no puede haber nada peor.

—Le vamos a arrancar los cojones a ese tío. Lo sabes, ¿verdad?

—Da igual, Antonio. Está muerta. Se ha cargado a Carmen.

—Miñarro dice que fue el novio.

—Ese no sabría ni encontrarse el culo. —Lo dice tan serio que no es una broma —. Todo es culpa mía, joder.

—No digas eso. No pudiste hacer nada.

—Tuvo que suceder sobre las cuatro y media de la mañana.

Me detengo en seco. Una teoría imposible surge en mi mente.

—¿Cómo sabes eso?

Marc me observa. Es un hombre derrumbado. Las ruinas de un imponente torreón, ahora agrietado y frágil.

—Teníamos una aventura, Antonio —dice mientras exhala el humo a la brisa marina—. Aunque ahora da igual...

—No da igual.

—¿De qué hablas?

—Estamos jodidos.

—¿Estamos?

—Tú estás jodido.

—¿A qué te refieres?

—Han encontrado semen. Si se confirma que es tuyo, eso te convierte en el principal sospechoso.

### **13:10**

Hemos pedido de comer, pero los platos se enfrían sobre la mesa. Ninguno de los dos va a probar bocado.

—Empezó como un tonto —explica Fonsi—. Tú estabas presente. Ella me tiraba los trastos y yo la dejaba. La verdad, no sé ni cómo sucedió. Simplemente, un día la encontré volviendo a su casa y me ofrecí a acercarla. Resultó que estaba esperando a que saliera de la comisaría, ¿sabes? Las mujeres como Carmen son de armas tomar. La muy manipuladora tenía el coche en el aparcamiento de Alfonso el Sabio.

—Sigue.

—En su portal pasó lo que tenía que pasar. Nos besamos a muerte, Antonio. Y besaba muy bien. No es que haya tenido muchas oportunidades, pero te puedo

asegurar que las canarias besan mejor que cualquier zorra de los Ultra Sur, por muy chungas que se crean.

—¿Nada más?

—Ella no quería que nadie se enterase. Ni sus compañeras de piso, ni ese imbécil que tenía de novio. El pobre diablo tiene cáncer, ¿sabes? Uno de esos que se pueden operar, pero no le parecía correcto dejarlo en ese momento. Ahora será él quien la llore al pie del ataúd, mientras que yo me conformaré con leer la esquila en el periódico.

—Imagino que sus padres se llevarán el cuerpo a la isla. Ese tipo no tendrá más privilegios que tú.

—Eso espero.

Al fondo del bar veo entrar a un vendedor de lotería. Un tipo paga con un billete de cincuenta y no le devuelve el cambio. El cliente se enfada, y el ciego asegura que le quiere timar, que le ha dado veinte, que él no es tonto. Varios parroquianos se ponen de parte del invidente y el pobre idiota se queda con cara de tonto. Cuando el ciego desaparece por la puerta se percata de que su boleto es de la semana anterior y sale corriendo a buscarlo ante las quejas del camarero que le pide que abone la consumición.

—Las noches siguientes subimos las apuestas —prosigue Fonsi—. Hace unos días lo hicimos por primera vez. Ella continuaba con sus manías de discreción. Ni siquiera sus compañeras de piso sabían lo nuestro. Decía que tenía una reputación, y era verdad. Los hombres siempre la miraban como a un objeto, y ella respondía siendo la chica más inalcanzable y picante del planeta. Pero en la intimidad era todo mimos, inseguridades. No sabría describírtelo, Antonio, pero cuando cobijaba su cabeza entre mis brazos era como un pájaro en su nido, tan expuesta a mí, a mis caricias...

Se viene abajo. Si pido un *whisky* se puede poner peor. Lo último que necesito ahora es que se le nuble la mente.

—¿Fue la madrugada del lunes al martes? —pregunto.

—¿El qué?

—El día que le partiste la mandíbula al meón. Estabas más alegre. Te dije si habías follado. ¿Fue la primera vez?

Asiente.

—Se nota que eres inspector por instinto, cabronazo. —Media sonrisa después, dice—. ¿Cómo te diste cuenta?

—Eso da igual. Ahora quiero que tengas la cabeza despejada, ¿vale? Tienes que contarme lo que hiciste anoche. Con detalles, Marc. Cuéntamelo todo.

Se recuesta en la silla. Mira al techo. Le imito. La mitad de las placas de escayolas están ennegrecidas, y en otras solo queda el hueco que permite ver cables, como si de un tablero de ajedrez enfermizo se tratase donde puedes perder a la reina por un agujero.

—Después de nuestra amigable visita a Zox, la llamé a toda prisa —prosigue—. Nunca apagaba el móvil. Decía que era por si pasaba algo, y al final la tragedia le vino a ella.

—Céntrate.

—Tienes razón. —Apoya los codos sobre la mesa y esta se inclina bajo su peso—. Estaba muy nervioso, Antonio, debes comprenderlo. Tú estabas ido, diciendo todas esas tonterías de asaltar el furgón de pruebas. Acabábamos de reventar la casa de Cosme Trujillo, y poco más y le descerrajas un tiro a Zox. No estaba bien, y necesitaba de sus abrazos, de oír su voz. Joder, en mal momento lo hice...

—Nada de esto ha sido culpa tuya, ¿de acuerdo? Vamos, concéntrate: ¿a qué hora hablaste con ella?

En lugar de responder consulta el listado de su teléfono.

—A las doce en punto. Tras dejarte en casa, aparqué y la llamé. Me dijo que era tarde, pero que si quería podíamos vernos. No le conté nada de lo que hicimos, puedes estar tranquilo, aunque a estas alturas ya da igual. —Hace una pausa—. Bueno, le dije que le partí la cara al Zorro, pero no me creyó.

—No importa. Sigue.

—Quedamos en mi casa. Cuando llegué estaba fumando en el portal, sobre el capó de su coche. Ni siquiera hablamos. Nuestras lenguas se juntaron y de ahí a lo demás. No llegamos a tocar la cama. Terminamos en el sofá, joder, como dos quinceañeros.

—¿A qué hora sucedió?

—Una media hora después de llamarla, más o menos.

—Y no te pusiste globo.

—Ya te lo he dicho, Antonio. —Su voz suena a resignación—. Como dos adolescentes. Con prisas, como si fuera la última vez...

Y fue la última vez, pero no lo dice. Se queda embobado mirando las palmas de sus manos, esas mismas que han roto cráneos y hundido tabiques nasales, convertidas en armas de amar por influjo de una mujer.

—¿Qué ocurrió después?

—Estuvimos charlando. Ella ya sabía que este trabajo era duro, y me acariciaba el pelo según le contaba toda la mierda de este mundo. No me pedía que pasase por alto los detalles escabrosos. Los aguantaba. Le hablé del caso de Cosme Trujillo, de todo ese dineral. Me contestó que el dinero solo me podía hacer más desgraciado, que con un beso y una caricia bastaba para tener la felicidad. Qué razón tenía la cabrona...

—¿En qué momento dejó tu casa?

Las manos a la cabeza. Luego de nuevo a la mesa.

—Debería haberla acompañado, pero...

—No me jodas ahora, Fonsi. Ya sabes cómo van estas cosas. Ha sucedido así, y así se va a quedar. No es culpa de nadie. Necesito que te centres. Tenemos que resolver esto a espaldas del Cuerpo. Vamos, ¿a qué hora se marchó?

Mi compañero es un hombre apagado, un vidrio translúcido, con fisuras por donde se filtra la desesperación y la culpa.

—Creo que llegué a proponérselo, ¿sabes? Acompañarla a casa. Contestó que no, que había venido en el coche y yo tendría que seguirla con el mío, que era una tontería. Le dije que se quedara a dormir, pero tampoco quiso. Sus compañeras de piso estaban recelosas desde hace un tiempo, y no era cuestión de jugar con fuego. Esas fueron sus palabras, jugar con fuego. Así que se vistió y se marchó. Y yo me dormí al segundo. Antes de cerrar los ojos vi que eran las cuatro y media.

Y ella bajó al coche y se encontró con la muerte. El asesino la llevó hasta la playa en su propio vehículo, y allí la violó y la mató.

—Esto es lo que hay —digo—. Debemos hacernos con su móvil, que no salga a la luz que te llamó a ti por última vez. Deja que me encargue yo.

—Vale. Me tenía como Marcos.

—Deshazte de todo lo que pueda relacionarte con ella. Si se dejó ropa en tu casa, cosméticos, fotos. Lo que sea. No llevabais tanto tiempo juntos, debería de ser sencillo.

—Eso lo dirás tú.

—Las compañeras de piso son un problema. Habrá que orientar su declaración. Probablemente ya sea tarde y le hayan dicho a todo Dios que alguien la telefoneó a las doce y no regresó en toda la noche. Dirán que sospechaban que se veía con alguien.

—Joder.

—No es fácil, pero debemos fabricar a un culpable.

—¿Cómo? Esto no es un yonqui muerto. Joder, Carmen tiene mi ADN entre las piernas. Si al tío que detenemos le hacen una prueba, se darán cuenta del engaño. Estoy jodido, Antonio. Lo mejor sería decir la verdad.

—Bueno, como te he dicho, no es fácil, pero no nos vamos a quedar de brazos cruzados. Habrá que deshacerse de pruebas, manipular atestados y vete a saber qué más. Esto nos va a llevar más de dos tardes.

—Y mientras tanto, ese hijo de puta seguirá suelto.

—Le encontraremos. De eso que no te quepa la menor duda. Y cuando lo hagamos, no pisará la cárcel. Le encerraremos en un almacén. Nos lo tomaremos con calma. Que suplique. Pagará por Carmencita, pero no en prisión. Y cuando no pueda sufrir más, le partiremos el cuello a la altura de la primera vértebra, sin matarlo. Que se quede inválido desde la nariz para abajo, y después le sacaré los ojos con mis propios dedos. Que ni siquiera pueda masticar, ni comunicarse, ni ver. Ese será su infierno, por mis cojones que lo será.

Mis palabras le calman. La televisión da el avance informativo: crispación y altercados en el pleno; GRUMM Internacional adquiere el 51% de acciones de un banco, el tenista de moda se rompe la rodilla. Ni rastro del asesinato de la Carmencita de momento. Los ojos de Fonsi vuelven a tomar el tinte duro de siempre, la mirada de

neonazi que le acompaña desde la mili.

—No, Antonio —responde—. Le mataré. Le mataré con mis propias manos. Pero antes haré que un perro lo viole. Cuando lo hallen, se preguntarán cómo llegó su polla dentro de su culo.

—Como prefieras, compañero. Es tu venganza. Y ese tío es hombre muerto.

Suena el móvil. Miñarro:

—¿Dónde estáis? ¿Cómo está Marc?

—¿Qué ocurre?

—El asesinato de la chica es un circo. Al ser al aire libre esto se ha llenado de curiosos. El comisario Llorente viene para acá con el alcalde. Al final parece que va a convertirse en un asunto de primera urgencia por el bien del turismo. Me encanta esta puta ciudad.

Llorente de camino a la escena del crimen. Todo Cristo dirigiendo su atención hacia el asesinato de Carmencita. La coartada perfecta.

—Llegaremos enseguida. —Y cuelgo.

El ciego de antes regresa al local. Se quita las gafas de sol y se toma unas cañas con el resto de clientes tras repartir el billete de cincuenta euros con sus compinches. No está mal por dos minutos de trabajo.

—¿Adónde vamos? —pregunta Fonsi.

—Tú, a la costa. Yo, a comisaría.

—¿Qué ocurre?

—Llorente va de camino a la playa. —Le miro a los ojos—. Necesito que me cubras.

—Joder, Antonio. ¿Qué vas a hacer?

—Debo hacerme con la ruta del furgón de pruebas.

—Mierda... Lo sabía...

—Dependo de ti en esto, compañero. No puedo hacerlo solo y lo sabes. He hablado con los rusos y ellos se ocuparán de dar el palo, pero...

—¿Los rusos? ¿Estás loco? Esos tíos te la van a jugar, Toni.

—Por eso necesito tenerte cerca. —Y aunque no quiero decirlo, añadido—. Me lo debes.

La comida parece de plástico sobre la mesa. El salero está pegajoso. La partida de ajedrez se aboca hacia un abismo sin fondo.

—¿Cuento contigo?

Levanta la cabeza. Tiene las pupilas afiladas.

—No lo sé, Antonio —contesta—. No lo sé. Esa es la mejor respuesta que puedo darte ahora mismo.

Esperaba encontrarme con un cementerio, un crisol de rostros petrificados en sus fichas policiales, almas distantes obsesionadas con el crimen de la camarera. Y pese a todo, el mundo todavía gira, y la burocracia se zampa lo que debería ser y lo transforma en lo que es. Los de tráfico siguen con sus rutinas, los de DNI se pelean con extranjeros indocumentados, hay quien chatea desde el ordenador y hasta novatos que se entrempan cuando ven a una prostituta.

La muerte de Carmencita no ha cambiado nada. El que haya dejado su hueco poco importa entre estas paredes que apestan a sudor y frustración.

Y eso me aterra.

Camino por los pasillos. Disimula, Antonio. Nadie sabe nada, solo vas para tu mesa, no parezcas gilipollas. Pero tengo esa sensación, como de que alguien me esta observando, y no es agradable. Adrenalina disimulada, nerviosismo contenido. Soy el niño de quince años acomplejado por el acné que no se atreve a acercarse ni a la gorda de la discoteca, la respiración agitada del ladrón de supermercado, el culo apretado del recluso en las duchas.

El Martínez con los codos apoyados sobre la mesa chupando un sello. Abandona tan ardua tarea y me mira con aburrimiento.

—¿Te sabes la última del coche de bomberos? Lo han vuelto a sacar de paseo, macho. No tengo ni idea de dónde lo esconden para que no lo veamos, pero esos chorizos están haciendo el agosto en pleno octubre.

—Se lo habrán metido en el culo, Martínez.

Me observa, perplejo, y por fin se ríe. Murmura algo y continúo mi camino.

Al sentarme tras la mesa me doy cuenta de lo nervioso que estoy. Las piernas no pueden quedarse quietas, las manos arrugan un folio. Un ladrón a cada lado y el Martínez enfrente. Enciendo el ordenador con la mirada puesta en la oficina de Llorente. La puerta cerrada, las persianas ocultando la ventana.

Conozco las costumbres del viejo. El comisario es demasiado terco, escrupuloso y maniático para no actuar de forma previsible. Nunca cierra con llave, salvo el cajón de su escritorio, y hasta la contraseña de su ordenador es de dominio público. El mayor problema es dejarlo todo exactamente igual que estaba. Si ve un bolígrafo cambiado de sitio, o la silla con las ruedas orientadas de forma distinta, puede sospechar. El obsesivo de Llorente lo tiene todo milimetrado: distancias, ángulos y hasta olores.

El Martínez sigue a lo suyo. Nadie mira a nadie, como si fuéramos desconocidos. La definición de burocracia consiste en que tu mano derecha no sepa lo que hace la izquierda, ni aunque le esté pellizcando un huevo al sistema. Sin embargo no me fío. Me digo que es normal estar nervioso, que te pueden pillar, pero sin riesgo no hay gloria y los putos rusos han dejado las cosas claritas: o se hace o se hace. Cualquier otra opción sería un suicidio para ambas partes.

La ley. Dije que la protegería. Tras mi puesta a punto, con el desfile ante el Rey, lo único que recuerdo es la borrachera posterior. Unos compañeros y yo le dimos de



hostias a cuatro indeseables en un bar. Decían que estábamos mirando a sus mujeres. Y era cierto, pero eso no las convertía en su propiedad. Desde entonces aprendes que el sistema es ese lodo donde el bien y el mal se funden. Pero luego escuchas la frase «violar la ley», y te sientes como un gilipollas. He visto violaciones y nunca he considerado que infringir unas cuantas normas fuese lo mismo.

Hasta hoy.

Hoy voy a violarla, a despedazarla a mordiscos, a fraccionar lo que tanta sangre y lucha y sacrificio ha costado. He vendido el alma: ahora solo queda sacar tajada de ello.

Me desperezo. Cuatro papeles en la mano. La cabeza agachada. Observo a ambos lados. Me pongo en pie. Miro la hora. Avanzo hasta el despacho de Llorente. Hago el paripé de tocar en la puerta. Entro.

El sonido de las bisagras al cerrarse agita mi respiración. Aprieto los dientes. Enciendo el ordenador del Comisario. Premios por las paredes, recuerdos de viajes astrales y ninguna foto que de calor a las cuatro paredes. El Pc me pide contraseña. Hércules. Espero que por el equipo, no por el mito, aunque tratándose de un semidios como Llorente, todo es posible.

Los dedos temblorosos sobre las teclas. Abrir el correo electrónico. Mensajes recibidos: enlarge your penis, free sex web cam, gana dinero desde casa, Fw, Re, itinerario Z-187.

Te tengo, cabrón.

Saludo oficioso cargado de errores sintácticos y pdf adjunto.

Ábrete Sésamo.

Ruta, horario y hasta un mapa de carreteras. Memorizo antes de imprimir. Noche del viernes al sábado a partir de las diez de la noche. Callejeo y Autovía de Alcoy. Desvío a la Autovía del Mediterráneo. Entre una y otra hay que darles fuerte.

Pulso el botón de impresión. La multifunción de Llorente permanece callada. Siento una presión en el pecho. Compruebo la configuración: tiene seleccionada la general de la planta.

Mierda.

Cierro todas las ventanas. Apago el ordenador. Elimino rastros de mi presencia. Salgo al mundo irreal.

La fotocopidora está a unos pasos. Y Martínez inclinado sobre ella.

Calma. Pasos rápidos, pero sin correr. Puede que aún no haya salido.

—¿Vas a algún lado? —pregunta Martínez.

Y me muestra el mapa. La ruta. Los horarios.

Se los quito de las manos antes de que pueda replicar. Me obligo a sonreír.

—Beatriz, que se ha empeñado en visitar Madrid. Estaba seleccionando la ruta más segura, ya sabes.

—Ya, claro. —Y tras unos segundos eternos, añade—: Me lo deberías haber dicho antes, Antonio. Mi cuñado trabaja en una agencia de viajes, ya lo sabes. Te

podría haber buscado una ganga.

—He encontrado un buen precio, Martínez. —Le golpeo en la espalda, aguantándome las ganas de estrangularlo.

La máquina escupe varios folios. El Martínez los recoge. Llevan tatuado «Vendo Opel Astra». Me sonrío con cara de complicidad. Observo su yugular, tan expuesta, tan cercana al degüello.

Aplaco mi instinto homicida y le guiño un ojo.

—Por cierto —dice—, te estaba buscando Llorente. Han matado a...

—Ya estoy enterado.

—El viejo se ha ido a la playa. Al final se va a manchar los zapatos.

—Sí, ahora iré. Tengo que recoger unas cuantas cosas.

—El alcalde le ha cogido de los cojones, ¿sabes? Se los está apretando a conciencia, y Llorente se los estruja a Miñarro, y él al resto.

—La duda es quién se los aplasta al alcalde.

Debo abandonar esta puta conversación o terminaré mandando a la mierda al Martínez.

—Su mujer, quizá. Aunque creo que quien se los limpia a lengüetazos es otra. ¿Sabes que lo vi entrando al D'Angelus?

El alcalde en una casa de putas de élite. Martínez con más información que la rata de Roger Escudero. Una incertidumbre golpeándome las tripas.

—¿Cómo sabes eso?

No contestes. No contestes. Por tu padre, Martínez, no lo digas.

—Ponemos vigilancia en cada prostíbulo.

Y me veo a mí mismo entrando a la guarida de los Organov, el ojo de una cámara grabando lo imposible, el coche de antivicio aparcado en lo oscuro, con micros orientables, preguntándose qué coño hace un compañero negociando con dos reconocidos criminales.

—¿Unidades móviles? —Haz que hable, que te diga lo que sabe.

—Rutinas absurdas, Antonio. Politiqueo. Mandamos a un par de chavales a que observen sin ven algo raro, cada noche a un local distinto. Así nos va.

¿Sabes algo que no quieres decir, Martínez? ¿Me estás jodiendo? ¿Sabes lo que voy a hacer y quieres un cacho de pastel?

—¿Así os va? —repito.

—Deberías ver los informes que me entregan por la mañana. Porque soy un cabrón insensible, que si no lloraría y todo.

Nos miramos a los ojos como dos enamorados, como un hipnotizador y su gallina, como el vampiro y la víctima. Si sabe algo, disimula de puta madre. Me digo que las probabilidades son del 50-50. Decido arriesgar.

—Busca en los garajes —digo.

—¿Dónde?

—Tu coche de bomberos. Lo deben de tener a buen recaudo. Busca en los

hangares del puerto o en los polígonos. Es tu mejor baza.

—Sí, bueno... Aún es pronto. Supongo que esperaremos a que actúen de nuevo y luego ya lo estudiaremos.

Dócil y simpático Martínez.

—Eres sabio, compañero.

De vuelta al escritorio, doblo los papeles y los guardo en la chaqueta.

La maquinaria está en marcha. Marc terminará por sumarse al plan. La ruta pronto estará en manos de los Organov. Ahora, solo me falta alguien que los acompañe, que sea mi ojo en todo este asunto, un criminal al que traten como a un igual y que no se intimide ante los rusos cabrones.

Es hora de ejercer de diablo. Veamos si consigo que me vendan un alma a mí.

## **18:31**

De la misma forma que las mujeres no saben interpretar los mapas y los hombres sabemos más que los GPS, debería de ser bueno a los videojuegos. Sin embargo, mis manos no se adaptan al mando, aprieto varios botones a la vez y algunos controles no los controlo. El partido va Real Madrid 0, Elche C.F. 7, y eso que mi adversario intenta dejarse ganar desde el primer momento.

—¿Cuál me has dicho que era el de pase?

—El cuadrado es pase al hueco, el triángulo, pase largo y el círculo, pase normal. Si pulsas R1 hacen otras cosas, y con la ruleta regateas. Dale varias veces a R2 para correr y acuérdate de dirigir el tiro y darle la potencia justa.

Me pregunto cómo alguien es capaz de pulsar los mandos sin dejar de mirar la pantalla. Farlopero López explica que hay campeonatos internacionales con millones en premios. Como los dardos y el póquer, solo que a esto ganan los japoneses. Al entrar en la funeraria y pasar a su vivienda, estaba enchufado a uno de matar zombies, pero pronto ha decidido cambiar de registro, quizá pensando en que le podía meter un tiro entre los ojos. Sus putas salieron meneando el culo, tal vez pensando en que les podía meter otra cosa.

Ambos estaban en lo cierto.

Mientras tanto, sigo esperando. Chuto cuando quiero pasar, pero en el fondo es lo mismo: esperar a que venga mi verdugo.

—¿Sabes qué? —prosigue Farlopero López—. Creo que solo es una mala racha.

—¿Y por qué piensas eso?

No aparta las pupilas del televisor. Sonríe, regatea a mi portero, y se mete hasta el fondo de la red.

—Porque no tienes esa cara.

—¿Qué cara?

—La de tío que no ha metido un gol en toda su vida.

Y, ahora sí, nuestros ojos se cruzan. Me mantiene la mirada, como en los duelos utópicos de los *spaghetti western*.

—En esta vida hay dos opciones —se enciende un cigarrillo mientras la repetición de la jugada se sucede desde distintos ángulos—. Marcar todos los que se pueda, o todos los que te dejen. Hay que tener el balón en los pies, ¿sabes? Porque si esperas a que te hagan un pase... bueno, entonces mejor que esperes sentado.

—¿De qué coño hablas?

—Esta vida es de los chupones. Y no me refiero a chupar pollas, que eso no nos va a ninguno, sino a chupar balón. —Señala la consola—. Por eso te digo que es una mala racha. Tienes cara de coger lo que quieres cuando quieres. Por eso sé que antes o después volverás a marcar un gol.

Me pregunto en qué momento se ha vuelto a chutar y yo no me he enterado.

—Tienes razón. Tengo la cara suficiente para hacer lo que me venga en gana. Pero tengo algo incluso más valioso.

—¿El qué?

—Huevos para lograrlo.

De nuevo, Clint Eastwood y Lee Van Cleef se miran sin pestañear en el duelo final de la película. El bueno y el malo en un mano a mano, pero faltaba el feo.

—Dime, López, ¿por qué pasas coca?

—¿Hipotéticamente hablando? —Se cubre las espaldas.

—Claro.

—Es un filón. La gente empeña sus joyas por llevarse algo a la boca. Un gramo de oro cuesta unos doce euros. Sin embargo, un gramo de cocaína cuesta sesenta. Joder, es más barato meterte una raya de oro que de farlopa. ¿No te parece un buen negocio?

—Habrás quién lo haga, ¿no?

—¿El qué?

—Esnifar oro. Luego hablan de tabiques de platino, pero hay imbéciles que le echan oro a las comidas. Comer oro. Es absurdo.

—Sí. Siempre pensé que después cagarían lingotes.

López pulsa la pausa. El Tuerto eclipsa la puerta. Llevo tanto tiempo sentado que me parece más grande incluso de lo que es. Tiene una pequeña marca que le sube por la ceja izquierda, creando una flecha que señala a su cuenca de cristal. Su rostro mezcla las cicatrices talegueras con las arrugas de la calle. Las manos relajadas son las zarpas de un oso, su mueca impasible, la sonrisa de una guadaña.

Quiere matarme y yo a él.

—¿Me buscabas, Mierda de Perro? —pregunta.

—Hola, Tuerto.

Farlopero López se despereza, apaga la consola y se retira hacia un mueble bar cercano.

—Tenemos que hablar —digo.

—Pues habla.

—No —salta López—. No quiero saber nada de vuestros asuntos. Ha venido a buscarte y te ha encontrado. Ahora, id a dar una vuelta por ahí.

Dicen que a veces la tensión se puede cortar con un cuchillo. Ahora mismo la siento como si estuviera en una balsa de barro, densa, pegajosa. El peso de mi cadera derecha me da algo de tranquilidad, pero con el Tuerto Durán nunca se sabe.

Salimos a la parte del negocio. Unas señales indican el camino al tanatorio, otras al crematorio, pero me conduce hacia el muestrario de lápidas. Observo su cojera, hipnótica, y me pregunto si será capaz de correr de ser necesario. Es un gran ladrón de coches, un excelente conductor, un gorila sin igual. Pero está viejo, cojo y medio ciego. Los castillos de naipes no deberían ser tan difíciles de construir.

—¿Hoy no has traído a tu putita?

—Vengo en misión diplomática —contesto—. Las hostias vendrán luego.

Las hostias llegan ya. Un tren de mercancías explota contra mi estómago y me doblo como una bisagra. Me concentro en respirar, pero Durán ya me tiene inmovilizado por el cuello. Beso el suelo y sabe a lejía, a zapatilla de vieja enlutada, a ceniza de incineración reciente. El Tuerto me engancha de los huevos y me cachea todo el cuerpo.

—No llevo micros, capullo —digo con un hilo de voz.

Me quita la Star del cinto con una facilidad asombrosa. Se conoce al dedillo el mecanismo de seguridad de la funda.

—Vengo a proponerte un negocio, imbécil.

—¿Desde cuándo puedo fiarme de ti?

Relaja la presión. Consigo incorporarme. Un ojo de cristal y otro de acero, ambos ciegos, me observan. El Tuerto Durán se acomoda contra un ataúd de madera demasiado clara para causar tristeza.

—Aún recuerdo la última vez que hicimos tratos —masculla—. Casi termino entre rejas.

—Y gracias a mí no fuiste al talego.

—Me jodiste.

—Te jodiste tú solo. Nadie te obligó a matar a tu socio. Yo te protegía.

—Tú me chantajeabas, mamón.

—¿Eso fue antes o después de que intentaras extorsionarme?

Un silencio de cementerio rodeado de lápidas y con la muerte delante. Mi trabajo no es hablar. La policía actúa, obliga a que los sospechosos canten en do mayor: la policía no pide, sino que coge lo que quiere cuando quiere. Joder, somos el macho alfa, no debemos rendir cuentas ante desechos sociales.

Sin embargo, hoy necesito a este cabrón.

—Está claro que nuestra historia de amor no empezó de la mejor forma, pero sabes que soy de fiar.

—Eres una rata traicionera e hija de puta capaz de follarse a su madre por el culo

si con eso aumenta su cuenta corriente.

Me relamo.

—Por ochocientos mil limpios hasta me tiro a mi padre.

Un brillo en el ojo, sutil, casi imperceptible. La naturaleza humana es como es. Los chicos listos de barrio que consiguieron llegar a viejos lo lograron por ser más espabilados que los demás, pero en el fondo siguen siendo la misma mierda. Navajeros con artrosis, matones de geriátrico, urracas sin nido, hombres de negocios que perdieron la corbata, pero amantes del dinero fácil en cualquier caso.

—No me interesa —farolea.

—General Polavieja —le interrumpo—. Lo has visto en las noticias. Más de un millón y medio escondidos en bolsas de basura. Yo estaba allí, vi el dinero. Joder, lo tuve a mi alcance y me lo quitaron.

—Una historia terrible.

—Lo están llevando a Madrid. Son pruebas, dice el juez, y por eso no lo ingresa en la cuenta del Ministerio. Ya han trasladado una remesa. La siguiente sale mañana.

Se cambia la pistola de mano y estira los brazos hasta dejarlos en cruz. Un Jesucristo de metro noventa y más de cien kilos. Zox cambiaría de religión si lo viese.

—Ochocientos, Tuerto. En una puta furgoneta de pruebas. Ni siquiera llevan escolta. Ya tengo la ruta y el plan de ataque, pero necesito un conductor de fiar.

Se rasca los huevos. Jesús nunca lo hizo, estoy seguro.

—¿Quién hará el trabajo?

—Los Organov. Ya lo han hecho antes. Para ellos será coser y cantar.

—Nunca lo es.

—Ya lo sé.

—No cuentes conmigo.

—¿Qué?

—Los Organov no me tragan. Antes o después, uno de los bandos acabará enterrado.

—¿Estás enemistado con medio Alicante o qué?

—Con la ciudad entera. Yo trabajo solo. No me meto en territorios que no son míos.

—No me jodas. Hace tiempo que estás limpio. Tú ya no tienes ningún negocio. Cotizas igual que yo y al final de mes toca hacer cuentas. Esta es tu última oportunidad de dar un palo grande y puede que la mía también.

Y aunque no lo sepa, ya está metido en el plan. Su cabeza fantasea con el dinero, imagina el ataque al furgón, la adrenalina del asalto, las diferentes posibilidades, el reparto, el botín. Acaricia el hierro como si fuera un pene. Me escruta con su única pupila, monstruo mitológico, aliado por circunstancias.

—Quiero imponer mis condiciones —contesta—. Si participo, lo haré a mi manera.

Intento no saltar de alegría. Las partidas de póquer implican contención.

—No te querría si no fuera así.

## 20:38

Dicen que a los policías se nos reconoce por la forma de andar. Tal vez sea por eso que los yonquis se alejan de mi paso.

La cuesta que conduce al Castillo de Santa Bárbara. Barrio antiguo, farolas rotas, casas viejas. Hay trozos de montaña virgen donde aún no ha llegado la excavadora, reductos de naturaleza salvaje, islotes tomados por toxicómanos en masa. Los dejamos taladrarse el futuro siempre que no salgan por el día. Los turistas alemanes son la especie protegida por concejales, y los drogatas lo saben. Hienas al acecho de presas que no pueden cazar, como vampiros alejándose del abrazo del sol, dotando a la mañana de vida y jolgorio, y a la noche, de miseria y decadencia.

Decenas de cuerpos alfombran las aceras, evitando mi mirada. Cualquiera de estos desgraciados podría servir, pero no me puedo fiar. Necesito a alguien más listo, con don de gentes. Alguien lo bastante espabilado para esconderse aún más que el resto, que se oculta de la lluvia y de la muerte, y que aun así llama la atención por parecer inofensivo. Su nombre es Jesús, pero la calle le conoce como Cristo.

El Salvador llegó a Alicante hará unos años. Al principio fueron rumores, luego testimonios y, por último, grabaciones de seguridad: había un anormal que atracaba tiendas diciendo que era el Hijo de Dios. Su aspecto lo reafirmaba: alto, melena y barba, ojos cándidos, mirada de colgado. Para ser fiel a la verdad, el tío era clavado, nunca mejor dicho. Cuando lo detuvimos hubo quien se besó el crucifijo que llevaba al cuello. Cuando abrió la boca en el interrogatorio, su carisma hizo que el agente que le custodiaba se quedara prendado. Tuvo que venir el comunista de la comisaría para que el asunto avanzara, aunque hubo que sujetarlo para que no le soltara dos hostias. El juez dejó en libertad a Jesús por no meterlo al manicomio, y desde entonces no hemos vuelto a pillarlo. Hay quien dice que ha fundado una religión paralela al Cristianismo, pero en realidad se trata de una utopía juguetona.

Alcanzo una cochera abandonada. En su interior resplandecen las llamas de unas velas. Apesta a marihuana, aunque alguna feligresa la confundiría con incienso. Paso sin llamar. Y allí está, tumbado sobre unos cartones. Pies descalzos, una colilla entre los dedos, cicatrices sobre el brazo remangado, bolsitas vacías de coca desparramadas como pétalos de una rosa blanca.

—Agente Ramos. —Sonríe—. Bendito el que viene en nombre de El Señor.

—Esta no es tu casa, Chus —contesto.

Algo se remueve entre unas cajas. Un adolescente gordo y lleno de granos se levanta como un aparecido. Sostiene una botella de ginebra en una mano y viste un babatel de vómito.

—Profanaste el santuario de Dios —masculla—. No eres digno de entrar en su

casa, pero una palabra suya bastará para... no, espera, no era así.

—Suelta esa botella —ordeno.

El crío está borracho, drogado, y es gilipollas. Una combinación peligrosa.

—¡Póstrate ante su misericordia!

—Debes perdonar a Cerullo —tercia Jesús—. Es mi apóstol más impetuoso.

—¡Esta es la casa de El Señor! —continúa.

—Jódete. —Le enseño el hierro sin sacarlo de la funda—. La casa de Dios está de puertas para afuera. Este edificio lo ha construido el hombre, y ni siquiera es una iglesia.

Cerullo se pone rojo, luego bizquea y por fin se echa un trago largo de alcohol.

—Bueno —claudica—, pero no entres en pantalones cortos.

—¿Qué coño dices ahora, payaso?

—Es una falta de respeto entrar con pantalones cortos en un santuario.

—Claro. Es mucho más respetuoso vestir un abrigo de visón en primera fila, ¿no?

—Solo si el visón es creyente —puntualiza Cristo.

—Oíd, no estoy para estas mierdas, ¿de acuerdo? Últimamente, la religión y yo no somos muy amigos.

—¿Por qué? —Dios se rasca la barba—. Si no existiese, habría que inventarla.

—¿Eso es ironía?

—Soy el puto Dios. ¿Tú qué crees?

El aroma a porro debe estar afectando a mis alvéolos. Es hora de centrarse.

—Tengo un trabajo para ti, Chus.

—¿Cuál es el milagro que tengo que realizar?

Cerullo saca un pañuelo lleno de mocos y esputo.

—Esta es la Sábana Santa —explica con los ojos desorbitados—. ¡Bésala!

—Ni de coña —respondo—. Pero como insistas te la meto por el culo.

—¿En qué consiste el trabajo? —Jesús se incorpora y hasta parece persona—. No puedo convertir el agua en vino, pero sí el vino en calimocho.

Pupilas dilatadas, mandíbula bailarina. Creo que no es tan buena idea como había pensado, pero ahora me da igual. Necesito que alguien señale en otra dirección y no puedo confiar en nadie más. Genaro no es tan lista, sospecharían de Roger, y hasta el chapero de Chopito García cantaría demasiado. Debo recurrir a una cara nueva, y por mis cojones que este tío dirá lo que quiero que diga.

—Este es el plan. —Extraigo varios billetes de cien—. Vas a dar un sermón, y lo vas a hacer bien.

Dios agarra la pasta. Mira un verde al trasluz, lo huele, y después lo lía con forma de canuto.

—Soy tu hombre. En cuerpo y alma.

—¿Tu colega es de fiar? —Señalo con la cabeza.

—Sabes que no.

—Joder, está bien. La homilía es la siguiente. Ayer, sobre las cinco de la mañana,



estabas paseando por El Postiguet. Viste un tipo que caminaba a toda prisa por la acera. Estaba nervioso, vestía ropa oscura y estaba lleno de arena. Pensaste que sería buena idea levantarle la cartera. Aquel individuo se giró y os mirasteis a la cara. Tenía barba castaña, una gorra azul, y sangre en las manos. Entonces salió corriendo. Pensaste que llevaba guita encima y lo perseguiste un par de manzanas hasta que lo perdiste en la oscuridad. Entonces regresaste sobre tus pisadas y encontraste el cuerpo de una chica muerta. No te acercaste, pero tuviste la intuición de que era mejor escapar de allí para que no te echaran las culpas. Volviste a este agujero hasta que vine a buscarte y me contaste lo que pasó.

Jesucristo levita por la estancia. Las bolsitas de coca se apartan a su paso como si tuvieran vida propia en vez de electricidad estática.

—Esto huele a que quieres que cargue con el muerto —reza.

—¡Él puede resucitar a los difuntos! —farfulla el apóstol.

—Han encontrado semen —le cuento—. El ADN te exculpará, pero puede que te aprieten las clavijas un par de días.

—¿Quieres que desvíe la atención?

—Primero con tu testimonio, y después con tus antecedentes.

—¡Yo tomo testimonio! —regurgita Cerullo—. Estoy escribiendo el Evangelio según Cerullo. —Muestra unos folios arrugados—. Empieza diciendo: «Al principio fue el vodka...».

Le engancho del pescuezo y lo tiro al suelo sin esfuerzo. Le piso el cuello como nos hacía el brigada en la mili cuando tirábamos ráfagas a los soportes de las dianas. El crío se tira una sonora ventosidad que, espero, no venga con regalo. No hace falta decir nada, pero aun así lo hago.

—Si cuentas, y sobre todo si escribes, una puta palabra de todo lo que estamos hablando aquí, te juro que te degüello yo mismo, pedazo de retrasado.

—Déjalo, Ramos. Que en lo de resucitar a Lázaro aún estoy algo verde.

—Como me joda lo reviento aquí mismo. Nadie echará de menos a un gilipollas como este. Puede que haya quien que incluso me lo agradezca.

—¡Ah! —Cerullo grita como una mona en celo que ha encontrado un plátano—. ¡Ah!

—La gente como tú debería tener prohibido pronunciar el nombre de Dios, ¿me captas? Y esto no lo digo yo, porque ya lo decía mi madre.

—Cerullo es inofensivo. Y contaré lo que pides.

—Joder. Claro que lo harás.

—Pero si me envían a la trena, te pediré más tela.

—De eso ya me ocupo yo. Necesito que marees la perdiz unos días. Es probable que te acusen a ti de matarla, pero hasta que no tengan el ADN no moverán un dedo. Dime, ¿podrás hacerlo?

Sonríe.

—Ya te lo he dicho antes: soy el puto Dios.

## 21:27

Lo que debería ser un rapapolvo de Miñarro para la complacencia de Llorente se convierte en toda una salva de lametones en la polla. Los «¿Dónde coño has estado, gilipollas?» se transforman en «Buen trabajo, Antonio». En la playa pasó lo que tenía que pasar: levantamiento de cadáver, foto del comisario con el alcalde de cara a los medios, despliegue de la Científica en un desierto de arena y cientos de borregos curiosos asomando el hocico.

Pasan a Jesús a la sala de interrogatorio. El tío representa bien su papel, tal vez demasiado. Ya hay un par de compañeros que le ríen las gracias. Por suerte, Pilar Hurtado tiene uno de esos días de mala hostia creativa y calla al pobre Salvador con un par de frases lapidarias y feministas.

Algún día se la tengo que meter otra vez.

Miñarro y Llorente se asoman a mi mesa. Nadie me prohíbe encender un cigarro.

—Llevo toda la tarde en movimiento, de un chivatazo a otro —explico la mentira oficial—. Un par de guarros me han hablado de este tipo, que iba por ahí contando que se había cruzado con una tía muerta. Tiré del hilo hasta que lo encontré cerca del Castillo de Santa Bárbara.

Un murmullo de aprobación se instala en la habitación. Al fondo, en un más que prudente segundo plano, Marc permanece de brazos cruzados, expectante ante mi declaración.

—Bien hecho, Ramos —se relame Llorente—. Estábamos estancados en este asunto.

—Tenemos el ADN —tercia Miñarro.

—Los cojones tenemos —le grita—. La prueba de esa mierda aún tardará varias semanas, y eso que Morales le ha dado prioridad.

—Todos los jueces le dan prioridad a sus asuntos —murmulla Martínez, que pasa por aquí.

—¿Crees que ha sido él? —pregunta Llorente.

—No —contesto—. No se ajusta a la descripción que dan las otras mujeres.

—Bu-bueno, tiene barba. —Miñarro intenta hacerse el listo—. Entre los nervios del momento las descripciones pueden con-contener fallos. Además, hay diferencias en las declaraciones de las mujeres, pero en lo que coinciden es en la ma-mata de pelo en la cara.

—Que podría ser un disfraz —interrumpo—. Si hubiera sido él, una de dos: o se habría callado como la puta que es, o habría ido fardando de la enculada brutal que le metió a la Carmencita.

—Un respeto, coño. —Llorente golpea la mesa—. Esa cría no tiene culpa de tu lenguaje callejero.

Y tiene razón.

—En cualquier caso —prosigo—, es un buen punto de partida. Los antecedentes

de Jesús indican otro modo de actuar. Y ha venido aquí de buena fe.

—Nunca mejor dicho —musita el Martínez al oído de otro compañero.

—Vale, quiero un informe en mi mesa para anteayer —ordena el comisario—. Vamos a ver qué canta el pájaro.

La muchedumbre se marcha al tiempo que apago la colilla en el suelo. Siguen a Llorente como al líder de una Roma en decadencia, aspirantes a lameculos temerosos de su ira pero codiciosos de su estatus. Cuando todo vuelve a la normalidad, Fonsi se acerca a mi vera.

—Gracias —dice.

—Esto nos dará algo de tiempo. Pero aún tenemos que ocuparnos de varios asuntos. Las compañeras de piso no serán tan participativas como Chus.

—Ya han declarado —me cuenta—. Vinieron esta tarde.

—¿Algo comprometedor?

—Lo que suponías. Hablan de que se veía con alguien, pero que no sabían de quién se trataba. También han hablado con el novio.

—¿Y?

—Se ha puesto a llorar. El pobre gilipollas está medio consumido por la quimioterapia.

—Bueno, olvidemos a las compañeras y al cornudo. Me preocupa más el listado de teléfonos. Las llamadas iban a tu número. Debemos hacernos con ese papel antes que nadie.

—¿Y manipularlo?

—Eso ya lo veremos.

—No sé, Antonio. Creo que sería mejor que contase lo que sé.

—¿Y crees que te van a hacer caso? Carmen tiene tu ADN por todo el bajovientre. Ya sabes cómo funcionan las cosas por aquí. De todas formas, siempre estarás a tiempo de contarlo si sale mal, pero ahora no es el momento.

—Dios... es que...

—Tranquilo.

—Todo es tan surrealista, ¿sabes? —Se sienta sobre la mesa—. Siento como que nada de esto está sucediendo. Es como estar ausente en mi propia vida. ¿No te parece estúpido?

—Mañana tengo cita con el doctor Cortés. Le preguntaré cómo afrontar esta mierda, ¿de acuerdo?

—Puede ser buena idea.

—Bien, ahora hay que volver al trabajo. No podemos levantar sospechas.

—Por cierto, hay novedades del caso Cosme Trujillo. ¿Recuerdas la habitación que abrimos a martillazos? Pues puede resultar clave para resolver todo esto.

—Ya me lo cuentas mañana. Ahora tenemos que resolver otro asunto.

Un compañero pasa por nuestro lado y espero a que se aleje.

—¿Es lo que creo que es? —pregunta Marc.

—Exacto.

—Joder, Antonio. Debes quitarte eso de la cabeza.

—Ya está en marcha. Esta noche vuelvo donde los rusos a darles la ruta.

—¿Has robado la...?

—No grites, joder. —Miro en todas direcciones, pero nadie nos hace ni puto caso

—. Sí, ya la tengo, ¿qué pasa? Y otra cosa, no estaremos solos.

—¿Qué has hecho ahora?

—Nuestro común amigo el Tuerto Durán nos acompañará.

—¿Esa mala bestia? No te puedes fiar de alguien así.

—Da igual. Ya está hecho. Y sí se puede confiar en él, si le hablas en términos que entienda.

—Ese no entiende más que la hostia en la boca.

—Y el dinero —rectifico—. Él se ocupara de estar pegado a los rusos en todo momento. Conduce rápido y pega duro. Nos vendrá bien.

—Antonio, yo no sé si...

—Te necesito, Marc —le corto—. Ya te lo dije antes. No puedo hacer esto sin tu ayuda.

—¿Y para qué me necesitas?

—¿Quieres que me meta yo con esos rusos cabrones?

—Ya lo has hecho.

—Necesito apoyo, compañero. Formamos un equipo. Yo solo soy un poli, pero juntos somos imparables.

Nos quedamos en silencio de nuevo, cada uno mirando en una dirección. Al fondo, el Martínez habla por teléfono. Un tipo regresa de la sala de interrogatorios santiguándose sin parar. Si Jesús fuera un político, ya habrían legalizado la marihuana.

—Me marcho —digo—. Pasaré a recogerte sobre las seis de mañana.

—¿Y el informe de Llorente?

—Que se joda Llorente. Ya lo escribiré. Hoy quiero llegar pronto a casa. Me espera una buena...

—¿Crees que tu mujer sabe lo de Zox?

—¡Qué inocente eres, Fonsi! —bromeo—. Esa gente está conectada por telepatía a través de las lunas de Mercurio.

—Mercurio no tiene lunas.

—Eso díselo a ellos...

**23:00**

Chirlo.

Chaqueta de cuero, tatuaje que le sube por el cuello, barba de chivo, Harley

auténtica y manos en el culo de mi hija adolescente. En la puerta de mi casa. Como dijo Miñarro: en mis propias narices.

—¡Hola, Leo! —les saludo.

Me da la bienvenida el dedo anular oprimido por un anillo satánico y coronado por una uña larga y llena de roña de El Chirlo. No quiero ni pensar dónde habrá estado. Leo reacciona mirándome con ojos idos.

—Jódete, papá.

—¿Este mierdas es tu padre? —pregunta él.

Se separan. El aire huele peor. El Chirlo me encara.

—No me gustan los maderos —escupe—. Sois todos unos hijos de puta.

—Algo debíamos tener en común con los moteros maricones.

Imagino que hay tensión en el ambiente, aunque yo estoy bastante tranquilo. El Chirlo, pañuelo en la cabeza, muñequera de pinchos: un gilipollas más en un mundo de anormales. Si me levanta la mano, si acaso siquiera lo piensa, se la arranco y se la meto tan dentro del culo que...

—Deberías darme las gracias por traer a tu hija sana y salva, madero, ¿o te llamo «suegro»?

Tranquilo, amigo. No voy a iniciar una reyerta con un desgraciado del montón. En lugar de eso voy a tomar buena nota mental de su matrícula y cuando acabe el asunto del furgón de pruebas, entonces, solo entonces, le costará encontrar su mano.

—Gracias —respondo con mi mejor sonrisa.

Los ojos de El Chirlo bizquean por un segundo. No le gusta que le ignore, no le gusta que le dé la razón. Ni siquiera le gusta mi Leo. Solo quiere ser el rey de su mundo, empequeñecer a los demás para sentirse grande, imponer sus propias leyes sobre las ajenas. Pero no es tonto. Sabe que algo tramo. Algo gordo. Piensa que él es el centro de mi ira contenida y eso le asusta. El gran guerrero de la noche, el pajillero sobre dos ruedas, abre la boca:

—Me voy ya, papaíto —retrocede.

—Vamos, Chirlo —le anima mi hija, borracha como una tonadillera—. ¿No le vas a partir la cara?

El tipo arranca la máquina y se ajusta el casco, por si acaso lo multo, imagino.

—Ya te llamaré —dice mientras se aleja a toda prisa.

Leo se queda mirando la estela de humo y abandono. Solo cuando el médico le cortó el cordón umbilical la vi más callada. La boca entreabierta, el maquillaje avejentado, las pupilas dilatadas. Le coloco una mano sobre el hombro desnudo. No parece sentirla.

—Vamos a casa, hija.

Se gira y me observa. Me pregunto qué clase de persona está viendo. Pestañea para esquivar el llanto.

—Que te den por culo, papá.

Y sale disparada hacia el apartamento, con el sonido de sus tacones resonando por

la avenida desolada.

Yo soy más lento. No tengo prisa alguna para alcanzar el cálido abrazo del hogar. Sé el amor que me espera en su interior. Las sábanas frías, la felicidad en otra época, tal vez ilusoria, un espejismo teñido por el recuerdo de lo que nos gusta pensar que fue y la derrota que ha sido.

Enciendo un cigarro y lo apuro mientras cruzo el patio exterior. Voy tan despacio que cuando alcanzo la puerta de entrada ya se ha cristalizado en una colilla amarillenta y mojada. Aboco el humo al firmamento, un dragón con faringitis, la chimenea por donde se escapa mi alma.

Los ascensores deberían bajar al infierno y no subir al él. Al pulsar la tecla del sexto sin «T» me siento como un experto en explosivos daltónico. Da igual cortar el cable azul o el rojo, porque la bomba va a estallar de todas formas.

Al entrar en casa hay silencio. Leo llora en su habitación, Ernesto tiene los cascos del ordenador tan altos que consigue aislarse. Beatriz está en el sofá encerrada en una bata, simulando que mira el televisor, con los dientes apretados y el gesto altivo de siempre.

Me pongo cómodo en el dormitorio y me aseo en el baño. Al mirarme en el espejo pienso en el tiempo que llevo sin meter un gol, como aludió Farlopero López. Sé hacerlo, pero no lo intento. Ni siquiera lo espero.

El timbre suena. Solo hay una persona en el edificio, así que decido abrir.

—Hola, compañero —saluda Bernabé, con una bolsa de supermercado llena de cervezas.

—Hoy no puedo quedar contigo. Tengo que resolver unos problemas en casa.

—Espera —dice, alterado—. Necesito contarte algo, por favor.

—De verdad, esta noche no puede ser.

—Antonio, por favor, debes escucharme. Creo que he perdido el control. He hecho algo horrible. Ahora me doy cuenta de que soy un monstruo. Fui a buscarte a la comisaría y me dijeron que estabas en el bar, pero...

—He estado ocupado. Casi nunca estoy en la comisaría.

—Yo... sí, eso pensé. Pero quería contarte algo.

—¿No puedes esperar a mañana?

Me observa con ojos de duelo. Todo él es tristeza. Desde la forma en que le cae la ropa hasta la bolsa que cuelga de su lado. Incluso la marca de cerveza que compra produce tristeza.

—Claro —suspira—. Mañana te lo contaré.

—¿Seguro? Si quieres puedo salir cinco minutos.

—No, da igual. —Se aleja hasta el ascensor—. No era tan importante.

—¿Le has hecho algo a Judith?

Sonríe. Triste sonrisa de un hombre consumido por la tristeza.

—Ella está bien —y rectifica—. Bueno, está como siempre, ya sabes.

—Me habías preocupado.

—Nos vemos, Antonio —se despide.

Lo observo entrar en la cabina que le llevará al piso de arriba. La puerta se cierra al mismo tiempo que se apagan las luces del descansillo.

Avanzo hacia el cadalso. El sofá es puro hielo, y Beatriz la doncella de la recriminación. Sigue ignorándome. Está claro que sabe lo de Zox, la paliza que le di con Fonsi, la bala encajada en su zaguán.

—Tenía que hacerlo —digo justificándome.

Beatriz se mantiene impassible. Desea gritar, colocarse en esa posición elevada que tanto le gusta, de sentirse superior a mí sin razón alguna, olvidándose de que el mundo está cubierto de personas y que ella no es nadie para juzgarme. Solo la policía está por encima de la vida y la muerte. Eso tiene en común con El Chirlo: hacer que los demás se sientan inferiores para sentirse superior. Rezonga un rato antes de abrir la boca.

—Aguantaré —dice por lo bajo—. No vas a joder a esta familia, Antonio. No lo permitiré.

—¿A qué te refieres?

—No te concederé el divorcio. Las Leyes de Zox no lo permiten. Apechugaré con lo que haga falta. No dejaré que me alejes de mi fe.

—Nunca lo he pretendido.

—Puedes golpearme si quieres, como tu amigo el vecino. Me da igual. Porque Zox guía mis pasos, habla a través de mí, soy su elegida, y no puedes vencerme.

Permanecemos un rato en silencio. La televisión emite anuncios fraudulentos de lejías infalibles, coches de consumo mínimo e iguales garantías de seguridad, productos de alimentación bajos en grasa, colesterol y sabor, tarifas para móviles tan rebajadas como su cobertura y desodorantes que te harán única aunque los vendan a millones de consumidores.

—Aguantaré, Antonio —repite Beatriz—. Te juro por Zox que aguantaré.

En ese momento la abrazo. Ella se resiste, pero no me retiro. Intenta apartarme, pero sus brazos dicen lo contrario. Al final acaba cobijada en mi pecho, llorando desconsolada.

—Lo sé, cariño —murmuro—. Eres una luchadora.

No sé el tiempo que se eterniza la situación. La tele sigue encendida.

## VIERNES, 24 DE OCTUBRE

5:57

Dos depredadores que se huelen la polla, sentimiento de territorialidad, sonrisas que sirven para mostrar los dientes. El cachorro joven contra el viejo lobo. Marc Fons frente al Tuerto Durán. Sería divertido si no se matasen.

—¿Por qué conduce él? —pregunta Fonsi desde el asiento de atrás.

—Para eso ha venido.

—Yo también sé conducir, no me jodas, Antonio.

—Niñato. —La pupila del Tuerto en el retrovisor—. ¿Sabrías escapar de una emboscada de tus compañeros a doscientos por hora? ¿Sabes girar derrapando con las ruedas delanteras? Hostias, ¿puedes acaso distinguir entre el embrague y el freno de mano?

—Deberías ir con cuidado con lo que dices, abuelo.

—Claro, colega —ironiza—. Ya sabes que tu opinión es lo más importante para mí.

—Corta el rollo.

—Baso la mayoría de mis decisiones en tus pensamientos. Por cierto, el otro día me salió una almorrana enorme. ¿Qué crees que debería hacer?

—Empujarla para dentro del culo.

—Yo también tengo una lista de cosas que te puedes meter por ahí, empezando por tu puta madre.

—Se ve que eres un experto en ojetes. No me extraña que te hicieras marica en la cárcel. ¿Cuánto fueron, cinco años? ¿Ocho?

—La diferencia es que a ti te gusta. Reconócelo, chaval: te excita sentir un rabo ajeno en la boca.

—A nadie le gusta comer pollas, ¿vale? —interrumpo, aunque es como meterse entre dos trenes que circulan en dirección contraria por la misma vía—. Ninguno quiere estar aquí y, mucho menos, tratar con esos cabrones rusos. Así que comportémonos como profesionales, ¿de acuerdo? Esto solo es un trabajo. Y mañana a estas horas estaremos contando fajos de billetes. Creo que el objetivo merece que estemos cinco minutos en silencio.

Enchufo la radio. Los programas nocturnos resuelven problemas de gentuza sin vida ni sueño. Un suicida que asegura que quiere morir en antena, un adolescente que se acuesta con su madre paralítica, una anciana que hace quince años que no sale a la calle, un taxista que traslada a yonquis a pillar en los peores pueblos chabolistas de Madrid.

—Marica —dice Durán sin disimulo alguno.



—Te he oído, mamapollas —le espeta Marc.  
Esto va a resultar más complejo de lo que esperaba.

## 6:32

Debería sonar una balada *rock*. Una dura, con la batería al ritmo de cada paso que damos. Si así fuera, al menos, nos daría valor.

Alguien supuso que era buena idea ampliar el aeropuerto de El Altet, a pocos kilómetros de Alicante capital. Por los aviones entra droga y turistas a partes iguales. Reblotaría la ciudad. Ese mismo alguien debió prever que ganaría mucho dinero con las obras. De momento, aún no las han terminado, y lo único que se ve en la oscuridad es la luz roja y tétrica de las grúas, como un cementerio de cruces de hierro gigantes. Ni siquiera hay hangares con tejado. Solo tierra removida y aplanada para la futura T2. Y al fondo, con los faros de la furgoneta encendidos, se intuye la silueta de dos rusos cabrones y gordos como ellos solos.

—Este lugar apesta —dice El Tuerto, masticando el aire.

—Alicante apesta —respondo.

—Si nos quieren dar pasaporte, lo tienen fácil —prosigue—. Esto es un desierto. Ni una puta alma a la vista. No hay casas, y la autovía está a tomar por culo.

—¿Eres marica, Durán? —se burla Fonsi, aunque en su voz hay cierta vibración temblorosa—. ¿Te da miedo el lobo?

—Sí, joder —se revuelve—. Esos enfermos no son de fiar. Si estoy en esto es por la pasta, ¿entiendes? No confío ni en mi puta sombra.

—¡Comportaos como caballeros, hostias! —grito—. Si nos ven con miedo nos tirarán a las fieras. ¿Queréis eso? Teníamos que quedar en un sitio seguro. Su agujero de zorras está controlado por los de bandas organizadas. Aquí estamos a salvo, hacedme caso.

Ninguno dice nada. Caminamos los metros que separan nuestro coche del suyo. Iván está fumando tranquilo de una pipa. Igor muestra el machete que le cuelga del cinto. Les acompañan otros tres tipos. Dos de ellos me suenan del prostíbulo que regentan. El otro, sin duda, es un contable.

—Hola, camaradas —saludo.

Iván se adelanta unos pasos.

—*Koll* Ramos, ¿cómo decís en vuestro idioma? —Hace una pausa—. Algo así como: ¿tú eres gilipollas o te lo haces?

Nos miramos extrañados. El Tuerto hace crujir los nudillos con solo cerrar los puños. Fonsi le acompaña en una sinfonía similar.

—¿A qué te refieres? —pregunto.

—Sí, lo siento, *koll* Ramos. Mi castellano no muy bueno. Quería decir que por qué has traído a un *mudak* traidor como Durán.

—Él es mi enlace con vosotros. Os acompañará todo el rato.

—Nos robó droga.

—Yo no te robé una mierda —interviene El Tuerto—. Pero sí que recuerdo pagaros un buen dinero por nada.

—Aquí sobras.

—Es mi decisión.

—Y yo digo que no. ¿Ya no recuerdas qué hablamos?

—Quien no lo recuerda eres tú. Es mi negocio. Yo pongo las reglas.

—Nos necesitáis.

—El sentimiento es mutuo.

Igor salta por detrás mascullando su jerga soviética. Marc y Durán murmuran a su vez a mi oído, pero no entiendo ni media palabra. Los rusos están compitiendo para ver quién la tiene más larga, y no pienso consentir que nos intimiden.

—Jodeos —digo en voz alta.

—¿Qué? —pregunta alarmado Igor.

—Que os jodan. Eso lo entendéis, ¿verdad? Está claro que no podemos trabajar juntos, así que lo mejor es olvidarnos de todo este asunto.

Las pupilas de Iván son dos jeringas. Afiladas, sangrantes y aceradas.

—¿Y qué propones, *koll* Ramos? —prosigue el más listo de los gemelos.

—Ya lo sabes, *tavarish* Iván. El Tuerto pegado a vosotros.

—Como las ladillas a vuestras putas —interviene Durán.

—Prohibido hablar en ruso. Las palabras que intercambies con tus amigos las quiero con una dicción perfecta. Sin gestos ni nada que no quede claro.

—Y nada de vodka —dice El Tuerto.

—Nada que haya salido del alambique de Igor, ¿estamos? Aquí, el señor Durán es un alcohólico rehabilitado. No queremos que recaiga.

—Ni tampoco os gustará verme borracho. —Sonrisa patibularia—. Os lo aseguro.

Las películas de Sergio Leone tenían razón. En un duelo se mira a los ojos, una mirada marmórea, a la espera de que al otro se le encoja el prepucio antes que a ti.

En este caso, los rusos terminan por claudicar y comienzan una perorata sin sentido en su indescifrable lengua. Igor grita, gesticula con las manos, desenfunda el machete y nos señala con él. Iván grita más, se caga en todos los mártires de la Patria Rusa, o al menos pone cara de hacerlo, y después escupe al suelo varias veces. Cuando terminan la reunión familiar, Iván se acerca a mi posición de nuevo. Siento su aliento de toro bravo en la cara.

—*Da*. Que venga Tuerto. Pero que esté callado.

—Hablaré si me da la puta gana —salta Durán antes de que nadie haya reaccionado.

—¡Harás lo que te digan, hostias! —le ordeno.

Insultos en castellano, en ruso y hasta en valenciano. Un avión nos sobrevuela y el motor de las turbinas consigue que el silencio vuelva a nuestro pequeño paraíso.

Igor tiene una vena hinchada en la frente. Iván mueve los labios bajo la barba.

—¿Tienes la ruta? —pregunta, tenso.

Le tiendo el papel doblado que vegeta en el bolsillo de mi chaqueta. Sin siquiera mirarlo se lo pasa a Igor y se lo lleva a la furgoneta.

—Esta tarde seremos millonarios, *tavarish*.

—Más bien esta noche —rectifico.

—¿Quieres saber el plan?

—No.

—Está bien. —Se enciende un puro—. Que sepas que tenemos gente controlando la comisaría. Espero que la información sea buena.

—De primera mano.

Su gesto se endurece tras la cortina de humo.

—La cosa se pondrá seria en los días siguientes, Ramos. Tu parte consistirá en no vendernos.

Tal vez vacilo un segundo, lo suficiente para que se preocupe las siguientes horas.

—Cuenta con ello.

—Nos veremos aquí a las doce de esta noche, ¿*da*?

—Da.

Fonsi y yo giramos sobre nuestros talones y regresamos al coche, aunque parece estar a una distancia inabarcable. Evito echar una mirada atrás como haría un enamorado platónico. Escuchamos el motor de la furgoneta al engranar primera y la veo alejarse entre excavadoras. Marc respira con dificultad.

—No has dicho ni media palabra, compañero. ¿Estás bien?

—Esto no me gusta, Antonio —dice—. ¿Qué harán con El Tuerto?

—No me importa. Solo espero que sepa cuidar de sí mismo y llegue vivo a esta noche.

Un Airbus inicia la maniobra para aterrizar a nuestra espalda. El ruido es ensordecedor.

—Durán tenía razón.

—¿En qué?

—Nos pueden soltar un tiro en cualquier momento.

## 9:08

—Estoy cansado de hablar.

—Para eso estás aquí.

—Ya, pero ¿no se supone que deberíamos avanzar?

—Estamos avanzando.

—Como los cangrejos.

Esta vez el doctor Cortés me psicoanaliza con la ventana abierta. No se puede

fumar, es su lugar de trabajo, pero ha hecho una excepción. Puede que mi nerviosismo sea más evidente de lo que me gustaría.

—Está bien. —Se sienta en el pico de la mesa—. Vamos a hacer algo. Quiero que me hable de forma coloquial. No sé, inicie una conversación como si fuéramos amigos.

—¿Somos amigos?

—Podríamos llegar a serlo.

Y me sonrío tras la barba. Y la barba me recuerda al testimonio de las violaciones, el cabrón que se cargó a la Carmencita, el mismo tipo de barba que gasta Jesús. Y entonces sé que este tipo y yo jamás seremos amigos. Él nunca sabrá que ha sido por una estupidez como una catedral, porque si algo tengo claro es que el doctor Cortés es un buen hombre y no un criminal.

—Está bien. ¿Qué quiere saber?

—Todo y nada.

Repaso mentalmente los últimos días. Nelson Chávez flotando en una playa, el cadáver de Cosme Trujillo sosteniendo una escopeta, el psicópata de Julián Moscardó viniendo hacia mí cubierto de sangre, la tragedia de llamarse Teodora Atienzar, el triste regreso a las Islas Afortunadas de Carmencita, las lágrimas de Marc, el desprecio del Zorro ante sus admiradores, el desprecio de mi esposa, el de mi hija, la indiferencia de mi hijo. Suspiro. Será mejor que hable de cualquier estupidez.

—El otro día un colega me contó que iba a escribir un libro. El tío es periodista, aunque no creo que tenga mucha imaginación. El título es *Ríos de Farlopa*.

—Es potente.

—Eso piensa él.

—¿De qué trata?

—Creo que no lo sabe, pero le gusta el título.

—¿No dijo nada?

—Se lo tuvimos que sonsacar, aunque creo que lo estaba improvisando. El protagonista era un honesto y heroico reportero, ¿se lo puede creer? Habla de sí mismo. Me recuerda a la tipa esta que siempre escribe sobre escritoras neuróticas.

—Algunas personas tienen bastante con su vida para inspirarse.

—Entonces yo debería hacer una puta trilogía.

—¿Y cómo la titularía?

—Yo qué sé. Lo he dicho por decir.

—Es obvio. Pero en el caso de que fuera a escribirla de verdad, ¿cómo la titularía?

—¿Mi vida?

—Su vida.

Todo lo que soy, lo que fui, lo que pude llegar a ser. Resumido en una frase. Y la respuesta está tan clara como el agua amarga.

—Insensible.

—¿Y por qué?

—Por todo y por nada.

—Esa respuesta es muy vacua.

—Es... A ver. No sabría explicarlo.

—Todo es intentarlo.

—Insensible... Por un lado porque siento que tengo una película que me aísla de los demás, que deja toda la mierda fuera. Se podría decir que voy por ahí con una coraza, como los caballeros andantes, solo que a mí me la pela todo. Mi armadura es de indiferencia. Me distancio de mi trabajo, de mis amigos, de mi familia. A veces pienso en cosas que he hecho y me parecen mentira. No vivo el momento, ¿sabe? Te das cuenta de los buenos momentos cuando ya han pasado. El futuro es ese lugar luminoso que no termina de llegar y, cuando lo hace, no es como esperabas. Puedo soñar con dinero, pero cuando lo tengo lo guardo y, si lo gasto, me siento culpable. Es una lucha contra la vida, pero esta es más puta que tú. Así que decido contemplarla desde mi palco, mi pequeño mundo donde todo es posible. ¿Sentirme vivo? A veces. Pero siempre espero la hostia, el disgusto del día, el giro cabrón que me haga replantearme las cosas solo para volver a dejarlas como estaban. Ni siquiera el sexo me entusiasma. Es algo que nunca esperé decir en voz alta, pero así es. A veces veo a los pederastas y a los desviados que se tiran a perros, y pienso en cómo habrán llegado a ese nivel. ¿Nacieron enfermos? Yo creo que comenzó con una decepción, la más grande, la que las mujeres guardan entre las piernas. Después buscan ese algo más que les prometieron, y lo encuentran donde no está. No los justifico. Me dan náuseas, joder. Pero siento que podría convertirme en uno de ellos, en el monstruo, el tipo al otro lado de la ley. Follo por follar. Con rabia. A veces por compromiso. Otras, por asco. Es como si la coraza que me protege y separa de todo y todos llegase hasta la punta de la polla. Y sin ilusiones por nada, con indiferencia hacia los demás, con una mala leche que me sale por las orejas, lo raro es que no me haya pegado un tiro. Si no lo he hecho es porque hasta eso me da igual.

## **12:47**

Alguien ha hecho una tabla de apuestas en el corcho de anuncios, junto al próximo partido de la liguilla de fútbol. De momento, gana por cinco a uno que Jesús es inocente. Hasta el payaso de Miñarro ha apostado a que es culpable. A Rog le encantaría esta apuesta. No resisto la tentación y me apunto a boli en el bando perdedor.

—Yo creo que todo esto es una pérdida de tiempo, inspector —ronca una voz a mi espalda.

No me sorprende al encontrarme a Francis Portela. El cínico uniformado me observa con aburrimiento mientras hace nada.

—No me jodas, Francis. Llámame Antonio, ¿quieres?

—¿Ya te has sacado el cactus del culo?

—Me dijeron que era bueno para la circulación.

—¿Y funciona?

—En tu cumpleaños te regalaré uno y me lo cuentas de primera mano.

—Olvídalo. —Señala la lista—. Añade mi nombre en la columna de culpable.

—¿No te han convencido sus argumentos?

—Ese tipo es una aberración. No hace más que manipular la palabra de Dios. Le da la vuelta para que signifique lo que le interesa a cada momento. ¿Sabes a quién me recuerda?

—¿A la Conferencia Episcopal?

—Muy gracioso. No, ese imbécil es como el concejal de Urbanismo. Si no se metiera droga seguro que ganaba las elecciones.

—Eso precisamente es lo que hacen los políticos.

—Están esperando a que le venga el mono a ver si canta otra cosa, pero el tío aguanta bien. Algunos hasta se creen ese cuento chino de que es Cristo. Estoy deseando que me dejen a solas con él para quitarle la gilipollez a hostias.

Marc atraviesa el dintel y se coloca en mi escritorio. Me despido con cortesía de Portela y me acerco. Nuestra forma de disimular consiste en no mirarnos a la cara. Me pasa varios expedientes sobre el caso de Cosme Trujillo.

—Inventario completo —explica—. Tras la pared falsa encontramos cantidad de papeles archivados. ¿A qué no lo sabías?

—Corta el rollo. —Los hojeo—. ¿Me haces un resumen?

—Eran informes médicos de los años setenta y ochenta. Hay varios cientos. Son todos de mujeres. He separado los más interesantes. Fíjate en los nombres.

Me siento tras el escritorio. Reconozco varios apellidos. Esposas de conocidos empresarios, herederas de fortunas millonarias y hasta varias hijas de cierta duquesa. En páginas interiores se detalla con meticulosidad una intervención para provocar un aborto.

—Hemos llamado a varias. Ninguna quiere hablar. Dicen que no sabe de qué hablamos. Lo típico.

Continúo absorto en la lectura de los informes. Algunas no tenían ni los dieciséis cuando fueron a abortar. Otras estaban ya en los ocho meses de gestación. Las más desconocidas tienen apuntadas siglas al lado. Se describen las herramientas usadas para triturar el feto en la barriga, el tratamiento para el postoperatorio y hasta medicinas importadas de Suiza para la recuperación. Las fechas van desde 1973 hasta 1985. El cabrón hizo negocio durante mucho tiempo. En otra carpeta hay una pequeña biografía de Cosme Trujillo. Tenía el título de veterinario. Un carnicero arrancando la vida a niños no natos.

—¿Qué te parece, Antonio?

—El tipo tenía montada una clínica de abortos ilegales para la alta cuna de la

Comunitat Valenciana. En los años en que se produjeron era un delito grave. Trujillo debía proporcionarles discreción absoluta. Incluso los nombres que no dicen nada pueden ser seudónimos y que las siglas coincidan con la identidad real. Joder, hasta puede que sean de las amantes de los ricachones de la época, que no querían tener hijos bastardos por el mundo. Eso explicaría los fajos de billetes que coleccionaba.

—Algunos eran de las antiguas pesetas, antes de la llegada del euro.

—Por eso mismo. Nuestro amigo Cosme Trujillo parece que hacía su agosto amenazando con poner en circulación sus archivos secretos. Mira esta tía. —Señalo un nombre—. Es una reputada coleccionista de arte y hasta hace de mecenas para algunos jovenzuelos. Si hubiera salido a la luz el aborto, podría haberse producido un escándalo.

—Hoy por hoy está más normalizado. No entiendo por qué siguen dando tanta importancia a estas cosas.

—No lo entiendes. A ese nivel de vida, la reputación es lo que te mantiene las puertas abiertas. ¿Imaginas lo que haría Roger Escudero con esta información? No, esta gente necesita la prudencia para mantener su estatus. Y esta mierda sería un escándalo gordo.

—¿Qué hacemos?

—Nada, que decida el comisario. Esto no es nuestro problema, pero puede serlo si termina filtrándose.

—¿Crees que lo mataron por eso? Llegó un sicario y le metió un chute mortal. La venganza por estar chantajeando a quien no debía durante tantos años.

—No lo sé, es posible. Aunque el *modus operandi* no es el típico. ¿Por qué no descerrarle un tiro al viejales? Y te recuerdo que tenía una escopeta entre las manos.

—¿Crees que esperaba visita?

—Creo que estaba loco para lo que le interesaba. Vivía como un mendigo pero rodeado de billetes. El caso es que quien lo hizo no se llevó los informes. Ni siquiera los buscó, porque entonces habría encontrado el dinero. Hay dos opciones: la primera es que le importaba una mierda que se supiera, porque la persona implicada ya estaba muerta o algo por el estilo; la segunda, que desconociera su existencia, en tal caso, el crimen no fue por revancha.

—Lo que no entiendo es cómo coño se pusieron en manos de un veterinario para abortar. Hay que estar muy desesperada. ¿Con toda la pasta que debían tener en la época y no encontraron nada mejor?

Una corazonada. Me muerdo el labio inferior. Veo la conexión y me parece muy débil, pero existe y eso es lo preocupante.

—Te equivocas, Marc. Encontraron al mejor.

—¿A qué te refieres?

—Tú lo has dicho. Nadie en su sano juicio iría a abortar a una clínica para perros. Pero en el edificio de General Polavieja había otro médico.

—Asensio Moscardó.

—La familia asesinada. Los dos casos están relacionados.

## 16:36

Un despacho para nosotros solos. Parecemos importantes y todo. Los informes se amontonan en el suelo. La calefacción está apagada. Marc, Pilar y yo nos cansamos de esperar a la tortuga de Fermín. En realidad, no paramos de hablar desde que entramos por la puerta.

—Hay una posible conexión —explico—. Asensio Moscardó era ginecólogo. Nos preguntábamos por qué seguía viviendo en un edificio tan viejo. Esa es la respuesta.

—Cosme Trujillo lo tenía cogido por los huevos —asegura Marc.

—Chantaje puro y duro —razona Hurtado—. Asensio no podía marcharse. Trujillo le extorsionaba. Le hacía vivir en ese edificio de mierda, con un piso patera y rodeado de viejos.

—¿Podemos comprobar que trabajaron juntos en el pasado? —pregunta Fonsi.

—Dudo que encontremos pistas de hemeroteca que aún no hayan salido. —Se rasca la cabeza, suda, golpea la mesa con las uñas: Pilar necesita un café—. En cuanto tenga un hueco revisaré de nuevo sus biografías, pero dudo que un ginecólogo y un veterinario tuvieran nada que ver más allá de la clínica de abortos clandestina.

—¿Cómo coño se conocieron entonces?

—Eso ahora da igual. —Hurtado se pone autoritaria.

—Debemos atrapar al tío que lo hizo.

—Un solo asesino. —Pili extiende los papeles por la mesa como si fuera una manta de hojas del otoño—. El mismo que finiquitó a Moscardó se había encargado también de Trujillo.

—¿Partimos de que era uno solo? —Marc abre una ventana y enciende un cigarro—. Puede que fuera un grupo.

—¿Un escuadrón de la muerte? —Pilar duda—. No lo podemos descartar, pero de momento vayamos por lo sencillo. Ya habrá tiempo luego para complicarnos la vida, pero si vamos a sacar una hipótesis, quiero que sea la más clara y concisa posible.

—Pongamos las ideas en claro —prosigo—. A Trujillo lo asesinaron en plan *ninja*, con un veneno que no se puede conseguir, entre las dos y las tres de la madrugada del miércoles. La familia Moscardó aún tenía el café caliente cuando llegamos. Entre ambas hay unas ocho horas de diferencia. ¿Qué ocurrió?

Pilar Hurtado es una máquina de la empatía. Es capaz de ponerse en el lugar del otro y ver y sentir y pensar de forma muy similar. El método Stanislavski tiene a su mejor valedera en una policía sindicalista.

—Sorprendió a Trujillo, de eso no hay duda —elucubra la inspectora—. Le clavó la jeringa, puede que mientras dormía. El pobre viejales apenas tuvo tiempo de enganchar la escopeta y sentir cómo se le agarrotaban los dedos alrededor de ella.



Puede que el asesino se tomara su tiempo, le doblara las piernas una vez muerto y lo sentase en la silla. Puede que fuera tan sencillo como hacerlo antes de que se le colapsara el corazón. Y luego esperó.

—La puerta de Trujillo estaba abierta —recuerda Marc—. Es una hoja de papel con picaporte. Pero la de Asensio Moscardó es blindada.

—Una plancha de metal de dos dedos de grosor con cerradura de seguridad —enseño las fotos de la científica—. No pudo forzarla. Debió esperar a que le abrieran.

—¿La asistente?

—El chaval la acusó, pero ella no se atrevió a señalar al crío.

—Fijaos en esto —indica Pilar—: Quienquiera que lo hizo, no se llevó el dinero de Cosme Trujillo. Sin embargo, unos días después apareció una pared picada. De ahí surgieron los informes médicos sobre abortos en los años setenta y ochenta.

Marc y yo nos miramos por un fugaz segundo. Su mirada me indica que no va a abrir la boca. No hay manera humana de decirle a Hurtado que nosotros derribamos ese tabique en busca de más dinero. Puede que ese hecho la desvíe de la realidad, que busque quimeras donde solo hay mierda.

—Nuestro sospechoso regresó a General Polavieja, abrió un boquete, y dejó al aire todos los archivos —la mujer nos señala con la barbilla—. ¿Qué pretendía?

—Que los encontráramos —contesto por contestar.

—Puede tratarse de una venganza pura y dura. Sacar los papeles a la luz y que se joda quien se tenga que joder.

—¿Y qué pintan en todo esto el hijo de Moscardó, Ernesto, y la sirvienta, Teodora Atienzar? —Intento desviar la conversación.

—Lo descubriremos, eso seguro. Hay algo que aún no nos han contado, pero antes o después verá la luz.

—Entonces, ¿cuál es la hipótesis, inspectora? —pregunta Marc.

Se lo piensa durante unos segundos. Después se pone en pie y se acerca a mi compañero. Por un momento me parece ver la incredulidad avanzando por su interior, reptando a voz en grito, acusándolo. Pero no. Pilar abre más la ventana, le quita el rubio de las manos y aspira una larga calada.

—El informe que le voy a presentar al comisario Llorente contendrá lo siguiente —recita—: uno o varios individuos asaltaron la casa de Cosme Trujillo en la madrugada del martes al miércoles y lo asesinaron con curare, un veneno tropical complicado de obtener en España. Sospechamos que buscaban los informes sobre el aborto, y por eso no tocaron el dinero.

—O puede que sí, pero no pudieran llevárselo todo —interrumpe Fonsi.

La mitología asegura que Medusa lanzaba tal mirada que convertía a los hombres en piedra. Pilar Hurtado la tiene bastante conseguida, y lo mejor es que le sale de forma automática. El pobre Marc aún no entiende cómo funciona esta mujer. Creo que me voy a enamorar.

—Después de esperar al amanecer, aguardaron a que se abriera la puerta. La

implicación de la sirvienta aún no está clara, pero todo la señala. Asesinaron a la familia a cuchilladas, torturaron a Teodora Atienzar, y se olvidaron del hijo: Ernesto Moscardó.

—Eso es una gilipollez y lo sabes —digo—. El puto crío es un psicópata.

—De momento sigamos por aquí, al menos oficialmente. Que se confíe y cometa errores.

—¿Qué más?

—Hay indicios de que Trujillo trabajó con Asensio Moscardó. Aún hay que comprobar todos los ficheros que encontramos tras la falsa pared, pero tiene toda la pinta de que es por eso. Las casualidades no existen en la policía.

—Nos llevará días.

—Lo sé.

Silencio. Pilar fuma con tranquilidad. Los tres pensamos lo mismo. Estamos como al principio. La madeja sigue igual de liada. Tenemos más preguntas y las mismas respuestas. Todo son conjeturas.

—Empezaremos revisando a conciencia todo este papeleo —suspira—. Después ya veremos. Esperemos que alguna de estas mujeres esté más dispuesta a colaborar y nos clarifique el tema.

—Eso te lo dejamos a ti —le guiño un ojo—. Este asunto necesita un enfoque femenino.

—Sin duda. Tú y tu compañero tenéis el tacto de una fresadora. —Se vuelve hacia Fonsi—. No te ofendas.

—No lo hago.

El teléfono me vibra medio segundo. Mensaje de un número desconocido. «Acuérdate de comprar el pan». Respiro aliviado: Durán se acuerda de las claves y al menos sigue vivo. Los rusos han tenido que cargar con el viejo del Tuerto.

Le quito la colilla a Pili y la consumo de una chupada. No hay rastro de carmín, ni de saliva, ni de nada. Es la mujer insípida. Se aleja unos pasos y recoge los informes. Yo apago el filtro contra la repisa y lo lanzo al asfalto. En la acera de enfrente hay un gandul apoyado en una moto. Me pregunto si me dará la hora en ruso, y la respuesta me llena de desasosiego.

Los Organov aseguran que están controlando la salida del furgón cargado de billetes, pero no puedo dejar de pensar que en realidad me vigilan a mí.

—Me pondré a revisar la documentación —asiente Hurtado, sentándose tras la mesa con aire de Prometeo ambiguo, pero condenado a la eternidad al fin y al cabo—. La conexión entre Trujillo y Moscardó debe estar aquí, en nuestra propia cara. Una vez tengamos toda la historia pasada más clara, veremos dónde nos lleva. ¿Me echáis un cable?

—Ahora mismo no podemos —digo—. Aún colea el asunto de Carmencita.

Pilar se recuesta sobre la silla, cansada y aburrída. El cuello ladeado y yo con ganas de mordérselo.

—Ya encontraste a un sospechoso, ¿qué más quieres hacer?

Atracar un furgón policial ayudado de una banda de criminales rusos. Pero en lugar de pronunciar mi suicidio, me encojo de hombros y respondo:

—Terminarlo.

## 18:59

El tipejo de la moto ha estado en la puerta dos horas. Después ha llegado su clon y ha tomado el relevo.

Durán manda un nuevo mensaje a la hora acordada. «Recuerda que soy alérgica al látex». Viejo cabrón. No debí darle la oportunidad de escoger las frases.

El día se alarga entre el nerviosismo y el disimulo. Me miro el reloj de pulsera, el de pared, el del teléfono y hasta el del ordenador. El tiempo se arrastra lento y denso dejando su cicatriz de baba de caracol. En ocasiones se detiene, en otras, acelera, y hay veces que parece ir marcha atrás. Este es el precio a pagar: la larga espera del reo ante el patíbulo, la antesala de un dentista al que le huele el aliento a *whisky*, la respuesta a ese mensaje que te confirme que el amor no es unilateral, un zulo sin ventanas, ni puerta ni retrete donde lo único que queda es el tiempo, el inagotable y eterno tiempo.

Entonces me percato. Falta algo sobre mi escritorio. Algo que no pensaba que echaría de menos, pero que no está.

—¿Dónde está mi pájaro?

—¿Qué? —Marc está como ido.

Una compañera se dirige hacia la máquina de café.

—Lidia, ¿has visto a mi gorrión? —pregunto.

—¿Bruce Willis? —De nuevo, le han cambiado el nombre—. Murió hace dos días. La de la limpieza lo tiró a la basura.

Dos días. Mi vida se volvió tan loca desde que la momia de Cosme Trujillo se cruzó en mi camino que ni siquiera me he acordado de mi nuevo amigo. Dos días en los que no he estado en mi cuerpo, que apenas he comido, que he agrandado mi úlcera y aumentado mi tensión hasta el borde del paro cardiaco. Y, sin saber por qué, por primera vez en mucho tiempo, siento una profunda pena.

—Gracias —le digo a Lidia.

—¿Estás bien, Ramos?

—Claro —sonrío—. Siempre estoy bien.

Igual que Marc. Desde ayer, Fonsi habita en una galaxia muy lejana. Su impaciencia no tiene nada que ver con la mía. Él ansía una voz que no volverá, unas caricias que ya son frías, una risa que algún malnacido se obsesionó en borrar. Carmencita no está y él se siente culpable. Y eso es lo que le falta a la investigación: un culpable. Fonsi se entregaría con los brazos abiertos, acataría toda la mierda que le

echaran con tal de quitarse esa losa de la conciencia. Condenado por amar. ¿Puede existir algo peor?

Por suerte, yo estoy a su lado. Nadie le hará preguntas incómodas de respuestas interpretables. Irónicamente, le he proporcionado lo que a mí me sobra a patadas: tiempo.

—Un juego —digo para distraerlo—. Si tuvieras impunidad absoluta, si sabes que hagas lo que hagas nadie te puede tocar, ¿a quién matarías?

—¿Qué dices, Antonio?

—Sí, vamos, es bien sencillo. Tienes una pistola con una bala, ¿de acuerdo? Y te dan carta blanca para que mates a quien quieras.

—¿Quién lo decide?

—Eso es lo de menos. Tienes esa posibilidad. Puedes incluso ir a un programa de televisión y pegarle un tiro a alguien del público en directo, ante siete cámaras, delante de toda España. Y nadie te señalaría, nadie pediría justicia.

—¿Y la pregunta es...?

—¿A quién le volarías la sesera?

—Yo... no lo sé, ¿vale?

—Piensa un poco, joder.

Nunca he visto a Fonsi pensar, al menos no tanto como para concentrarse. Su gesto es extraño, con dos únicas arrugas en la frente, pero bien gruesas. Su mirada se centra en la nada del suelo y no mueve ni una pestaña.

—Al cabrón que se cargó a mi Carmen —dice por fin.

—Eso no vale.

—¿Y por qué no?

—Porque a ese nos los vamos a cepillar igual. Te lo prometí y lo mantengo.

—Lo siento, Antonio. No puedo pensar en nadie más.

—Ya veo.

—¿Y a quién matarías tú? A ver...

—Lo tengo claro desde hace años. Haría lo que te he comentado antes, lo del programa de televisión, pero no dispararía contra el público. Le volaría el melón a la presentadora. Y estoy seguro que la gente me aplaudiría.

—¿Pero qué presentadora?

—No recuerdo el nombre, pero ya sabes cuál te digo. Esa que va de periodista pero que ni tiene el título ni nada que se le parezca.

—¿La que enchufó en la tele a su hija?

—La misma.

—La hija tiene los melones hermosos, pero es más tonta que caerse de culo.

—Pues la madre es peor. Yo creo que la vomitó Satanás y nos cayó a nosotros. ¿Has visto alguna vez cómo trata a sus invitados? Me da asco, en serio, pero sigue sin morirle la tía. Y ya estará por los ochocientos años por lo menos. Creo que es inmortal, ¿sabes? Si algún día hay una guerra nuclear, solo sobrevivirán las

cucarachas y ella, porque...

Marc se queda boquiabierto, blanco, una estatua de guano seco y ceniciento. Su mirada está perdida en la infinidad a mi espalda. En el pasillo hay un grupo de chicas reunidas al calor de la máquina de café. Miñarro es el chamán de la tribu, un Rey León tartamudo de mueca solemne. El trío de mujeres parece un cuadro de Goya, con gesto de velatorio, cabeza gacha, pañuelo en mano. Miro de nuevo a Fonsi. Aprieta tanto los labios que dudo que pueda despegarlos algún día.

—¿Son ellas? —pregunto para confirmar la respuesta—. ¿Son las compañeras de piso de Carmencita?

Asiente tan despacio que hasta el sol cambia de posición.

—Me enseñó fotos que tenía en el móvil.

—Escóndete detrás de unos folios. Yo me ocupo.

—No saben quién soy.

—Me da igual. Haz lo que te digo.

Avanzo hacia el comité de plañideras. Intento sonreír, pero un cristal me devuelve el gesto de un lobo mostrando los colmillos. Las chicas son tres: una flacucha con cara avinagrada, otra pequeñita con grandes tetas, y una tercera que parece que se haya comido a las otras dos.

—Miñarro, ¿qué sucede?

El Inspector Jefe me lanza la misma mirada que le dedicaría a una mosca cojonera.

—Son amigas de Carmencita —explica con parsimonia—. Hemos estado charlando.

Le engancho del brazo. No se resiste. Me acompaña un par de metros hasta alejarnos.

—Creía que estaba en el caso —le recuerdo—. ¿Por qué no me has avisado?

—Para esto se ne-necesitaba delicadeza, y tú tienes el mismo tacto que una fresadora.

Es la segunda vez que me lo dicen hoy.

—¿Habéis sacado algo en claro?

—Dicen que tenía una aventura. Nunca vieron al tipo, aunque una de ellas la escuchó varias veces hablando con un chico por teléfono. Cuando nos lleguen los listados de telefonía, la cosa se aclarará bastante.

—¿Por qué no los tenemos ya?

—Morales se está atrasando con la orden ju-judicial. Dice que está hasta arriba de trabajo y no quiere que le digamos lo que es prioritario y lo que no.

Eso nos dará algunos días antes de que relacionen las llamadas con Marc. Y tal y como sospechaba, estas estudiantes de Magisterio son tan tontas como aparentan. Ni siquiera vieron a Fonsi con ella. La Carmencita sabía cómo cubrirse el culo aunque enseñase el tanga.

—Alegra esa cara, Ramos. —Miñarro me palmea la espalda—. Al final va a ser el

novio.

—¿Y qué hay de la declaración de Jesús?

—¿Tu yonqui? Creemos que a-atacó a alguien, pero iba tan drogado que no sabe a quién. De todas formas vamos a comprobarlo.

No es buena idea, al menos de momento. Hora de meter la cuchara.

—Las declaraciones de las otras chicas supervivientes coincidían con la descripción de Chus.

—Sí, sí. —Se acaricia los lacrimales—. No podemos descartar ninguna hipótesis. Por eso he montado una rueda de reconocimiento.

El mayor timo del sistema policial es el de las ruedas de identificación de testigos. El truco consiste en dar pequeñas indicaciones sin que se den cuenta. Por ejemplo, si están buscando a un tipo negro, se coloca a un senegalés rodeado de moros, por lo que nuestro hombre destacará por su color de piel más oscuro. El testigo, aunque no esté seguro, señalará al subsahariano, el cual pasará a la sombra largo tiempo. Si, como es el caso, el desgraciado que nos interesa enchironar es blanco y la estrategia es otra. Primero se le muestran fotos de sospechosos, entre las que está la de nuestro hombre. Una vez el testigo las ha visto, pasa a la rueda de reconocimiento, donde la única cara que se repite de las fotos es la de nuestro amigo. Por supuesto, lo identifica al instante. Recuerdo y manipulación se mezclan por el bien de la sociedad, aunque eso deje libres a asesinos y violadores.

Si Miñarro quiere que reconozcan a Jesús, ellas lo harán. Por suerte, yo también sé tirar de los hilos.

—Quiero estar presente —digo.

—¿No tienes nada mejor q-que hacer?

—Esto es prioritario. —Y de nuevo intento sonreír, aunque vuelve a salir el diente de depredador.

## 21:23

El cabrón de Miñarro me la ha jugado. Lleva horas consolando a las chicas, repitiéndole preguntas, mientras deja que Jesús se ablande en la sala de reconocimiento. La excusa oficial es que no hay bastante gente para la rueda y están buscando a más. Lo que está claro es que le gusta lo que esconde la más bajita tras el suéter de licra.

Sin embargo, el único resultado es que al final llegaré tarde a mi encuentro con unos perros rabiosos rusos. El furgón está a pocos minutos de abandonar el almacén de pruebas si no lo ha hecho ya. Durán me ha mandado un nuevo mensaje: «Ni te imaginas lo que puedo hacer con los dedos». La verdad es que no, no quiero saberlo.

—Carmen era un ángel. —Llora la de la cara de asco.

—Una santa —se suma Godzilla.

Miñarro las mira a todas y abraza a la tercera que no ha abierto la boca. Las enormes ubres de la chica se clavan en su pecho y entonces es el Inspector Jefe quien suspira.

—¿Estáis seguras de que queréis hacerlo? —pregunta tras dejar que corra el aire de nuevo—. No es agradable.

—Sí, sí —murmulla la enferma de obesidad mórbida mientras besa un rosario que lleva al cuello—. Se lo debemos a Carmen.

—Entonces vamos.

Las tres mosqueteras entran en la sala y se cobijan tras el cristal. Engancho a Miñarro del brazo.

—Voy a ver a nuestra pieza —le digo al oído.

—No la jo-jodas, Ramos.

—A este le van a temblar las rodillas, te lo juro.

Paso a la habitación de al lado. Jesús está adoctrinando a otros cinco mendigos. La mayoría están hinchados por su dieta de cartones de vino barato. Hay veces que se escogen policías de paisano para completar las ruedas, pero las directrices de Llorente, basadas en su paranoia constante, nos lo impiden. El buen comisario asegura que se nos reconoce hasta por la forma de mirar. Los testigos huelen a un agente a metros de distancia. Perfume de Madero. Algún día inventarán esa fragancia.

—Mi hermano favorito. —Chus sonrío tras la cara, aunque en su mirada se percibe un mono incipiente—. ¿Te unes a nuestras oraciones?

Están escoltados por Portela y Moreno, ambos bajo el atento mando de un sudoroso Fermín. El abuelo está apartándose de su deber. De cualquier forma, he de ser discreto.

—¿Todo bien, compañeros?

—Terminamos con esta mierda y nos vamos al bar —dice Moreno.

—Id con cuidado. —Bajo el tono de voz, pero lo mantengo lo suficientemente alto para que me oiga Jesús—. Que no hagan gestos raros. Nunca se sabe quién puede estar mirando.

Miñarro aparece tras la puerta.

—Ramos, ¿nos acompañas?

Me despido con un saludo militar. Varios vagabundos me lo devuelven, e incluso hay uno que se golpea el pecho y lanza un «¡Viva la Dictadura!». Otro se caga en Franco y se forma una pequeña pelea. Los uniformados tienen que poner orden mientras Fermín se afloja el nudo de la corbata.

Al llegar al otro lado, Miñarro me observa extrañado.

—¿Qué ha pa-pasado ahí dentro?

—No tengo ni idea —miento.

Miro el reloj. Ahora el tiempo pasa demasiado deprisa. El furgón hace rato que va en camino. Durán solo tiene que mandar un mensaje más, el que confirme que todo ha salido bien.

El silencio tras el espejo se mezcla con las muestras de cariño de Miñarro hacia la pequeñaja de pecho generoso. La gorda amasa su rosario entre los dedos morcillones, lo besa y temo que le entre hambre y se lo trague sin masticar. La otra, la tía pellejo, se rasca el pelo con saña, como si fuera algo personal entre ella y su caspa.

El tiempo se ralentiza y al final se escucha movimiento tras el cristal. Un instante después se encienden las luces. Jesús aguanta el cartel con el cuatro y mira sereno hacia la galería. El vagabundo que lanzó una salva al fascismo luce un ojo morado, mientras que el tipo que le replicó se sorbe los mocos de sangre que le caen de la nariz rota. Fermín se ha descolgado con el número dos, no sé si para mantener la calma o porque alguno de los mendigos ha acabado demasiado perjudicado tras la trifulca.

Las compañeras de piso de Carmencita murmuran entre sí. No reconocen ninguna cara, pero la más flaca señala a Jesús con indecisión. Miñarro agarra el micrófono y dice:

—Número cuatro, un paso al frente.

Jesús le da la vuelta a su cartel y el número forma una *h*. Sonríe y guiña un ojo.

—Número cuatro, un pa-paso al frente —repite el Inspector Jefe.

Al final hace caso. La huesuda y la enana susurran que no están seguras. Entonces Jesús hace la señal de la cruz mientras sostiene el cartel con la otra mano. Luego mira al cielo.

Y sucede. Un estruendo espantoso, como si un meteorito hubiera impactado contra La Tierra, como si un hipopótamo hubiera aprendido a saltar a la comba, como si King Kong golpeará el suelo con la polla. Pero la realidad es mucho más terrible que la peor de las pesadillas. Todos los presentes, incluidos los mendigos al otro lado del espejo, miramos en dirección a la fuente de ese ruido. La gorda se ha dejado caer hacia delante y se ha postrado de rodillas. Lágrimas en los ojos, el rosario enredado entre los boniatos que tiene por dedos.

—¡Él! —grita como ida—. ¡Él!

—¿El número cuatro? —Miñarro se frota las manos, pero no desaprovecha la ocasión y agarra por los hombros a su pitufa preferida.

—¡Sí! —vocifera la gorda—. ¡Es el cuatro! ¡Él!

—Joder, ya lo te-tenemos.

Todo se va a la mierda. Ha reconocido a Jesús en un ataque de histeria. Esto va a complicar las cosas. Miro a mi confidente y este me guiña un ojo.

—¿Estás completamente segura? —pregunta Miñarro, sin soltar a su víctima de metro y medio.

—¡Sí! —Zampabollos sigue en trance—. ¡Es ÉL! ¡Es Jesucristo!

La cara de Miñarro es un poema. Su brazo suelta a la niña y cae flácido como su propio pene. El fin de la erección del Inspector Jefe.

—¿Q-q-qu...? —Intenta decir.

—¡Oh, mi Señor Jesucristo! —implora—. ¡He dedicado mi vida a tu nombre!



No puedo aguantar y estallo en carcajadas. La flaca duda si reír o arrodillarse, y al final no hace nada.

—Está bien... —Miñarro se lleva las manos a las sienes—. Habéis estado sometidas a mucha pre-presión. Es normal que...

—¡Tómame! —estalla la exaltada—. ¡Toma mi virginidad, oh, mi Dios!

La gorda se baja los pantalones y se arranca unas bragas del tamaño de Tanzania. Rebusca algo entre las mallas con la mano del rosario.

—Señorita, por favor —Miñarro no sabe por dónde empezar.

—¡Tuyo es, mío no! —Los ojos en blanco—. ¡Oh, Dios, oh Diosssss!

Moreno abre la puerta en ese preciso instante. No puedo dejar de reír.

—Joder, está entrando en *shock* —el Inspector Jefe le da varios golpecitos en la cara, pero Miss Talla Grande no reacciona—. ¡Pedid ayuda! ¡Vamos!

El novato sale a escape. Los mendigos se arriman al espejo y ponen las manos con forma de visera para poder ver lo que sucede dentro. Uno de ellos se toca la entrepierna. Los dos que se habían peleado antes deciden terminar con lo que empezaron y se lían a hostias. Jesús se coloca el pelo sucio en una cola de caballo. Dice algo que no oigo, pero leo en sus labios la palabra «milagro».

Un segundo después la chica convulsiona por última vez mientras escupe espumarajos. Cuando salgo por la puerta yace inerte.

Nadie se ríe, pero escucho llantos.

## 22:36

—¿Y está muerta? —me pregunta Fonsi.

—No tengo ni idea. —No dejo de mirar por el retrovisor—. Lo mismo solo se ha desmayado. Joder, parecía drogada. Quería que Jesús se la calzara.

Conduzco el coche de Marc. Es más potente que el mío y, si tenemos que salir quemando rueda del encuentro con los Organov, mejor contar con todos los caballos posibles. Mi compañero se frota las manos en el asiento del copiloto. Dice que está tan nervioso que no sería capaz ni de ponerse un condón del derecho.

—Pobrecita. Necesitaba un polvo.

—Todos lo necesitamos. Incluso los que dicen lo contrario, aquellos que están sobrados, matarían por echar uno más.

El móvil entre las piernas a la espera del mensaje de Durán. Algo no marcha bien. Se está retrasando más de lo que la templanza de mis nervios puede aguantar. Quizá tras dar el palo los rusos lo hayan liquidado. Después iremos Marc y yo. No querrán dejar cabos sueltos.

Una melodía polifónica hace que me dé un vuelco el corazón y casi nos estampamos contra un *sex-shop*. Un par de maricas que salían de la mano nos lanzan miradas de superioridad. Me detengo en mitad de la calzada. El autobús urbano que

tengo detrás me hace luces y acciona el claxon.

En la pantalla, un nombre: Roger Escudero.

—Roger —le saludo—. Me cago en tu madre.

—Ey, chicos, tengo un problema —dice al otro lado del hilo telefónico.

—Te voy a colgar, pedazo de imbécil. Estoy esperando una llamada.

—Esto es importante. —Pongo la opción de manos libres y continúo la marcha—.

Es lo del Zorro.

—¿Qué pasa con él, picapleitos? —Salta Fonsi.

—Y dale con lo de picapleitos... —se queja el periodista—. Escuchad, lo había organizado todo para esta noche. Me iban a traer la pasta, pero no puedo ir a la cita.

—¿Cómo que no puedes?

—Ni siquiera estoy en la ciudad. Pensé que llegaría a tiempo, pero es imposible.

Debéis mandar a alguien en mi lugar.

—¿Y dónde coño esperas que saquemos a alguien a estas horas? —Doy un volantazo y pongo dirección a la autovía.

—Joder, ¿qué queréis que os diga?

—¿No puedes cambiar la cita?

—Quedaríamos como unos aficionados.

—Es lo que eres, picapleitos.

—¿Por qué no vais vosotros?

—No podemos —digo—. Hemos quedado.

—¿Con quién?

—Ya te enseñaremos las fotos.

—Joder, ¿y ahora qué hacemos?

—Espera. —Marc me pone la mano en el hombro—. Está bien, picapleitos.

Nosotros nos ocupamos.

—¿Pero qué coño dices ahora, Fonsi? —le recrimino—. ¿Se te ha olvidado lo que estamos haciendo?

—Hazme caso, Antonio.

—Los cojones.

—Antonio... —Su mirada es mansa, me dice que mataría por mí, que iría al fin del mundo por una orden mía—. Escúchame. Por una vez en tu vida. Vamos a ver al Zorro primero.

—Hazle caso —murmura Rog.

Y la mano en el hombro, los ojos de cordero, la presión sobre mis espaldas. Es una estupidez, una ingenuidad. Pero Durán sigue sin contactar. Todo es una enorme torre de fichas de dominó a punto de derribarse.

—Espero que sepas lo que haces, Marc —contesto.

—No puedo tener las ideas más claras.

—¿Entonces vais? —pregunta Escudero—. ¿Lo dejo en vuestras manos?

—¿Quieres una confirmación por escrito o qué?

—He quedado con él a las once en la puerta de su hotel. Irá con el bigotudo de su productor. Echad un ojo antes, cuidado no vaya a ser una encerrona.

—Deseo asesinarte, ¿lo sabías? —Me sincero.

—Os amo, tíos, de verdad. Recordadme que os compre algo bonito.

—Mañana hablamos —y cuelgo.

Avanzo hasta un desvío y regreso a la ciudad. Fonsi sonrío con satisfacción. Paro en un vado y apago el motor.

—Bueno, ¿me explicas de qué va todo esto?

—Es una señal del cielo, Antonio, ¿no lo ves?

—Lo único que veo es que vamos a llegar tarde a la reunión y nos van a soltar dos tiros a cada uno.

—A eso me refiero. El Zorro es nuestro seguro de vida.

Conozco a mi compañero. No como si lo hubiera parido, pero sí sé por donde va con las palabras que no se atreve a pronunciar. Aún así, esperándome lo peor, hago un acto de fe y pregunto:

—¿Qué quieres decir?

—Los rusos se creen que iremos solos y nos pueden emboscar como quieran.

—Debemos confiar en su palabra. Y también está El Tuerto.

—No sabemos si ha cambiado de bando.

—Sé que no lo ha hecho.

—En cualquier caso, no se atreverán a hacernos nada si vamos con nuestro actor preferido de Hollywood.

El horror hecho realidad.

—¿Quieres llevar al Zorro al reparto del botín?

—Se van a acojonar. No se atreverán ni a enseñar las pipas. Si se les escapa un tiro y lo liquidan, se les echaría encima hasta la INTERPOL. No te das cuenta, Antonio: ese tío es nuestro as en la manga.

—¿Y no crees que irá corriendo a decir lo que ha pasado en cuanto nos demos la vuelta? —digo.

—Una puta arruina su reputación, pero esto además lo metería en chirona. Es participar en un crimen. No abrirá la boca aunque lo maten. Lo mismo hasta le inspira para su película.

—Oh, joder...

—Querías que participara en esto para cubrirte las espaldas. Y estas son mis condiciones: o con el Zorro o nada.

—¿Y cómo piensas convencerle para que suba al coche?

Me enseña el puño americano. Su sonrisa es inquietante.

—¿Desde cuando eso ha sido un problema?

No quiero ni pensar. Arranco y conduzco de nuevo.

—Una vez dispararon a un jugador del Hércules y perdisteis la liguilla de ascenso —continúa—. Tú me contaste esa historia.

—Me va a dar una puta úlcera...

## 23:07

Bienvenidos al mundo de las malas ideas. Después de los tipos que intentaron matar a Hitler e hicieron el ridículo, unos años después de que saliera al mercado la leche con flúor capaz de limpiarte los dientes pese a que el flúor es un veneno, una vez pronunciadas las famosas palabras de «tranquilos, no está cargada»... llega Marc Fons y dice que secuestremos al Zorro y lo llevemos a un intercambio de dinero negro con unos mafiosos rusos. *And the winner is...*

Lo que más me jode es que puede llevar razón. Imagino el caso contrario, que los rusos aparecieran con el Zorro. Pensaría que es una puta broma. No sabría cómo reaccionar. Un tipo duro se compone de instinto asesino, pero un tío duro listo además tiene una parte de interpretación. Intimidar cuando hay que hacerlo, mostrar templanza en otros casos, apuntar antes de apretar el gatillo, si se da el caso.

Avanzamos paralelos a la playa. No hay tiempo para comprobar en persona si hay vigilancia. Fonsi hace una llamada a la comisaría y pregunta quién coño está realizando un seguimiento en el Meliá. Tras comprobarlo, el compañero de centralita confirma que nadie.

Recibo un mensaje. Los nervios cada vez más de punta. Es El Tuerto: «Quiero un parchís magnético».

Lo han hecho. El dinero es nuestro.

Se lo enseño a Marc. Sonríe. Aprieta los dos puños con fuerza. Nos chocamos las manos. Nos abrazamos.

—Esto marcha —dice.

—Venga, olvidemos al Zorro. Vamos con los rusos ya.

—No —responde tajante—. Es mi decisión. Saldrá bien.

Pasamos con el coche por la puerta del hotel. No hay ni rastro.

—Puede que se haya acojonado —sugiero.

—Da la vuelta y miramos por detrás.

Al otro lado del Meliá han inaugurado un casino. Está en el puerto y su aspecto es pretencioso, de iluminación obscena, esperpéntico por fuera y lujoso por dentro, una imitación decadente de Las Vegas donde perder el dinero y la vergüenza. Sin duda, el mayor pecado urbanístico de toda la provincia.

Y como un parásito que surge de sus entrañas, aparece el Zorro de incógnito. Gafas de sol, bigotudo a juego, maletín en el brazo derecho. Nadie le presta la menor atención. Parece que ha recordado cómo mezclarse con la plebe de forma discreta.

Paramos en un aparcamiento cercano. Nos reconocen al instante. El actor murmura con su productor con mostacho. Marc se adelanta.

—Buenas noches, caballeros —saluda con descaro.

—¿Todo va bien? —contesta la morsa—. Habíamos quedado con vuestro compinche.

—Perfectamente —señalo el maletín—. ¿Está todo?

Traga saliva. La parte interpretativa la controla, pero el instinto asesino lo perdió por culpa de una vida aburguesada.

—No —susurra—. No lo pude conseguir todo de golpe. Es mucho dinero. Tengo la mitad.

—Y una mierda. —Marc hace crujir los nudillos.

—Ya sé cómo funciona esto —salta el hombre tras el bigote—. Los chantajes nunca terminan. Os pagamos primero tanto, luego otro poco más. Así hasta que nos desangréis.

—¿Qué quieres decir, viejo? —pregunto.

El tipo se adelanta. Es más grande de lo que recordaba. Fonsi rodea al Zorro mientras el otro se encara conmigo. La halitosis permanece.

—No os vamos a dar ni un dólar más. Esto es todo lo que vais a conseguir.

—Tranquilos. —Le pongo la mano en el brazo y me la retira con brusquedad—. Nosotros tampoco hemos traído las fotos. Creo que es un empate.

—Mirad, cojeáis el dinero y os largáis. Si volvemos a saber de vosotros, o salen las fotos en algún medio, iremos a la policía.

—No lo entiendes, ¿verdad? —Y es entonces cuando Marc le enseña la placa—. Nosotros somos la ley.

El productor se achanta al instante. El Zorro mira al suelo y niega con la cabeza. Si lo sospechaban, ahora tienen la certeza. Los naipes están sobre la mesa.

—¿Os creéis que estamos jugando? —Fons empuja al del mostacho—. ¿Esto es una broma? Estáis en nuestra puta ciudad, y si salís vivos de aquí es porque nosotros queremos.

—Oíd... —empieza a decir el tío del bigote.

—Una polla —interrumpe Marc—. Esto es Disneylandia, ¿no? Podéis imponer vuestras condiciones y nosotros nos abrimos de piernas. ¿Has traído la vaselina?

—¿La qué?

—Da igual. —Realiza una pausa estudiada que aprovecha para hacer rechinar los nudillos una vez más—. Esto es lo que vamos a hacer. Nos vais a acompañar a comisaría. Los dos. Allí vamos a discutir quién es el bueno de esta historia.

El tipo se arruga como una polla en un velatorio. Recuerdo que creyó que éramos policías cuando entramos a su habitación, pero al final abandonó esa idea por la de criminales comunes con bastante mala baba. Y ahora sus pesadillas se han vuelto realidad.

—Venga, al puto coche —mi compañero lo engancha del hombro—. Esto lo resolvemos con el comisario.

—¿Os envía el comisario? —balbucea Bigote.

—Cumplimos órdenes —se burla.

—Está bien —interviene el Zorro, con tono neutro—. Os pagaremos más, pero esto tiene que acabar esta noche.

—Y acabará —prosigue Marc—. En cuanto lleguemos a los calabozos.

El actor da dos pasos de espaldas. Me pongo a su altura y le engancho de la manga.

—Será mejor que nos acompañéis —digo mostrándole las esposas.

—No podéis hacernos esto —murmura.

—Ya lo hemos hecho.

## 23:48

Cuando estás al borde del colapso nervioso, lo mejor es decir gilipolleces.

—Bueno, dime: ¿quiénes tienen las tetas de mentira?

Observo al Zorro por el retrovisor. No entiende por qué circulamos por la autovía. Aprieta contra el pecho el maletín con el dinero y mira de soslayo a su productor. El hombre está apoltronado en el sillón trasero, hundido por completo. El actor aún mantiene la compostura. Me pregunto si se habría enfrentado a mafiosos en sus comienzos por el continente americano.

—¿Qué quieres decir? —contesta.

—A veces se les nota, como la tía esta... ¿Cómo se llama? Ya sabes, la de la peli aquella que te roba el dinero y te dedicas a perseguirla. Bueno, da igual. El caso es que esos melones son de silicona pura y dura.

—Nunca mejor dicho —interviene Fonsi.

—No me apetece hablar de ese tema —responde el Zorro.

—Mis cojones no te apetece. Con todas las escenas de sexo *light* que has hecho, no me vengas ahora en plan monaguillo.

La noche es clara. Los edificios muertos de la costa son monolitos cuarteando el horizonte. El otoño dispersa a los domingueros que cubren los mini-apartamentos, quedando como ciudades fantasma, ni siquiera dormitorio, urbanizaciones de zombis que miran de reojo a la Ciudad de la Luz.

—Ahora en serio —prosigue—. ¿Y la que protagonizó aquella de James Bond?

—Nunca he trabajado en un film de *007*.

—Ya, tú no, pero ella sí.

—¿No te sabes el nombre?

—Va, da igual. El caso es que el otro día me dio por pensar, ¿sabes? Mira, ponte en situación. Casi todas las actrices que conoces han pasado por quirófano. La que no se ha retocado la nariz se ha puesto morros nuevos. Me encanta esa palabra: retoques. En realidad las rajan de arriba abajo. Pechos, liposucciones, y hasta cambios de sexo.

—¿A dónde quieres llegar?

—¿Tú crees en los fantasmas? Yo tampoco, pero una vez vi uno.

—¿Cómo que...?

—Escucha, coño. Lo vi y ya está. El tema es que, en el caso de que palme alguna de estas tipas, ¿su espíritu se manifestaría con las tetas de silicona o con las reales?

—¿Y a mí qué me importa?

—Pues debería, porque imagina que se muere tu esposa y aparece sin retocar. Joder, lo mismo ni la reconoces y te pega el susto padre, ¿no?

—Mira, lo último que quiero pensar ahora es en que le suceda algo a mi mujer. Por favor, respeta mis deseos.

—Ya, pero ¿se ha operado?

Niega con la cabeza y mira al cielo.

—En el caso de que se hubiera hecho algo, eso es estrictamente personal y no va a salir del ámbito privado, ¿de acuerdo?

—Me lo tomaré como un sí.

Marc se remueve nervioso. Me mira e intenta sonreír. No deja de ser una mueca extraña.

—Un fantasma con silicona, vaya gilipollez —dice para disimular.

—Sí. —Le doy la razón para tranquilizarlo—. Eso parece.

El aeropuerto surge a la derecha, rodeado de autobuses, pasajeros despistados y parking cubierto. Tomo el camino habilitado para las obras un poco más adelante. Las grúas apostillan el cielo con sus siniestros pilotos rojos recortándose contra la penumbra y la contaminación lumínica.

—¿Dónde coño vamos? —pregunta el del mostacho, despertando de su letargo.

—Tranquilos, no va a pasar nada —contesta Fonsi.

Ese «no va a pasar nada» induce a sus cerebros a creer que, efectivamente, va a pasar algo: un par de palas en un descampado para cavar su propia tumba, una reunión con unos rusos enfermos mentales, el advenimiento de Venus con la secta de Zox. Da igual. Algo malo va a suceder. Llamémoslo x.

—Oíd —musita el Zorro—. Creo que como broma ya está bien. Hemos hecho lo que nos habéis dicho. ¿Qué más queréis?

Lanzo una mirada a Marc. Hay preguntas que deben contestarse.

—Un poco de paciencia —digo—. Eso es todo. Vamos a reunirnos con unas personas. Queremos que estéis quietos y en silencio. Nada más.

—¿Es un secuestro?

—Nadie os va a secuestrar, tranquilos. Es tal cual os lo he contado.

—¿Pero qué reunión? —Salta el productor—. ¿Con quién? ¿En mitad de un puto desierto?

—Es mejor que no lo sepáis —continúo—. No podíamos venir solos aquí, ¿de acuerdo?

—Nos vais a matar —asevera el Zorro.

—¡Nadie va a morir, hostias! —grita mi compañero—. Por eso estás aquí, porque eres famoso de cojones. Esto va a durar cinco minutos, ¿vale? No nos pongamos

nerviosos y terminemos cuanto antes.

Si yo tengo la delicadeza de una fresadora, Marc es más bruto que Lucifer haciéndose pajas. Lejos de tranquilizarlos, están aún más nerviosos. No quiero ni pensar lo que les está pasando por la mente.

Alcanzamos el lugar indicado. Avanzo los últimos metros con los faros apagados. El suelo está cubierto de chinarrros y basura. Una lata cruje bajo el neumático. Cambio el sentido de la marcha para que el coche mire hacia la salida. Me detengo con el motor en marcha. Y esperamos.

—Tranquilos —digo modulando mi voz—. Podemos conseguirlo.

Pero me tiembla la mano sobre el volante. Fonsi es un saco de nervios, frotándose las piernas como un desquiciado en un manicomio. Los del asiento de atrás no se atreven ni a respirar. Me miro el móvil. Durán ya no ha vuelto a contactar. Quizá hemos llegado pronto. Quizá no vengan. Lo único que tengo claro es que este asunto termina esta noche.

Entonces aparecen. La comitiva del diablo. Marc se pone tenso. No parece una fiesta de reparto de bienes, sino más bien un funeral. Son dos coches y una especie de camión. Las largas me deslumbran. Se arrastran en fila, despacio, una marabunta organizada, un gusano de tres cuerpos, la víbora de fuego que invocan los chamanes, el veneno deslizándose entre unos labios sin depilar.

—Vamos.

Todos me hacen caso. Hasta el Zorro y la morsa de su productor se bajan del coche. Tal vez piensen en huir amparados por la luna. Dudo que estén en forma. Me adelanto unos pasos y Fonsi me imita. Se coloca el primero, recortado por los haces de luz, dibujando una sombra triple entre los restos de obra. El vaquero en el duelo a medianoche, con el sol en la frente, en la negritud de la boca del lobo.

Pero no es hasta que los tenemos a escasos metros cuando digo:

—La madre que los parió...

Si las cosquillas en mi estómago auguraban algo más que una úlcera incipiente, era que algo no iba bien. Y ahora ya lo sé.

Los dos coches se detienen flanqueando al camión, uno muy especial. Quizá sean las mangueras enrolladas a un lado, o la sirena apagada sobre la cabina, o la escalera de mano recogida en la parte superior, pero sin duda es el vehículo que echaban en falta en el parque de bomberos.

Y lo peor de todo es que no puedo contárselo al Martínez.

Veo al Tuerto en la cabina. Bajan todos a la vez. Son siete: los hermanos Iván e Igor Organov, el contable encorvado, y otros cuatro cargados con fusiles Kalashnikov como si esto fuera Chechenia. ¿Y nosotros? Dos maderos de pueblo, un actor internacional, su productor podrido a pasta y un matón de un solo ojo.

—Bonito carro. —Señalo al camión de bomberos—. Es ideal para atracar estancos.

—*Da, koll* Ramos —asiente orgulloso Iván—. Españoles se apartan hacia aceras



cuando ven venir, aunque asiento trasero incómodo para sexo. Estilo ruso, *tavarish*.

Igor acaricia el machete descomunal que le cuelga del cinto en compensación por su minúsculo pene. El Tuerto se coloca a medio camino entre nosotros y ellos. El aire apesta a polvo y a queroseno quemado. Uno de los matones rusos dice algo en su infecto idioma y señala con la metralleta al Zorro. A Iván se le abren los ojos como platos.

—*Chert*. —Se lleva las manos a la cabeza—. Me preguntaba quién eran tus amigos, pero es él. Yo gran admirador desde película de matar americanos.

—Gracias... —murmura el Zorro desde lejos.

—Tú *pam-pam*. —Forma una pistola con los dedos y dispara alrededor—. Muerte a yankis.

—¿Cómo ha ido el tema, *tavarish*? —interrumpo.

Miradas de lobo estepario.

—Ha sido hasta aburrido —contesta el Tuerto—. Estos cabrones los han sacado de la carretera con la tontería del camión de bomberos.

—Dinero en bolsillo, mi *koll*. —Iván da unos golpecitos a su coche.

—¿Ha sido limpio? ¿Os ha reconocido alguien?

—*Niet*. —Niega con la cabeza, haciendo aspavientos exagerados—. Todos tendrán boca cerrada.

—Les acribillaron —dice Durán—. No quedó ni uno vivo.

Un pequeño mareo, algo de vértigo. Marc se adelanta aún más.

—¡Putos psicópatas! ¿En qué coño pensáis? ¿Estáis enfermos o qué? Ahora que hay compañeros muertos no pararán hasta detenernos a todos.

—Tranquilo, socio. —Igor desenfunda el machete y apunta hacia Fonsi—. Tener todo previsto.

—Esto ya es cosa de robos, bandas organizadas y homicidios, por no hablar de que les habéis dado el palo en mitad de la autovía y la Guardia Civil meterá el hocico. Joder, parecéis retrasados.

—Ata a tu perro, Ramos —indica Iván sin levantar la voz.

—Vale, ya está bien —me acerco hasta Marc y lo empujo hacia atrás—. Repartamos los billetes y olvidémonos de que nos hemos visto, ¿de acuerdo?

—*Da, da*. —Iván hace un gesto y sus esclavos levantan las metralletas—. Pero antes resolver otro asunto.

Un avión nos sobrevuela alzándose hacia los cielos de la noche. El ruido de las turbinas hace imposible entender lo que dice el ruso. Los ojos de los cañones nos observan tras los faros de los coches, oscuros y fríos. *Resolver otro asunto*, ha dicho el cabrón. Pienso en la profecía de Marc de que usarían el ruido de los despegues para camuflar los disparos con los que nos ejecutarían. Aguanto la respiración, unos segundos tensos, infinitos, el corazón en la garganta y los nervios al límite. Por fin, el armatoste se aleja por los aires. Sopla algo de viento. El ruso se enciende un cigarro. Seguimos vivos.

—Baja los fusiles, Iván —digo.

—Enseguida. —El hermano Organov fuma tranquilo—. Pero primero tirad armas.

Escucho los jadeos nerviosos del Zorro a mi espalda. Miro al Tuerto y me devuelve una pupila asesina y carente de alma. No sé si está con ellos o con nosotros, pero levanta las manos y las pone tras la nuca.

—No nos precipitemos —continúo—. Esto no es necesario. Hicimos un trato.

Igor masculla algo indescifrable. El cuarteto de cuerda tira del seguro y apoyan la culata en el hombro.

—Joder, está bien. —Desenfundo la PK y la tiro sobre unos plásticos—. Estáis como un puto cencerro.

Marc gira el cuello. Sus ojos se muestran duros, pero aparece la sombra de la duda, de la incredulidad, del «esto no puede estar pasando». Debe pensar que no nos matarán delante del Zorro. Sabe que, si quisieran vernos fiambre, ya habrían disparado. Los rusos buscan otra cosa, pero no sé qué es. Al fin, escupe hacia un lado y arroja su arma con funda y todo.

—¿Eso es todo? —pregunta Igor.

—¿Qué coño te pasa? —grita Fonsi—. ¿Acaso crees que esto es una puta película y tenemos un *bazzoka* en el culo?

—¿Eso es todo? —repite el ruso, remarcando cada palabra.

Mi compañero se yergue. Estira los hombros hacia atrás y aparenta ser el doble de grande. Entonces rebusca algo en el bolsillo y lo lanza al suelo. Es su puño americano.

—*Da*, perfecto. —Iván se pasea hasta nuestro lado y recoge mi pistola—. Yo sé que esto no es película, aunque vais con actor conocido. Siempre quise tener pistolita en tobillo. Es genial, pero vas cojeando. De joven, en patria madre, adorar a Tony Montana. Él hermano comunista en Cuba que conquista a yankis. *Scarface* mata a todos asesinos con metralleta. —Y de nuevo gesticula, pero esta vez con mi arma—. *Pam-pam-pam*. ¡Saluda a mi amiguito! *Pam-pam-pam*. ¡El mundo es tuyo! Y al final termina vivo con cocaína y dinero.

El Zorro va a contestar algo, pero abre y cierra la boca sin emitir sílaba alguna. Igor espeta una perogrullada incomprensible. Su hermano asiente y se repeina la calva grasienta con la mano.

—El asunto es el que sigue. No fiarnos de policía. Sabemos que investigar. Tu perro lo ha dicho —señala a Fonsi—. Investigar mucho y mucha gente. No es bueno.

Doy un paso hacia él, pero me apunta con mi propio hierro. Debería sonar música de violines, quizá una tuba, y no este incesante pitido en mis tímpanos.

—Nosotros somos los únicos que podemos desviar la investigación en otras direcciones y lo sabes —y añado—: Nos necesitas.

—*Koll* Ramos, eso no del todo cierto.

—¿Cómo que no?

—No os necesito a los dos. —Quita el seguro al arma y la agarra con las dos manos—. Con uno me basta.

Acciona el gatillo. El corazón me da un vuelco. Ni siquiera hay un puto avión haciendo ruido.

Me giro aterrado. El Zorro y su amigo se tiran al suelo con retraso, el Tuerto se aparta un poco más. Fonsi se toca el pecho con ambas manos. Está intacto. Me mira con ojos de niño.

—¿Pero qué coño haces? —le grito al ruso.

—Fallar —contesta.

Entonces apunta con más precisión y dispara. Esta vez la bala impacta en la frente de Marc.

## SÁBADO, 25 DE OCTUBRE

**00:00**

Glóbulos de sangre flotan entre el polvo y la luz de los faros como pétalos de una rosa marchita, un código Braille en escarlata para ciegos que quieren distinguir los colores. Marc está de pie y un pestañeo después cae de espaldas, fulminado, el cuerpo arqueado, las vértebras al límite, una contorsión imposible para una persona viva. Entonces llega al suelo y toma formas menos elegantes, con los brazos torcidos, una rodilla flexionada, un gesto de incredulidad congelado en el rostro.

—Gran puntería, hermano —Igor.

—*Da* —Iván se persigna—. Prácticas en playa. Entre los ojos. ¿Tú viste?

—Como Tony Montana.

—¡El mundo es tuyo!

Debería haber un libro para reaccionar ante la muerte. Uno cortito, fácil de leer, con frases sencillas de recordar. Nadie te dice que te temblará la mandíbula, ni que tus piernas se negarán a dar un paso, que la garganta se te secará tan rápido, o que te entrarán tantas ganas de fumar y vomitar a la vez. Por su lado, el Zorro continúa agachado, con el maletín cubriéndose el pecho y el productor aterrado a su vera. El Tuerto se mantiene impassible. Sabe que será el siguiente.

—Tú deber matar a los dos a la vez. —Igor.

—*Niet*. Necesitamos a uno. —Iván—. Y *koll* Ramos parece más listo.

—Poner dos cabezas juntas y disparar. Así solo gastar una bala. Eso inventarlo los nazis. Hitler algunas buenas ideas.

—Si ni siquiera son balas mías. ¿Para qué ahorrar? Además, interesa que bala no salga por detrás.

A esa distancia no tiene suficiente potencia para que haya orificio de salida. El plomo entra en la cabeza y ahí permanece, por lo que rebota varias veces dentro del cráneo, licuando el cerebro a su paso. Marc estaba muerto antes de escuchar el segundo disparo.

—Yo haré resumen de mejores jugadas. —Iván a mi lado, la pistola apercebida—. Vosotros decir eso, ¿*da*? ¿Mejores jugadas?

—Le has matado, cabrón —logro mascullar.

—*Da*. Y antes maté a Nelson Chávez y tú no hiciste nada.

Hijos de puta. He tratado con asesinos desde el principio, he caído en sus redes casi sin proponérmelo. Los informes del Martínez aseguraban que estos cabrones eran expertos en robar furgones blindados y tonteaban con la prostitución. Nadie dijo que eran criminales de guerra capaces de volarle los sesos a un chaval sin inmutarse. Han ejecutado a Marc. Se quitaron del medio a Nelson Chávez. El diablo no tiene

alma.

—Eres un pedazo de mierda, Iván. Chavito era un crío.

—Pero él perdió bolsa con pastillas. Debía escarmentar.

Y entonces veo el cuadro en su conjunto. Todo ha sido culpa mía. He sido el percutor de toda esta barbarie. Todo por las rulas que vegetan en mi guantera desde el lunes. Pensé en sacarles algo vendiéndolas a algún camello, pero conseguí que ahogaran al desgraciado de Nelson. Si no fuera así, jamás habríamos ido a General Polavieja y Fonsi seguiría vivo.

—Esto es sencillo —prosigue el siberiano—. Yo pensé mucho. Policía no siempre estúpida. Sabrán que alguien chivarse desde dentro. Y para investigar, mejor darles un culpable ya. Tu compañero es perfecto. Madero con información, pasado con nazis.

—Nazis buenos —murmura Igor.

—*Niet*. Nazis mierda. ¿Cuántas veces tengo que repetir?

—Esto no era necesario, Iván —digo.

—Escucha. —Me pone una mano en el hombro, una mano peluda y sudorosa que incrementa mis náuseas—. Nosotros te damos un culpable y nos quedamos un seguro de vida. No poder compartir el dinero y confiar en que nos cubrirías.

—Seguro de vida. —Repite Igor mientras se acerca al cuerpo de Marc machete en mano.

—Seguro de vida —prosigue Iván—. Algo que nos dé tranquilidad, *koll*. Que compre tu silencio y tu cooperación. Como el que hayas matado a tu compañero con tu arma de madero.

Un engranaje en mis neuronas se activa. Tardo varios segundos en entender lo que quiere decir. Cuando lo hago, un terror inmenso se apodera de mí. Ha disparado mi arma. La bala que Fonsi tiene en el cráneo lleva mis muescas, las estrías de mi cañón. No se trata de una pistola de la que me pueda deshacer. Es mi PK reglamentaria. Me tienen cogido por los cojones.

—¿Y qué vais a hacer con el cuerpo? —pregunto—. ¿Dónde os lo vais a llevar?

Los rusos se miran entre sí. Estallan en carcajadas. Los cuatro de las metralletas se parten la caja. Intercambian bromas en ruso. Solo el contable permanece serio.

—Eso es problema tuyo. —Me da dos bofetadas amistosas en la cara—. Nosotros no necesitamos cuerpo.

Igor se coloca en cuclillas sobre Marc y comienza el horror. De un machetazo le secciona el cuello hasta las cervicales. Intento reaccionar, pero siento un golpe en la sien. Beso la lona. El cañón en la nuca, la rodilla en la espalda. Me obliga a mirar, me obliga.

Igor. Un animal asilvestrado, mangas remangadas, montando el cuerpo de Marc como si fuera un jinete del Apocalipsis. El horror encarnado, el fondo del abismo. Levanta el brazo en el que sostiene el machete. Lo cristalizó así, con la diestra apuntando a la estrellas, espada en ristre para amedrentar al enemigo. Y entonces lo

descarga con todas sus fuerzas. El acero se hunde en la carne y choca contra el hueso. Entonces se dedica a serrar. Primero secciona la carne de un lado a otro. La sangre surge tranquila y negra y densa. Cierro los ojos, pero el sonido permanece. Ruido líquido, algo que se agita. Grito, insulto, pataleo. Mis párpados se abren solos, de par en par. Igor agarra a Fonsi del pelo. Sin prisa, la tranquilidad de un relojero, el oficio de un matarife. Mi compañero queda con las vértebras como una sujeción con el tronco. El ruso clava el machete en tierra. Mueve la testa hacia un lado, y de un tirón seco, le parte el cuello. La cabeza gira sobre su eje, una peonza necrótica surgida de las vísceras del terror más puro y primigenio, y un instante después se desprende por sí sola.

—Nosotros llevamos cabeza con bala dentro —explica Iván—. Dejamos cuerpo para entierro digno.

Igor el ruso se incorpora con la cabeza de Marc en una mano. Tiene los ojos abiertos y la lengua le sale por el cuello.

—Quedar bonita sobre televisor, ¿da?

Algo así debe ser el estado de *shock*. Es como si nada me importase. Siento la necesidad de quedarme inmóvil, concentrado en respirar, en tener la mente despejada. No es momento para la histeria.

—Este es el nuevo trato, *tavarish*. —Iván restriega su camiseta mugrosa por mi pistola para limpiar las huellas—. El dinero ahora nuestro. Tú desviarás atención o podrírtelo en cárcel. ¿Entiendes?

Incapaz de partírselo la cara, de escupírselo. Simplemente, me quedo petrificado.

—¿Algún problema, *koll* Tuerto? —Abandona el hierro en el suelo y se gira hacia Durán—. ¿Contento con día de hoy?

Mis pupilas fijas en Igor. Tengo el arma al alcance de la mano, pero no puedo reaccionar. Me concentro. Estiro los dedos en su dirección, pero la distancia parece un mundo. El ruso me pisa los nudillos.

—¿Dar beso de despedida? —pregunta.

Y coloca la cabeza decapitada sobre el suelo. Está tan cerca que podría sentir su aliento si estuviera vivo. Observo los ojos en blanco, la mandíbula caída, el occipital hundido, el tizne carmesí sobre la piel. La pesadilla no termina. La pesadilla continúa.

Igor pateo la pistola y se aleja. Iván se burla de Durán. Ha ganado y lo sabe. Nosotros no somos nada. Una mierda rodeada de moscas, una colilla mal apagada, un escozor al orinar.

—¿Tú papel y pluma? —pregunta Igor tras de mí.

—No, lo siento mucho —contesta el Zorro.

El ruso le está pidiendo un autógrafo. Los faros del camión de bomberos le iluminan. Está cubierto de sangre, con la cabeza de mi compañero enganchada de la cabellera.

Esto no puede estar sucediendo.

—¿Tú puedes mandar autógrafo por correo? —prosigue.

—Sí, claro. —El actor está blanco—. Cuando y donde quiera. No es problema.

—Igor, nos vamos —ordena Iván—. Ya hemos perdido tiempo. Hay que contar dinero.

—*Do svidaniya* —se despide.

—Y cuidado con jodernos, *koll* Ramos —recalca Iván antes de montar al camión de bomberos—. Tu hija sería buena puta de carretera.

La última amenaza, la más clara. Saben mi domicilio, conocen a mi familia. Beatriz, Leo, Ernesto. Pueden destruirme, pero antes destruirán mi vida.

Se alejan. Me incorporo como puedo. Los coches se marchan. Alguien acciona el claxon, o tal vez lo imagino. No distingo los ocupantes. El séquito de la muerte avanzando hacia la victoria, sumergidos en la oscuridad, de regreso al infierno.

Me restriego los ojos. Sin querer, miro el cuerpo abandonado de Marc. Las nauseas se apoderan de mí y vomito. Durán se coloca a mi lado.

—Tenemos que ocuparnos del cadáver —explico—. No podemos dejar que lo encuentren. Si no, estaremos perdidos. Ayúdame a meterlo al coche.

Por respuesta, recibo un gancho en la boca del estómago. El impacto es demoledor. Ya no me queda bilis. Caigo de rodillas. Boqueo buscando el aire que me falta, pero mis pulmones se niegan a obedecer una orden tan sencilla. Entonces me percató de que el Tuerto está hablando:

—... y no te mato a hostias porque los Organov tienen razón. Si no, te reventaba la cara, hijo de puta. De la carne muerta de tu socio te ocupas tú solito. Y como vea a un solo madero, como siquiera llegue a intuir un marcaje, te liquido y luego canto todo lo que sé, ¿estamos, payaso? ¿Me explico bien?

Cada una de las preguntas las remarca con una patada en las costillas. No trato de parlarlas. Durán se disuelve en la noche como si jamás hubiera existido. Encuentro mi pistola. Me incorporo.

Las ráfagas de los coches de la carretera cercana rebotan contra el cadáver de Marc. Un maniquí sin cabeza, sin memoria, despersonalizado. Tropiezo con su puño americano. Lo recojo. El frío trozo de metal parece palpar al tacto. Debo concentrarme, lograr que mi mente se despeje, pensar el próximo movimiento. El pulso me tiembla, siento las heridas del cuerpo y las que no se ven, rasgando mi persona, marcando mi espíritu. Marc, mi apoyo incondicional estos últimos años. Muerto y sin enterrar, su cuerpo despedazado. Confiaba en mí y yo la he cagado. El dinero de Cosme Trujillo es como el oro maldito de una película de piratas.

—Lo siento, tío. —Las lágrimas escapan de mis retinas—. De verdad que lo siento.

Algo se mueve tras de mí. Me giro empuñando el arma. Cuatro ojos aterrados me observan medio ocultos tras una grúa. No me puedo creer que me haya olvidado de este cabo suelto. Debo centrarme si no quiero que la situación me sobrepase definitivamente.

—Salid de ahí —farfullo.

El Zorro y su productor obedecen sin dudar. No puedo dejar que se marchen, pero tampoco puedo fusilarlos.

—No nos mates —el del bigote se ha meado encima—. No diremos nada, lo juro.

—Tus juramentos me importan una mierda. —Voz ronca, la que esperan oír—. Sois cómplices de esto. Mi compañero está muerto y vosotros no habéis hecho nada. Así que sois tan culpables como yo.

El actor mira alrededor. Se muerde el labio, pero al final abre la boca.

—Hay unos plásticos allí detrás —dice—. Deberíamos envolver el cuerpo.

—¿Qué? —Me acerco a pasos rápidos hasta su posición—. ¿Quieres que haga un paquetito de cumpleaños con el cadáver de mi compañero? ¿Me estás tocando los cojones o solo me lo parece?

—No —contesta muy serio—. Pero es lo mejor. Habrá que transportarlo o lo encontrarán ahí. Y si no quieres llenar el coche de sangre, la mejor opción es el paquetito de cumpleaños con un lazo rojo arriba.

Y me mantiene la mirada. Siento la tentación de pagar mi frustración contra él. Pero me quedo con las ganas. No sé si la habrá ensayado ante el espejo, si es la que siempre pone cuando hay que tomar decisiones correctas, pero me convence.

—Tienes razón. Envolvamos el cuerpo y nos lo llevamos.

—¿Dónde? —pregunta el productor.

—No queremos saberlo, ¿de acuerdo? —El Zorro le agarra de los carrillos—. Así que cállate de una vez.

Guardo la PK en la funda y ayudo. Volteo el cuerpo de Fonsi. Lo hago todo con la frialdad con la que trataría a otro cadáver. Si sigo pensando que se trata de mi hermano de armas, me volveré loco, cometeré más errores. No puedo dejar que un famoso de Hollywood tenga la cabeza más despejada que yo.

El plástico es grande. Debe ser el que protegía los ladrillos o algo así. Lo envolvemos de puta madre, como embalsamadores profesionales. Después lo cargamos a oscuras hasta el maletero. Pesa bastante más de lo que me podría imaginar. Dudo si yo solo habría podido con él. Está claro que Marc era asiduo del gimnasio.

No. Deja de pensar así. Céntrate si no quieres morir. Ya tendrás tiempo de llorar. Ahora hay que salir vivo de toda esta pesadilla.

Repaso los últimos minutos. No puedo dejar ningún cabo suelto, y hay miles. Enciendo los faros y veo el charco de sangre en el suelo. La disperso entre la arena ayudado de un trapo sucio que encuentro tirado por ahí. Si no hay sangre, nadie sospechará de las marcas de neumáticos, ni de las huellas de los zapatos. Hago lo mismo con el vómito y con una mancha de aceite que no sé si nos corresponde, pero no me puedo dejar nada en el tintero. Debe parecer que aquí jamás ha pasado nada.

Y entonces caigo en la cuenta: los casquillos.

Iván realizó dos disparos. No recuerdo que los haya recogido. Deben estar cerca, pero con esta oscuridad no se ve nada. Busco cerca de donde estábamos antes. Sin



rastros. Han saltado lejos. Puede que los hayamos pisado y estén medio enterrados. Palpo el suelo, levanto polvo. Un coche pasa por la autovía y observo un destello por el rabillo del ojo. Y ahí están, los dos, uno al lado del otro como dos buenos hermanos.

Cuando regreso con mi descubrimiento, mis dos compañeros de desgracia ya no están. El corazón se pone del revés una vez más. Salgo corriendo hacia la oscuridad, pero entonces me paro en seco. Que se marchen. No puedo perder tiempo en buscarlos. Antes o después los tendría que haber liberado. Si han dejado el coche es porque estaba el cuerpo de Marc. Ahora solo puedo confiar en que no digan nada, o que tarden el tiempo suficiente para cubrir mis huellas.

Me siento más muerto que vivo. Intento arrancar el coche pero ya está en marcha. Me digo por última vez que debo centrarme y salgo derrapando.

## **00:27**

Al segundo tono escucho su voz.

—¿Diga?

—Soy Antonio. ¿Dónde estás?

—Haciendo horas extra.

—Mejor. Así no tendré que sacarte de la cama.

—¿A qué viene eso?

—Quédate allí. Llego en unos minutos.

—¿Qué sucede?

—Nos vemos en la parte de atrás.

Apago el móvil. No estoy para nadie.

Acelero hasta el límite de velocidad del tramo. No quiero llamar la atención, pero tampoco perder tiempo.

El orden de los factores altera el producto. Primero, esconder el cadáver. Segundo, deshacerse del coche. Tercero, buscarme una coartada para lo de esta noche y para el atraco al furgón de pruebas. Entretanto, tengo que sacar tiempo para esconder a mi familia si quiero venganza.

Porque cuando esté fuera de toda sospecha, los mataré.

## **00:53**

Papá Noel tiene legañas en los ojos.

—Los turnos dobles deberían estar prohibidos —dice el doctor Dólera al verme bajar del coche—. Coño, que soy un funcionario. Ni que los muertos se fueran a

quejar a otro forense.

El Hospital de Alicante tiene muchas puertas, y algunas de ellas son privadas. La policía no pasa por el mismo sitio que el enfermo, y los cadáveres tampoco. Para los finados hay un pequeño puerto de carga donde depositar las cajas fúnebres. Si alguien ve salir un ataúd por la entrada principal, es probable que le dé un infarto. Por eso hay que ser discreto. En los hospitales se cura a la gente, no mueren sobre un quirófano escupiendo sangre, o por desahucio de enfermedad terminal, o porque un ruso demente te haya decapitado.

—Esto es un desastre, Antonio. Han atacado un furgón policial en la Autovía del Mediterráneo. Los peces gordos dicen que les demos prioridad.

—Es la primera noticia que tengo —miento.

—¿En serio? —Arruga la frente—. Entonces, ¿qué haces aquí?

Lanzo una mirada fugaz al maletero. Agarro a Luis Dólera del hombro.

—Vamos adentro.

Caminamos por los mismos pasillos fríos de siempre, aunque ahora parecen acogedores. Un lugar tan bueno como cualquier otro para descansar un rato.

—Antonio, ¿qué ocurre?

En una de las salas, el ayudante del doctor Dólera husmea en un fiambre abierto en canal. En la siguiente hay un cuerpo tapado hasta la cintura, y en la tercera hay otro médico al que no conozco sopesando los testículos de un cadáver con una cuchara.

Entro al depósito. Frío, ambientador de alcohol, productos químicos en botellas de plástico, tubos fluorescentes que disipan las sombras y los volúmenes. Dólera se queda en el umbral.

—Antonio, coño. ¿Qué estás buscando?

—Necesito una caja.

—Están en ese armario. —Señala una puerta metálica incrustada en la pared similar a los nichos que cubren la pared principal.

Agarro una. Pienso que es pequeña, que Marc mide casi dos metros. Entonces caigo en la cuenta de que sin cabeza es más bajito.

—Esta servirá. Ayúdame.

—Por el amor de Dios, Antonio. ¿Me vas a explicar lo que sucede aquí?

Coloco el ataúd de plástico sobre una camilla.

—Vamos al coche.

Recula. Las manos ante el pecho.

—Oye, esto no me gusta. Será mejor que te vayas.

Dos opciones: obligarlo a punta de pistola o cambiar el enfoque de la situación.

—Tranquilo, hombre. —Le palmeo la cara—. Es para gastarle una broma a mi mujer. Te la devolveré por la mañana.

Tarda en reaccionar. Me imagino a mí mismo amartilleando el arma y al pobre de Dólera orinándose en los pantalones. Pero por su expresión sé que ha mordido el

anzuelo.

—Joder, ¿y tanto secretismo para esto? A veces dan ganas de patearte el culo, imbécil.

—¿Y qué te lo impide? —Empujo la angarilla a toda velocidad. No sé cuánto tiempo puedo perpetuar la cara de corderito.

Luis me cuenta un par de chascarrillos mientras atravesamos el pasillo de vuelta al exterior. No le presto atención. Los tres centímetros cuadrados que aún funcionan de mi cerebro deben concentrarse en no perder los estribos.

—¿Y en qué consiste la coña? —dice—. ¿Te vas a hacer el muerto? Tienes unas ideas de lo más enfermizas, Antonio.

Abro el maletero. Si en algo está entrenado un forense es en reconocer un cadáver aunque esté cubierto con un plástico mugroso. Se queda atónito. Sus pupilas van de mí al maletero, y de nuevo a mi persona.

—¿Estás es la broma, Antonio? —pregunta muy serio—. No pienso tomar parte en esto.

—Ya lo has hecho. —Paso el brazo alrededor de su nuca para impedir que se marche—. Firmaste esto en el momento en que te libré de la cárcel. Me lo debes.

—¿Que te lo debo?

—Estoy metido en un lío demasiado grande para explicarlo en pocas palabras. Me tengo que deshacer del paquete. Y ahí me vas a ayudar.

—No pienso hacer tal cosa.

—Si caigo, os llevaré a todos conmigo. Perderás tu licencia para ejercer, irás a la cárcel. Yo mismo me preocuparé de que tu hijo te acompañe. Quizá allí salga del armario de una puta vez —le suelto—. Si crees que bromeo, márchate. Me importa una mierda.

La sombra de la duda en su mirada es como agua en el desierto, como el orgasmo en el convento, como la esperanza en el infierno.

—¿Y qué quieres que haga yo? Deberías tirarlo al mar o algo así.

—No deben encontrarlo jamás, Luis. —Y recalco—: Jamás.

—Pero...

—Lo guardaremos en la nevera unos días. Después lo soltaremos en la piscina.

El mejor lugar donde esconder algo es a simple vista. Cosme Trujillo lo hizo con toda su fortuna. Nadie sospechó nada. Ahora, yo voy a hacer lo mismo con el cuerpo de Fonsi. ¿Dónde ocultar un cadáver? Sencillo: en una morgue. Y cuando pasen unos días, cuando los curiosos se cansen de mirar en la dirección equivocada, terminará en la piscina como un fiambre anónimo del montón, rodeado de cuerpos similares, de fragmentos humanos flotando en formol. Un final triste, pero el único sensato.

—Antonio, me pides un imposible.

—Falsifica un informe. Solo te pido eso, Luis. Yo lo hice por tu hijo. Hazlo tú por los míos.

Mira hacia el cielo, tal vez esperando ver una cámara de seguridad o algo por el

estilo. Ya lo he comprobado todo. No hay peligro y lo sabe, pero tiene esa sensación de que algo malo va a ocurrir. La adrenalina le produce una inquietud que tardará días en desaparecer.

—Por favor, Luis. —Las manos en el hombro, apelando a su humanidad para no ponerle la PK en la frente—. Te necesito en esto, amigo.

Su rostro de Santa Claus se contrae. Labios apretados, cejas preocupadas, aletas de la nariz tensas. Echa una ojeada al maletero. Sabe que una vez cruce la puerta de la morgue nadie preguntará.

—Vamos, rápido —dice remangándose—. Puede aparecer alguien en cualquier momento. Pero que sepas que después de esto no quiero volver a verte.

Si alguna vez hubo una sonrisa amarga, esa es la mía. La pena empaña el momento, pero es inevitable. He perdido una amistad con un buen hombre para librarme de un problema demasiado grande. Y algunos favores no se pueden devolver.

## **01:31**

Nunca podré olvidar la imagen del cuerpo decapitado de Marc, como tampoco podré hacerlo del sonido del nicho metálico al cerrarse. Un *clic* sordo, sin eco, tan discreto que pensé que se volvería a abrir. La sensación gélida se amarra a lo que alguna vez fue mi alma.

Nadie meterá las narices en el archivador humano. Dólera se ocupará de ello. Confío en él. Apenas hemos vuelto a hablar. Cuento con que el hecho de ayudarme a esconder el fiambre le dé el suficiente pánico para no soltarse de la lengua. Es un colaborador necesario, un cómplice con abuso de poder, mi compinche con cátedra.

No nos despedimos. Ni siquiera me acompaña a la puerta. Se queda trabajando en el papeleo que tendrá que rellenar para hacer que todo sea oficial. Cuando eso suceda, el crimen más macabro y desquiciante de los últimos años pasará a ser una estadística de hospital.

Cuando pase un tiempo, baremaré si ha merecido la pena.

Conduzco el coche de Marc hacia un descampado. Debo abandonarlo y recoger el mío en la comisaría. Sin embargo, no puedo dejarlo demasiado cerca. El extrarradio es un buen lugar, pero después tendré que caminar un rato largo, y perder el tiempo no es una opción. Aún quedan muchos cabos sueltos que cerrar.

Me decido por los descampados que flanquean las vías del tren. Son oscuros, nunca hay nadie, y están próximos a la costa. Caminar por la arena será más discreto que ir bajo las farolas.

Apago las luces. No tengo tiempo para limpiar mis huellas del vehículo. El maletero está cubierto de sangre. Será inevitable que se formulen algunas preguntas.

En una bolsa llevo las pertenencias de Marc: cartera, teléfono, un paquete de

tabaco, el *zippo*, un reloj, la pistola y la placa, un colgante de oro, el puño americano.

En la guantera tiene líquido inflamable para recargar el mechero. Quemo su documentación hasta que se convierte en confeti. Empapo un trapo con el acelerante, y después bautizo el coche por dentro y por fuera. No da para mucho, pero tendrá que bastar. Introduzco el trapo en el depósito de gasolina y le prendo fuego. A una distancia prudencial veo cómo arde. Las llamas borrarán la mayoría de las pruebas. Otras tendré que afrontarlas cuando llegue el momento.

El regreso es la parte más dura. Mi mente se bifurca entre tratar de ocultarse en las sombras y en lo sucedido durante unas horas antes. Tengo claro lo que toca ahora, pero no puedo evitar que la muerte de Marc me afecte. Son pensamientos febriles, repetitivos, que siempre terminan en el punto de partida. Me digo que la opción de la piscina de formol era la apropiada. No podía arrojarlo al mar, sería incapaz de usar ácido o descuartizarlo, no había tiempo para buscar a alguien que me ayudase. Podría haberlo abandonado en algún escondrijo secreto hasta que todo pasara, pero seguía siendo arriesgado. Lo más rápido y efectivo era el hospital. No es el final que me habría gustado darte, compañero.

Mi cerebro vaga por abismos a los que no me atrevo a mirar. Con Fonsi a mi lado esto ya estaría resuelto. Pero no es así. Se ha marchado. Fin. La soledad me quema las entrañas. Saber que no me queda un puto apoyo en este mundo. Empiezo a imaginar conversaciones que tendría con él. Me obligo a dejar la mente en blanco para no terminar loco. Centro todas mis energías en los hermanos Organov. Mis fantasías se convierten en orgías de sangre y plomo. Es un comienzo.

Tardo una hora y media en alcanzar el coche. En el trayecto me cruzo con chavales que hacen botellón, mendigos que venden flores, yonquis que vegetan en los cajeros automáticos. Nadie me presta atención.

Cuando agarro el volante, el reloj marca las 3:07. Tomo dirección a Los Arenales del Sol. Hago una parada para deshacerme de la bolsa con las cosas de Marc. Le añado las malditas pastillas de la guantera y lanzo el bulto por un pequeño acantilado. No veo si termina en el agua o en las rocas.

### **3:43**

No sé si encontraré a mi familia viva. Los rusos los amenazaron y debo ocultarlos hasta que todo pase. Pero al llegar a la puerta de casa, hay algo que no me esperaba. Un par de patrullas esperan en mi mismo portal. Coches oficiales con las luces rojas y azules encendidas. Sin disimulo alguno. Están allí, de pie, esperando.

Y dentro de mí, lo sé: me han atrapado.

Detengo la marcha y hago una parada. Estoy lejos, no me han visto. Intento hacer un rápido plan de fuga. Si me buscan, lo primero será esconderme. Cuando los controles se suavicen, tocará conducir. Marcharme muy lejos. Las cuentas del banco

bloqueadas y el dinero oculto en el apartamento. A estas alturas ya lo deben haber encontrado.

Me pregunto cómo lo saben. Han deducido que soy el culpable. Quizá los rusos han dado el chivatazo en algún tipo de estrategia suicidada para joderme. O Durán. El viejo Tuerto ya debe estar camino de Guatemala. Si es lo que entiende por venganza, es bastante retorcido.

Entonces siento un escalofrío. Sube por mi espalda y se instala en el pecho. Venganza. Los rusos. Mi familia.

La duda. Esa amante despechada aliada al miedo. Una combinación peligrosa. Los Organov amenazaron con prostituir a Leo. Y ahora los compañeros están rodeando el edificio. Ni tan siquiera lo han disimulado. Tiroteo en abierto, que se sepa. Entonces miro al mausoleo que es la urbanización en invierno y recuerdo que no hay nadie en los edificios colindantes. Un lugar perfecto para cometer crímenes con impunidad.

Una intuición. Saco el teléfono. Lo llevo en silencio desde hace unas horas. Compruebo que tengo varias llamadas no contestadas. Son de Beatriz.

Hay ocasiones en las que actúas por instinto. Tus palabras salen de las tripas y te ves a ti mismo realizando cosas que jamás habrías imaginado. Dejo la pistola en la guantera. Enciendo el coche. Me planto en la puerta de entrada.

Ni siquiera hay curiosos. Los Arenales del Sol, una urbanización de domingueros, de proletarios con ínfulas de burgueses que queman las vacaciones en pisos patera a la española.

Los cinco pasos que me separan de la puerta se convierten en una eternidad en mi mente. Imagino la escena. Un sucio estepario de apenas dieciséis años toca la puerta y Beatriz le abre. Un tiro, sin silenciador. La bala le sale por detrás. Ernesto se queda petrificado y recibe un par en el pecho. Siempre es así. La Ley de los Sicarios reza que si no eres capaz de liquidar a un imbécil de dos tiros, mejor dedícate a otra cosa. Y después vendría mi Leo. Si el chaval es un profesional, habrá sido rápido. Si no, la violación está asegurada.

Pero puede que todo sean paranoias mías. He sufrido mucho estrés, el trauma de la muerte de Marc. Quizá los han secuestrado. Quizá estaban muertos desde esta misma mañana.

Dos uniformados me salen al paso. Por su forma de andar, diría que son pareja.

—¿Es usted Antonio Ramos? —pregunta el más maricón.

Un pensamiento atroz cruza mi córtex cerebral. Todo es una trampa. El comisario ha hablado con Beatriz y la ha coaccionado para que me llame, para convencerme de que me entregue. Han corrido más que yo. Me consideran un criminal fugado. Soy el hijo de Hitler, el enviado de Satán, la cruz tras el clavo.

Aún así, digo:

—¿Mi familia está bien?

Los dos gays se miran extrañados. Después ponen gesto profundo, esa misma

cara que los médicos ensayan en tercero de carrera para dar las malas noticias a los allegados. Defunción, obituario, una bonita esquela en los diarios.

Escucho gritos. Alguien se abalanza sobre mí. Sé que es Beatriz antes de verla. Su tacto, su olor, sus lágrimas. Leo y Ernesto se suman al abrazo común.

—¿Estáis bien? —Mis palabras salen por inercia, no por necesidad—. ¿Qué ha ocurrido?

Dos puñetazos en el pecho. Frustración contenida ante los extraños. Palabras duras pese a la presencia de observadores anónimos. Ya no le preocupa el qué dirán porque hace tiempo que hablan mal de ella.

—¡El desgraciado de tu vecino! —chilla—. ¡Es un asesino! ¡Quiere matarnos!

—¿Qué?

—Se ha cargado a su esposa —dice Ernesto.

—Se llamaba Judith. —Leo se aguanta el llanto para no estropear el maquillaje de zorra que lleva por rostro.

Bernabé. Me cuesta creerlo. Es como un chiste o una cámara oculta. Tras lo que he vivido esta noche, después del susto de pensar que un sicario soviético hubiera asesinado a mi familia, esto me parece de risa.

—Dos tiros, papá —prosigue mi hijo—. En la cabeza. Yo los he oído y tenía la música a todo trapo.

—¿Y tú dónde estabas, desgraciado? —Rabia, enfado, miedo—. ¿Cómo nos dejas solos? Un ama de casa con dos menores. Debería...

Cuando una mujer no conserva la cordura en situación normal, es imposible que lo consiga en momentos de tensión. Aparto a Juana la Loca y me acerco a la pareja del año.

—¿Dónde está Bernabé?

—Eso nos gustaría saber a nosotros —contesta uno—. Su esposa nos ha dado el aviso. Escucharon dos tiros sobre las doce y media. Al subir encontramos la puerta abierta. Había una mujer con un disparo en el pecho.

—El otro impacto se lo llevó la televisión —confirma.

—Hemos comprobado sus antecedentes.

—Sí, ha tenido problemas con la justicia —digo—. Pero jamás creí que...

—¿Sabe por qué tenía un revólver en casa?

—Nunca me habló de él.

—¿Desde cuándo se conocían?

—Escuchad, compañeros. —Mi mejor sonrisa por novena vez en la noche—. Mi mujer está muy nerviosa. No va a querer pasar la noche aquí con ese desgraciado suelto. Mirad, cojo un par de cosas, me los llevo a un lugar seguro, y después hablamos.

Sus ojos afeminados indican desconfianza. Saben que soy policía, pero no quieren cagarla más.

—Esta noche está siendo de locos. Entre el furgón y ahora esto...

—Será solo una hora —le interrumpo—. Volveré enseguida.

No espero su respuesta. Me acerco de nuevo a mi familia. Sus ojos van desde la emoción de videojuego de Ernesto a las de pena profunda de Leo. Pero los que más me impactan son los de Beatriz. El reproche que siempre lleva tatuado en el rostro se ha amplificado hasta convertirme en el culpable de todos sus males. Cree que por mis pecados han matado a Judith, que su vida miserable se debe a mi presencia en casa, que su falta de fe es consecuencia directa de la mía, que le he contagiado el virus de la infelicidad.

—Vamos a hacer la maleta —digo—. Esta noche dormiremos fuera.

Intento apartarle el pelo, limpiarle las lágrimas con una caricia, besar las heridas de su alma. Ella me rechaza con un gesto despectivo que de tanto repetirlo se ha transformado en parte de su personalidad. Su odio es palpable, y lo peor de todo es que creo merecerlo.

## 04:29

El coche es un funeral. Nadie dice nada. Hasta Beatriz se ha guardado sus histerismos para sí misma.

Hemos recogido algo de ropa y nos hemos marchado. Antes he agarrado los ahorros que guardo en el fondo falso del armario. Los necesitaré para lo que se avecina.

—Deberías haberlo visto, papá. —Ernesto rompe el silencio—. La calle estaba llena de maderos. Y hasta una ambulancia. Trajeron perros y todo.

Alcanzo la última curva y me planto ante el refugio. En ocasiones toca tragarse el orgullo y otras veces te lo meten con calzador. Sé que aquí no podrán hacerles daño, que jamás los encontrarán. Pero puede que, si alguna vez regreso, ya no estén.

Beatriz me mira sorprendida. Creo que está actuando, porque desde el principio reconoció el camino, pero su asquerosa manía de aparentar lo que no es la hace disimular de una forma esperpéntica. A una mujer de su nivel imaginario le corresponde sentirse abrumada por los acontecimientos, aunque en el fondo lo esté deseando.

Bajo del coche y pulso un timbre que no hace ruido. No se escucha a nadie en el interior. Al poco rato los veo aparecer. Son unos diez. Sin embargo, solo se aproxima uno.

La puerta se desliza hacia un lado con el ruido del motor eléctrico. Un hombre surge de las tinieblas.

—No sabía adónde más ir —digo, antes de que pueda abrir al boca.

Zox me observa con templanza. Tiene la cara hinchada y cubierta de vendas. Uno de los ojos está tan amoratado que no puede ni abrirlo. De su nariz de tejón hasta casi la frente hay una cicatriz cubierta de yodo que deja vislumbrar una docena de puntos.



Al respirar emite un sonido curioso, como si tuviera algo atascado en las fosas nasales.

Sin embargo, lejos de parecer un hombre derrotado, se engrandece ante mí. Sabe que ha ganado. Es la última batalla. Le entrego a mi familia. Jamás podré echarle nada en cara. Este es el mayor sacrificio. Para salvarlos a ellos me condeno a su ausencia. He luchado por mis hijos y esposa, he estado a punto de matar, pero al final el agua se vierte en el tiesto y yo no puedo hacer nada.

—Está bien —sisea—. Pueden quedarse con nosotros.

No impone condiciones. La guerra ha terminado y yo he perdido. En su única pupila hay condescendencia al sentirse superior a mí. Ramiro/Zox tiene la sartén por el mango, le he cedido mi lugar y lo ha ocupado con satisfacción sin dejarme siquiera las migajas. Y lo peor de todo es que me da igual. No siento esa furia que me consumía desde las tripas, que me hizo reventarle la cabeza. En lugar de eso hay calma, resignación. El corderito manso ante el lobo feroz.

Hago una señal a mi descendencia. Bajan con las maletas y se acercan a nuestro lado. Mi esposa tiene una cara extraña. Por un lado se alegra de que haya sido yo quién haya decidido por ella y, por otro, siente pena por la vida que va a dejar atrás.

—Antonio, yo...

—No pasa nada. Vete.

—Pero...

—No te lo puedo poner más fácil, Beatriz.

—Lo sé —dice.

Me observa con el alivio de poner fin a una relación que hacía tiempo había muerto, aunque ninguno de los dos quisiera verlo. Hace un amago de acercar sus labios a los míos, pero es una deferencia hacia el espectador. En realidad no quiere un último beso. Dudo que alguna vez haya deseado incluso el primero. Cuando se percata que no obtendrá nada más de mí, baja la cabeza y se reúne con mi sustituto.

Abrazo a mis hijos. Les murmuro palabras de ánimo, bromeo con ellos, y los abrazo de nuevo. Ernesto pasa de todo, pero Leo tiene cierto aire triste que me conmueve. Después van junto a su madre y al tejón. La puerta se cierra muy despacio. Me da tiempo a pensar en ir tras ellos, olvidarme de todo, unirme a la secta, que alguien decida por mí, sin dolor, sin las preocupaciones de distinguir lo que está bien o lo que está mal, tener la certeza de vivir una mentira pero no atreverme a reconocerlo, aferrarme a una fe absurda basada en una deidad omnipotente creada por los hombres a su imagen y semejanza.

Sin duda, sería más gilipollas, pero también más feliz.

La puerta se cierra con un chasquido metálico. Me recuerda al nicho de aluminio cromado de Marc. Quizá se trate de lo mismo, un lugar donde se guardan los cadáveres, aunque con formas diferentes.

Regreso al coche y parto rumbo a la última parada de la noche.

## 5:02

Dicen que la resaca ensucia las playas, pero lo que hace es revelar los restos del naufragio. La marejada no tiene culpa de que llenemos el mar de inmundicia, y no me refiero solo a los bañistas. Hay basura a toneladas, desagües de alcantarillado, colillas, bolsas de plástico. Y la gente solo se fija en las algas muertas que la corriente abandona en la orilla. Luego lloran si se suicida una ballena. A eso se le llama hipocresía.

La última vez que estuve aquí dije muchas cosas, la mayoría ciertas. Todo continúa con la misma pátina de decadencia de antaño, con polvo y suciedad, pintadas en la pared, y el eco de dos viejos amigos que se cuentan las penas.

La única diferencia es que ahora Bernabé tiene un revólver.

El peso de la PK me da cierta tranquilidad. Me pregunto por qué no avisé a los compañeros cuando pude. Me convengo a mí mismo de que quiero que todo salga bien.

—Sé que estás ahí —digo, pero solo me contesta el silencio—. Bernabé, vengo solo.

De nuevo, la quietud es la respuesta. Pienso que tal vez me haya equivocado, que Bernabé conoce un escondrijo mejor, que tal vez ya lo hayan detenido mientras tomaba el *ferry* a Orán. Entonces escucho un sollozo. Las lágrimas se confunden con la bebida, y una voz ronca y gangosa suplica la muerte.

—Antonio...

—Voy a entrar, amigo.

Avanzo al interior de la casa de pescadores donde tantas cervezas hemos compartido. Siempre es arriesgado actuar de esta manera, más con un hombre borracho que solo siente dolor.

Lo encuentro agazapado bajo la ventana. Ni siquiera mira al mar. A sus pies hay una botella de ron vacía y otra a medio consumir. Sus ojos son dos bulbos rojos e irritados empañados por la tristeza profunda. Entre las manos, un revólver oxidado. Me planto a unos pasos de él.

—¿En qué estabas pensando, tío?

Bernabé se sorbe los mocos.

—¿Quieres algo? Tengo de todo. Mira, aún queda *whisky*.

—Es ron.

—¿Ah, sí? —Observa la botella entre la penumbra de la noche—. Ya decía yo que sabía a garrafón...

—Bernabé, esto es serio.

—¡Lo sé! —grita—. Joder, lo sé.

—No, no tienes ni puta idea. Has matado a Judith. Te espera una vida asquerosa entre rejas. Ya tenías antecedentes por intento de violación, así que te van a clavar todos los años. Aparte de que serás la comidilla de todos los informativos hasta que

un juicio rápido haga que se olviden de ti.

Mi vecino se ríe bajo la barba. Niega con la cabeza. Suspira hacia el cielo.

—No... tú eres quien no tiene ni puta idea.

Saca un cigarro mojado y lo enciende con parsimonia. Me ofrece uno de la cajetilla arrugada y niego con la cabeza.

—Tienes que venir conmigo, Bernabé. Antes o después te van a atrapar. Lo mejor es que te entregues por tu cuenta. El juez lo considerará un atenuante. No te queda otra.

—Siempre hay una escapatoria.

Levanta el revólver y se lo pone bajo el cuello. No me atrevo ni a gritar. Al final, lo baja de nuevo y el llanto regresa a sus pupilas.

—Soy un fracaso, Antonio —dice—. Ni siquiera soy capaz de tomar la salida fácil. ¿Se puede ser más cobarde? En la televisión siempre termina el hombre suicidándose después de matar a su mujer. Y yo... joder, me cago de solo pensarlo. Ni con todo el ron del mundo me atrevería.

—Mira, dame el arma, ¿vale? —Estiro el brazo, suplicante—. Yo me ocuparé de todo. Confía en mí. También he tenido un día bien jodido y quiero descansar un poco.

—Y sin embargo con ellas sí que he podido.

La sombra de la duda salta dentro de mí, pero prefiero ignorarla.

—¿Te refieres a Judith?

—La otra noche fui a tu casa, Antonio. Te quería contar que estaba perdiendo el control. Yo... al final se me ha ido todo de las manos.

Cuando supe lo de Judith, quise enterrar su visita en esos recuerdos que están mejor en el país de lo que nunca debió suceder, pero siempre reptan por salir de su tumba.

—¿Qué has hecho, Bernabé?

—Yo...

Las conexiones se suceden en mi cabeza, demasiado poderosas para ignorarlas.

—Mírame a los ojos. Quiero que te centres.

—Con Judith no debería haber sido así. Joder, no... ella no...

La pregunta que nunca pensé hacer.

—¿A cuántas has asesinado?

Sus ojos como dos cuchillos. El regusto del placer del crimen en su mirada.

—Judith es la tercera.

Mis pies se ponen en marcha. Pienso mejor cuando camino. Recorro la pequeña ruina.

—Vale, céntrate. Por lo que más quieras, céntrate.

—Lo que más quería está muerto. ¡Dios...!

—Pues entonces hazlo por mí, ¿de acuerdo? Para salir de esta tienes que ser sincero conmigo, Bernabé. Quiero que me cuentes quién fue la última chica. ¿Una puta de carretera? ¿La conocías de antes? ¿Ibas borracho? ¿Qué hiciste con el

cadáver? ¿Te ayudó alguien?

Bernabé me observa perplejo. Es como si no entendiera mis palabras. Entonces abre la boca y se desata el cataclismo.

—Ya sabes quién es, Antonio.

El puzzle se completa de golpe en mi mente, pero me obligo a mirar en otra dirección. La barba, el revólver, una infancia modelada a hostias, maltratador y machista. Es tan obvio que prefiero no verlo.

—¿Sabes a quién me refiero? —pregunta.

—No quiero saberlo.

Posesivo, violento, sádico.

—La chica guapa, una joven —prosigue.

Condenado por acoso e intento de violación.

—Carmencita —murmuro.

Se rasca la nuca. Ladea la cabeza hacia un lado.

—Así que ese era su nombre...

Aprieto los dientes. La respiración forzada. Me cegó la amistad. Nunca debí separar la vida privada de la profesional. Hice la vista gorda cuando maltrataba a Judith y eso me impidió ver al monstruo que tenía delante.

—¿A cuántas has violado?

Se encoge de hombros.

—Al principio las contaba, luego ya no. Sé que algunas lo denunciaron, pero otras estaban demasiado asustadas —se relame—. No es que quisiera, Antonio. Era lo único que me excitaba, ¿sabes? Imagina lo que es no llegar jamás al orgasmo, salvo cuando actúas cómo yo lo hice.

—¿Esa es tu excusa?

—No —niega tajante—. Lo hice por Judith. Pensé que si descargaba al animal contra las otras, a ella no le haría nada. Pero la bestia es más fuerte que yo, Antonio, y al final despertó también en casa.

—¿Y la otra chica? ¿Una ecuatoriana?

—Puede ser. No era de aquí. Al principio me bastó con humillarla, pero después volvió la flacidez. No se me pone dura. Es jodido decirlo, significa que soy un marica.

—Por eso le introducías un garrote, ¿no?

—¿Garrote? —Levanta el revólver—. Era más divertido con el cañón.

No recuerdo la última vez que me quedé sin calificativos.

—¿Y por qué matarla? —digo.

Apoya la cabeza en una mano.

—¿Sabes? Yo nunca quise. Debes creerme. Se me fue de las manos. No sé. Con la ecuatoriana sucedió así. Se resistió más de la cuenta y la molí a leches. Si hubiera querido liquidarla de primeras, le habría pegado un tiro.

—Como a Judith.

—No digas eso, Antonio. Lo de esta noche ha sido un accidente.

—Accidente...

—La culpa es de la camarera. Cuando me cargué a la ecuatoriana noté que se me ponía dura. Pero con esta... joder, me empalmé según la vi.

—¿Y por qué ella, Bernabé?

Resopla cansado. Una alimaña atrapada en el cuerpo de un desgraciado.

—Cuando liquidé a la ecuatoriana pensé en entregarme —explica—. Fui a buscarte a la comisaría. Me dijeron que no estabas, que mirase en el bar de enfrente. Y allí la vi. Creo que me tomé como cien cervezas hasta que se marchó de allí. Después la seguí hasta un apartamento. Iba a sorprenderla en el ascensor, pero había un tipo esperándola en la puerta. Entonces me escondí y la atacé cuando volvía a su coche para regresar a casa.

Marc la recibió, se besaron, fueron felices. Ahora los dos están muertos, y este psicópata dice que fue culpa mía por llevarlo hasta ella.

—Me suplicó, ¿sabes? —continúa—. Dijo que estaba embarazada, que no le hiciera nada. Las chorradas que dicen todas. La obligué a conducir hasta la playa y allí le abrí la cabeza. Después la violé con el revólver. Aquella vez la erección me duró hasta el punto que me dio tiempo a masturbarme, pero desapareció antes de que pudiera correrme.

Me falta el aire. Bernabé lo cuenta todo con voz neutra de enfermo mental. Vi la escena del crimen. El muy cabrón la mató primero y luego la profanó. No sé si eso me consuela o me hunde más en la mierda.

—Cuando lo pensé en frío, fui a buscarte a tu casa. Esta no es vida, Antonio. No es que me arrepienta, pero no quería hacerle eso a Judith. Y al final el demonio que corroe mis tripas la ha asesinado a ella también. ¿Y sabes qué? He eyaculado al instante.

Sin duda, me hunde en la mierda hasta el fondo.

—No digas que fue un demonio, un animal que está dentro de ti, porque es mentira.

—Tú qué sabrás —se jacta, con desprecio.

—Me das pena, Bernabé. Tú eres el asesino, la bestia. No hay una fuerza interior que te obligue a actuar como lo haces. Todo es culpa tuya.

—No... es el alcohol. Hace que salga la fiera...

—¿Dónde está esa fiera? —Miro a mi alrededor teatralmente—. Porque aquí solo veo a un cabrón.

—Por favor, Antonio.

La decisión está tomada.

—He hecho todo lo que podía por ti, Bernabé. He intentado ayudarte. Te juro que lo he intentado. Pero ya no me quedan más fuerzas. Ya no.

Me doy la vuelta. Camino unos pasos hasta la puerta.

—¿Te marchas?

—No, pero no quiero mancharme con tu porquería.

—¿Qué?

—Te dije que esto acabaría así si seguías maltratando a tu mujer.

—¿Conmigo entre rejas?

Me giro con la pistola desenfundada.

—O suicidándote.

Un avión pasa sobre nuestras cabezas. Parece que siempre están presentes en las muertes.

—¿Estás de broma? —dice abandonando el revólver a un lado.

—Es lo mejor que te puedo ofrecer.

—No me vas a disparar, Antonio. Somos amigos, por el amor de Dios.

—¿Y por qué no? Al fin y al cabo, tú disparaste a tu mujer y la amabas.

En el bolsillo tengo los casquillos que recogí del aeropuerto. Los lanzo a la oscuridad.

—Pero...

—¿Sabes qué? Esta noche han matado a mi mejor amigo. Le han volado la cabeza con mi propia arma. —Me señalo la frente con la otra mano—. Después lo han decapitado a machetazos y me han dejado con el cuerpo.

—¡Joder! ¿Por qué me cuentas esto?

—Esa gente ha robado un furgón cargado de dinero y han tiroteado a varios compañeros. Y a mí me da igual. Solo quiero venganza.

—¿Y qué tiene que ver conmigo?

—No lo entiendes, ¿verdad? Le prometí a él que te mataría.

Está tan borracho que no hace nada. Gesticula con los brazos y poco más.

—¿Y sabes qué es lo más gracioso? Que al final le achacarán a él la muerte de esa pobre chica. Aunque confesaras, hay una probabilidad muy alta de que no te condenaran por culpa de las estúpidas pruebas de ADN, o que digan que debes ir a un psiquiátrico. Y con las leyes de mierda que tenemos, en quince años estarías en la calle.

—¿Qué?

—Da igual. Pensaba en voz alta. Hoy he dinamitado mi vida. No me quedan amigos, ni familia, y mi trabajo está en la cuerda floja. Y ahora que sabes todo esto no puedo dejarte vivo, ¿no crees?

—Antonio, por Dios.

—Me das asco, Bernabé. Eres un despojo humano. Nadie te echará de menos. Incluso puede que gane alguna medalla.

—Dime que es una broma...

Le concedo unos segundos de cortesía. Creo que es mejor que lo asimile. Su rostro se compunge en un rictus suplicante, miserable. Quería que lo oyese, que se diera cuenta de su naturaleza, que por una vez fuera la víctima y no el verdugo. Una gota de babas le cae por la mandíbula, una sombra oscurece su entrepierna.

—Bebe un último trago si quieres —digo.

No se lo piensa. Se lleva la botella a la boca, pero le tiembla tanto la mano que termina bautizándose con ron. Deja el vidrio en el suelo y levanta la mirada.

—Por favor, Antonio —balbucea—. Eres policía.

—Eso dicen.

Disparo dos veces. Ambos plomos se incrustan en su pecho. Compruebo que está muerto. Una de las balas le ha atravesado el corazón.

Observo la escena del crimen. No queda del todo realista. Un tercer disparo contra la pared disimulará la ejecución. Los casquillos que recogí del aeropuerto quedan como prueba de dos balas que se perdieron en la oscuridad de la noche.

Pateo el revólver y lo alejo del cuerpo, tal y como habría hecho en una situación real. Después llamo a la central y doy parte.

Esta vez, nadie llorará por el suicidio de esta ballena.

### **13:19**

La policía es la reina del eufemismo. La violencia de género se usa para no decir que a una mujer la han matado a hostias. Libre y voluntariamente suele ir unido a una citación y a unos grilletos bien gordos. Lo contrario sería resistencia activa del individuo, que suele emplearse para obtener carta blanca para patearle la cara a algún desgraciado. Acceso carnal es violación pura y dura. Ya no se interroga, sino que se toma declaración. Además, si eres menor de edad, en ese caso se llama exploración. Del mismo modo, el calabozo de los críos es idéntico al de los adultos y hasta huele igual de mal, pero se le denomina sala de menores, que suena más bonito.

Y, ahora mismo, digamos que me están tomando declaración.

No puede haber una prueba más evidente de que he perdido el juicio. Estoy sentado al otro lado de la barrera, en el lugar donde deberían estar los yonquis, los camellos y las putas. Mi culo se apoya en la misma silla de plástico donde se han meado hombres adultos rogando por un pico. Joder, cuando vuelva a casa tendré que cambiarme de pantalones.

Entonces recuerdo que no hay casa adonde volver ni amigos a los que acudir. Los he enterrado a todos, de una forma simbólica o real.

—¿Cuántas veces tengo que repetirlo? —pregunto.

En la sala están el juez Morales y el Comisario Llorente. El mono de tabaco hace que Su Señoría tenga que estar en pie todo el rato.

—Las que haga falta, inspector —dice—. Queremos entenderlo con toda claridad.

—¿Y Miñarro?

—Se ha tomado una excedencia forzosa —contesta Llorente.

—¿Al final se murió la gorda?

—Eso da igual. El caso es que la cagó.

—Está de moda joderla, ¿no?

—Vamos a repasarlo otra vez.

La muerte de Bernabé me proporciona una distracción perfecta. Sin él, alguien con olfato habría preguntado por qué se había disparado mi arma hacía poco, o por qué faltaban balas en el cargador. Es mejor excusa hacer frente a una investigación por abrir fuego contra un asesino armado que rogar porque se traguen cualquier otro bulo.

—Llegué a casa sobre las tres y media de la madrugada. Mi vecino se había cargado a su esposa de dos tiros. Beatriz estaba preocupada por los niños, así que los llevé con unos amigos. —Mis tripas se revuelven—. A la vuelta pensé que Bernabé podría ocultarse en la vieja caseta de pescadores. Al llegar intenté razonar con él, pero estaba demasiado borracho y amenazó con disparar el revólver.

—No pediste refuerzos.

—No.

—Y lo mataste.

—Me amenazó, Llorente. Primero intenté intimidarlo disparando por la ventana, en dirección al mar, pero fue en vano. Le temblaba mucho el pulso. Me podía haber liquidado. Simplemente actué.

—¿Cuántas veces disparaste?

—Un par. Puede que tres. Era un momento de mucha tensión, no lo recuerdo con nitidez.

Cuando la respuesta que se da es la única lógica, pruebas mediante, es que debe ser la verdad. El comisario me desollaría solo por hacerle trabajar en sábado, pero mi versión es sólida.

—¿Te contó por qué asesinó a su mujer? —Morales toma el relevo.

—Dijo que era una puta. No sé qué puede significar eso.

—¿Por qué imaginaste que estaba allí?

—En una ocasión me contó que se marchaba a la casa abandonada de la costa a beber cerveza.

—¿Nunca sospechaste que podría hacer algo así?

—No teníamos una relación de amistad tan fuerte. Simplemente, era mi vecino.

Pero el juez se sabe todas las canciones como si las hubiera escrito él y no se rinde con facilidad.

—Maltrataba a su costilla. ¿No oíste nada extraño?

—Sí así hubiera sido, lo habría denunciado.

Las pupilas de Llorente me atraviesan. Se podría moldear su rabia hasta formar una bonita escultura. A él le importa bien poco que un tipo mate a su mujer. Sucede en todas partes y a todas horas. Ni siquiera le molesta que haya tirado de gatillo en este asunto. No. Lo que le aprieta las gónadas es algo bien diferente. Se relame los labios y lee de un informe.

—Según los agentes que se encontraban de guardia en tu casa, llegaste a las



cuatro menos cuarto.

—Es posible.

—¿De dónde venías?

Responde rápido, pero no mucho. Puedes pensar primero. Que no se note que estás representando *Romeo y el coño de la Bernarda Alba*.

—Seguía una pista.

—¿Qué pista?

—Confidentes. Solo los puedo localizar a esas horas.

—¿Nos puedes decir sus nombres?

—Sabes que no. Me debo a ellos.

Llorente resopla como un miura. Los cuernos ya los trae de casa.

—¿Qué caso investigabas? —interrumpe Morales.

—La del violador en serie.

—Ya detuviste a un sospechoso.

—No creo que haya sido él.

—El ADN...

—El ADN es una mierda. —Y muestro mis cartas—. Yo creo que el cabrón que lo hizo no podía ni empalmarse como es debido. Por eso no encontramos semen nunca. Además, una de las víctimas aseguró que la violó con un objeto redondeado.

—Pues esta vez sí que había esperma.

—Sería del novio. O del amante. Quién sabe.

—Lo del amante lo estamos investigando, no te preocupes.

—No lo hago.

—¿Y averiguaste algo?

—Nada reseñable.

—Este no parece un caso que se pueda resolver preguntando a travestis.

—Son mis métodos, ya lo sabéis.

Llorente golpea la mesa con el puño cerrado. Cambiaría de orientación sexual por un chicle de nicotina. El sudor se le acumula bajo las axilas formando manchas en su camisa de cien euros. Escupe algo que suena a insulto hacia mi madre, se levanta apoyando los nudillos en la silla.

—¿Dónde coño estabas ayer entre las diez y las once?

—Aquí, en comisaría.

—¡Mis cojones! —Varios papeles salen despedidos—. Te largaste a las diez y media con Fons.

—Sí.

—No tienes ni puta idea de lo que te hablo, ¿verdad?

El furgón blindado. Por suerte tengo coartada.

—Ayer a las diez y media atracaron el transporte de pruebas que iba hacia Madrid —explica Morales, con calma—. Llevaba el dinero que encontramos en General Polavieja. Un coche de bomberos le hizo señales para que se apartara y cuando pasó

por su lado los sacó de la autovía.

—Después se liaron a tiros —Llorente está fuera de sí—. Llevaban fusiles del ejército, hostias. Los acribillaron. Tengo cuatro muertos.

Mi capacidad de disimulo no alcanza hasta el punto de fingir sorpresa, por lo que guardo un prudente silencio.

—Marc anda en paradero desconocido. Y lo último que sabemos de ti es que entras a una puta choza disparando como John Wayne.

—Fonsi se marchó en su coche. No me dijo dónde.

—¿En serio? ¿No te lo dijo?

—Comisario —tercia el juez.

—¿Y si te dijera que lo sé todo?

—¿Qué es todo?

—Tú atracaste ese furgón. Montaste una trama. Y me importa una mierda que tengas una coartada, porque de esta no te salva ni Buda.

La policía está autorizada a mentir en los interrogatorios. Es algo que todo el mundo sabe, pero lo de Llorente es distinto. Me pregunto cuánto sabe de verdad. Por suerte es un pésimo jugador de póquer. Toca tirarse un farol.

—¿Qué tiene eso que ver con Marc y conmigo?

—No te hagas el tonto, Ramos, que te cruzo la cara de una hostia.

Eso también puede hacerlo en un interrogatorio, aunque se maquilla con fragmentos de verdades a medias.

—Ni siquiera sabía que habían atracado el coche de pruebas —digo—. Estaba demasiado preocupado trabajando a deshoras y protegiendo a mi familia.

—No me jodas, Antonio...

—¿Quién ha dicho esa majadería, Llorente?

Y ahí viene, como un elefante en el Palacio del Pardo, la trola de las trolas:

—Marc —pronuncia con placer—. Tu compañero te ha vendido.

Pobre, pobre niño rico. Me da tal pena que sería capaz de regalarle una galleta.

—¿Marc ha dicho eso? —continúo como si hubiera picado el anzuelo.

—¿Quieres un careo? —prosigue Morales—. Tenemos su declaración jurada.

Me recuesto en mi infecta silla forrada de meados. Después apoyo los codos.

—¿Él ha dicho que atracó el furgón? —Las manos a la cara—. Joder, Fonsi...

—¿Llamamos a un abogado? —propone el comisario—. No me hagas repetirte tus derechos.

Siento una pena profunda. Es un sentimiento demasiado arraigado para ignorarlo. Las conjeturas van en mi dirección, pero no son más que eso. Llorente tiene algo que le hace sospechar de mí, y yo solo puedo traicionarme a mí mismo para salir de esta.

—Marc lo dijo en broma —explico—. Ya sabes, en mitad de una cerveza. Decía que ese dinero nos correspondía, que al final terminaría evaporándose y nadie preguntaría. Creo que tenía deudas. Su paso por los ultras lo dejó marcado. Joder, nunca creí que hablara en serio.

Los dos hombres se sientan. Obtengo la misma atención que una *stripper* en una iglesia. Y yo acuso a mi difunto mejor amigo de toda la mierda que he fabricado con mis propias manos.

—¿Qué te dijo exactamente? —Llorente toma notas nerviosas.

—¿No lo habéis detenido? —Levanto el rostro—. Solo eso, decía que teníamos que hacernos con el dinero. Yo le dije que ni loco. Son muchos años en el cuerpo y tengo una familia que mantener.

—Todos conocemos tu historial, Ramos.

No sé si en esa frase hay sarcasmo, ironía o sinceridad. Mejor no pensarlo.

—Ignoro lo que os ha dicho Marc, pero yo no tenía ni idea de lo que tramaba, si es que ha sido él. Otras veces hablaba de matar a la presentadora del telediario y sigue viva. Pensé... joder, Fonsi. ¿Qué has hecho?

—¿No notaste un comportamiento extraño en él? —Morales cruza los dedos.

—Estaba más irritable. Creo que follaba poco.

Los dos hombres se miran entre sí.

—Vamos fuera, Comisario.

—Esperad. —Me incorporo—. ¿Qué está pasando aquí? Quiero ver a Marc.

Sus retinas se cruzan de nuevo. Dudo que sepan comunicarse sin palabras. Optan por sentarse.

—Hemos encontrado el coche de Marc —explica Llorente—. Estaba calcinado, aunque había restos de sangre en el maletero.

—¿Sangre? —Mis nervios se camuflan como asombro.

—Creemos que hubo una filtración desde dentro —prosigue—. Era imposible que supieran la ruta. Los cabrones que lo hicieron tienen un topo dentro.

—Por las indagaciones hechas hasta el momento, pensamos que son una banda organizada del Este.

—¿Dónde está Marc?

—Eso nos gustaría saber a nosotros —Llorente—. Hasta ahora no me he atrevido a mover ficha, pero voy a dar la orden de busca y captura.

—¿Ha sido él? Mierda, Fonsi...

—No lo sabemos. Puede ser. Joder, uno de mis hombres... Esto es una mierda gorda, Antonio. Han muerto policías.

—Entonces no perdamos el tiempo. —Me incorporo y siento la ropa pegajosa—. Yo puedo ayudar a...

—No me jodas, Ramos. —Me señala con el dedo—. Aún no estás fuera de sospecha. Y ya hemos visto cómo actúas cuando tienes implicaciones personales en los casos.

—¿Qué? —Indignación, enfado—. Soy la persona que mejor conoce a Marc.

—Por eso te quedarás aquí y te tomaremos declaración. —Morales se rebusca algo en el interior de la oreja.

—¿Aquí? Llevo seis horas de cháchara inútil. Así no soy de utilidad.

—Te quedas hasta que terminemos de sonsacarte y luego ya veremos —gruñe el comisario—. Por si lo has olvidado, te has cargado a un imbécil a tiros.

—Vamos...

—De momento, quedas suspendido. Cuando se aclare toda esta mierda veremos qué hacemos contigo.

Es absurdo insistir más. Pueden retenerme el tiempo que quieran. De momento, parece que tiene prioridad el caso del furgón de pruebas.

Los dos trajeados salen por la puerta y me dejan con mis quimeras. Repaso los cabos sueltos que puedo haber dejado. Si mantengo mi versión minimalista, estaré fuera de peligro. Mi coartada es firme. Solo quedan los rusos.

Me abandonan en el horno. Tengo pánico de que mi cerebro no soporte más presión y enloquezca. He traicionado a Fonsi. Le acusan de robar el furgón. Se va a tragar toda la mugre. Joder, debería de haber escondido el coche. En ese caso aún sería el sospechoso número uno. Ahora mismo creo que estoy a salvo. De no ser así, habrían hablado fuera en lugar de pedir mi colaboración aportando datos. Más vale que la mierda recaiga sobre Marc si así puedo liquidar a los Organov.

La puerta de la pequeña sala vuelve a abrirse. Pilar Hurtado está en el umbral. La envían para arrancarme todos los pequeños detalles, aunque no pienso soltar ninguno. Llorente es un cabrón manipulador.

—Yo también me alegro de verte —dice ella.

## 21:27

Las horas pasan y al final ocurre. Un pequeño cabo suelto desmorona el castillo de naipes en mi dirección. La compañía telefónica ha entregado el listado de llamadas, y al cotejar los números más frecuentes, han descubierto uno que no esperaban: el de Marc Fons.

Entonces mi versión toma fuerza. Fonsi estaba loco, perdió la cabeza cuando se infiltró en una banda de skins, era machista, celoso, tenía deudas con medio Alicante.

Ahora corroborarán el ADN. El charco de sangre del maletero y el semen del coño de Carmencita. Los amantes serán recordados como asesino y víctima. Un triste final para una historia de amor.

La hipótesis oficial es que Marc sigue vivo hasta que se compruebe que la sangre encontrada es suya. Ha pasado casi un día. Esperan que esté escondido. Y lo está. Al menos, tan bien oculto como puedan estar los Organov. Y yo tengo que evitar a toda costa que los encuentren, porque de lo contrario cantarán todo lo que saben.

La opción B es matarlos.

Ruso a ruso. Ellos son un clan, y yo un madero sin empleo. Pero, si lo hago, ¿cómo ocultar una matanza?

Pilar Hurtado me ha traído unas galletas de limón blandas, y lo raro es que estoy

agradecido. Llevo sin dormir casi dos días, y en este puto agujero más de quince horas. Hemos hablado mucho, repetido una y otra vez la misma historia, lanzado alguna mirada libidinosa y hasta recibido apoyo por el cabrón de mi compañero.

Y ahora, cuando me dispongo a firmar el documento que certifique mi suspensión laboral, a entregar mi arma para su examen, el bolígrafo me tiembla entre los dedos.

—¿Cómo estás? —pregunta ella.

Es la primera vez en toda la tarde que me trata como a una persona, no como al criminal que debe interrogar. Su mirada tiene cierta chispa que no sé interpretar.

—No lo sé. —Pero me lo pienso mejor—. Mal. Joder, estoy hecho una mierda.

Pilar me observa con ojos perturbadores de mujer decepcionada. Lo que hubo se extinguió, lo que pudo haber sido nos torturará. Tuvimos algo y ahora solo queda escarcha, un muro de hielo e indiferencia. El acto irreflexivo de la pasión fue mutuo, pero en su recuerdo solo permanece mi culpabilidad.

—Antonio, creo que Marc está muerto.

Las palabras de Hurtado me sorprenden. Inesperadas pero lógicas como las lágrimas de una prostituta el Día de la Madre. Sus dedos fríos se posan sobre mi mano. No recuerdo la última vez que me regalaron una caricia, una real, no fingida por años de matrimonio ni estandarizada por un amigo.

Y es entonces cuando surge el fantasma de Fonsi descerrajando un tiro a mis entrañas, arrastrándose por las arrugas de mi memoria, sucio de barro y sangre, su cabeza arrancada al estilo talibán, el demonio sosteniéndola por el cabello, el chasquido del machete rebanando su garganta, el rugido del disparo que le incrustó un proyectil en la frente, uno de mi propiedad, misma pistola pero distinta mano ejecutora, sin aviones profanando el cielo pero con un alma que se escapa por los agujeros de bala.

Algo cae sobre la mesa. Tardo varios segundos en comprender que es una lágrima.

Pilar está en pie a mi lado. Sus manos rodean mi cuello y me atrae hacia su regazo. Las mujeres tienen ese sexto sentido que las hace ir por delante de cualquier hombre, transformando al adulto en niño, retornando al momento en que saliste del útero bajo el sonido de tu propio llanto.

Y, por primera vez en demasiado tiempo, lloro como un crío, expulso los fantasmas, me rompo por dentro y lo expreso hacia ella.

—Tranquilo —susurra—. Estoy aquí. Te tengo...

## DOMINGO, 26 DE OCTUBRE

**05:53**

Alguien dijo que era imposible bañarse dos veces en el mismo río. Con los espejos ocurre algo similar: según cuándo te reflejes en su superficie te devolverá un rostro, un momento o una sensación diferente.

Hoy no existo. Tras el cristal surge el monstruo, la encarnación del mal que juré extirpar, la hemorragia que desangra a una sociedad abocada a la extinción por desidia. Veo al traidor, la erección de Bruto al escuchar las últimas palabras de César, el sonido de las treinta monedas chocando entre sí, el aplauso a Luis Figo a su llegada al Madrid. Y esa mirada, la del yonqui con el subidón de metadona, los ojos del leopardo que prefiere morir de hambre antes que correr tras una gacela, el iris apagado del pederasta tras los barrotes, la pupila del profano que contempla a Dalí sin entender nada, la retina obsoleta del político que se niega a jubilarse, el lacrimal marchito del policía que salvó el pellejo destripando a su compañero.

Marc está muerto. Fue hace un día, pero parece una eternidad. Y lo peor de todo es que ahora he ultrajado su memoria. Culpable de todos mis pecados. Me digo que más vale que siga libre un poco más, solo un poco, lo suficiente para bañarme en la sangre de sus asesinos.

Pilar tiene la certeza de que está muerto, aunque el comisario confía en pillarlo con vida. Han localizado llamadas suyas al teléfono de Carmencita. Mensajes de amor, de «te recojo en cinco minutos; ¿quieres que lleve velas para la cena?; yo a ti más, tonta». Ahora se han convertido en la prueba de que Fonsi era un asesino despiadado. El ADN lo confirmará, se dará carpetazo al asunto, y quizá sea lo mejor.

La superficie empañada me devuelve el rostro de un hombre que no conozco. Esta vez me han suspendido. ¿Qué soy? Un policía sin empleo, un imbécil sin nada que hacer. Despojado de lo único que daba sentido a mi vida, el pasado en la memoria y el futuro en el olvido. La placa era mi identidad, y ahora solo soy un ser humano.

Y el espejo no da respuestas, ni paz, ni tan siquiera un reflejo de lo que me gustaría ver.

Me seco la cabeza con una toalla de mano con iniciales bordadas. El tacto es sedoso y frío, como todo este apartamento, como ella. Los perfumes organizados por tamaños y colores sobre un estante, el papel higiénico de triple capa, una escrupulosidad en la limpieza que denota una vida social de clausura. He cruzado la puerta de un templo que no me corresponde y solo deseo huir, escaparme, hasta que se olviden de mi nombre y de mi cara y mi recuerdo quede convertido en un sabor amargo la noche de Navidad.

Pilar Hurtado yace en la cama. Su cuerpo desnudo ya no me apetece, no como anoche, cuando el sexo inundó la habitación de sudor y rabia, compartiendo sábanas y angustias, besos rudos y caricias distantes. Ninguno de los dos lo disfrutó, pero lo necesitábamos. Dos adultos que tomaron una decisión lógica, carente de toda emoción, enmascarando sentimientos tan contradictorios como la propia naturaleza humana.

La ropa está en el suelo, la carcasa de lo que fui, con el olor a tabaco incrustado en cada hebra. Es extraño vestirse de nuevo con las mismas mudas de días atrás. Es una sensación fría, de desarraigo, como si la cama donde hemos follado fuera solo un lugar y los armarios rechazasen cobijar mi piel. La escena idílica consiste en un baño conjunto, una bata limpia de mi talla, desayuno americano, tal vez una rosa que nadie sabe de dónde ha salido, una película mala sin cortes publicitarios, un abrazo, muchos besos. Pero nada de eso llegará. La vida se compone de instantes, y nosotros buceamos entre los que no regresan y los que jamás llegan.

—Era enfermera —dice Pilar a mi espalda.

Me subo los calcetines sin siquiera girarme.

—Pensaba que estabas dormida.

—No, ya no.

—¿Quién era enfermera?

—Teodora Atienzar, la asistenta de la familia Moscardó —continúa—. Se diplomó en 1979, pero no se le conoce trabajo estable desde entonces. Hasta que matan al buen doctor y a su mujer, y ella aparece como la modélica ama de llaves de una familia aburguesada. Son demasiadas coincidencias, Antonio. Un médico viviendo con una enfermera, mientras que en el mismo bloque hay un demente atesorando un enorme archivo de abortos. Siguen habiendo muchas incógnitas, pero creo que estoy cerca. Todo se relaciona de una manera tan clara que no puede ser de otra manera. Solo queda saber quién es el asesino, aunque apuesto por un cómplice de la sirvienta.

Me vuelvo hacia ella. Se tapa los pechos con vergüenza, como si ahora fuéramos extraños o yo no supiera decir las palabras mágicas capaces de agrietar su muralla. Siento la tentación de acariciarla, acercar mi mano a la suya, fundirnos en un beso con sabor a nicotina.

—Ya no trabajo en el caso —respondo—. Ahora estás sola.

Su rostro muestra por un segundo a la mujer que se esconde bajo el escudo de acero. Y es solo eso, una persona con sus inseguridades y ambiciones, sueños, esperanzas, miedos.

—¿Por qué me cuentas esto? —digo.

—No te vayas —murmura.

Algunos movimientos los realizamos por instinto, pero otros se aprenden por el uso y abuso de repeticiones de los mismos. Esa es la razón de que la bese. Nuestros labios se encuentran en lo que sin duda es una despedida. Las lenguas guardan una

prudente distancia. Dos adultos en una habitación: dos gilipollas que se obstinan en ser infelices.

## 07:38

Dicen que los criminales siempre vuelven al lugar del delito. Por eso estoy aquí, porque soy culpable.

No sé qué esperaba encontrar. Quizá grupos de la secreta vigilando los alrededores, la científica tomando muestras de la sangre mezclada con tierra, coches patrulla aparcados en las inmediaciones...

Un avión aparece desde la nada e inicia la maniobra de aterrizaje. El ruido es ensordecedor y se mezcla con el de las máquinas excavadoras. Los obreros pululan de un lado a otro como parásitos estomacales, hablándose a gritos, insultándose de broma, disimulando que trabajan mientras vaguean.

Yo los odio. No por su suciedad o su felicidad de proletario, es algo más visceral. Deseo matarlos a todos porque no existían.

Ayer no estaban. No había rastro de obreros, ni por la mañana cuando quedamos con los rusos ni a medianoche cuando aparecieron con el coche de bomberos. Y hoy están aquí. En domingo, joder. Festivo por huevos, y están apilando bloques de hormigón.

Aparco el coche cerca de la entrada. Un sudaca con el casco más grande que la cabeza se planta ante mí.

—¿Se ha perdido, amigo?

—No soy tu amigo. Es más: quiero pegarte un puñetazo.

Enciendo un cigarro mientras el capullo se recompone.

—¿Cómo dice?

—¿Sabes qué día es hoy? —Abre la boca, pero no le dejo contestar—. Domingo. Santificar las fiestas. ¿Te dice algo eso?

—Er... que hay que ir a misa.

—¿Qué hacéis aquí?

No es necesario enseñar una placa que ya no tengo. A un policía se le reconoce por la forma de andar, de mirar, de joderte. Y este inmigrante está pensando si tiene los papeles en regla o va a tener que arrodillarse a suplicar. Un corderito con piel de imbécil.

—Pues son las obras de ampliación del aeropuerto. Esto será la terminal...

—¿En domingo? —interrumpo.

—Somos cinco turnos, como en los hospitales —explica—. Echamos dos días por la mañana, otros dos por la tarde, y otros dos por la noche. Y después descansamos tres más.

—No me jodas, payaso. Ayer pasé por aquí y no vi ni un alma. ¿Qué pasa?



¿Celebráis la Pascua Judía Ecuatoriana o qué?

El tipo se encoje de hombros. Va a iniciar una frase, pero se lo piensa mejor y rectifica a tiempo.

—Ayer nos lo dieron libre. Nos avisaron un par de horas antes. Algunos compañeros están enfadados, porque era el día en que libraban y claro, a ellos no se lo dan. Los demás sí que paramos.

—¿Y eso por qué?

—No lo sé, de verdad. Solo nos dijeron que no viniera nadie. Hasta los guardas de seguridad se tomaron el día.

Encajo piezas a toda velocidad. Los Organov controlan las obras a través de empresas fantasma, se benefician de las ayudas estatales y hacen una chapuza. Ordenan a todos los trabajadores que no asomen la nariz pese a hacer turnos rotativos de ocho horas para no parar ni de noche.

—¿Quién es el promotor? —pregunto.

—Bueno, yo trabajo para Construcciones Reina, pero creo que es una subcontrata.

Señala unos banderines colocados en fila al lado de la autovía. Llevan escrito el anagrama de GRUMM Internacional, una macroempresa especializada en importación, especulación inmobiliaria, asfaltado de carreteras y hasta en fusión de sociedades mercantiles. Con las oficinas centrales en Alicante ciudad, su influencia alcanza a toda la costa mediterránea, de Almería a Tarragona, incluyendo las Islas Baleares. Recuerdo que estuvo en el punto de mira de Hacienda por delitos financieros en paraísos fiscales, pero el tema se archivó en cuestión de días por orden de estamentos más altos.

—Y solo trabajáis inmigrantes, ¿no?

Le cuesta reconocer la evidencia. Es como declararse culpable de entrar como turista y quedarse recogiendo manzanas sin permiso de residencia. Tras unos instantes de morderse el labio inferior, claudica:

—Sí, aunque la mayoría son de Europa del Este, Ucrania y esos sitios. ¿Quiere hablar con el capataz? Él es de Moscú.

Y cuando por fin completas la última pieza del puzzle, la imagen resultante es tan intensa que no puedes mirarla de frente.

—No será necesario...

## **09:41**

Confesar es catártico. Te hace eyacular la culpa, una mezcla de placer amargo y tortura deliciosa. Sin embargo, deja noqueado a tu interlocutor.

—Joder... —susurra Roger Escudero.

El bar de siempre, la misma gente fundida con el mobiliario y las tapas grasientas.

Rog se ha encendido el cigarro cinco veces y se le ha apagado otras tantas. El café con *whisky* se ha enfriado sobre la mesa hasta convertirse en un caldo frío y sin encanto. Yo he hablado sin parar durante casi una hora. Al principio se lo tomaba de guasa, tal vez pensando en publicar la historia, pero al cabo de un rato su rostro se fue tornando en una mueca preocupada. Y en el momento en que le volaron la tapa de los sesos a Marc, justo cuando mi voz se trunca y el labio vibra, ha agachado la cabeza y ha cruzado los dedos, olvidándose de la colilla a medio consumir y la sopa de grano tostado.

Cuento rápido la parte de la decapitación, pero observo a Rog encogiéndose sobre sí mismo, sintiendo el mismo pánico que yo en su momento. Omito los detalles de la desaparición del cuerpo y de mi familia, y paso de puntillas sobre el caso de las violaciones. Le cuento el estado de la investigación y me cese temporal. Al terminar, la gente continúa mimetizada con el mobiliario grasiento, pero a un periodista se le escapa una lágrima fugitiva.

—Me llamaba picapleitos... —dice.

—Lo sé.

—Picapleitos. ¡Qué cabrón! —Levanta la mirada acuosa—. Era el mejor de todos nosotros.

—Lo era.

Permanecemos en silencio. Su deformación profesional tiene mil dudas que plantearme, pero su sentido común sabe que es mejor no formularlas.

—¿Recuerdas cuando quedamos hace unos meses en el bar aquel del puerto? —pregunta—. Llegaste tarde por no sé qué asuntos. El tema es que Marc y yo nos echamos una partida al billar. Él no era demasiado bueno, ya sabes, era el típico que golpeaba fuerte al taco y creía saber jugar, y muchas veces por eso mismo la tronera le escupía las bolas. El tema es que tú no llegabas, así que jugábamos y jugábamos, hablando de tonterías y bebiendo cerveza. Y al cabo de un rato largo, tal vez una hora o más, unos tipos nos pidieron medirse a nosotros. Marc dijo que ni hablar, que solo jugaba conmigo, que era una liga o una apuesta, algo así le soltó.

Rog suspira. Gira el cenicero sobre la mesa. Se pasa la mano por los ojos y prosigue.

—El caso es que uno de esos individuos se puso pesado. Decía que llevaban un rato esperando, que habían quedado para jugar al billar, y que ya les tocaba. Aquello pareció tocarle las narices a Marc, el hecho de que se sintieran con derecho a meterse en nuestra partida por alguna regla de barrio que yo desconocía. El tema es que se revolvió con una sonrisa de esas suyas que daban tanto miedo y le tendió el palo al chaval. Entonces le dijo algo en plan «venga, no nos enfademos», y se dieron un abrazo.

Hace una pausa. Creo ver una sonrisa amarga tras la máscara de memoria.

—No sé cómo colocó el taco de billar entre los dos cuerpos, pero cuando se abrazaron se escuchó un crujido terrible, y al separarse tanto el palo como el brazo

del chico estaban rotos. Marc le gritó que si ya no quería jugar o si era marica. No sé que pasó con esa gente. Supongo que se lo llevarían al hospital. Luego Marc pidió otra ronda, pagó el taco roto, y siguió jugando con el mío como si no hubiera pasado nada. Él era así. No había nadie que le jodiera la vida. A los chavales se les torció la tarde, pero para Marc solo fue un momento del día que seguro olvidó un rato después.

Nunca me contó esa historia. Se ve que para él no fue nada, solo una interrupción estúpida en mitad de una partida al billar. No le dio más importancia, no le quitó el sueño.

—Me llamaba picapleitos —repite Escudero—. Picapleitos...

—¿Sabes algo del Zorro?

Se recuesta en la silla, vencido y apesadumbrado.

—Por los mentideros se dice que ha dejado en la estacada a sus productores españoles. Se rumorea que ha vuelto a California sin avisar a nadie haciendo escala en Bruselas. La película está paralizada y el proyecto se tambalea.

—Quizá sea así mejor. Nunca debimos meterlo en este jaleo.

—¿Crees que la policía llegará hasta el final de todo esto?

—De momento creen que Marc está fugado y además es el principal sospechoso de matar a Carmencita. Es una mierda, pero es lo que hay.

—¿Nadie sospecha que está muerto?

—Solo mi compañera, Pilar Hurtado, que es la mejor investigadora de toda la comisaría. Pero no es más que una corazonada. De momento, no puede probarlo.

—¿Y qué piensas hacer ahora?

Asesinarlos a todos, a los que mueren de hambre y a los que matan comiendo, a los que andan con chulería por la calle, a los que se sientan en los bancos del los parques, a los que se tumban en la arena de la playa, a los que les gusta el sol y a los que viven de noche, a los que estudian o trabajan, a los jubilados, a los que usan gafas y a los que no las necesitan, a los que respiran, a los que sienten, a los que proyectan sombra.

—Tengo mis planes —contesto—. ¿Qué sabes de GRUMM Internacional?

—¿GRUMM? Un compañero hizo un reportaje sobre ellos hace unos meses. Es la empresa más terrorífica que te puedas imaginar. Sus empleados apenas llegan a mileuristas y ellos facturan millones.

—¿Quién la controla?

—Bueno, es de origen soviético, de Rusia, Moldavia o por ahí. Su sede en España está aquí, en la ciudad.

—Eso ya lo sé, pero quién lleva la sartén por el mango en Alicante.

Me observa perplejo. Va a decir algo, pero en vez de eso mira hacia la barra y se levanta. Vuelve con un periódico de ayer y lo abre por la sección de Economía.

—Parece mentira que el investigador seas tú —se queja.

Me señala un artículo: «GRUMM Internacional obtiene el XVI Premio de Innovación Empresarial». El pie de foto reza: «El presidente de GRUMM, Yaroslav

Sokol, recogiendo el galardón». Es una foto pequeña y el tipo aparece de cuerpo entero. Solo aprecio que es mayor, con una cuidada barba cana y un traje a medida. Miro al local mugriento donde nos encontramos, aunque ya sé que no encontraré conexión a internet.

- Yaroslav Sokol —repito en voz alta.
- Llegó hace unos años. Se deja ver poco.
- ¿Qué más sabes de él?
- Poca cosa.
- Has dicho que un compañero tuyo le hizo un reportaje hace un tiempo.
- Investigó la empresa.
- Llámale.
- ¿Qué quieres saber?
- Todo. Necesito hablar con Yaroslav.
- ¿Por qué? ¿Crees que está al tanto de todo?
- No —contesto—. Y eso es lo divertido.

## 12:07

Bajo la estatua metálica de un toro, en concreto bajo la sombra de sus testículos, hay un campo de golf. Tiene unas bonitas vistas a una de las múltiples autovías que suturan Alicante al resto del país. Desde aquí no hay rastro del azul del mar, pero surge el color verde como una alucinación ante el gris de la ciudad donde hasta las palmeras pierden su brillo y se tornan amarillas y apagadas al cabo de un tiempo. Por eso, al contemplar la majestuosidad de las praderas de césped, no puedo sino sentir que entro en un territorio inhóspito.

Este es el tercer campo que visito hoy. El amigo de Rog me ha asegurado que Yaroslav Sokol es un adicto al deporte de los palitos y lo practica cada fin de semana. El problema es que en Alicante han proliferado los clubs al mismo ritmo que los yonquis. Los hoteles de lujo no solo requieren de balnearios, sino que necesitan su propio terreno agujereado a base de búnkers de arena y hoyos de par tres. Yaroslav es socio de todos ellos.

Rog me ha prestado su coche, una tartana con una botella de plástico llena de orines olvidada en la guantera, como recuerdo del seguimiento al Zorro. El problema es que no puedo andar por ahí con mi propio vehículo. Los Organov conocen la matrícula, y no sería sensato por mi parte. Dejo el coche en el aparcamiento, me coloco las gafas de sol y me acerco a recepción. Un chaval de veintipocos me observa preguntándose en qué idioma debe saludarme.

—Buenos días —le ahorro el trabajo—. Necesito saber si el señor Yaroslav Sokol está en sus instalaciones.

- Perdón, ¿quién es usted?

Buen chico. Bien amaestrado. Sería una imprudencia enseñar el carnet profesional, pero tengo tarjetas de visita. Lamentables, feas, pero que cumplen su función ante la ciudadanía. El resto se basa en la interpretación que he realizado durante media vida.

—Antonio Ramos Fernández —lee, el muy cabrón—. Inspector de policía.

—¿Podría indicarme dónde está el señor Sokol? —hablo como si supiera que está aquí.

El chaval tamborilea con los dedos en la mesa. Después comprueba algo en el ordenador y se mira el reloj de pulsera. Esta vez he acertado.

—Llegó a las ocho de la mañana. A estas alturas debe andar por los últimos hoyos. Quizá el dieciséis o el diecisiete.

—Perfecto. Tardaré un minuto. ¿Por dónde se llega hasta ahí?

—Bueno, lo normal es empezar por el hoyo uno, pero será más rápido que vaya por el dieciocho hacia atrás. ¿Quiere alquilar un buggy?

—¿Alquilar un qué?

—Un... carrito de golf. Son unos coches eléctricos que...

—No lo entiendo —le interrumpo—. Lo único que tiene de deporte esto del golf es andar detrás de la pelota arrastrando la bolsa con los palos. Pero si encima te dedicas en cargarlos en un cacharro de esos, ¿qué actividad física haces?

—¿Pegarle a la bola?

—No me jodas...

Avanzo en la dirección que me indica. El chico me recomienda que vaya por los laterales para no llevarme ningún susto proveniente del cielo. El paisaje es idílico, una realidad paralela dentro de esta tierra cenicienta, con lagos, bosques, prados cubiertos de césped y hasta cierto ecosistema con patos y cisnes. El día acompaña, despejado y claro, con temperaturas cálidas para esta época del año, incluso para Alicante. Sin duda, el dinero no hace la felicidad, pero la construye aunque sea en mitad de un desierto.

Por suerte, nada más llegar al *green* del hoyo diecisiete, encuentro a quien había venido a buscar. Es más alto de lo que parecía en la foto. El pelo muy corto, casi tanto como la barba, gafas grandes con cristales de esos que se oscurecen según la luz que haya. Le acompañan tres tipos vestidos de punta en blanco, que se ríen de sus bromas y ocurrencias. Unos metros más atrás, cargando los palos, están los *caddies* más fornidos y con pinta taleguera que he visto en mi vida. Son los primeros en percatarse de mi presencia. Uno de ellos deja la bolsa y viene a mi encuentro. Los restantes toman posiciones. Sin duda, son guardaespaldas profesionales. Uno se adelanta en plan lanzadera mientras que los otros se mantienen alertas.

—No puede estar aquí, señor —dice con un fuerte acento ruso.

—Será solo un momento. Quiero hablar con Sokol.

—El señor Sokol no recibe a nadie cuando juega a golf. Llame a las oficinas y pida una cita.

—Es urgente.

—Siempre lo es.

Le enseño una tarjeta.

—Soy el inspector Antonio Ramos. Tengo que realizarle unas preguntas a tu jefe. Observa el trozo de cartón con desdén. No se va a dejar impresionar con tan poco.

—Si es algún problema legal, debe dirigirse al servicio jurídico de GRUMM Internacional —recita, aburrido—. Y si su vida corre peligro, le agradecería que nos informara a nosotros.

—Es algo más complicado. Tengo que hablar con él.

—Lo siento. Y le repito que no puede estar aquí.

—No me jodas.

—En nombre del señor Sokol, le agradecemos su preocupación genuina.

—Tengo información sobre los hermanos Organov —digo—. Es algo que os han ocultado al resto. Solo quiero que lo sepa.

El gorila permanece en silencio. Para esa afirmación no estaba instruido. Mira de nuevo la tarjeta. Aprieta los labios.

—No sé a qué se refiere...

—Deja de tocarme los cojones y pregúntale a tu jefe si me quiere ver, ¿de acuerdo?

Aguarda una reacción. Quizá quiere noquearme. Una bola bota cerca de nosotros y se pierde entre la hierba más alta. Alguien se caga en su puta vida desde el fondo. El grandullón ladea la cabeza.

—Espere aquí.

Regresa sobre sus pasos, pero solo medio camino. Saca un móvil del bolsillo y dice algo. Al fondo, uno de los guardaespaldas se acerca a Yaroslav y le susurra al oído. Entonces nuestras miradas se cruzan en la lejanía, ambos ocultos tras las gafas oscuras. Su mandíbula se mueve. El gorila recibe las nuevas instrucciones y vuelve a mi lado.

—El señor Sokol tiene curiosidad por saber si está usted loco —dice.

Me cachea sin contemplaciones, buscando armas y micros. Desde la academia no recibía un tratamiento similar, cuando practicábamos los registros con los compañeros. El tipo es meticuloso y se toma su tiempo. Cuando queda satisfecho, me hace un gesto.

—Sígueme, por favor.

Y es según me acerco al *green* cuando sé que el lugar más bucólico también puede convertirse en un infierno. Los tres compañeros de partida de Yaroslav se alejan unos prudentes pasos, acompañados por uno de los falsos *caddies*, mientras que los otros se arremolinan cerca del capo. Es una coreografía perfecta, interiorizada a base de repeticiones instintivas, rémoras que viajan con el tiburón sin que este se percate de su presencia.

Yaroslav Sokol huele a dinero. Su ropa deportiva es más cara que mi coche, gasta

reloj de oro blanco, anillos a juego, manicura milimétrica. Hasta su corte de pelo está perfilado por un profesional. Quizá meter la bola en el agujero y cagar sea lo único que haga por sí mismo. No es difícil imaginarlo con una puta distinta cada noche, en una mansión a las afueras de El Campello, con *jacuzzi* exterior, pista de pádel, y vistas a los microapartamentos costeros para recordar la pobreza de donde proviene.

—Señor Sokol —le saludo—. Debemos hablar.

Dos de los esbirros me flanquean, mientras que el tercero hace sombra a su patrón. Observo los ojos de Yaroslav tras las gafas. Tiene esa mirada de tipo inteligente y peligroso que es imposible de disimular. Hay gente que piensa lo que va a decir, el tono, el modo, midiendo mucho sus pasos. El silencio de Sokol es distinto. Sabe las palabras exactas que pronunciará antes siquiera de que yo haya terminado mi frase. Sin embargo, permanece a la espera, calibrando mi sinceridad, mi objetivo, lo que puede intuir y lo que no.

—Creo que todo esto es un malentendido —contesta finalmente.

Es natural. Yaroslav Sokol no es el capo de la mafia rusa en Alicante, sino un respetable empresario que recoge premios de quince mil euros vestido con un esmoquin. Sé que no me reconocerá nada sobre los Organov, y él sabe que yo lo sé. Pero el hecho de recibirme a falta de dos hoyos indica que le ha picado la curiosidad. Si fuera una chica lo interpretaría como una invitación a la intersección de sus piernas.

—Estoy de acuerdo —miento—. Me llamo Antonio Ramos. Investigo un incidente relacionado con bandas organizadas de procedencia rusa.

Se apoya en una madera a modo de bastón.

—No sé cómo puedo serle de utilidad.

—El pasado viernes atracaron un furgón policial que transportaba pruebas —hago una pausa, pero Sokol no se inmuta—. Entre otras cosas, portaba un cargamento de dinero en metálico. En total, robaron algo menos de un millón de euros.

Las pupilas de hiena de Yaroslav me escrutan. Los gorilas están incómodos, pero lo disimulan bien.

—He leído en la prensa lo de su furgón, pero ignoro por qué me cuenta todo esto.

—Murieron policías.

—Mis más sinceras condolencias.

—Sabemos que Iván e Igor Organov están detrás de todo esto.

A veces la mejor respuesta no es un gesto claro, sino la ausencia de este. Yaroslav deja de respirar por unos segundos. Después continúa con su pose de hombre recto.

—No conozco a esas personas —responde—. ¿Y dice que son rusos?

—Sí.

Da un pequeño paseo por el *green* seguido del guardaespaldas. Agita el palo en el aire, dibujando círculos.

—¿Y por qué está tan seguro de que han sido ellos? —pregunta.

—Porque yo les ayudé.

Yaroslav detiene su caminar. Se gira hacia mí rascándose la barba.

—Perdone, pero a veces no entiendo bien su idioma. Ha dicho que es policía, ¿verdad?

—En efecto.

—Y ahora acaba de confesar un crimen.

—Así es.

Se quita las gafas oscuras y se las pasa a su hombre de seguridad para que las limpie.

—¿Por qué me cuenta todo esto? —dice.

—Porque quiero venganza —mastico cada sílaba—. Estos hombres han hecho demasiado ruido y no nos conviene a ninguno de los dos. Nos llevaron a las obras de ampliación del aeropuerto y mataron a mi compañero. Sus obras, mi amigo. Si quiere, le puedo señalar el lugar exacto donde se acumula la sangre.

La mirada de asesino, la que tiene cuando negocia un contrato multimillonario.

—No. —Se coloca de nuevo las lentes—. No quiero.

—Han muerto policías —repito—. La investigación se centrará en cada pequeño detalle y no tardarán en llamar a su puerta. Yo puedo ayudar a que eso no suceda, señor Sokol. Los hermanos Organov me traicionaron y han atraído un buen montón de mierda hacia su casa. Si yo he llegado hasta aquí, otros lo harán.

Un campo de golf se caracteriza por el silencio. Es un bosque prefabricado, naturaleza artificial, todo estudiado en despachos de arquitectura por tipos que jamás lo pisarán. Y ahora, por un instante, tengo la sensación de que el silencio se intensifica hasta el límite de poder oír las ventosidades de una rana.

—Yo los quiero ver muertos —sentencio—, y a usted le conviene que estén bajo tierra.

Yaroslav medita su siguiente acción, aunque algo dentro de mí me dice que ya ha tomado una decisión y tan solo está interpretando. Sokol escupe algo en ruso que no puedo memorizar y los *caddies* asienten. Entonces se gira y se dirige hacia el búnker.

—Como le he dicho —prosigue—, no conozco a esas personas y no le puedo ayudar.

—Esta no es la solución, señor Sokol.

—Vasili le acompañará a la salida.

Y se coloca en posición para golpear la bola. Sus colegas se unen a él y le pasan un hierro de numeración baja. Los gorilas me colocan una mano en cada hombro y me obligan a marcharme.

—Tiene que venir con nosotros —dice Vasili, el primer matón con el que hablé al llegar.

—Vale, joder...

Siento su respiración en la nuca durante todo el camino de regreso. Saludo con la mano al chaval que me atendió en recepción y alcanzo el aparcamiento. Al llegar allí, siento una patada en la parte trasera de la rodilla y me doblo sobre el capó. Un brazo



me sujeta con fuerza hasta el punto de casi dislocarme el hombro. Vasili se planta ante mí mientras el otro me inmoviliza.

—¿Este es su número de teléfono? —Me muestra la tarjeta que le di.

—Claro, coño.

Dos puñetazos. No demasiado fuertes, pero sí muy dirigidos. Uno a la boca, otro a la ceja. Siento la sangre manar de cada una de las heridas. Un tercer impacto en la barriga hace que me derrumbe. El gigante de detrás afloja la presión y caigo. Vasili se guarda la tarjeta en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Tendrá noticias nuestras —dice.

Y una vez transmitido el mensaje de Yaroslav, se alejan de nuevo al interior del club.

En el coche, observo el resultado en el retrovisor. Labio roto, ceja partida. Dos hermosos hilos de sangre que dejarán marca. Está claro que Sokol quiere que me acuerde de él cada vez que me mire al espejo. Esta vez, el monstruo del espejo será como aparenta.

## **14:14**

La anciana friega los platos con guantes de goma. Al terminar, se seca las manos y abre el frigorífico. De ahí extrae una bolsa de plástico que contiene un pollo sin desplumar. De un fuerte meneo le parte el cuello al pájaro ya muerto. Después lo deja sobre el banco de la cocina y se marcha.

—Te lo dije —murmura Roger Escudero, señalando en su dirección—. ¿Qué te habías apostado?

—Nunca apuesto contra ti, Rog.

No puedo regresar a mi ratonera en Los Arenales del Sol, y agazaparme en el lecho de Pilar Hurtado me distraería demasiado. Por eso me oculto en la guarida de mi amigo periodista: una casa de estudiantes cercana a la Universidad de Alicante, regentada por una anciana que disfruta rompiéndole el pescuezo a los pollos.

—¿Seguro que no le importa que me quede aquí? —pregunto.

—No, tranquilo.

—¿Y dónde voy a dormir?

—En mi cama. Ya sabes que me paso las noches siguiendo a putones desorejados.

—En cualquier caso, recuerda que si vuelves e intentas meterte entre las sábanas, es más que probable que te suelte un tiro en los huevos.

—Me recuerdas a mi última novia, ¿sabes?

—¿También te disparaba?

—No me dejaba meterle mano. Siempre estaba con tonterías de llegar virgen al matrimonio, que si mejor vamos despacio... Se supone que con diecisiete son unas guarras.

—Prefiero no saber más.

—Ya. De todas formas, no te puedo contar detalles.

La vieja aparece de nuevo, agarra el pájaro y lo vuelve a desnucar. Luego se marcha.

—¿Qué sabes de Jesús? —dice Rog.

—Supongo que lo soltarán en cuanto comprueben que el ADN de Carmencita es de Marc. No sé en qué punto está la investigación, pero no creo que tarden.

—Te va a sacar una pasta.

El salón está decorado con un gusto arcaico, con tapetes cosidos a mano cubriendo toda superficie imaginable, cuadros de alguna virgen desconocida por las paredes, y fotos de cada uno de sus quince hijos, nueras y nietos apiladas unas tras otras en estanterías sin libros. Nosotros bebemos un té con sacarina sentados a una mesita redonda que resguarda un brasero eléctrico apagado bajo las sayas con cenefas.

—Necesito que hagas algo por mí, Rog.

—¿Illegal?

—Por supuesto. —Saco la libreta de la camisa y anoto una dirección—. Tienes que ir aquí. ¿Sabes dónde está?

—Es... joder, es el supermercado de la droga.

—Hay un poblado chabolista en esta dirección. Hace años que la policía no va por allí.

—Ni las asistentas sociales. Coño, Antonio, que eso es el Bronx.

—Te equivocas: el Bronx tiene colegios. —Dibujo un mapa improvisado—. Tienes que llegar hasta esta casa. No te constará encontrarla: es la única con cristales en las ventanas. Pide hablar con El Sacristán o con alguno de sus hijos. Si te preguntan algo, di que vas en mi nombre.

—¿Y qué hago yo allí? ¿Pillar un kilo de coca?

—No: comprar una pistola.

Rog se queda en silencio. La vieja no nos permite fumar en el salón, y siento la llamada de la nicotina en las entrañas. Extraigo el sobre con el dinero que escondía en mi apartamento y le tiendo parte.

—Antonio, joder...

—Con esto será suficiente. Que te demuestren que funciona disparando a una lata o algo así, ¿vale?

—¿Y si me atracan, me roban la pasta y el coche, o me acuchillan en la pierna solo para verme llorar?

—No te harán nada de eso. El dinero es mío y El Sacristán no se atreverá a robarlo. Y tu coche no vale una mierda. Como mucho, los niños te escupirán mientras caminas, pero no te preocupes.

—¿No has dicho que no había colegios?

—Pero hay niños. ¿Dónde está el problema? Joder, céntrate en la misión.

Escudero observa el papelito. Lo toma con pulso trémulo y lo guarda en un bolsillo.

—¿Vas a matar a los Organov con ese arma?

Le pongo una mano en el hombro.

—Hay cosas que es mejor que no sepas, Rog.

Me levanto y me recuesto en un sofá cercano. En este caso no tiene tapetes, pero sí una funda floreada para evitar que se desgaste. Lo mejor de todo es que el sistema funciona, porque el mobiliario debe tener al menos cincuenta años pero está como nuevo.

—¿Y la quieres para hoy? —Roger se remueve nervioso en la silla—. Quizá es mejor que vaya mañana.

Cuando una persona está tan inquieta, lo mejor es cambiar de tema hasta que se calme.

—¿Cómo llevas tu novela, Rog?

Se lo piensa unos segundos.

—Bien, la cosa ya marcha.

—¿Has avanzado algo? La última vez que hablamos solo tenías el título.

—*Ríos de Farlopa*. Me voy a forrar.

—¿Y de qué va?

—Aún no lo tengo claro, pero ya sé quién será el protagonista.

—Un periodista atractivo y valiente, ¿no?

—Eso era antes. Ahora quiero hacer realismo social.

—¿Entonces?

—Es un tipo adicto al sexo. Se pasó la juventud masturbándose con «la extraña».

—Voy a preguntar qué es eso, pero Rog se adelanta—. Ya sabes, es cuando se te duerme el brazo y no lo sientes como propio. El chaval se dedicaba a sentarse sobre su propia mano hasta que se le quedaba tonta, y entonces se daba una paja.

—Fascinante.

—El tema es que al crecer descubre la cocaína. Entonces decide darse la gayola definitiva.

—La definitiva...

—Sí —contesta orgulloso—. Su plan es operarse para quitarse dos costillas.

—¿Para qué querría hacer eso?

—Bueno... Las mujeres lo hacen para tener una cintura más pronunciada, y los tíos para llegarse al cipote con la boca.

—¿Para chupársela a sí mismo?

—Sí, y aquí viene lo bueno. Porque nuestro hombre lo que hace es echarse cocaína en la boca. De esta forma se le quedan los labios y la lengua dormidos, y por tanto no la siente como propia.

—¿La polla?

—No, la boca. Es como la extraña, pero en vez de con la mano es con la lengua.

Apuesto a que es lo mejor que has oído jamás.

—Es repugnante, Rog. —Siento el tibio abrazo del sueño y me pregunto cuánto tiempo llevo sin dormir—. Por cierto, quiero que vayas esta tarde a por la pistola, ¿de acuerdo? Quizá deba usarla antes de lo que tenía pensado.

## LUNES, 27 DE OCTUBRE

**09:43**

—¿Alguna vez ha estado ausente de su propia vida? —pregunto.

La austeridad de psiquiatra tiene su razón de ser. Al cruzar el umbral de la consulta de Álvaro Cortés sentí paz, el mono apagándose en la hemoglobina de un heroinómano, la espermatorrea del sacerdote, el aprobado para el opositor. Lo que antes era olor a desinfectante ahora se transforma en humo de fumadero de opio. No hay música relajante, ni cubanas en tanga, ni tan siquiera un Monastrell de quince años. Para hallar la tranquilidad espiritual solo se necesita a un tipo con barba.

—¿Lo ha estado?

—Alguna vez agradecería que no me contestase con una pregunta, doctor.

—Bueno, en respuesta a su pregunta le puedo decir que, en ocasiones, la mente humana reacciona aislándose de los estímulos exteriores. Suele suceder en casos de graves traumas. El sujeto percibe su propia existencia como espectador, no como participante.

—Me siento arrastrado por la marea.

—Si ha tenido algún conflicto fuerte, es normal. ¿Quiere hablarlo?

—No es una marea normal, doctor. Es un gigantesco mar de mierda.

—Está describiendo la costa alicantina.

Observo a Cortés. La comisura de sus labios se estira oculta tras la barba cana. El sentido del humor de este hombre es un misterio.

—¿Qué clase de problemas ha tenido? —continúa.

Mentir a un psiquiatra es como enseñarle una postura nueva a una puta. Álvaro Cortés tiene el culo pelado de cruzarse con enfermos mentales que intentan pasar sus tests para que les declaren cuerdos, y también de gente sana que quiere el estatus de loco como atenuante para sus condenas. Ninguno de ellos lo consigue. El problema es que no puedo confesarme ante él como hice con Rog, pero tampoco puedo inventarme nada. La mejor opción es decir una verdad a medias.

—He asesinado a un hombre —digo—. Se llamaba Bernabé y era mi vecino. Él se escondió en una casa en ruinas después de matar a su mujer. Yo fui allí y le disparé varias veces.

Cortés tamborilea con los dedos sobre la mesa. Esta vez no hay lugar para chistes.

—¿Por qué no me lo ha contado desde el principio?

—Es solo la punta del iceberg. Mi familia me ha abandonado, y además me han suspendido del trabajo.

El psiquiatra se inclina sobre la mesa. Los puños de su camisa aparecen tras la chaqueta de traje.

—Ya no es policía —concluye.

—De momento, no.

Se mira el reloj de pulsera, un impresionante Rolex de seis velocidades con salvapantallas y tonos polifónicos.

—Contando esta, llevamos cuatro sesiones. Muy pocas, la verdad. Pero, y quiero que sea sincero, me gustaría saber por qué está aquí.

Trago saliva.

—No le entiendo, doctor —miento.

—¿Recuerda lo que me dijo el miércoles pasado? Porque yo sí. «Doctor, quiero proponerle algo».

Quería seguir viniendo a la consulta. La terapia podía resultar beneficiosa. Tras la charla del miércoles, sentí calma, sosiego, y era algo que hacía tiempo que no experimentaba. Aquello era bueno.

—Y solo pusiste una condición: seguir aparentando que venías obligado por tu comisario. Está bien, es un juego de roles que podía repercutir positivamente en su rol. Seguimos tratándonos de usted, pese a que es una tontería. Y ahora entras, te sientas en la silla, y sigues con la misma máscara de inspector implacable aunque ya no estás en el cuerpo. Dime, Antonio, ¿qué quieres que haga?

El niño al que han pillado masturbándose en la intimidad y además se lleva una bronca, la humillación de frente, el fin del juego.

—Es la pregunta más difícil de todas las que me ha hecho, doctor.

—Deja de hablarme como si fuera el cajero del banco. ¿No lo ves? Sigues haciéndolo, escondiéndote detrás de alguien que no eres. ¿Por qué tanto sufrimiento, Antonio?

—Yo... joder.

—Ya no estás en la comisaría, no tienes por qué luchar contra todos. Vamos, tienes que ser sincero contigo mismo. A mí me da igual chocarme contra un muro de ladrillos. Eres tú el que tiene que aprender a entenderse. No importa si hay contradicciones. Hasta los tiranos pueden amar.

—Doctor...

—¿Sabes por qué vienes aquí? Porque aquí puedes ser tú mismo. Te diste cuenta de eso el miércoles pasado. Sentiste que estabas de vacaciones de tu propia vida. Después te vino encima el trauma y volvió la pesadilla de golpe, el estar ausente, el no reconocerte en el espejo. ¿Me equivoco?

Siento unas leves náuseas. Esta consulta es mi santuario, mi refugio donde nadie me puede juzgar, donde no tengo que disimular ser quien no soy. Pero ahora no puedo seguir aquí. Yo mismo he profanado las reglas de mi ilusión. Me levanto y recojo mi abrigo.

—Me marchó —digo.

Cortés resopla, cansado. Niega con la cabeza varias veces. Es un buen hombre, pero ahora no es el mejor momento.

—¿Por qué no te abres de una vez? —pregunta—. ¿Qué te cuesta apartar la máscara de policía y colocarte la de persona?

—Aún tengo algo por hacer —contesto mientras salgo por la puerta.

## 11:27

No todo el mundo sabe lucir el culo. Algunas personas lo llevan al final de la espalda, caído, olvidado en una zona fuera del alcance de sus pupilas, pero expuestas a la de los demás.

Pero ella está hecha de otra manera. Es como si la hubiera puesto una mano divina en mitad del hospital para que todos se giren a su paso. Son movimientos sutiles de cadera, pero que conforman una danza más que una forma de caminar. Ni siquiera el andrógino uniforme de enfermera logra disimular unas curvas de infarto, de glúteos firmes, de trasero renacentista. Y lo mejor de todo es que lo sabe y se luce. Es sencillo imaginarla recreándose desnuda en el espejo, pensando en lo bien puestos que tiene los genes, buscando con sus dedos en lo más profundo y húmedo de su ser. Porque mujeres así no son para el paladar de un perro sin pedigrí. Tienen la misión de preservar una forma de ser, de avanzar entre la muchedumbre, de caminar sobre las aguas mientras los demás seguimos con los pies en el fango.

No es la primera vez que nos encontramos, pero continúa siendo fascinante seguirla con la mirada. Cuando se agacha para recoger algo, todos los hombres y algunas mujeres torcemos el pescuezo para comprobar si se le ve el tanga, o si acaso se le marcan unas bragas con motivos infantiles. Quizá haber visto sobresalir un trozo de tela me habría impresionado, pero no hay rastro alguno, y eso me sobrecoge aún más. Cuando abandona nuestra parte de pasillo, los varones volvemos a respirar, la sangre fluye de nuevo y nuestro cerebro se deshinchaba y regresa a su estado de calma.

Han colocado a Rodolfo Moreno de uniforme para vigilar la puerta de Teodora Atienzar. El chaval está rojo, suelta un bufido, se seca el sudor con la mano.

—Me estoy volviendo loco, Ramos —dice—. Llevo aquí casi un día y esa muchacha no para de pasearse ante mis morros. Te juro que la engancho y me la calzo en el aseo.

—Sería mejor que le regalaras rosas, pero con pétalos formados por billetes de quinientos euros. Esa no tiene pinta de fijarse en policías.

—Le van los románticos, te lo digo yo.

—Habló el tipo que quería follársela en el váter...

—Pero lo haría con cariño.

—Entonces no sería follarse.

Pilar aparece al final del pasillo acompañada de la doctora De la Torre. Mis sentimientos hacia Hurtado son ambiguos y eso me preocupa. Me digo a mí mismo que estoy aquí para resolver el caso, pero la realidad es otra. He venido por ella, por

Pilar, porque me lo pidió. Joder, ni siquiera estoy en el cuerpo.

—Usted. —De la Torre me señala con una uña lacada—. No quiero que arme un escándalo como las últimas veces.

—Sí soy un angelito, doctora.

—Los ángeles son de derechas, y dudo que tengan alma. Así que, por favor, piense en su salud antes de abrir la boca.

—Eso mismo les digo a las prostitutas del puerto.

Su semblante sigue serio, pero sus ojos muestran un asco más allá de la comprensión. Viniendo de una mujer que trabaja con enfermos dice mucho de mi naturaleza.

—Ahora está estable, pero sigue con calmantes —le explica a Pilar—. ¿Cuánto tardarán?

—No lo sabemos, pero procuraremos ser breves.

—Eso también se lo digo a las putas del puerto —contesto.

Moreno asiente con profundidad, como si supiéramos un secreto que ellas jamás llegarán a comprender. De la Torre cambia la mirada de aversión a odio, pasando por un rencor hacia el género masculino que no puede disimular. Hurtado saca el bloc de notas y un bolígrafo y pasamos.

—¿Qué te ha pasado en la cara? —pregunta.

—Nunca le mientas a una puta del puerto —digo.

Dentro está el prototipo de mujer rota, las cuencas vacías ocultas tras las vendas, los tendones seccionados con un cuchillo de sierra, el corazón hecho añicos por la vergüenza.

La última vez que hablamos aseguró ser culpable del doble homicidio. Hizo una declaración inverosímil y nos convidó al juez, pero con el ajeteo de las últimas horas todo sigue en punto muerto. En cualquier caso, no puede ir a ninguna parte, y en su estado actual la cárcel será una tortura para ella.

—Teodora. —La voz suave de De la Torre raspa el aire viciado de antibióticos—. La policía ha venido a hacerle unas preguntas.

La antigua asistente de los Moscardó gira la cabeza hacia la fuente que le habla. Su rostro es la antesala del dolor.

—No sé si me recordará, señora Atienzar —Pilar se sienta a un lado del cabecero y yo al otro.

—La inspectora Hurtado, ¿verdad? —susurra—. ¿Ha venido con Antonio Ramos?

—Aquí estoy, Teodora.

Levanta una mano, quizá buscando la mía como la vez anterior, pero de nuevo la deja sobre las sábanas.

—No sé qué más quieren saber. Ya les dije que yo maté a Asensio y a Renata.

—Solo queremos contrastar cierta información, nada más —prosigue Pilar.

—Como vean, pero no voy a cambiar mi declaración.



—No se preocupe. —Pilar extrae una grabadora del bolso, la coloca sobre la mesilla grabando la conversación—. Verá, hemos estado investigando sobre su pasado y el de la familia Moscardó.

—¿Por qué?

—Es un procedimiento habitual —explico.

—Según nos consta, usted estudió enfermería y se diplomó en 1979, pero no llegó a ejercer. —Pilar hace una pausa dramática—. ¿Por qué no trabajó de algo que le gustaba?

Teodora se lo piensa unos segundos.

—No tuve la oportunidad.

—Es una de las carreras con más demanda, tanto en la actualidad como en aquellos momentos. Y está mejor pagado que trabajar de asistenta.

—Oiga, no sé qué importa eso ahora, inspectora.

—Veamos. Asensio Moscardó, el hombre cuya casa limpiaba, era ginecólogo. Y en el piso de arriba, su vecino Cosme Trujillo guardaba un amplio archivo de abortos ilegales relacionado con gente adinerada de la época. ¿No le parece demasiada coincidencia, Teodora? Una enfermera, un médico, y partes clínicos comprometedores en el mismo edificio.

—Y todos muertos —añado.

La muñeca de arena se lleva las manos a la boca. Le tiembla el pulso. Miramos a De la Torre, pero la buena doctora se encoje de hombros.

—Era él... —musita—. Nuestro propio vecino. Por eso lo hizo...

—¿Quién? —interroga Pilar—. ¿Qué hizo?

Atienzar regresa a su mutismo súbito. Las manos cruzadas sobre el pecho, los labios muy apretados.

—Los mató el chico, ¿verdad? —pregunto—. Y también se cargó a Cosme Trujillo. ¿Por qué?

—No —solloza—. No fue así...

—Tiene que explicarnos esto, Teodora —insiste Hurtado—. Necesitamos entenderlo. ¿Qué sucedió en aquella casa?

La mujer de cristal se contrae, un temblor se instala en su mandíbula, se abraza a sí misma, tal vez buscando un calor humano que le fue negado toda la vida, o quizá en un intento subconsciente de protegerse del mundo. Niega un par de veces, abre la boca y la cierra, se incorpora un poco y apoya la espalda en el cabecero de metal. Está huyendo sin moverse, o tal vez regresando al averno de sus recuerdos, donde todo tiempo pasado siempre fue mejor pero también más doloroso, fotos oxidadas, nostalgias del futuro. Entonces, con voz clara, sin rastro de miedo, reconociendo la verdad de lo que fuimos y la mancha borrosa de lo que seremos, aceptando la naturaleza de los pecados que se perdonan tras una borrachera, Teodora Atienzar escupe las avispas de la culpa:

—¿Saben? Me crie en una familia humilde, en un pueblecito de La Mancha

llamado Fuente-Álamo. Fui la única que estudió una carrera. Era la esperanza de todos los que me conocían. Porque no era fácil ser enfermera a finales de los setenta, pero yo lo conseguí. Me matriculé gracias a los ahorros de una tía soltera y cumplí con su confianza aprobando todo a la primera. Con veinte años tenía un futuro, una profesión. Era como vivir un sueño. Yo era muy orgullosa, me quería valer por mí misma, devolverle a mi tía el dinero que invirtió en esta pobre desgraciada. Por eso acepté rápido el primer empleo que me ofrecieron. Era un amigo de la familia que tenía bastante éxito en su consulta privada de Alicante, y por ello necesitaba ayuda. No creo que les sorprenda saber que se trataba de Asensio Moscardó.

No nos sorprende, pero cuando Pili y yo cruzamos la mirada surgen las chispas del éxito. «La tenemos», parece decir.

—A la consulta de Asensio acudían algunas de las mujeres más famosas de Alicante —prosigue—. Yo me ocupaba de que estuvieran cómodas, hacia el papeleo de la oficina, y ayudaba con la limpieza y en las intervenciones. En una de aquellas ocasiones, Asensio me contó que su clínica ofrecía un servicio especial. Así lo llamó él, «servicio especial». Yo no tenía contrato, ya saben cómo era aquella época, pero Asensio se empeñó en trabajar conmigo porque conocía a mis padres. Por eso sabía que no me negaría a nada y le guardaría el secreto, aunque ahora ya da igual.

—Está hablando de los abortos, ¿verdad? —pregunta Pilar.

—Aún recuerdo el primero. Era una niña, apenas catorce años. La acompañó su padre para evitarle la vergüenza a la madre. Tengo sus gritos grabados en los oídos. Estaba de seis meses. Asensio descuartizó a la criatura en su vientre y cuidamos de la chiquilla hasta que se recuperó. En aquellos días me contó que aquel feto era su hijo, pero también su hermano. Su propio padre abusaba de ella. Asensio se ocupó de que ya no volviera a suceder esterilizando a la pobre desgraciada. No sé qué pasó después. Imagino que regresó a su vida, con la diferencia de que los abusos ya no terminarían en susto. Como les he dicho, era otra época...

—¿Cuánto tiempo estuvo en aquella clínica?

—Hasta febrero de 1988. Lo recuerdo muy bien, fue tres años después de la ley de despenalización del aborto. Sin embargo, la clínica de Asensio funcionaba igual de bien entre las clases altas gracias a la confidencialidad que proporcionaba.

—¿Por qué lo dejó?

—Por la vida. Asensio estaba muy a gusto conmigo. No le protestaba, no contaba a nadie lo que hacíamos en la clínica. Supongo que por eso se enamoró de mí estando casado con Renata, pero yo estaba saliendo con un chico estupendo llamado Damián. Una noche, a mediados de 1987, Asensio me llamó para que fuera a la consulta. Estaba alterado y pensé que era urgente. Lo encontré borracho. Me contó que su mujer no era fértil, que no podía tener hijos. Toda la vida provocando la muerte a bebés no natos y el destino le condenaba a la peor de sus pesadillas. Lloró sobre mi pecho, como si fuera un niño. Entendió mal mis carantoñas, porque entonces se puso más afectivo de la cuenta. Intentó besarme y le paré los pies. Entonces me dio un

puñetazo en la cara. Lo siguiente es confuso. Lo único claro es que abusó de mí, como lo hizo aquel padre con su hija. Me violó. Y yo no protesté, no se lo conté a nadie, guardé silencio. —Hace una pausa—. ¿Me podrían dar agua, por favor?

De la Torre le coloca un vaso en la mano. Teodora bebe varios sorbos y se lo devuelve.

—Aquello se repitió varias veces los siguientes meses. No me marché de la clínica, no lo abandoné. Era la esperanza de mi familia, me decía. Lo cierto es que me tenía asustada. Sin embargo, pasado un tiempo, no pude disimular el embarazo. Damián me dejó, me llamó de todo. Jamás volví a verlo. Yo tenía un niño de Asensio en las entrañas y me daba pánico que me obligase a abortar. Al final me decidí a marcharme antes de que me arrebatase a mi hijo. Sin embargo, Asensio reaccionó de una forma que no esperaba. Quería tener al niño. Yo no terminaba de creérmelo. Me engatusó, ahora lo sé. Cuando estaba de ocho meses, en febrero de 1988, me provocó el parto. Apenas pude sostener a mi hijo durante unos segundos. Luego dijo que iba a dejarlo en la incubadora y se marchó. Yo esperé, con las piernas abiertas, sangrando, pero nunca regresó. Me incorporé como pude, me hice los primeros auxilios y salí a buscar ayuda. Estuve varios días en el hospital, y al salir una asociación me había acusado de tener un niño y asesinarlo. Creo que detrás de todo estaba Asensio, pero nunca lo supe. Y tonta de mí, no me atreví a acusarlo por miedo a que le hiciera algo a mi hijo.

Pilar y yo nos miramos. El relato de Teodora es la radiografía de esa otra España, la que queda oculta tras los archivos, la persona del pueblo que llegaba a la ciudad para conquistarla pero se ve devorada por la vorágine de su oscurantismo. La candidez e inocencia de Teodora la obligó a atentar contra la vida de niños que jamás llegaron a nacer, a morderse la lengua cuando pudo haber destapado la verdadera naturaleza de Asensio Moscardó.

—Al final el caso se archivó y no llegó a mayores. Regresé a Fuente-Álamo, pero solo encontré el desprecio de mi familia. Mi tía no quiso ni verme. Murió unos años después, dicen que del disgusto. Tras un tiempo yendo de un lugar a otro, trabajando de lo que podía, volví a Alicante y encontré a Asensio. Había adoptado a mi hijo como propio. Mi hijo. La misma noche que lo tuve lo llevó al hospital y falsificó todos los papeles. Era médico, podía hacerlo. Lo bautizó como Julián y llamaba «mamá» a Renata.

Julián Moscardó, el hijo de Teodora Atienzar y Asensio Moscardó. De la sirvienta y del señorito. El pastel va tomando forma.

—No pude soportarlo, los odiaba a muerte, pero no podía imaginar mi vida sin mi hijo. Quedé con Asensio en un lugar discreto y hablamos largo rato. Él seguía enamorado de mí, o eso decía, pero no quería divorciarse de su esposa. A mí me daba asco, pero le propuse una solución que nos convendría a ambos. Me ofrecí como asistente para estar cerca de Julián, para verlo crecer. Apartarlo de su padre era igual de cruel que dejarlo sin madre, y yo quería lo mejor para mi niño. Sería mucho más

feliz con una familia adinerada que con una madre soltera. En cualquier caso, las leyes estaban de su lado, ya que figuraba en los papeles como hijo de Asensio y Renata. Si me lo hubiera llevado... no sé, supongo que me habrían detenido. Como les digo, eran otros tiempos y no existían experimentos con ADN, y temía que Asensio manipulara las pruebas de maternidad con sus contactos.

—Por el amor de Dios... —murmura De la Torre.

—Al principio fue bien —continúa—. Yo me encargaba de la casa y de estar junto a Julián. Renata no sabía que yo era la madre, ni siquiera sabía que trabajé con su marido en la clínica de abortos. La pobre vivía en una burbuja, era una mujer trofeo. Yo disfruté de mi hijo, pero me partía el alma verlo en celebraciones familiares, llamando mamá a Renata. No podía soportarlo. Al cabo de un tiempo Asensio volvió a abusar de mí y yo no me resistí. Era parte del contrato por tener a mi niño en brazos.

Los periodistas bautizaron al edificio de General Polavieja como La Casa de los Horrores, y no les faltaba razón. Una mujer aguantando violaciones diarias para disfrutar de un niño que le robaron. La ciudad corrompe la ilusión, descompone las esperanzas, pudre la ingenuidad.

—¿Y qué pinta en todo esto Cosme Trujillo? —pregunto.

—No lo supe hasta ahora —responde—. Asensio continuó con la clínica junto a un socio nuevo. Imagino que sería él.

—¿Y los informes?

—Asensio lo guardaba todo. Sabía que era peligroso, que en algún momento podían descubrirlo, pero era un hombre tan meticuloso que no podía evitarlo. Los ponía en clave, o eso decía él. El caso es que al cabo de un tiempo dijo que se los habían robado, y que le estaban haciendo chantaje a él y a la mayoría de sus clientes. Se quedó arruinado, con lo suficiente para subsistir. Ni siquiera pudo cambiar de domicilio, como quería Renata. Aquello fue a mediados de los noventa.

Cosme Trujillo, veterinario. Un hombre con el que no tendría inclinaciones sexuales, con mínimos conocimientos anatómicos, digno de confianza hasta que le robó todo su archivo y extorsionó a medio Alicante.

—Parece que no se llevaba tan mal con Asensio después de todo —dice Pilar.

—Me contaba sus cosas. Al final es como todo: lo aguantas y ya está. Una vez leí que la pasión se acaba y solo queda la rutina. Supongo que a nosotros nos pasó igual.

—Entonces, ¿por qué matarlos?

Su silencio nos incomoda más a nosotros que a ella misma. Se piensa la respuesta, se piensa la mentira.

—Lo planeé durante mucho tiempo. Había que hacerlo. Los odiaba.

—¿Y quién mató a Cosme Trujillo?

—Ni idea —se encoge de hombros—. Quizá se metió con quien no debía. ¿Han investigado a la marquesa? Esa mujer tenía muy malas pulgas.

A veces sucede que cuantas más respuestas conoces, más incógnitas aparecen. En

este caso estamos en un callejón sin salida. Teodora Atienzar nos ha proporcionado el móvil perfecto para que nadie dude de ella. Terminará con sus huesos en la cárcel por un doble homicidio con premeditación. Si algún cliente de la alta burguesía alicantina asesinó a Cosme Trujillo, podemos dar por cerrado el caso como nos ordenó Miñarro. Solo hay una cuestión que nos queda por resolver.

—¿Quién le provocó esas heridas, Teodora? —pregunto.

La mujer agacha la cabeza. Algunos gestos nos traicionan incluso cuando no podemos ver.

—No le digan a Julián que es mi hijo —responde.

—Teodora...

—No tengo más respuestas, inspector —interrumpe la asistenta—. Supongo que fue Dios, que me castigó por mi crimen. Pueden ir a preguntarle si quieren.

—Tendremos que repasar su declaración —la informa Pilar—. Necesito fechas concretas, lo que hizo aquella mañana paso a paso. ¿De acuerdo?

—Como quiera, pero ya les he contado todo lo que sé.

Las puertas cerradas en forma de labios de mujer destrozada. Dos asesinatos debidos al rencor y a la venganza. Una vida convertida en un infierno, una persona soñadora transformada en monstruo. Me ajusto la chaqueta y me despido de Pilar. Ella me observa con resignación. Quizá esperaba otra explicación, algo amable, entendible, no un drama familiar que finalizó en el horror más espantoso.

Fuera, Moreno observa a la enfermera perfecta caminando como una gata a medianoche. Quizá así era Teodora, una joven guapa y esperanzada, con todo un mundo por delante, guiñándole un ojo al futuro y esperando el abrazo de la felicidad.

—Gracias por dejarme pasar —digo.

—Tranquilo, por lo que a mí respecta, sigues siendo un compañero.

—Gracias de todas formas.

—¿Cómo ha ido?

—Ha confesado un montón de cosas, pero nada que nos deje buen sabor de boca. Joder, ¿qué ha pasado con los crímenes del chorizo que acuchilla a cualquier gilipollas para robarle el reloj?

—Eso queda para la capital. Esto es Alicante.

—Aquí la mierda siempre flota.

Una segunda sanitaria cruza el pasillo. Nuestra idealizada enfermera se gira para mirarle el culo. Parece que, en efecto, la vida no es como nos gustaría que fuera.

## 12:53

Sé que Roger Escudero ha cumplido con su tarea nada más verlo. Camina nervioso, con una mano en el bolsillo de la chaqueta, inclinado hacia la izquierda, sudoroso y asustado. Se sienta a mi lado y resopla como si viniera corriendo.

—¿No podíamos quedar en casa? —pregunta.

—La Tasca PP es más segura. Está llena de policías.

—Quizá voy a decir un disparate, no lo sé, pero... ¿no se supone que voy a darte una pistola ilegal?

—Eso lo haremos en el coche, no te preocupes. Nadie va a detenerte.

Bebo un trago largo de cerveza. En realidad, Rog tiene razón. El PP no es un buen sitio para transacciones ilegales, pero mis pies me han traído aquí al salir del hospital. Era el rincón donde Marc y yo tomábamos cañas y sonreíamos a la Carmencita. Ahora la cebada sabe amarga, el suelo está pegajoso y los habituales se funden con la ceniza de sus cigarrillos. El santuario se ha tornado una cárcel de recuerdos felices con regusto agriado.

—Joder, no puedo dejar de pensar que esta noche duermo entre rejas —prosigue el periodista—. Esto no es lo mío, Antonio. ¿Sabes qué me ha pasado? Apuesto a que ya lo sabes.

—Ilústrame.

—Casi me cago de miedo. Tenías razón, ese barrio no es el Bronx, más bien se parece a las ruinas de Irak. Había gente calentándose en hogueras, pintadas en cada pared y unos cabrones bebiendo litronas en la parada del autobús. Cuando ha llegado uno, no lo han tomado, sino que han esperado con las navajas a que bajara alguien para robarle hasta el tuétano.

—Es el deporte nacional en Virgen del Remedio.

—Y bueno, he tenido que dar explicaciones a cinco tíos distintos. Y luego resulta que no tenían nada que ver con el Sacristán, sino que lo preguntaban por joderme.

—Pero todo ha ido bien, ¿no?

—Sí, bueno. Ese gitano me ha dejado pasmado. Era un viejo, pero mantenía a raya a todo quisqui. Me fui con uno de sus sobrinos a buscar la pipa, y luego la probamos en mitad del descampado. Los niños nos animaban, ¿te lo puedes creer? El sobrino del Sacristán apuntaba a unas latas del fondo y ellos las recogían. Ni siquiera se apartaban. Era como... no sé, Irak.

—Quizá es una señal del destino para que te metas a corresponsal de guerra.

—En la vida. —Engancha mi cerveza y se la termina—. Antes me corto las trompas de Falopio.

Sonrío.

—No sabes ni lo que estás diciendo, ¿verdad?

—Joder, claro que no. Creo que me he meado un poco y todo.

Me pregunto qué clase de cacharro le han vendido. Espero que no sea una antigualla de la Guerra Civil de mosquete y bayoneta. Una vez le salvé el culo al Sacristán. En realidad, no había peligro alguno para él, que era un montaje para que se sintiera a punto de morir. Desde entonces hemos mantenido una relación cordial. Yo le dejaba hacer sus negocios y él me hacía favores en forma de material o chivatazos. Es bueno tener como amigo a un patriarca gitano, sobre todo si puede

conseguir lo que nadie más puede.

El teléfono ruge en mi bolsillo. Es un fijo. No reconozco el número. Una corazonada me sugiere que son los rusos. Yaroslav Sokol toca a mi puerta.

Salgo a toda prisa a la calle. La calle y el bar tienen el mismo nivel de decibelios, pero prefiero que escuche ruido de tráfico de fondo.

—¿Diga?

—¿Papá? —La voz de Leo—. ¿Eres tú?

Siento una presión en el estómago. Por mi mente se suceden miles de imágenes imposibles, con los Organov tomando la parcela de Zox, secuestrando a mi hija, obligándola a llamar para putearme. Renuncié a ellos para que estuvieran seguros. Esto no puede estar pasando.

—Hija —salgo a la calle—. ¿Estáis bien?

—No, papá —susurra—. Todo es un infierno.

Amago de infarto, los latidos desbocados.

—¿Qué ha sucedido?

—Esto es una mierda, papá —explica—. Los amigos de mamá están chalados. Joder, son todos una panda de maricas reprimidos.

Demasiada información seguida. Tengo que recapitular.

—¿Sigues con Zox? Entonces estás bien, ¿no?

—¿Qué? Claro que sí, ¿qué pensabas?

—Menos mal.

—Quiero irme a casa, papá.

Ahí está, la razón de su llamada. Entonces ya no la veo como a mi hija adolescente, sino como aquel cachorro que nació del vientre de mi esposa, el fruto de mi semilla, la chiquilla a la que observaba dormir con una sonrisa bobalicona en el rostro.

—No puede ser de momento, cariño —le digo—. Tendrás que aguantar un poco más.

—Mira, tengo ya unos años, ¿vale? Si os vais a divorciar, prefiero quedarme contigo. No es que te quiera de repente ni nada de eso, que no se te suba a la cabeza. Lo que pasa es que esto es un agujero. Están todo el puto día rezando, hacen ritos gilipollas. Creen en nosequé basura de un reino en los cielos. Encima van de puritanos y luego son unos hipócritas de cuidado. Se han tragado sus propias trolas y ahora están zumbados. Yo paso de quedarme aquí, te lo juro. Como no vengas a buscarnos, me fugo y a tomar por culo.

—Tranquila, en cuanto pueda iré a buscarte, te lo prometo.

—Más te vale. Ni siquiera me dejan usar tampones. Dicen que debo llegar virgen al matrimonio, que es muy importante. ¿Se lo explicas tú o yo?

El hecho de que tenga la regla significa que no voy a ser abuelo y eso me llena de calma y tranquilidad.

—¿Cómo está tu hermano?

—Ese gordo cabrón se pasa el día jugando a la videoconsola. Aquí no ponen la tele para nada, ¿sabes? Así que la tiene para él solo. Yo creo que ni duerme.

—Entonces es feliz —digo—. ¿Y tu madre?

—Bueno... Ella anda metida en todas las actividades que le mandan. No tiene tiempo para ella misma, ni para su familia. Es como un robot sin voluntad. Siempre está que si de reuniones para rezar, o preparando charlas estúpidas sobre esta religión de mierda, o tocando la guitarra para amenizar las ceremonias. ¿Sabías que mamá cantaba? Pues lo hace.

—Escucha, cariño. Sé que ahora no lo vas a entender, pero debes aguantar un poco más, ¿vale? Yo iré a buscarte enseguida.

—¿Y cuándo coño va a ser eso?

—Pronto, te lo juro.

—Me quieren casar con el hijo de otro matrimonio, ¿te enteras?

—Pues niégate.

—Eso hago, pero me da miedo darle otra patada en los huevos lisiarlo del todo. Aquí tampoco nos dejan ir al médico, ¿te lo puedes creer?

—Mira, esta misma semana os saco de allí, ¿te parece bien?

—Me quiero pirar ya.

—Aún no sabemos qué ha pasado con Bernabé, el vecino —miento, esperando que si no puede ver las noticias no se haya enterado—. Aguanta unos días más, solo unos días. No pienso abandonarte.

—Como no lo hagas cojo un cuchillo y capo a todos estos imbéciles. Total, para lo que usan la polla...

—Iré a por ti.

—Eso espero, papá.

—Confía en mí.

—Lo haré. —El silencio se adueña del la línea—. Oye, ahora te tengo que dejar, que como me pillen hablando por teléfono lo mismo dicen que es pecado.

—De acuerdo, corazón. Cuida de tu hermano.

—Vaya panda de fundamentalistas, joder...

—Hasta luego, mi niña.

—Adiós, papá.

Al colgar me doy cuenta de que, por primera vez en mucho tiempo, hemos hablado como padre e hija. Observo el móvil embobado. No lo he guardado cuando vuelve a sonar.

—¿Leo? —pregunto, pero solo me responde el silencio—. ¿Leo? ¿Leo?

Los nervios me tensan el cuerpo y aprieto tanto la mandíbula que me rechinan los dientes. Pienso en rusos, pienso en sangre, pienso en venganza.

Y en ese mismo instante mis deseos se hacen realidad.

No he visto llegar a los tipos que me agarran por detrás. Ni si quiera he oído el motor de la furgoneta con cristales tintados que aguarda tras de mí. Pero siento su



hedor: Rusia, Siberia, Organov.

Cuando me ponen la capucha y cierran la puerta, sé que soy hombre muerto.

??:??

No sé dónde estoy, ni qué hora es, ni por qué sigo vivo. Tras secuestrarme en plena calle, me amordazaron y me arrastraron hasta este agujero inmundo que apesta a productos químicos. Una capucha impide que vea nada, las esposas me mantienen atado a una silla metálica anclada al suelo. De vez en cuando escucho alguna palabra en ruso que mi cerebro traduce por «tortura».

Quieren algo de mí, no sé el qué. Lo que tengo claro es que no han encontrado a mi familia. Saben que era lo único con lo que podían presionarme, pero están ocultos, a salvo en una secta de pirados. Zox nos bendiga a todos.

Por tanto, solo les ha quedado la tortura como método para hacerme cantar. Pero ¿el qué? Tienen la cabeza de Marc con una bala de mi propia pistola, me tienen cogido por los huevos. No sé qué pretenden los Organov. Quizá sepan que he avisado a Yaroslav Sokol. Fue muy arriesgado ir a cara descubierta a un campo de golf. Joder, si hasta me pidieron la documentación para entrar. Los Organov tienen un topo entre los hombres de la cúpula, puede que se quieran hacer con el poder. Putos perros rabiosos, pensé que eran unos mierdas y tienen grandes planes. Y ahora me van a torturar, me van a...

No. Ya basta. Es lo que quieren. Por eso estás aquí, con las manos agarrotadas y una capucha en la cabeza. Vieja técnica: quieren que te ablandes, que llores como una niña, que le des vueltas a la sesera hasta volverte loco. Que se jodan. Piensa en Leo. O mejor: no pienses.

Por un momento la luz me ciega. Alguien me ha quitado el saco que me impedía ver. Mis ojos tardan en acostumbrarse. Tengo un foco ante mí. Veo sombras. Una se hace cada vez más clara.

Se trata de un tipo con pinta de oficinista. La cara redonda, de mejillas sonrosadas y nariz rechoncha. Me mira a través de sus gafas de cristales ovalados. Viste un traje barato con pajarita. ¿Quién coño usa pajarita a día de hoy? La respuesta: el torturador.

Abre la boca. Suelta una corta frase en su idioma infecto. No entiendo una mierda. Sin embargo, una voz de mujer resuena a mi espalda.

—Se está presentando —asegura con fuerte acento ruso—. Se llama Chernigovsky.

El individuo sonrío. Tiene una fila de dientes muy pequeños que parecen de leche que apenas asoman de sus encías. Vuelve a hablar y la tipa, a traducir.

—Dice que no se preocupe, que es un profesional.

Chernigovsky se quita la chaqueta del traje y la deja a un lado. Viste una camisa de manga corta a cuadros que resalta su panza. La pajarita oprime su pescuezo.

—Quiere enseñarle algo.

Gruño tras la mordaza cuando el tipo saca un alambre alargado que termina en un anzuelo de pescar. Me agito, pero no consigo nada. Alguien me agarra por detrás y me obliga a mirar al frente. Chernigovsky lleva el anzuelo de mi ojo derecho al izquierdo, y luego vuelta a empezar. Siento la tensión por las nubes, la adrenalina disparada, tiemblo.

Sin embargo, el dolor no llega. No al menos como esperaba. El ruso se lleva el anzuelo a su brazo derecho y lo incrusta en la carne. Es entonces cuando me percato de que tiene la piel llena de cicatrices. Una leve gota de sangre brota de la herida, pero se convierte en un manantial cuando Chernigovsky tira con fuerza y se arranca un trozo de brazo. Me vuelve a enseñar el anzuelo. Un pedazo de carne está enganchado en su punta. Fijo las pupilas en su rostro. Está sonriendo como un demente. Disfruta con eso. Joder, si parece que se va a correr. Es un puto masoquista.

El tipo se lleva el garfio a los labios y se traga su propia carne. Se relame con orgullo. El caníbal abre la boca y dice algo con los dientes llenos de sangre.

—Dice que si hace esto consigo mismo, qué no hará con usted —traduce la chica.

Voy a morir. No hace falta que me hagan daño, porque ya me han derrotado. No tengo ganas de seguir luchando. Es el fin. Me relajo y me orino encima. No es necesario guardar las apariencias. Escucho varias risas a mi espalda. Que se jodan.

Chernigovsky saca una batería de coche. Me desabrocha los pantalones y me deja con mis partes mojadas al aire. Después coloca las pinzas, una por testículo.

Lo observo todo ausente de mí mismo, como si esto le estuviera pasando a otro. El cabrón dice algo y su zorra lo traduce.

—Esto funciona así: contestará a todas nuestras preguntas con sinceridad.

Me arrancan la mordaza de cinta americana. Escupo, tomo aire, escupo de nuevo.

—Dios... habéis visto muchas películas.

Chernigovsky no comprende. La mujer le traduce.

—¿Puede explicarse mejor?

El torturador tiene la mano sobre una rueda que activará la batería y me quemará las pelotas. ¿Qué coño quieren que les diga?

—¿Qué coño queréis que os diga? Joder, no os ha bastado quedaros con toda la pasta. Ahora queréis que os hable... ¿de qué? Joder, ¿dónde coño está Iván? Tiene cojones para matar a Marc, pero no para ensuciarse las manos conmigo.

Más susurros en ruso. Chernigovsky se chupa la herida del brazo. Traga sangre. Es un vampiro.

—¿Quién es Marc? —pregunta la chica.

—¿Qué cojones es esto? ¿Cómo que quién es Marc? ¡Lo sabéis de sobra, cabrones!

Ignoro si digo la última palabra o sencillamente ya estoy gritando. Dicen que en esta vida hay que probarlo todo, saber lo que se siente tanto en los buenos momentos como en los malos, pero no le recomiendo a nadie que le electrocuten por los huevos. Mi cuerpo se tensa, estoy a punto de mordirme la lengua cuando mi mandíbula se tensa hasta el extremo, apenas puedo respirar o pensar. La electricidad me atraviesa, me hace temblar, grito, grito, grito.

Se para de golpe. Puede que hayan sido apenas unos segundos, pero ha parecido una eternidad. Tiemblo más que antes, una gota de baba cae de mi boca, no puedo centrar la mirada. Alguien me recoloca la cabeza para que mire al frente de nuevo. Chernigovsky sonrío sin malicia, como un niño pequeño. Le brilla la frente grasienta. Se encoge de hombros.

—¿Quién es Marc? —repite la mujer.

—Marc Fons, mi compañero. Juntos... él me ayudó a planear el asalto del furgón blindado. Iván le disparó en la cabeza con mi arma reglamentaria y allí se quedó la bala. Después Igor lo decapitó. Joder, ¿por qué me hacéis decirlo en voz alta?

Entonces me doy cuenta. Me están grabando. Ahora tienen una confesión de lo más interesante. Pienso en salir con vida, en si esto serviría de prueba ante un juez o se rechazaría. Siempre me cayeron bien los «no culpables».

—Ya lo he dicho, ¿vale? —prosigo—. ¿Dónde está Iván? Quiero hablar con ese traidor de mierda.

Chernigovsky levanta sus ojillos traviosos. Se escucha el sonido de unos tacones sobre el suelo.

—Iván no está aquí —dice.

—Joder, y entonces quién coño...

Se me congelan las palabras en la boca cuando veo el puzle al completo. Pienso que soy un idiota incapaz de pensar bajo presión. Estos rusos no trabajan para los Organov: son los hombres de Yaroslav Sokol.

—¿Puedo hablar con el señor Sokol cara a cara? —pregunto.

Nadie contesta. Chernigovsky se relame. Los zapatos de tacón continúan con su tamborileo. Levanto la cabeza. El foco ante mi cara me impide ver dónde estoy. Sin embargo, distingo un techo alto. No sé qué busco hasta que lo encuentro: un punto rojo que me enfoca desde las alturas.

—¿Puedo hablar con usted, señor Sokol? —le digo a la cámara—. Hablar como personas, no como animales.

Chernigovsky parece ofendido por mis palabras. Pensaba que no me entendía. El taconeo cesa cuando un altavoz suelta un chasquido.

—Subidlo —dice una voz—. Y dadle ropa limpia. No quiero que me apeste el despacho.

## 16:49

La sede de GRUMM Internacional está hecha para impresionar al cobarde. Cuentan con jardines privados, oficinas centrales de cuatro plantas, almacenes con más de veinte puertos de carga, coches de seguridad privada, flota de camiones propia, aparcamiento para los empleados y hasta un helipuerto en la azotea. Todo ello en uno de los centros de negocios más cotizados de Alicante.

Atrás queda el acceso por la autovía, con los polígonos industriales de los que se dedican a fabricar en lugar de lucrarse como intermediarios. El mar desaparece entre aspiradores gigantes y chimeneas de níquel.

Me acompaña Vasili, el guardaespaldas de Sokol. Me han dado unos pantalones que me vienen anchos y tengo que estar subiéndomelos cada poco rato. Ni siquiera llevo calzoncillos, lo cual agradezco, ya que mis testículos tienen pulsaciones propias tras la amable electrocución de Chernigovsky. Tras sacarme del almacén me ha llevado a pie hacia el edificio central de oficinas, donde el gran patriarca ruso decidirá si me mata o si me deja vivir un segundo más.

El recibidor es ovalado, con mármol de dos colores formando dibujos en el suelo. En el centro vegeta la escultura de un caballo, junto a unas butacas de diseño para las esperas. No hay rastro de plantas decorativas, pero sí un par de recepcionistas de generosos escotes. Un arco detector de metales custodia la puerta del ascensor. Vasili no activa el sensor. El ruso pulsa el botón de llamada. El ascensor llega cobijando a un nuevo matón en su interior.

—Espero que le gusten los tríos —se burla Vasili.

No tengo fuerzas para responderle. Me dejan en medio de ambos. Para ir a la planta cuatro se necesita una llave. Al cerrarse las puertas me pregunto si saldré vivo de este encuentro. Me sobrecoge no poder darme un porcentaje de supervivencia.

En el cuarto piso nos espera un nuevo detector de metales y dos cabrones más. Hay cámaras de vigilancia disimuladas en esferas negras en el techo. Avanzamos por un corto pasillo hasta llegar a una doble puerta. Vasili se introduce en el interior de la sala. El grosor del portón es considerable, sin duda blindado. La seguridad es una prioridad para esta gente. Ni siquiera un pelotón de marines podría atacar este fortín. No me extrañaría encontrar a Yaroslav acariciando a un tigre de bengala amaestrado.

—Adelante. —Vasili asoma la cabeza—. El señor Sokol lo recibirá.

El despacho de Yaroslav está sacado de una película de gánsteres. Hay tapices por las paredes, el suelo de tarima flotante, un imponente ventanal que recorta la figura del ruso sentado tras el gigantesco escritorio.

—Bienvenido, amigo mío —saluda—. Siento que su bienvenida haya sido tan desagradable. Chernigovsky es un buen hombre, pero a veces se excede. ¿Quiere un trago de vodka?

—Solo si es imprescindible.

—Esa misma es la definición de vodka.

Los matones me mantienen a unos prudentes pasos de Yaroslav. Escucho las puertas cerrarse tras de mí. Sokol sirve un par de vasos anchos de Stolichnaya.

—Existen en el mundo cientos de vodkas, algunos muy caros —explica—. He llegado a leer notas de entendidos que hablan de líquidos cremosos en la boca, pero que luego dejan paso a notas especiadas y regusto aletargado en el paladar. Todo eso son estupideces. Cualquiera ruso sabe que el mejor vodka del mundo es el Stolichnaya, porque es el que se bebe en la calle, el alma del pueblo.

Su discurso está cargado de razón, pero se traiciona al exhibir la botella de lujo de dicha marca. Puede que Yaroslav provenga de un gueto de mierda, pero no deja de ser un empresario acomodado en los laureles de su fortuna.

—Los rusos somos gente patriota, trabajadora, respetable.

Sokol deja el vaso sobre la mesa y uno de los gorilas me lo pasa.

—Y honrados —ironizo.

—Y honrados. No todos, claro está. Porque lo único cierto en esta vida es que, para ganar dinero, cualquier medio es lícito. Solo hay una regla: no jodas a un camarada.

Yaroslav brinda al infinito, como un veterano de guerra que recuerda a los compañeros caídos, olvidado al fondo del bar, con la mente en un pasado de balas y fuego.

—Aunque lo piense, no somos animales —dice tras beber un trago.

—Las bestias de la selva pelean por las hembras, por el territorio. Se matan entre ellos para arrancarse la carne a mordiscos. El pez grande y el pequeño. El que la tiene más grande te deja el culo más roto. La ley de la jungla.

—Es posible, amigo mío. Pero los animales tienen algo de lo que algunos humanos carecen.

—¿Escrúpulos?

—Es más simple: los animales no cagan donde comen. ¿Y sabe qué? Es una bonita lección.

—¿Y cuándo muerden la mano que le da de comer?

—En ese caso, hay que sacrificar a la bestia.

Sokol abandona el vodka y se recuesta en su sillón de ejecutivo.

—La información que me ha confiado es muy... delicada. Como comprenderá, hemos procedido a comprobarla. Este asunto se debe llevar con la más absoluta discreción.

Sokol hace un gesto con la mano. Uno de los culturistas que me flanquea habla por un radiotransmisor. Imposible entender lo que masculla. Al instante la puerta blindada se abre con estruendo y de ella surgen dos tipos arrastrando un bulto que arrojan a mis pies.

Es el contable de los Organov, el mismo que vi cuando mataron a Marc. Le han reventado la cara a hostias, una paliza en toda regla. El pobre cabrón resopla por la nariz, mientras intenta escupir una mordaza de sadomasoquismo con bola roja

incluida. Está desnudo de cintura para abajo, pero ya no le queda más orina en la vejiga. Sí, sin duda Chernigovsky se ha empleado a fondo.

—Como le he dicho, hay que sacrificar a la alimaña que muerde al amo que lo alimenta.

Sokol no se inmuta, no varia su fachada de tranquilidad. El contable deja una mancha de sangre en la tarima. No parece importarle ni a él. Yo me pregunto si me espera el mismo final.

—Se han cagado donde como —prosigue—. ¿Sabe en qué me convierte eso?

—En un comemierda.

—Un comemierda. ¿Y sabe qué? Puedo soportarlo. Incluso lo acepto. Joder, todos comemos mierda alguna vez en la vida. Usted, por ejemplo, tiene toda la pinta de comerla en cuchara grande. ¿Me equivoco?

—Sabe que no.

—Ya no es policía. Le han suspendido. Sin pistola, sin placa. La cagó y se comió el marrón. Se dice así, ¿verdad? Comerse un marrón. El idioma castellano es muy gráfico.

Las investigaciones de Yaroslav no se han detenido solo en los Organov. A estas alturas debe saber hasta cuantos polvos eché en el instituto.

—Liquidé a un tipo. No tiene mucho misterio. En unos meses todo volverá a la normalidad.

—¿Tenía permiso para matar? —pregunta.

—En ese caso, sí.

—¿Y quién dicta eso?

—Mis superiores.

Yaroslav parece satisfecho. Quizá piense que me refiero a Dios. Se incorpora con tranquilidad y se asoma a la ventana. Sin siquiera mirar, realiza un par de tirabuzones con la mano en un movimiento demasiado homosexual. Vasili pateo al contable en las costillas. El tipo se encoge, ahoga un grito, se agita, llora. Yaroslav dice algo y la habitación se envuelve en un silencio de patera. El capo se gira y lo repite una vez más, esta vez focalizando sus palabras en el desgraciado del suelo. Entonces el contable me mira, clava sus ojos acuosos en los míos, y asiente con la cabeza como un espasmódico.

—Le ha preguntado si me reconoce, ¿no?

—Es obvio.

—Yo también me acuerdo de él.

Los mismos brutos que trajeron al contable se lo llevan. Es como si recogieran un saco del suelo, un bulto sin valor que nadie echará de menos, que estaba ahí pero era más molesto que útil. Así es la vida y la muerte, una fina línea entre lo que vales y lo que estorbas. Y yo estoy justo en medio.

—Tenía razón, amigo mío. —Yaroslav avanza unos pasos rodeando la mesa—. Se han cagado en mi propia casa. Pero lo más grave de todo es que también han

defecado en el plato donde comen mis hijas. Yo puedo aceptar ser un comemierda, pero no mi familia. Un hombre debe proteger aquello que ama. Espero que comparta mi punto de vista.

Desearía ponerle unas pinzas de coche en los cojones y darle a la luz. Pero ahora no es el momento de la guerra, sino de la diplomacia:

—Cualquier persona cuerda reaccionaría igual.

—¿Y qué ama usted, camarada?

—¿Cómo dice?

—Un hombre debe proteger lo que ama. En mi caso, son mis hijas. No puedo consentir que me jodan a mí, porque entonces ellas también están jodidas. Pero no sé lo que defiende, inspector Ramos. Y por eso no me fío de usted.

Es invisible, pero está ahí, oscilando sobre mi cabeza como un péndulo. La guillotina, la espada que acabará con mi vida. Lo siguiente que salga de mis labios sellará mi destino, la diferencia entre vivo y muerto, entre utilidad y molestia. Porque hasta ahora solo ha hablado Yaroslav, un engranaje perfecto para alcanzar este momento, el punto de no retorno, donde la carretera se oscurece y por el retrovisor solo se ve lo que se ha perdido. Sin artificios, sin tortura: solo una respuesta.

—Mi caso es diferente. Me mueve la venganza. Mataron a mi compañero. Quiero ver a los hermanos Organov con las tripas fuera. Es una satisfacción personal.

Se sienta en una esquina de la mesa, con una pierna apoyada en el suelo. Me observa con frialdad, quizá intentando ver un significado oculto en mis palabras.

—Me sorprende —dice al fin—. Pensaba que estaría dispuesto a matar por su familia, al igual que yo.

—Y lo estoy. Me han expulsado de la policía por eso. El tipo que asesiné vivía en el piso de arriba. No podía dejar que siguiera respirando.

Mi explicación parece satisfacer su ego.

—No le culpo por robar un furgón lleno de dinero. Sin embargo, me molesta su estupidez al confiar en los hermanos Organov para hacerlo. Está claro que creía poder controlarlos, usted y ese Tuerto con el que se asoció. Y al final, ¿para qué? Agentes muertos, su compañero decapitado. En fin, un desastre que, ahora, me salpica a mí.

El contable ha cantado la Novena Sinfonía sin desafinar al son de la batuta de Chernigovsky.

—Pero como le he dicho, no le culpo —prosigue—. Hizo bien en venir a verme, aunque sea por motivos tan despreciables como la venganza.

El chivato del colegio a punto de recibir un positivo en el boletín de notas. El resto de alumnos lo coserán a puñetazos en el recreo, pero en este momento es una victoria.

—La situación es la siguiente. —El tono de Yaroslav se vuelve ronco y abrupto—: Los Organov se han convertido en un incordio. Han realizado una operación escandalosa que puede atraer miradas no deseadas a esta honrada corporación. Por ello, lo mejor es que desaparezcan. Por otro lado está usted, que ha participado en

toda esta trama y ha resultado ser el gran perdedor, pero que quiere revancha. Y para ello me cuenta un buen número de crímenes que le meterían entre rejas hasta que fuera un viejo con pañales. Sabe que ahora lo tengo en mis manos, ¿verdad?

—Desde el momento en que me secuestró ante un bar lleno de policías.

Así deben de sonreír los tiburones.

—Demuestra que después de todo es inteligente. Puede que por eso siga vivo. Dice el español que es más listo el diablo por viejo que por diablo.

Su aura se magnifica, el empresario convertido en monstruo. Sin duda, él es el diablo más anciano del infierno que es Alicante.

—Esto es lo que haremos. —Yaroslav camina por el despacho—: Voy a realizar una serie de llamadas. Los hombres de Iván y de Igor se marcharán y nosotros nos ocuparemos de ellos. Uno a uno, sin dejar huella. A usted le dejo a los dos más gordos. Considérelo una concesión hacia su persona para que tenga su venganza, pero también es una prueba. Aquí me demostrará su valía más allá de la estupidez que ha profesado al organizar el atraco al furgón.

Vasili me tiende un pequeño papel doblado por la mitad. Son las señas de un local en El Campello.

—Los Organov se esconden en esa dirección —confirma Sokol—. Le puedo asegurar que allí tienen el dinero y la cabeza de su compañero. Espere hasta las nueve en punto. Entonces entre y haga lo que tenga que hacer. Vasili le acompañará para comprobar que todo sale bien, aunque no moverá un dedo para ayudarle, que le quede claro. Debe comprender que lo más sencillo sería citar a Igor e Iván en el almacén de abajo y que Chernigovsky se ocupara del resto. Sin embargo, no me parece justo privarle de su venganza. Por supuesto, no obtendrá nada más de todo esto. Olvídese del dinero. Si quiere jugar, deberá aceptar las reglas.

Lo malo de las reglas no son que puedan romperse con facilidad, sino que quien las dicta puede cambiarlas a mitad de partida.

—Al igual que sus superiores, que le permiten matar a un tipo en una caseta en ruinas, tiene mi beneplácito para derramar sangre. El cómo lo dejo a su elección.

Yaroslav se sienta de nuevo tras la enorme mesa y rellena su vodka. Me pregunto si tiene alguna rencilla más con los Organov, si ha llamado a Rusia para confirmar la ejecución y mil cosas más. Sokol no es el buitres que vuela más alto, pero sí con el que me toca lidiar.

—Y recuerde: no es buena idea morder la mano que te proporciona alimento —sentencia—. Puede que sea un perro viejo, pero un perro al fin y al cabo.

Después de eso me ignora. Ya está todo dicho. Las respuestas y las preguntas se terminaron, puede que jamás volvamos a vernos en persona. El alivio que esperaba obtener al salir vivo del despacho no llega. Solo siento que he aplazado mi ejecución.



## 18:43

El agua y yo competimos contra el cristal. Por fuera, la lluvia arranca el polvo de la ventana. Por dentro, mi aliento empaña la visión de la calle. Los relámpagos iluminan mi rostro y con el dedo dibujo la cara del monstruo sobre el vaho prendido.

Nunca llueve en Alicante. El agua dulce es un visitante extraño e inesperado que rememora pesadillas y pica la mar. Hace unos años diluvió hasta el extremo que la Rambla Méndez Núñez se convirtió en el Nilo. Las alcantarillas se desbordaron y murió una mujer. Los arquitectos aseguraron a toro pasado que la ciudad no estaba preparada para algo así, y era cierto. Pero no fue desidia de nuestros gobernantes, ya que nadie se podía imaginar que Alacant se ahogaría como La Atlántida.

Siento la nostalgia del condenado. Rememoro sabores, imágenes, luces, colores en blanco y negro, rostros y lugares que conformaron mi vida.

Mi primer recuerdo es estar de pie junto a un sillón. No sé qué edad tendría, quizá un año, tal vez más. Mi madre me observaba en primer plano, con los brazos estirados para que fuera a abrazarla. Iba a dar mi primer paso. Ya me mantenía solo, pero me faltaba el equilibrio suficiente para andar. La sonrisa de mamá, su aura de ternura. No sé qué pensé en ese momento, quizá fue solo un impulso, ya que aún no razonaba con palabras. Di el primer paso que mi madre esperaba con tanta ansia, pero no fui a abrazarla. Seguí avanzando, salí del salón y llegué a la cocina. Fue una carrera absurda, de zancadas torpes, entorpecido por el pañal, las piernas en jarras. Años después mi madre me lo recordaría con media sonrisa amarga. La privé de su abrazo más anhelado. Yo solo quería correr lejos, muy lejos.

Mi padre nunca estaba en casa. Siempre llegaba cansado de trabajar y me miraba como se mira a lo que no se comprende. Los juegos infantiles, los dibujos de trazo inseguro, los deberes del colegio. Todo lo que hacía era digno de ignorarse. Tanto se esforzó que terminó ignorando a mi madre también, y un día ya no estaba. Nunca me explicaron por qué se marchó. Yo jamás pregunté.

Mis retinas han visto a muchas mujeres, pero tienen grabadas a Beatriz. Recuerdo la primera vez que estuvimos juntos. Nuestros labios se juntaron y pude sentir su sabor agrio y acuoso, caliente pero fresco. Ella me practicaba una felación y yo habría su vulva con los dedos, buscando con la lengua el tesoro oculto en su interior. Después nos besamos. Si en algún momento he realizado una prueba de amor con alguien, fue en aquel momento.

Al final hallé un tesoro dentro de Beatriz. Le pusimos Leocadia. Leo, mi pequeña. Después vino Ernesto y la casa se llenó de voces infantiles. Un día puse a Leo delante de un sillón, en pie, y me agaché esperando que diera un paso hacia mí y me premiase con su abrazo. La niña se agarró a un cojín y comenzó a llorar.

Después de aquello, todo se fue a la mierda.

Leo y Ernesto desarrollaron su propia personalidad, y por alguna razón no comulgaban con la mía. Beatriz perdió el juicio en un momento indeterminado y me

refugié en mi propio ego, dando más prioridad a putas y a yonquis que a mi propia familia. Cuando mi madre quería regañarme me decía que no tenía ni una gota de su sangre. Al final acepté que había salido a mi padre y que estaba condenado a repetir sus mismos errores.

Y ahora, con la muerte de Marc sobre mis hombros, no puedo dejar de pensar en mis hijos. No quiero esconderme en mi propia casa, no quiero que la mafia me ejecute. Dicen que solo se quiere aquello que no se tiene. Yo solo tengo a mis niños y no quiero perderlos. Me digo que si salgo vivo haré lo imposible por estar junto a ellos, pero sé que no será así, que cometeré las mismas faltas. Pero ese impulso, esa mentira, esa añoranza de abrazos hacen que me acojone, y el miedo es lo que me mantendrá con vida esta noche.

El después me asusta. El después es incierto.

La casera de Roger pasa por mi lado y mira por la ventana. No dice nada sobre los trazos en el cristal empañado. Se mantiene estática, observando el agua caer. Mantiene una sonrisa apacible. Las gotas de lluvia forman sombras en su rostro apretado de arrugas.

—¿Qué se siente al llegar a viejo? —pregunto.

—Eso depende de cada uno, hijo.

—¿Y usted?

—Bueno, yo simplemente disfruto. Cuando tienes cierta edad dejas de mirar el calendario. Eso de que cada día puede ser el último es cierto. Dicen que a estas alturas tenemos que cuidarnos, pero qué quieres que te diga, a mí nadie me quita la sal de la comida, y menos un médico. Ahora es el momento de hacer lo que te venga en gana. Yo he decidido alquilar habitaciones a los estudiantes para tener a gente joven en casa. Otros prefieren pasarse el día en el bar o viendo la televisión.

—¿Y no siente melancolía del pasado?

—Lo cierto es que no, porque cuando recuerdo mis años mozos, tengo la sensación de que no era yo, sino otra persona. Lo que nos queda es el ahora, porque mañana podemos estar muertos. Me lo recuerdo cada vez que limpio la lápida de mi difunto marido, que en paz descansa.

La menuda mujer me acaricia el brazo y se marcha arrastrando los pies. Observo mi reflejo en el cristal turbio. El monstruo se ilumina con cada rayo. Paso la yema de los dedos por la superficie fría de la ventana y lo destruyo. Tras el vaho queda mi rostro, y sobre él las lágrimas.

Acaricio la pistola que me ha traído Rog, una Glock 18 con cargador extralargo Mec-Gar de treinta y cinco cartuchos. El periodista se acojonó cuando fue a ver a los gitanos y pilló el hierro más grande que vio. El cargador sobresale por debajo y hace que el arma pese y se descompense. Además, corro el riesgo de quedarme sin munición si disparo en automático. La ventaja es que no tendré que recargar si necesito una mayor capacidad de fuego.

Treinta y cinco balas. Dos rusos. La que sobra, ahora lo sé, es para mí.

**20:55**

Juré que los mataría a todos.

La madriguera de los Organov. Una puerta de hierro adornada con un letrero de traspaso carente de teléfono al que llamar. La fachada está plagada de pósters de papel. Hay rastro de viejas corridas de toros, conciertos de cantautores lloricas, las cejas de un político que no ganó las elecciones locales, el anuncio a la movilización de un sindicato extremista, la presentación de un libro que nadie quiso leer y un cartelito de alquiler de piso compartido. La zona es tranquila, con varios edificios en construcción flanqueando la vieja cochera en la peor zona de expansión de El Campello. La calle está despejada y yo aterrado.

El temblor de manos ha llegado para quedarse y ni siquiera los guantes de cuero consiguen aplacarlo. A veces el frío y la humedad se cuelan entre de los huesos y subo la calefacción del coche. Después tengo que apagarla porque sudo como un skin en una sauna. Los retrovisores están colocados de forma que abarquen toda la avenida. Intento por todos los medios no reflejarme en ninguno.

Compruebo una y otra vez que nada pueda salir mal. La calle es de una sola dirección. A la derecha surge un descampado oscuro y lleno de malas hierbas. A la izquierda, los últimos albañiles abandonan las obras hasta primera hora del día siguiente. Hay dos farolas que no funcionan, impidiendo distinguir quién entra o sale del escondrijo de los Organov. Esta parte de El Campello está huérfana de orejas indiscretas.

Intento no pensar más. Si es una emboscada, adelante. Lo acepto. Pero no quiero preocuparme por cosas que están más allá de mi control.

Algo golpea el cristal del copiloto. Como si tuviera un resorte ilegal de un juguete chino, apunto con la Glock y giro el cuello al unísono. Un ruso me observa con media sonrisa de lobo.

**21:00**

—Me gustan los españoles puntuales —asegura.

Vasili contempla mi quietud, un imbécil tras el volante con una pistola demasiado grande para que sea manejable a corta distancia. No sé cómo se ha acercado sin que lo haya visto, pero lo ha logrado. Me señala el seguro con el dedo y abro. El coche de Roger no tiene cierre centralizado y tengo que estirar el brazo, lo cual me parece imprudente.

—Menos mal que ya no llueve —dice mientras entra—. Si no, me habría mojado.

—Hay que ducharse de vez en cuando —respondo sin dejar de apuntarle.

—Dentro hay cinco tipos.

—¿Cómo lo sabes?

—Hemos enviado a alguien. En estos momentos están recibiendo una llamada que les obligará a ir a otro lugar. En cuanto eso suceda, tenemos vía libre para pasar dentro.

—¿Qué más tengo que saber?

—El local es un garaje. Los Organov han hecho reformas para convertirlo en habitable, con un pasillo y varias habitaciones.

—¿Van armados?

—Lo dudo, pero no puedo confirmarlo. Son incautos. Creen que nadie conoce la existencia de este sitio y que solo ellos tienen la llave. Sería extraño que tuvieran armas encima, pero es posible que las mantengan cerca, por si acaso tienen que echarles mano.

—¿Tu hombre no os ha dicho nada más?

—Claro que sí. Para eso le pagamos. Iván e Igor pasan el día contando el dinero en el salón, y cuando se cansan apuestan pequeñas cantidades a las cartas. Están esperando que se calme el revuelo del asalto al furgón de pruebas para moverse.

—¿Dónde está ese salón?

—Es la primera habitación del pasillo, no tiene pérdida.

Vasili levanta la mano y queda en silencio. Tras la puerta de los Organov surgen varias sombras. Cuento hasta tres cigarros encendidos. Las brasas rojas ríen, una empuja a otra y se montan en una furgoneta aparcada en la esquina.

—No hay momento mejor —continúa Vasili—. Si los Organov escuchan algún ruido pensarán que uno de sus muchachos se ha olvidado algo.

El ruso rebusca en su chaqueta. Yo aprieto con fuerza la Glock.

—Tranquilo —dice mostrando una enorme Desert Eagle—. Vengo armado.

No me tranquiliza lo más mínimo. Con la otra mano extrae una llave colgada de un cutre llavero de plástico. Me la tiende.

—Y ella abrirá las puertas de Cielo e Infierno —canturrea.

—¿No me acompañas?

—Claro que no —responde—. Es tu bautismo de fuego. Yo me quedaré por si los Organov te matan en el intento. Pero tranquilo: si los veo salir por la puerta, los acribillo.

Sus ojos azules me traspasan. Yaroslav me ha dado todas las facilidades posibles para llevar a cabo el asesinato de Iván e Igor, pero no va a regalar sus cabezas en bandeja de plata.

—¿Y si salgo yo primero? —pregunto.

Muestra los dientes. No lo considero una sonrisa.

—No querría fastidiarte la sorpresa.

**21:07**

Dicen que la adrenalina es la droga más potente que existe. Si eso es cierto, ahora mismo soy el yonqui más colocado del puto país. Avanzo. No puedo hacer otra cosa. Un paso tras otro. Cada segundo me aproxima más a la muerte. Piso charcos. Aún no camino sobre las aguas.

La Glock a un costado, un armatoste de hierro y plástico con un cargador tamaño Nacho Vidal. Tras los guantes de cuero noto su gélido tacto, un frío que corroe el pellejo y paraliza el brazo. Y es al final de mi mano donde noto el apéndice devastador que llevo acoplado, un ente vivo y voraz, fabricado para destruir, donde el único vestigio de la creación tras su paso es el de las viudas que amontona por el camino.

Alcanzo la puerta. El hedor de los Organov traspasa las paredes. Si Yaroslav Sokol no se hubiera dignado en ayudarme, me habría bastado con asomar la nariz por la ventana para dar con ellos. La llave late entre mis dedos. Me giro un instante para localizar a Vasili. El ruso está de pie ante el coche. Si está nervioso, no lo demuestra.

La cerradura cede. Las bisagras chirrían lo suficiente para que deje de respirar. El aire está viciado. Humo y sudor, sexo y testosterona. Poca luz. El local es amplio. Un coche de bomberos ocupa casi todo el espacio. El polvo se acumula incluso sobre las telarañas, cediendo a su peso. El suelo lleno de escombros, como si hubieran detonado una bomba. Quedan restos de fantasmas olvidados, postales en blanco y negro de Comala, el quinto Jinete del Apocalipsis agazapado tras el velo que me privó de la cordura.

O puede que solo sea una cochera en ruinas y yo esté aterrorizado. Vigilo donde pongo el pie. Aprieto la Glock contra la pierna. La espalda pegada a la pared. Pasos lentos, demasiados precavidos. Escucho un rumor apagado, como el motor de un frigorífico antiguo. El latido del corazón en los tímpanos, en las venas de la sien, en la boca del estómago.

No soy el asesino perfecto, el profesional entrenado. Tengo la imagen de mi hija tatuada en la mente. Ansío volver, deseo abrazarla. No quiero morir como Luis XVI.

Angustia. Nauseas.

El pasillo comparte el tizne de la medianoche. Veo varias puertas, algunas cerradas. Por debajo de la primera se filtra una línea de luz, la pequeña frontera entre víctima y verdugo. Continúo con la espalda contra la pared. Agudizo el oído. Nada salvo el ronroneo asfixiado.

Respiro hondo. Sujeto la Glock con la diestra. Giro el picaporte despacio y entro apuntando a la nada.

## **21:11**

Una habitación sin ventanas. A la izquierda una mesa rinconera donde se amontonan fajos de billetes de todos los colores. A la derecha, un sofá destrozado orientado hacia

una televisión sesenta pulgadas.

Y en el centro, presidiendo el reino de las cucarachas, Iván Organov me observa con ojos teñidos de alcohol.

Viste unos mugrosos calzoncillos cortos cubiertos de lamparones, los pies en un barreño con agua. Está sentado en una silla robada de la terraza de algún bar. Su espalda oculta un frigorífico ruidoso y antiguo que les enfría las cervezas. En el suelo hay varias botellas vacías y una bombona de cámping gas. Una bombilla huérfana alumbra toda la estancia.

—¿Y tu hermano?

El cabrón niega con la cabeza. Avanzo un paso más, siempre pegado a la pared, la Glock sujeta con ambas manos.

—¿Dónde está Igor?

—Estás muerto, *tavarish* Ramos. ¿Sabías? Muerto.

Después de escuchar el trabajado acento de Vasili y Yaroslav, el timbre ignorante y chulesco de este despojo me revuelve las tripas.

—El carnicero de tu hermano, Iván —repito—. ¿Dónde coño está?

—Detrás de ti —dice.

—No caeré en un truco tan...

A veces actúas por instinto. Un simple cambio de temperatura a tu espalda, la sensación de que el aire se ha removido sin que haya corriente, la certeza de que Igor está tras de mí sin siquiera girarme.

## 21:12

Reacciono.

Me pego aún más a la pared. Un sable pasa cortando el aire ante mi nariz. Igor pierde el equilibrio y nuestras pupilas se encuentran. Sabe que ha fallado, sabe que es cadáver.

Intenta recomponerse pero le apoyo la Glock en el pecho y aprieto el gatillo. Mi mano se agita como loca con el retroceso. El ruido es insoportable. El cañón se calienta. Entonces me doy cuenta que tengo la pistola en automático. Cuando levanto el dedo Igor se ha tragado cerca de treinta balas en dos segundos.

El ruso se desploma sin emitir quejido alguno. Giro el cuello para ver a Iván incorporándose de su barreño y golpeando la bombilla con el puño. No consigue romper el cristal y el cable se agita de un lado a otro.

Le encañono y abro fuego, pero se lanza al suelo. El sistema automático de la Glock hace que vacíe el resto del cargador en un pestañeo. La corredera se queda fija, mostrando la ventanilla de expulsión vacía.

Sin balas en la recámara. Mano a mano contra el diablo.

Iván se incorpora. Grita. Se abalanza sobre mí. Tiene los pies mojados y resbala y

se levanta otra vez. Tengo el tiempo justo de agacharme y empuñar el sable de Igor.

El ruso choca contra mí. Caemos al suelo. Escucho el sonido de un globo al explotar. El puño de Iván impacta contra mi mandíbula. Agito el sable. Recibo otro puñetazo. El tercero viene sin fuerza. Iván se pone en pie llevándose consigo el sable.

—*Niet...*

Iván observa la lengua de hierro que tiene incrustada en el estómago. Es una herida terrible. Se le ven las tripas enclaustradas como sierpes sin piel, y entre ellas un trozo de plástico azul. La sangre fluye densa y negra, y después viva y roja.

Le he sesgado la arteria renal.

—Gasté mucho dinero en operación —murmura—. Balón en estómago. Menos hambre, y menos peso. Igor burlar de mí.

Pasa la vista por encima de su hermano. El ruso permanece en el suelo con el pecho convertido en carne picada. No parece sentir pena o duelo.

—Yo otra vez joven y fuerte. Flaco. Veinte quilos en seis meses. Mujeres preferirme a enorme polla de Igor.

Se desploma a un lado. La catarata de sangre es obscena.

—Tony Montana no terminar así... —Agoniza.

—Te equivocas —digo, y no reconozco mi voz—. *Scarface* muere a manos de sus enemigos. Aquello de «el mundo es tuyo» es un epitafio.

Boquea. Sus ojos se secan. El diablo regresa al infierno.

## **21:13**

Recojo la Glock. Recorro el resto del agujero. La siguiente puerta corresponde al aseo. Hay una titánica mierda flotando en el váter. Igor debía estar aquí y escuchó mi conversación con Iván. Errores de novato que casi me cuestan la vida. En una habitación del fondo están los fusiles, junto a varios colchones amontonados en el suelo.

Es entonces cuando comprendo el alcance de lo que acaba de suceder. Sigo respirando por un azar del destino, eso que algunos llaman milagro y los más agnósticos atribuyen a la casualidad. Para mí, ha sido suerte pura y dura.

Mi visión se nubla. Tengo que apoyarme en la pared una vez más. Controlo la respiración. Aún no has salido de aquí, Antonio, así que aguanta las ganas de vomitar.

Regreso al cementerio. El charco de sangre de ambos cuerpos se expande a cada segundo que transcurre. Paso por encima para no pisarlo. Decido abandonar la Glock. Quizá pueda engañar a algún forense y se crean que los Organov se han matado entre ellos. Coloco la pistola en la diestra de Iván para que tenga sus huellas. No es la mejor idea que he tenido esta noche, pero tampoco la peor.

Solo queda una cosa por hacer y tengo una intuición. De ser cierta, puede que me sumerja en lo más profundo de la locura. Abro el frigorífico. Latas de cerveza, orujo

de hierbas, comida precocinada, una nevera portátil.

Observo hipnotizado el recipiente azul. La tapa mugrosa. La dejo sobre la mesa de billetes. Aguanto el aliento mientras la abro, pero tengo que retirar la mirada al instante. No es necesario un segundo vistazo: es Marc.

Hinchado, amoratado, flotando entre hielos, el pelo apelmazado, los ojos aún abiertos, la frente aplastada.

Cierro el envase. Me trago las náuseas. Siento ganas de matar de nuevo a los Organov.

Agarro la nevera y salgo. Evito pisar la sangre. Huyo por el pasillo. Me pregunto si Vasili estará aguardando en la calle para reventarme el occipital de un tiro. No puedo pensar con claridad, pero tampoco quiero. Llego a la salida y abro la puerta.

Una linterna me deslumbra. Dos pistolas me empujan de nuevo al interior.

## 21:16

—¡Policía! —grita una voz—. ¡Suelta eso, cabrón!

Tras el haz de luz reconozco al Martínez. Va acompañado del novato que le trae el café en la comisaría. Al crío le tiembla la PK.

—Martínez —digo—. Soy yo.

La tensión se convierte en extrañeza. El Martínez tarda en reaccionar, pero no deja de encañonarme.

—¿Pero qué coño haces aquí, desgraciado? —pregunta.

—¿Y qué haces tú?

—Estamos vigilando a los Organov, joder. Una puta los denunció y descubrimos que se escondían aquí. Pero qué hostias, ¿tú qué coño pintas en esto?

—Hemos escuchado disparos —añade el novato.

Abro la tapa de la nevera y muestro su contenido. El Martínez alumbra el interior y se aparta la mirada. Después vuelve a asomarse al abismo.

—Esto hago aquí —respondo—. Los muy cabrones mataron a Fonsi.

—¿Y los disparos? —repite el novato.

—Los rusos se han liquidado entre ellos —miento—. Están al fondo.

El Martínez le hace un gesto con la cabeza y el novato desaparece por el pasillo.

—Marc, joder... —Martínez cierra la nevera—. Lo está buscando media comisaría por el asesinato de Carmencita.

—Él no la mató. Era su novia.

—¿Y qué hace su cabeza en un cubo?

—Los rusos lo decapitaron. Ellos robaron el furgón de pruebas.

—¿Qué?

—Has resuelto el caso, Martínez.

El novato regresa a toda prisa.



—Hay dos cuerpos. Uno tiene heridas de bala, y otro una espada clavada en el pecho. También fajos de billetes sobre la mesa y metralletas en una habitación.

—¿Qué coño ha pasado aquí? —pregunta Martínez.

—Invéntatelo —contesto—. Yo me largo.

—¿Qué?

—No soy tonto, joder. Has pedido refuerzos. Por eso no has entrado antes y has preferido esperar en la puerta.

—No te puedes marchar —asegura el novato.

—Si me quedo, la memoria de Marc se irá a la mierda y mi carrera también —me dirijo al Martínez—. ¿Quieres eso? ¿Qué ganas si me quedo, Martínez? Vamos, deja que me marche.

—Antonio, joder...

—Debo leerle sus derechos —prosigue el novato.

—Martínez: es Marc.

El Martínez me observa con cara estreñida. El novato recita de memoria los derechos del detenido mientras se saca las esposas. Martínez mira la nevera, se pasa la mano por la frente, exhala el aire despacio.

—Deja que se largue —ordena al novato.

—¿Qué? Ni hablar. Está en la escena del crimen, con una cabeza amputada en un frasco.

—No pienses tanto y obedece, pollo —digo.

—Es el dinero que robaron del furgón de pruebas —continúa—. Murieron varios compañeros.

—Yo no tuve nada que ver con eso. Ni siquiera he tocado el dinero. Solo quiero llevarme a Marc.

Doy un paso hacia la salida. El novato levanta el arma y me apunta al pecho.

—¡Debemos detenerle! —chilla—. ¡Es un criminal!

El Martínez da dos pasos, engancha al novato de la pechera y lo estampa contra la pared.

—¿Un criminal? —Escupe—. Es el mejor policía de esta ciudad, joder. ¿Te enteras, pringado? ¡Un policía! Igual que tú y yo. Somos gente con pistola que camina entre la muchedumbre. Nos dan poder para cuidar de los borregos porque ellos mismos no saben hacerlo. Y si no cuidamos de nosotros, nadie lo hará. Así que ten mucho cuidado con lo que vas a decir, porque si vendes a un compañero, nadie querrá cubrirte la espalda, ni mucho menos jugarse la vida por recuperar tu cuerpo.

—¡Lleva un muerto en esa cubitera!

—No es un fiambre, gilipollas —le recrimina el Martínez—. Es otro policía. Mierda, ¿pero dónde te crees que estás? ¿En las Hermanitas de la Caridad? Si crees que te faltan cojones para hacer este trabajo, más te vale que te busques otra ocupación.

Lo suelta de golpe. Nos quedamos mirando al pringado. Está rojo, nervioso. No

comprende nada. Aprieta los labios con fuerza.

—¿Tienes algo más que decir? —pregunta el Martínez.

El chaval le mira con odio. Guarda la pistola en la funda y se pierde de nuevo en el interior de la vivienda.

—Vete de aquí, Antonio —dice el Martínez—. Yo me ocuparé de que entre en razón. Dale a Marc un final digno.

No me despido. En la calle escucho sirenas. Busco a Vasili de camino al coche, pero ha desaparecido. Dejo la nevera en el asiento del copiloto y me fundo con la oscuridad.

## JUEVES, 30 DE OCTUBRE

**10:06**

Llevo horas con el culo apoyado entre la quinta y la sexta planta de un edificio bien. Fumo y apago las colillas en los escalones. De vez en cuando se enciende la luz comunal o se escucha el motor del ascensor. La pareja del cuarto grita y se pelea. Ella dice que no aguanta más, él la ridiculiza, ella llora, él asegura que saltará por la ventana. Después ruido de muelles contra el somier. Me recuerdan a Bernabé y a la pobre Judith. Pienso que las escaleras son como los cementerios, lugares sin vida frecuentados por personas, fríos, oscuros. Algunos no tienen la suerte de terminar en un camposanto, y otros ya están muertos en sus nichos de noventa metros cuadrados con calefacción y aire acondicionado, aunque ellos no se dan cuenta.

El descansillo de la planta cinco se abre. Un chaval sale con una carpeta bajo el brazo. Se despide de sus tíos y cierra la puerta. Mientras llama al ascensor, aprovecho para incorporarme y sacudir la ceniza de los pantalones.

Me coloco a su lado mientras espera. Julián Moscardó da un respingo.

—Hay que ver lo rápido que se te ha pasado el disgusto, ¿eh? —digo—. No hace ni una semana que la palmaron tus padres y ya vuelves a las clases. Todo un chico responsable.

Me observa con cara de sorpresa. Abre la boca para decir algo, pero justo en ese momento el ascensor abre las compuertas y lo empuja dentro. Choca contra la pared, un muñeco sin peso relleno de escombros. Entro al habitáculo y pulso un botón. Una voz enlatada nos indica que ascendemos a la última planta.

—¿Sabes qué es esto? —Saco el puño americano y lo encajo en mi mano—. Pertenecía a un amigo mío. Sirve para sacar la basura a la calle.

Alcanzamos la azotea. Lo engancho del abrigo de pana y lo saco. Esta vez se resiste algo más, un par de zarandeos intentando volcar mi centro de gravedad. Lo arrincono contra la entrada de la terraza.

—¿Qué quieres de mí? —balbucea.

—Te calé la primera vez que nos vimos. Llevabas un cuchillo en una mano y estabas cubierto de sangre, pero no eras tan diferente a ahora. Sigues siendo un crío asustado.

Enciendo un cigarro. Le tiendo el paquete. Lo mira con ojos desorbitados.

—No fumo...

—Mejor. Esto me matará. —Expulso el humo por la nariz—. A ti no, el tabaco no será la causa de tu muerte.

Acaricio su cara imberbe con el puño de hierro. Quiero que note su tacto, su fría superficie.

—Llevo años investigando muertes —explico—. Una de las conclusiones más sensatas es que los asesinos matan con lo que tienen más a mano. Por eso nos parece tan exótico Estados Unidos. Allí hay tiroteos porque tienen acceso a las armas. Aquí matamos con hachas y navajas. Parece que los americanos son más civilizados, que nosotros aún estamos en la Prehistoria, pero en realidad somos la misma mierda.

—Joder, ¿pero qué quieres?

El puñetazo en el estómago es balsámico. Siento un cosquilleo en los testículos cuando Julián cae y se dobla sin aire.

—Intento exponer un argumento. ¿Vas a seguir interrumpiendo?

El chico respira a estertores, un rumor seco y áspero que surge de su garganta.

—Los asesinos matan con lo que tienen a mano —repito—. Tu padre es médico. Tú estudias Farmacia. Y que me jodan si no tenías acceso al curare.

Se encoje un poco más, pero siento su mirada, esa misma mirada que veo en cada culpable, en cada cabrón que cree que los secretos están seguros dentro de su cabeza.

—Te voy a hacer un truco de magia —continúo—. Se llama «El adivino cabrón que lo sabe todo de mí y no tengo ni puta idea de cómo lo hace». Quiero que asientas si me entiendes. Nada de abrir esa boca de crío consentido. Solo mueve la cabeza.

Lo hace.

—La historia hasta ahora. Eres un mierda, pero no eres tonto. Eso lo has demostrado. Así que, no sé cuándo ni me importa, un día te enteras de que eres un bastardo. Un puto accidente. No deberías estar aquí. Eres un aborto de tu padre paranoico y de la asistenta. Eso te explica bastantes cosas, como que la que dice ser tu madre te trate de forma tan fría. Puede que al principio fueras como una mascota, pero todos nos aburríamos de los juguetes viejos y los olvidamos en el armario. También comprendes por qué la pesada de la sirvienta te lee cuentos antes de dormir. Porque es tu madre, la de verdad, y aun así tu padre la viola día tras día. Joder, si hasta te comprendo. Lo que no entiendo es cómo aguantaste tanto hasta volverte loco.

La luz de la escalera se apaga. En eco de mis palabras es la única compañía.

—Descubriste que el tipo que chantajeaba a tu padre vivía en el piso de arriba. Ese hijo de puta te caía mal. Os robaba dinero y os obligaba a vivir en este barrio de abuelos y extranjeros. Tus colegas del colegio privado no querían venir a casa, y cuando visitabas los chalets de ellos te morías de envidia. Dios, no te negaré que Cosme Trujillo está mejor muerto. Solo hizo putadas mientras estuvo vivo. Coño, eres mi héroe.

Le tiendo la mano. Se cubre la cabeza con los brazos. Cuando no recibe el golpe levanta la cabeza. Sus pupilas resbalan por la superficie del puño cromado. Al final estira los dedos y me da un apretón.

—Eso es chico. Un héroe. Conseguiste el curare y llamaste a su puerta. Eres un chico listo y sabías que el vecino iba con críos jóvenes, chaperos que se masturbaban ante él por una dosis de metadona. Y cuando el viejo se despistó, le clavaste la aguja. Al pobre cabrón apenas le dio tiempo a coger la escopeta y quedarse tieso. Lo

sentaste en una silla y forzaste la puerta para despistar. Tardarías un buen rato, con esos brazos tan finos. Lo que no entiendo es por qué mataste a tus padres.

—Yo no hice nada.

—No me interrumpas. El que te haya dado la mano no quiere decir que te vaya a comprar un poni. —Apago el rubio contra la pared—. Tal vez pensaste que estaban mejor en un ataúd, los dos juntitos en la lápida, como si se hubieran querido en vida. Hostias, es precioso. Estoy a punto de llorar, te lo juro. O quizá fue idea de tu madre, la de verdad, matarlos y que se jodan. Porque los trinchasteis entre los dos, de eso no tengo duda alguna. Te ensañaste con tu viejo. En la hora del desayuno. Ni siquiera le dejaste terminar su café. Eso es de mala educación. Me sorprende que te educaran así.

Una pausa. A veces es bueno que piensen en lo que han hecho. Si es una persona normal, se habrá torturado desde que lo hizo, lo habrá repasado como un loco. Es bueno que ahora todo cobre una nueva dimensión.

—Y entonces llegamos Marc y yo. Os jodimos los planes. El edificio se llenó de policías. Os entró miedo. Ya no había plan secreto. Todo se fue a la mierda. Os habían pillado, así que te pusiste nervioso y agarraste los cuchillos. Los asesinos matan con lo que tienen a mano, te lo he dicho antes. Había que actuar rápido y liquidarlos. Pero claro, habíamos venido por otra cosa, y ahí te entró el pánico. No era necesario correr tanto. Y no quedó más remedio que improvisar otra vez.

Sus ojos no son tristes, ni siquiera preocupados. Tiene miedo, pero le da igual. No dirá nada que lo incrimine, o al menos no lo regalará.

—Tu madre, Teodora, se ofreció para llevarse todas las culpas. Diría que ella los asesinó. No pasaba nada, ella te quiere, no te ha delatado. Aún no. Quizá os abrazasteis, tuvisteis una gran charla, de esas lacrimógenas. Pero tú sabías que eso no era suficiente, que la buena mujer era débil, que lo había sido toda la vida, y que antes o después terminaría cantando. O tal vez ya lo tenías decidido antes de que sucediera. Matarla a ella también y salir por patas, decir que estabas en la universidad. Una coartada cojonuda.

Una pequeña chispa en los ojos, la mirada de un loco peligroso, del monstruo tras la lámina de plata.

—La drogaste. Y cuando estaba inconsciente la dejaste inútil cortándole los tendones de Aquiles. ¿Sabes cuánto tiempo se tarda en cortar un tendón de ese tamaño con un cuchillo cualquiera? Claro que lo sabes, joder. Lo sabes muy bien. Y por si acaso dejarla en una silla de ruedas no era suficiente, le arrancaste los ojos. Ciega y lisiada. Ese es el precio a pagar por quererte.

—No puedes probar nada de eso.

—Tampoco lo intento. Pero dime, ¿puedes tú probar que miento?

No contesta.

—Cuando te interrogamos por primera vez gritaste que lo sentías mucho. Dijiste: «mamá, lo siento». Está bien, hace exonerar la culpa, porque no la dejaste sorda.

Se rasca los ojos, la cara compungida, pero se repone enseguida.

—He conocido a muchos monstruos, pero nunca he visto nacer a uno. Me sorprende tu sangre fría, tu mala leche y tu buena suerte. Pero antes o después la cagarás. Y allí estaré yo para ponerte las esposas.

Le doy una bofetada. Se cubre a destiempo. Guardo el puño de hierro en la chaqueta.

—Los asesinos matan con lo que tienen a mano —repito—, pero solo los cabrones planean sus crímenes. Te lo digo porque conozco a uno muy bien.

## 17:32

—No pude evitar pensar que ese crío y yo no éramos tan diferentes. Quizá por eso no lo secuestro y lo arrojo al mar, porque no quiero ser como él. No tan desalmado, no tan implacable. Joder, no quiero ser el monstruo tras la lámina de plata.

La tarde es apacible. Llevo la chaqueta doblada en el brazo y aun así tengo calor. La rubia que trago sacia mi sed, pero no calma el sudor.

—Estos últimos días han sido más tranquilos, pero te sigo echando de menos. Sé que es absurdo estar aquí, hablando en voz alta como si me oyeras, pero no puedo regresar a la consulta de Álvaro. Sé que antes o después terminaría confesando alguna confidencia que me traería problemas. Así que, aquí estoy. Como en los viejos tiempos.

Derramo parte de la cerveza en el lugar donde enterré la cabeza de Marc.

—Este es un sitio tranquilo. Imagino que te habría gustado. Al fondo se ve la playa. Hay algún bañista que se atreve a darse un chapuzón. Esta colina no está lejos de mi apartamento, así que vendré paseando a menudo.

Los recuerdos de Fonsi pueblan mi mente estos días. Me gustaría estar con él en un bar, tomando cañas, no en este monte. Acaricio la tierra removida donde permanece la nevera a metro y medio de profundidad. La cerveza ya la ha enfangado.

—No he vuelto a saber nada de Yaroslav desde que escapé de la guarida de los Organov. El Tuerto también anda en paradero desconocido. Supongo que antes o después me darán noticias. De momento aún respiro. Además, Leo ya está en casa. Al final empezamos a entendernos. Ha hecho falta una pesadilla para que mi hija y yo tengamos una conversación. Ernesto también ha vuelto, pero se pasa el día con los videojuegos, como siempre. De Beatriz no sé nada. Jamás se divorciará de mí, eso lo tengo claro. Va en contra de sus creencias, como también separarse de su familia, aunque eso parece que le da más igual. Tengo miedo de que un día llamen a la puerta y sea ella, que regresa.

Las gaviotas gruñen a lo lejos. Un avión parte el cielo en dos con su estela de vapor. El *ferry* a Argelia desaparece donde el horizonte del mar se vuelve curvo y difuso.

—He visto a Pilar un par de veces más. La pobre sigue sin entender mis bromas,

pero no la culpo. Hemos tomado cafés, solo eso, como si fueran citas de quinceañeros. A ninguno de los dos le apetece follar otra vez, al menos de momento. Casi mejor así.

La birra se calienta a la misma velocidad que mi espíritu. Pienso en la nevera donde escondían los restos de Marc, lo bien que mantendría el frío. Jamás podré usar uno de esos cacharros en lo que me queda de vida.

—Rog ha decidido irse por una temporada. Se acojonó bastante con todo esto, pero no me puso ninguna pega. Creo que es el único amigo que me queda, ¿sabes? En realidad, ha hecho lo más sensato, igual que el Zorro. Por cierto, al final su película se ha ido a la mierda. Ha perdido bastante pasta, porque también era el productor. En fin, quizá le hayamos inspirado para hacer otra, ¿no crees? ¿Te imaginas al Zorro interpretando mi personaje? Leo se volvería loca.

Sonrío. Casi me siento culpable por hacerlo. No creo que sea malo que queden resquicios de felicidad tras el paso del huracán.

—El Martínez está como siempre. Sigo suspendido, pero me lo encontré el otro día en la Tasca PP. No sé hasta qué punto sabe lo que ocurrió, pero parece que le da igual. Hablamos poco, eso sí, pero de vez en cuando me miraba con complicidad, o eso pensaría él. Quien estoy seguro que me evita es el doctor Dólera. Al pobre hombre también le di un susto de muerte, pero al final se ha portado.

Una figura asciende con dificultad la cuesta de la colina. Va dando tumbos de un lado a otro de la senda abrazado a una botella de coñac. Se ha puesto la rejilla dorada en la cabeza.

—Somos las consecuencias de las decisiones que tomamos. Es lo poco que me queda en claro. Al final no oímos un solo billete de Cosme Trujillo, y aún tengo que pagarle a Jesús por cubrirme las espaldas. Ha muerto gente y todo para nada. Me gustaría pensar que hay algo más, una moraleja, una lección, algo. Pero no. Somos las consecuencias de nuestras decisiones. Solo eso. La vida es así de puta.

El individuo alcanza la cima, se tropieza, bebe un trago largo a gollete, se incorpora. Entonces me ve. No sé si me reconoce, pero yo a él sí.

—Joder...

El Profeta masculla palabras sin sentido. No es capaz de formar una frase coherente, ni siquiera de hilar una palabra tras otra. Arrastra los pies y me encara.

—Hijo de puta —escupe—. Conozco tu futuro, cabrón. Me lo han dicho las lombrices de mi estómago. Comparte conexión telepática con tu gonorrea. Por eso sé dónde la metes, y no es en trigo limpio.

Aún tiene la cara hinchada por la paliza que le metí en la Tasca PP, aunque alguna herida se la tiene que haber hecho él solo. Parece más limpio, pero huele peor de lo que recordaba.

—Largo de aquí, payaso.

—Debes saber tu destino. La cruz de las venéreas que nos diferencia de los chimpancés me susurra cuando cago.

—Mira, ¿por qué no le lees el futuro a tu puta madre? Va por allí, ¿la ves? Si te das prisa puedes alcanzarla y darle por el culo.

—¿Literalmente?

—Si es lo que quieres...

—No, eso ya me aburre. Tu aura. Deja que la vea. Oh, siií... Tu alma también tiene la gonorrea. Estás en consonancia con el universo sifilítico.

—Es el peor momento que podrías elegir para joderme.

—¿Qué es esto? —Se arrodilla ante la tumba de Marc y chupa la cerveza embarrizada—. ¿No lo notas? ¡El tercer huevo de Hitler está enterrado aquí!

—Ahí no hay nada...

—Es el objeto más poderoso del cosmos. —Está entusiasmado—. Con él dominaré el mundo, me casaré con alguna ricachona y la travestiré. Los coroneles se arrodillarán ante mí y me la chuparán.

Siento un resorte en mi interior cuando comienza a cavar con las manos desnudas.

—Deja de hacer eso —ordeno.

—Todos me la chuparán. Hasta los que nacieron sin mandíbulas. No la tengo muy grande, así que hasta los niños podrán hacerlo. Sí, empezaré por los niños. El mundo debe conocer los horrores de la sífilis.

Excava a toda velocidad, como si fuera un perro. Ya ha hecho un agujero del tamaño de un melón. Joder, Marc...

—No sigas. —La sangre me hierve, la adrenalina se dispara—. Te lo advierto...

—Tú serás mi valeroso corcel con gonorrea. Te dejaré mirar mientras me la chupan, pero solo con el ojo derecho.

El cabrón sigue sacando tierra a marchas forzadas. Me echo mano al cinto, y entonces recuerdo que ya no puedo llevar armas. Hay una piedra grande a unos pasos. Tendré que cogerla con las dos manos.



# SOSPECHOSOS HABITUALES

**Álvaro Cortés:** Psiquiatra colaborador con la policía.

**Antonio Ramos:** Policía de Alicante, apodado Mierda de Perro.

**Asensio Moscardó:** Doctor especializado en ginecología.

**Beatriz:** Esposa de Antonio Ramos.

**Bernabé:** Vecino alcohólico de Antonio Ramos. Maltrata a su mujer Judith.

**Carmencita:** Camarera de la Tasca PP. Canaria de nacimiento y exuberante por vocación.

**Cerullo:** apóstol adolescente de Jesús.

**Cosme Trujillo:** Discípulo destacado de un Diógenes avaricioso.

**Chirlo:** Veterano motero amante de la carne joven.

**Chopito García:** Chaperero de la estación de autobuses.

**De la Torre:** Doctora del hospital de Alicante.

**Dólera:** De nombre Luis, médico forense.

**Ernesto:** Hijo de Antonio Ramos.

**Farlopero López:** Traficante de droga. Posee la Funeraria El Salvador.

**Fermín:** Compañero de Pilar Hurtado, a punto de jubilarse.

**Genaro:** Prostituta de la Avenida de Elche, más mujer que las de verdad.

**Graciela Vilmes:** Vecina del edificio de la calle General Polavieja.

**Igor Organov:** Hermano gemelo de Iván. Ruso dedicado a asuntos turbios.

**Iván Organov:** Hermano gemelo de Igor. Ruso dedicado a asuntos turbios.

**Jesús:** Yonqui con un parecido asombroso a Jesucristo.

**Judith:** Esposa de Bernabé. Sufre malos tratos de su marido.

**Julián Moscardó:** Hijo único del doctor Moscardó.

**Llorente:** Comisario de policía.

**Marc Fons:** Policía compañero de Ramos, puro músculo.

**Martínez:** El gracioso de la comisaría, dedicado a bandas organizadas.

**Miñarro:** Inspector Jefe de la Brigada de Homicidios.

**Morales:** Juez de instrucción.

**Moreno:** De nombre Rodolfo, compañero novato de Portela.

**Nelson Chávez:** Jovenzuelo de vida díscola. Trapichea con drogas. También llamado Nelsinho y Chavito.

**Leo:** Diminutivo de Leocadia, hija de Antonio Ramos.

**Pilar Hurtado:** Inspectora de la Judicial, progresista y eficiente.

**Portela:** De nombre Francis, policía veterano que aún patrulla las calles.

**Profeta:** Borracho apestoso y medio loco.

**Renata María Gómez:** Esposa de Asensio Moscardó.

**Roger Escudero:** Periodista de esa prensa llamada rosa.

**Teodora Atienzar:** Asistente de la familia Moscardó.

**Tomás:** Dueño de la Tasca PP.

**«Tuerto» Durán:** Expresidiario que trabaja de matón.

**Vasili:** Guardaespaldas de Yaroslav Sokol.

**Yaroslav Sokol:** Presidente de GRUMM Internacional en España.

**Zorro:** Actor de fama mundial metido a director de cine.

**Zox:** Líder de una secta adventista. Su nombre real es Ramiro.



CLAUDIO CERDÁN (Yecla, 1981). Licenciado en Sociología por la Universidad de Alicante, ha trabajado de escritor, guionista y dibujante. Ha participado en docenas de antologías y ganado numerosos premios con sus relatos.

Ha publicado las novelas *El Dios de los Mutilados* (Equipo Sirius, 2008) y *Cicatrices* (Equipo Sirius, 2010), encuadradas dentro del género fantástico.

Con *El país de los ciegos* (Ilarión, 2011) se pasa a la novela negra, narrándonos la historia de un exconvicto por las calles de Alicante. Con esta obra obtuvo el Premio Novelpol a la Mejor Novela Negra de 2011. Además, fue finalista del Premio Lengua de Trapo de Novela y del Premio Silverio Cañada a la Mejor Primera Novela Negra que concede la Semana Negra de Gijón.

En 2012 vio la luz su primera novela para el mercado francés *La maison en chocolat* (Sol y Lun Editions, 2012).

En 2013 publica *Cien años de perdón* (Versátil Ediciones, 2013), un *thriller* que quedó finalista de los Premios LeeMisterio.com 2013 como Mejor Novela Negra y ganador en la categoría de Mejor Portada. Además, apareció recomendada como una de las mejores novelas negras de 2013 para *El País*.

Entre 2012 y 2013 publicó el ensayo local *Misterios de Yecla*, un homenaje a su ciudad natal.

Su última novela publicada se titula *Un mundo peor* (Versátil Ediciones, 2014), encuadrada dentro del género novela negra.